79 BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA

LOS CUENTOS DEL HAMBRE

Pancho Guerra

LOS CUENTOS DEL HAMBRE

Pancho Guerra

79 BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA

Presidente del Gobierno de Canarias
Fernando Clavijo Batlle

Consejería de Universidades, Ciencia e Innovación y Cultura
Migdalia María Machín Tavío

Viceconsejero de Cultura y Patrimonio Cultural
Horacio Umpiérrez Sánchez

Dirección General de Cultura y Patrimonio Cultural
Miguel Ángel Clavijo Redondo

Dirección General de Innovación Cultural e Industrias Creativas
Cristóbal de la Rosa Croissier

Los cuentos del hambre

© de la edición: Viceconsejería de Cultura y Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias, 2026
© Fundación Canaria Pancho Guerra
© de la edición literaria, estudio preliminar y cronología: Franck González Guerra, 2026

Edición al cuidado de:
Victoriano Santana Sanjurjo

1.ª edición: octubre de 2026
ISBN: 978-84-7947-905-3
Depósito legal: TF 425-2026

Impresión:
Cuarzo Libros

BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA

Dirección
Victoriano Santana Sanjurjo

Consejo asesor
José Miguel Perera Santana
Paula Fernández Hernández
Katya Vázquez Schröder
Víctor Álamo de la Rosa

Equipo técnico
Instituto Canario de Desarrollo Cultural

Diseño y maquetación
Sergio Hernández Peña

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de esta obra.

LOS CUENTOS DEL HAMBRE

Pancho Guerra

Edición literaria, estudio
preliminar y cronología
Franck González

Gobierno de Canarias

Índice

Estudio preliminar 13
Bibliografía 109
Cronología 115
Criterios de edición 119

Los cuentos del hambre

1. Una isleñada: «Señora, por ondi...» 123
2. De cuando Pepe Monagas no sabía si era Pepe Monagas o fray Pepe 125
3. De cuando Pepe Monagas fue a una corrida de toros en Tenerife 132
4. Pepe Monagas, otra vez en papeles, cuenta para *Canarias Deportiva* una peripecia suya en la fonda El Tarugo 139
5. De cuando Pepe Monagas le contó un cuento cubano a Roque Morera 143
6. De cuando Pepe Monagas me contó el «compromiso» de las lluvias en Fuerteventura 147
7. De cuando Pepe Monagas casi abica debajo de una ducha en Cubita la Bella 151
8. De cuando Pepe Monagas recibió de La Habana a su cuñado Manolito Bordón ... 154

9. De cuando Pepe Monagas tenía 10 000 pesos en La Habana 160
10. De cuando Pepe Monagas pasó las negras con un peso de plomo de ley..... 164
11. De cuando Pepe Monagas perdió la alfalfa de sus cuatro cabras..... 168
12. De cuando Pepe Monagas fue padrino de un extraño chiquillo de Pina la Cochafisco 175
13. De cuando Pepe Monagas estaba haciendo la cola del tabaco 180
14. De cuando Pepe Monagas estaba «en tres»..... 182
15. De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería de Mastro Manuel Lorenzo el percance que tuvo La Frasquita con un submarino inglés 185
16. De cuando a Pepe Monagas le dio un insulto por mor del león del parque 189
17. De cuando Pepe Monagas le levantó el loro a D. Graciliano..... 193
18. De cuando Pepe Monagas tuvo una machanga que era como unos fríos y calenturas, la guerra y la cigarra, todo junto..... 197
19. De cuando Pepe Monagas le cogió miedo a una guagua madrileña..... 201
20. Los golpes de Mastro Pepe Monagas: «Como un piano...»..... 206
21. De cuando Pepe Monagas le confundió la giba a Mastro Chano..... 210

22. De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería de Maestro Manuel Lorenzo una historia con un sentimiento como una malagueña 214
23. De cuando Pepe Monagas le descubrió a un alcalde quién era el «relleno» 220
24. De cuando Pepe Monagas le arregló el mombaldino a Mastro Carlos Talavera 225
25. De cuando Pepe Monagas discutía que la banda de Santa Brígida era mejor que la de Madrid 231
26. De cuando Pepe Monagas fue a gozarse *La tempestad* 235
27. De cuando Pepe Monagas se cayó por las escaleras del teatro 238
28. De cuando Pepe Monagas le metió un guapido a un operador de películas por mor de la Bertini 241
29. De cuando Pepe Monagas estuvo en una junta de líos por mor de una *miss* 246
30. De cuando Pepe Monagas le pipió 900 pesetas a Venturilla el Taita 250
31. De cuando Pepe Monagas fue al Pino con Rafaelito, el de la tienda, y otro personal 256
32. De cuando Pepe Monagas se disfrazó 262
33. De cuando Pepe Monagas tuvo un direte con un tartanero 264
34. De cuando Pepe Monagas le metió un huevo clueco a Manolito el Lalgo 267

35. De cuando Pepe Monagas venía del puerto en el tranvía 270
36. De cuando Pepe Monagas no le pudo dar el siento en la guagua a Casnasionita la Guirra porque tenía un reoma en la cintura 273
37. De cuando Pepe Monagas tuvo un liíllo con un negro 278
38. De cuando Pepe Monagas no le hizo el gusto a un turista 280
39. De cuando Pepe Monagas, siendo tartanero, tuvo que llevar a un hombre como un castillo 284
40. De cuando Pepe Monagas le destupió el *vate colose* a un inglés en lunes de Carnaval, señaladamente 289
41. De cuando Pepe Monagas se hacía ilusiones con el comerío 293
42. De cuando Pepe Monagas le pidió un alfiler a una novia que se echó en la Marina 297
43. De cuando Pepe Monagas puso a la venta unos polvitos para engordar ¡en tres minutos!, que se dice muy pronto 301
44. De cuando Pepe Monagas fue, en la guardia municipal, jefe de los bomberos ... 307
45. De cuando Pepe Monagas le caló una malura a Anselmo el Pichón 311
46. De cuando Pepe Monagas estuvo en el velorio de Rosendito, el de Sabé la Salpicona 316

47. De cuando Pepe Monagas anduvo en una traquina de entierro 320
48. De cuando Pepe Monagas y tres más le jincaron su montada a cuatro pollitos de gente rica 322
49. De cuando Pepe Monagas fracasó en la pesca de la aceituna 326
50. De cuando Pepe Monagas se pegó su opinión de abogado 329
51. De cuando Pepe Monagas enraló a don Pedro el Batata 333
52. De cuando a Pepe Monagas se le amuló la mujer 340
53. De cuando Pepe Monagas, que se echaba sus pajariadas en el campo, le vendió un pinto sospechoso a un cierto endeviduo 345
54. De cuando Pepe Monagas le levantó un falso testimonio a un perro de Mastro Bartolo 349
55. De cuando Pepe Monagas no se fiaba de un espiritista 352
56. De cuando Pepe Monagas fue a tomarse unas copas a la botica 360
57. Entremés: *¿A la costa...? ¡Ni amarrao!* 364
58. Entremés: *A mí lo que me jeringa son los abusos* 385
59. Entremés: *¿No fumas, inglés?* 424

Estudio preliminar

A. Pancho Guerra y la escritura

> A mí me gustaba aquel oficio, que me resultaba de cierta nobleza, dentro del concepto de vaina que siempre tuve del trabajo, si algo no le aliviaba —¡entiéndame!— lo que tiene de galera antigua, con los hombres condenados al remo bajo el rebenque de un tarajallo. Me creía y me creo cargado de razón al decir que el hombre que trabaja es porque no sirve para otra cosa. También me embullaba el ambiente.[1]

La relación de Francisco Guerra Navarro (Tunte, 1909-Madrid, 1961) con el oficio de escribir marcará toda su vida, desde cuando era apenas un estudiante hasta su prematura muerte al salir de un cine en Callao, el 3 de agosto de 1961, con apenas 52 años. Probado el veneno de la tinta de las redacciones de los periódicos —que entonces acogían a jóvenes apenas salidos del Instituto Pérez Galdós—, Guerra nunca dejará de tener como primer oficio el del periodismo. Asiento económico que le permitió abrirse a nuevos campos como el de la novela, el teatro, las canciones y los musicales, las adaptaciones escéni-

1 Guerra Navarro, *Memorias*..., 2010, p. 242.

cas, los guiones para radio y cine para internarse, con voz firme y segura, en el proceloso mundo de la dialectología isleña.

A.1. *Estudiantes*, 1928

Guerra cuenta apenas con dieciocho años cuando emprende, junto con sus amigos Francisco Rodríguez Cirujeda y el pintor Santiago Santana, su primer proyecto editorial: *Estudiantes*. El impacto producido por las clases del profesor de literatura Agustín Bravo Riesco en el Instituto Pérez Galdós les llevará a buscar, casi de puerta en puerta, los medios económicos, los anuncios, las colaboraciones y hasta las suscripciones para poner en marcha la revista *Estudiantes* en 1928. Rodríguez Cirujeda nos recuerda la visita que, junto a Guerra, rendirían a la redacción del rotativo *El País*:

> Otra visita importante, decisiva, fue la que hicimos a la redacción de *El País*, pilotado a la sazón por Pedro Perdomo, Juan Rodríguez Doreste y Rafael Navarro. Allí nos dispensaron estímulos, consejos y orientación. Como nuestra edad impedía que ninguno de nosotros pudiera asumir oficialmente la dirección de la revista, Rafael Navarro se nos ofreció como director y firmó los papeles necesarios para obtener la autorización gubernativa.[2]

2 Rodríguez Cirujeda, «Recuerdo...», 1976, pp. 346-347.

El ambiente de la redacción de *El País* debió imponerles a aquellos *pollos*. No en vano la cabecera acogía a lo más granado de la intelectualidad isleña, entre los que ocupaban un lugar destacado algunos miembros de la Escuela Luján Pérez a los que Guerra ya conocía:

> La redacción era una casa abierta, como había sido diez años antes la de *Ecos*. Néstor, el pintor, pintaba el teatro y su *Poema de la Tierra* y nos acompañaba todas las noches; él nos hizo las letras del título del diario; Néstor Álamo, recién llegado de Cuba, escribía también alguna vez; el escultor Eduardo Gregorio era punto fijo, Fray Lesco y Simón Benítez Padilla colaboraban también, así como José Mateo Díaz sobre problemas hidráulicos; Miguel Navarro Jiménez publicaba caricaturas y Felo Monzón y Santiago Santana nos hacían bellos dibujos de vez en cuando. Saulo Torón tomó a su cargo las coplas festivas que firmaba con el seudónimo Belarmino, personaje de una famosa novela de Ramón Pérez de Ayala titulada *Belarmino y Apolonia*. Félix [Delgado] se ocupaba especialmente de la sección llamada «El isleño y sus caídas», antología de chistes canarios, en la línea de los cuentos de los hermanos Millares y precursor de la obra de Pancho Guerra. [...] También nos visitaba cuando estaba en la isla Claudio de la Torre y le publicamos versos a su hermana Josefina.[3]

3 Rodríguez Doreste, Juan, *Memorias de un hijo del siglo,* Caja Insular de Ahorros de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria, 1988, pp. 198-199.

El proyecto de Santana, Rodríguez Cirujeda, Guerra y otros alumnos del instituto arribó a buen puerto, y de *Estudiantes* llegarían a publicarse dos números: del primero, fechado el 29 de abril de 1928, guarda un ejemplar El Museo Canario; del segundo, de mayo del mismo año, no ha podido localizarse aún ejemplar alguno, aunque sí se conserva una foto de su cubierta. Junto a Santana, Rodríguez Cirujeda y el propio Guerra, publicaron en *Estudiantes* Agustín Miranda Junco, Juanita Padrón Hernández, Ambrosio Hurtado de Mendoza, F. Zumbado Espino, Francisco Hernández González, José Rodríguez Batllori, José Peñate Castro, José Benítez Bravo de Laguna y el profesor Pérez Casanova.[4]

Estudiantes será el soporte en el que Guerra imprima sus primeros textos: «Una isleñada: "Señora, por ondi..."» —su primer relato costumbrista, aún sin firma—; unas coplillas, firmadas como Simplicio Panduro;[5] y un segundo cuento —una anécdota escolar— sin firma.[6] En el segundo número de *Estudiantes*, Guerra publicaría otra «isleñada», firmada como Pancho Pitouto y titulada «La Perra» y «tal vez alguna coplilla más».[7] Estos dos textos —«Una isleñada: "Señora, por ondi..."» y «La Perra»— abrían el volumen que sobre los cuentos de Pepe Monagas publicamos en 2013.[8]

---

4 Rodríguez Cirujeda, «Recuerdo...», 1976, pp. 346-347.

5 Rodríguez Cirujeda, *Mi querido amigo*, 1967.

6 Rodríguez Cirujeda, «Recuerdo...», 1976, pp. 346-347.

7 Rodríguez Cirujeda, *Mi querido amigo*, 1967.

8 Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, pp. 77-80.

Tras la experiencia de *Estudiantes*, Guerra, junto a Rodríguez Cirujeda y a Santiago Santana, pone en marcha su primer volumen bajo el título de *Aromas*. *Aromas* nace de unos pliegos de papel de bibliófilo que alguien regaló a Santana, como nos describe Rodríguez Cirujeda:

> En nuestra tertulia cotidiana del parque de San Telmo maduró la idea: confeccionar con aquel papel maravilloso un libro. El ejemplar único de un libro, que titulamos *Aromas*, donde Santiago caligrafió primorosamente unos versos de Pancho y unas poesías mías, e ilustró y encuadernó con arte. La edición la realizó Santiago en su Moya natal, en las navidades de 1928.[9]
>
> *Aromas* contaba con dibujos a plumilla de Santana y poemas de Guerra en la primera parte y prosa lírica de Francisco Rodríguez Cirujeda en la segunda. En este libro de 76 páginas aparece por primera vez impreso el nombre por el que sería conocido en adelante, Pancho Guerra, firmando el poema transcrito en el capítulo «Cualidades».[10]

Rafael Navarro Jiménez, uno de los redactores de *El País,* que había aceptado figurar como director de la revista *Estudiantes* a efectos de gobernación, publicó una reseña de *Aromas* en enero de 1929 en la que reproduce el único poema que se ha conser-

9 Rodríguez Cirujeda, «Recuerdo...», 1976, p. 349.

10 Arbelo Curbelo, Antonio, *Notas biográficas de Pancho Guerra 2*, p. 10. Archivo Fundación Canaria Pancho Guerra.

vado de Guerra de este volumen. Navarro ve en la poesía de Guerra la «palpitación sentimental de su marinerismo».[11] Un «marinerismo» que, más allá del evidente impacto de *Marinero en tierra* de Alberti sobre Guerra, debe leerse en el contexto de *La Rosa de los Vientos*, una revista que contó con cinco números —publicados en Santa Cruz de Tenerife en abril, mayo, junio y diciembre de 1927 y enero de 1928— y que será el motor del primer manifiesto redactado en Canarias, publicado en *La Prensa* el 1 de febrero de 1928. Cuatro días más tarde, el mismo manifiesto aparecería en las páginas de *El País*, incorporándose entre los firmantes el dibujante de viñetas interiores —entre cubistas y expresionistas— de la revista, el gallego afincado en Tenerife Xavier Casais.[12]

El manifiesto vendrá firmado por el consejo de redacción, integrado por los hermanos Pestana Nóbrega —Ernesto y Carlos—, Juan Manuel Trujillo y Agustín Espinosa; a los que se suman el pintor tinerfeño Pedro de Guezala y los grancanarios de *El País* Pedro Perdomo Acedo, Juan Rodríguez Doreste, Félix Delgado, Rafael Navarro y Agustín Miranda Junco, a quien también vimos ya formando parte de la plantilla de *Estudiantes*.

---

11 Navarro, Rafael, «Aromas», *El País*, Las Palmas de Gran Canaria, 24 de enero de 1929. Archivo Fundación Canaria Pancho Guerra.

12 Teixera Cervía, M. A., «*El País*». *Diario de información, ajeno a toda tendencia política*, ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 2001, p. 211.

Guerra colaborará en 1929 en diversos medios de carácter satírico, así como en revistas de corta vida,[13] como *Sancocho,*[14] *Son... risas,*[15] *El Mojo*[16] y *Rumbos*. *Rumbos* es un proyecto editorial de la Escuela Luján Pérez que será saludado con esperanza desde *El País,*[17] aunque solo se publicará —que sepamos— un único número.[18] De él dejaría escrito Rodríguez Cirujeda:

---

13 Arbelo Curbelo, Antonio, *Notas biográficas de Pancho Guerra 1*, p. 10. Archivo Fundación Canaria Pancho Guerra.

14 De esta revista no se ha conservado ningún ejemplar en El Museo Canario.

15 De *Son... risas. Semanario humorístico* se han conservado en El Museo Canario los números 3 (fechado el 2 de marzo de 1929), 4 (9 de marzo de 1929), 9 (13 de abril de 1929), 10 (20 de abril de 1929) y 17 (13 de junio de 1929). Su redacción estaba en la calle Viera y Clavijo, n.º 24, y costaba 25 céntimos. Entre sus colaboradores más habituales están —obsérvese que todos los nombres son falsos— Servando Mito, Dadinir, Manoney, Tomasín Dover, Soiyo, Calabacín, Benartemi, Reginald Denny, Doctor Ado y Capitán Racip.

16 De *El Mojo. Semanario Festivo Canario* se han conservado en El Museo Canario los números 7 (6 de abril de 1929), 8 (13 de abril de 1929) y 11 (4 de mayo de 1929). Sus «oficinas, redacción y mortero» estaban en la calle «Prudencio Morales 103, 105, 107, etc.» y costaba 15 céntimos hasta el número 11, luego subió a 20 céntimos. Entre sus colaboradores más habituales estaban Juan Aceituna, Don Juan, Mamerto, Dandy, Pinzapo, R. Blanco, Don Rodrigo, P. Porevir, Almirez, El Reporter Misterioso, Andrés Luis y Ojo de Buey. Una vez más, todas las autorías han sido veladas.

17 Véase *El País*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de enero de 1930.

18 La revista *Rumbos* sale a la calle en Las Palmas a finales de 1929. Antecede, pues, en unos meses, a *Cartones*. No se conserva ningún ejemplar en El Museo Canario.

> *Rumbos* tuvo pretensiones de mayor elevación en la gran línea que su nombre evoca de la literatura atlántica que en Tenerife había dado una gran revista con nombre pedido también a las cartas marinas: *La Rosa de los Vientos*, en la que resuena modernizado el gran aliento de Néstor, Torón y Tomás Morales. [...] Pancho intervino activamente en su gestación, puesto que me escribió —vivía yo entonces ya en La Laguna— pidiéndome colaboración para el primer número de la nueva revista, en el que no encuentro, en cambio, huella alguna de su pluma.[19]

A.2. *Diario de Las Palmas*, 1930-1936

La salida al mercado de *Rumbos* a comienzos de 1930 coincide con la incorporación de Guerra al *Diario de Las Palmas*. Paco quería ser periodista. Aquel olor acre de la tinta de los talleres le había envenenado la sangre y ya nunca abandonaría aquel modo de entender la vida. Cerezales definiría bien su pasión por el medio años más tarde:

> Pancho Guerra era un escritor nato a quien gustaba el oficio de periodista, el ajetreo de las redacciones, la búsqueda de la noticia y, sobre todo, el ambiente un tanto bohemio y anárquico de la sufrida profesión. Casi toda su obra

19 Rodríguez Cirujeda, «Recuerdo...», 1976, p. 349.

—por no decir toda— vio por primera vez la luz en las páginas de los periódicos.[20]

Pero no era esta la vida que don Miguel Guerra, su padre, quería para su hijo. Y aunque no podemos saber cómo pudo reaccionar a las pretensiones de aquel estudiante de bachiller, un cuento publicado muchos años más tarde tal vez nos brinde alguna luz de cómo pudieron desarrollarse los acontecimientos bajo la atenta mirada de la madre y de sus hermanos. Hablamos de «De cuando Pepe Monagas tuvo un pique con Maestro Andrés el Sajonao y se mudó pa la barbería de Maestro Chano». En medio del cuento, Guerra se deja deslizar en un párrafo:

> Pasaba que Chanillo se creía inteligente. Le había dado porque tenía temperamento y talento de escritor. Amarrado y jeringado por la necesidad, tuvo que jincarse un mandil y ponerse detrás del mostrador a aguantar llamadas: «A espacháaaa, usté, Chanito» e impertinencias: «Pese bien, cristiano, que se va a quear entullío de las manos..., premítalo Dios». Él no quería ser tendero. Él quería ser, por lo menos, periodista.
>
> Naturalmente, su padre no estaba dispuesto a mantenerlo en un colegio particular aprendiendo la media docena de cosas mal aprendi-

20 Cerezales, Manuel, «Prólogo», *Obras completas de Pancho Guerra*, vol. I, Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas y Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana, Las Palmas de Gran Canaria, 1978, p. 5.

das que sabemos los periodistas. Exclamaba el viejo:

—¡Periodista, periodista! ¡Sale pa allá, vagañete...! Pa estar de alcagüete dispués, llevando y trayendo chismes como un alcagüete. ¡Sale pa allá!

Chanillo le dio vueltas a la cabeza. Y una noche, en un desvelo, se le vino al coco una idea torina: se haría tipógrafo y al soco de tal profesión, iría metiéndose, metiéndose, hasta alcanzar la redacción. Consiguió entrar de aprendiz en un periódico de la madrugada. Así pudo hacer el aprendizaje a escondidas de su padre, en las primeras horas de la noche, sin faltar a sus deberes de dependiente de ultramarinos. Un día, al fin, lo colocaron en el taller del *Diario* y Chanillo llegó a la casa como un gallo quíquere.[21]

Como quiera que fuera, Guerra compaginó durante dos largos años sus estudios en el Pérez Galdós con diversas tareas en el *Diario de Las Palmas*. Tras finalizar sus estudios de Bachillerato en el verano del treinta y dos, su papel en la redacción se irá ampliando y en los primeros meses de 1934 encontramos ya a Guerra como redactor de la sección de cultura, firmando sus primeros artículos sobre cine y teatro bajo el seudónimo de Francis.

21 «De cuando Pepe Monagas tuvo un pique con Maestro Andrés el Sajonao y se mudó pa la barbería de Maestro Chano», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de junio de 1947, en Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, p. 492.

La producción durante estos años debió ser amplia, pero me temo que sigue pendiente de ser revisada en profundidad.

Seguidor incansable de los proyectos cinematográficos en curso en las islas, Guerra pronto se incorpora a los grandes proyectos culturales del momento, encarnados por el tipismo de Néstor y por el nuevo modo de entender la escena y la música de la Sociedad Amigos del Arte «Néstor de la Torre», sociedad activa entre 1934 y 1943 y nucleada en torno al Teatro Pérez Galdós. Así, en diciembre de 1934 lo encontramos vestido con el atuendo típico de Néstor en *La Gran Fiesta Pascual*.

Guerra jugará un papel destacado en los Amigos del Arte. Al principio, brindando tan solo cobertura mediática. Cobertura que —ciertamente— no necesitaban, pues ahí estaba el rotativo *Hoy* dispuesto siempre a cubrir con esmero todas las actividades de los Amigos. A partir de 1935, encontramos a Guerra organizando algunas actividades en torno al cineclub de la Sociedad. Pancho no para. Además de sus participaciones para la prensa y su cada vez más intensa relación con los Amigos del Arte, colabora con una nueva cabecera que desde su antiguo instituto se abre el 20 de enero de 1936, *Pérez Galdós. Revista estudiantil*, de la que saldrán cinco números, el último en mayo de 1936. Es muy posible que la cubierta de la revista, una gráfica a partir de una pintadera que viene acompañada de una tipografía cercana a la del libro *Realismo mágico. Postexpresionismo,* de Franz Roh, así como la viñeta triangular con un cardón que cierra la revista, sean de otro antiguo alumno

del instituto y gran amigo de Guerra, Felo Monzón. El director de la cabecera será:

> Segismundo Díaz Bertrana, que murió poco tiempo después en la Guerra Civil; Antonio Doreste Machado estaba a cargo de la redacción; L. Morales y Francisco Mestres eran los administradores. Otros alumnos que participaron en la redacción fueron José Suárez del Toro, años más tarde profesor y jefe de estudios del instituto; Luis Doreste Machado, que escribía bajo el pseudónimo de Doctor Centeno, y Manuel de Rozas Caballero.[22]

Paco Guerra, como era conocido familiarmente nuestro escritor entonces, publicará en su primer número «Unas reflexiones acerca de los bailes estudiantiles».[23] La revista celebrará la exposición en Madrid del exalumno y amigo de Pancho, Santiago Santana.[24] También encontraremos allí la publicidad de la Librería Paquita Mesa, figura clave de la van-

22 Vallejo Junco, Cristina y Quintana Domínguez, María Jesús, *Revistas estudiantiles del instituto Pérez Galdós*, IX Jornadas de Institutos Históricos, Mahón, 2015, p. 3.

23 Guerra, Paco, «Unas reflexiones acerca de los bailes estudiantiles», *Pérez Galdós. Revista estudiantil*, Instituto Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria, núm. 1, 20 de enero de 1936, pp. 11-12.

24 Cronista, El, «Exposición de un canario», *Pérez Galdós. Revista estudiantil*, Instituto Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria, números 4 y 5, 13 de mayo de 1936, p. 20.

guardia escénica en Canarias de aquellos años. Junto a Pancho publicarán textos en la revista:

> Juan León Espino, Henríquez Acedo, Santiago Lorenzo Vega, Manuel Rozas Caballero, Sebastián de la Nuez [...]. El número 3, que salió en marzo de 1936, se dedicó en gran parte a la figura de Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) en el centenario de su nacimiento. En este número, además de los alumnos arriba citados, escribieron estos otros: Apolo González Cabrera, Manuel Manrique de Lara y Velasco, Ana Domínguez Pérez, Eleuterio Casañas Armas, Atilio Castellano Texeira y Rafael Bethencourt. Los números 4 y 5 vieron la luz al mismo tiempo, en mayo de 1936. Su contenido fue casi exclusivamente literario, con temas relacionados con la lírica, el teatro, la novela y el cuento, la fiesta del libro y la reflexión sobre la posible existencia de una literatura canaria propia y diferenciada de la literatura del resto del país. Otros temas de interés fueron el establecimiento en Las Palmas de la primera imprenta y de las primeras publicaciones periódicas. Respecto a la participación de los alumnos, queremos destacar la incorporación de dos alumnas, Josefa Zamora Lloret y Mabel Sánchez, al grupo de alumnos participantes en los números anteriores. [25]

25 Vallejo Junco, Cristina y Quintana Domínguez, María Jesús, *Revistas estudiantiles del instituto Pérez Galdós*, IX Jornadas de Institutos Históricos, Mahón, 2015, p. 3.

Es muy significativo que ya en los últimos meses de la Segunda República se plantee públicamente la reflexión acerca de si existía o no «una literatura canaria propia y diferenciada» de la española, ámbito de discusión que reaparecerá en los años sesenta y setenta del pasado siglo, en paralelo con la reflexión acerca de si existía o no una escuela canaria de pintura...

A.3. Pancho y la escena

Pancho da el salto a la escena en 1936. A partir de estos momentos tendrá un papel destacado en los Amigos del Arte «Néstor de la Torre» junto al pintor Néstor Martín-Fernández de la Torre, la actriz Paquita Mesa y el músico Tommy Christensen. Actuará como protagonista en *La sirena varada*,[26] siendo uno de los redactores del Manifiesto de la Sociedad Amigos del Arte. Dirigido «A nuestra ciudad y a la isla», su primer párrafo rezaba así:

> A nuestra ciudad y a la isla toda dirigimos hoy, desde nuestro rincón de lucha, la voz desnuda de nuestras verdades indiscutibles. Un grupo grande, firme y contrastado de verdades. Que lanzamos como una puñada de nieve, más que en objetivo de agresión, en impulso de

26 Estrenada en el Teatro Pérez Galdós con una escenografía de Néstor. Representada en el Teatro Pérez Galdós el 4 de julio de 1936 y reprisada el 12 de dicho mes y el 10 de marzo de 1937 en el mismo escenario; y el 10 y 11 de abril en el Teatro Guimerá de Santa Cruz de Tenerife.

> claridad sobre la enemistad barata y el sueño del hombre insular. No habrá que subrayar de nuevo con un grito de agonía —de lucha— el sentido trágico de nuestra condición de aislados. Y las necesidades consecuentes de este destino centrífugo. Roncas están las gargantas responsables de decir que en el espíritu lo tenemos que esperar todo de nuestro propio esfuerzo de encerrados. [...] Las dificultades de la hora, indudablemente han desmembrado el cuerpo social en otro instante, no lejano fuerte y creciente, como con un destino deportivo. Pero lo que más aliento ha restado y resta a la naturaleza de nuestra entidad es la falta de calor cordial del hombre de la isla, la alegre indiferencia de su manera, su idiosincrasia terriblemente fría. Contra la que no se esfuerza, abandonándose sin lucha a una deriva que acaba en las minorías pronta y atormentadamente y en las mayorías tarde y envuelta en una densa atmósfera de sueño [...].[27]

Poco después, Pancho dirige a Paquita Mesa en la puesta en escena de *La voz humana*, de Cocteau. En 1938 estrena con gran éxito la revista *Boo-Hoo*. Comienza a colaborar con la emisora Inter-EAJ50-Radio Las Palmas junto a Josefina de la Torre y Paquita

27 S. F., «Un manifiesto de la Sociedad *Amigos del Arte*», *Hoy*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de julio de 1937. Archivo Fundación Canaria Pancho Guerra. El recorte carece de fecha, pero existe otra copia fechada en El Museo Canario.

Mesa, a la que también dirige en *Bodas de sangre* en el Teatro Pérez Galdós, en una sesión privada, a pesar de estar Lorca prohibido por el Régimen.

Pancho coge vuelo, convirtiéndose en autor de libretos de cuentos para niños —*El camino de los príncipes*—;[28] adaptaciones de obras de su admirado Alonso Quesada como *La Umbría*[29] —en donde también interviene como actor—; comedias musicales —*Candilejas 1943*—;[30] y farsas como *¡Qué tiempos aquellos, don Mario!*[31]

La gran actividad pública de Guerra en torno a los Amigos —llegará a viajar a Tenerife con la compañía de *La sirena varada* en plena Guerra Civil— contrasta con su aparente perfil bajo en prensa... También debe tenerse en cuenta que no contamos con series completas de publicaciones periódicas en las islas durante los años de la Guerra Civil. El *Diario de Las Palmas*, periódico en el que ocupaba el cargo de redactor jefe al estallar la Guerra Civil,[32] acabará siendo cerrado —al igual que el *Hoy*, *La Provincia* y *El Radical*— el 31 de mayo de 1939 y no reaparecerá en los quioscos hasta el 29 de abril de 1953, y ya en horario vespertino.

---

28 Estrenada en el Teatro Pérez Galdós el 13 de julio de 1940.

29 Estrenada en el Teatro Pérez Galdós el 24 de abril de 1941.

30 Estrenada en el Teatro Pérez Galdós el 11 de marzo de 1943.

31 Estrenada en el Teatro Pérez Galdós el 12 de octubre de 1943.

32 Izquierdo, Eliseo, *Periodistas canarios siglos XVIII al XX: propuestas para un diccionario biográfico y de seudónimo*, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 2006. Voz «Guerra Navarro, Francisco», p. 537.

A.4. Estudiante en La Laguna

Es posible que el cierre del *Diario de Las Palmas* fuera el aldabonazo que necesitara Guerra para estudiar la carrera de Derecho en La Laguna. Su amigo José Rodríguez Batllori lo matriculaba en las asignaturas de primer año (Derecho Romano, Economía Política e Historia del Derecho) el 13 de octubre de 1939. Mas poco habría de durarle a Guerra la pasión universitaria. Su compañero de instituto Rodríguez Cirujeda anota: «Estudia Derecho con desgana».[33] Su expediente, significativamente, no recoge calificación alguna. Sin embargo, su paso por La Laguna entre 1939 y 1940 quedará en la recámara del escritor y originará la esperpéntica historia que años más tarde recogerá en el cuento «De cuando Pepe Monagas no sabía si era Pepe Monagas o fray Pepe», en donde se narra lo que bien pudo ser una de aquellas tremendas farras estudiantiles:

> Estaba por entonces la Universidad lagunera que no le cabía una paja, de repleta de estudiantes. Y había una cuadrilla de ellos que, malamañada para los libros, se había dado tan desaforadamente al pastoreo y al pillaje que contaba con hazañas bastantes para un romancero como el de aquel señor castellano del siniquitate, que fue llamado don Rodrigo Díaz de Vivar, y el Cid por nombrete. Las

33 Rodríguez Cirujeda, «Recuerdo...», 1971, p. 18.

> mataperrerías se sucedían como los días y las noches, ingeniosas algunas, de leche de tabaiba las más. Y entreveradas, las serenatas, bajo ventanucos y piedras blasonadas, que a este mocerío le daba lo mismo la que pesca en ruin bote que la altiva Karaman Chi May. Ni qué decir, usté, que Monagas era a los tres días de estancia el gran compinche de la tropa universitaria. Y que no se daba serenata sin su presencia mamada y guitarrera. Pero, así como era el mimo de la pandilla, era a veces también la víctima de sus aturdidas frescuras. Una noche...[34]

Mención aparte merecen las referencias a Santa Cruz de Tenerife, destino de varios viajes —por toros, por fútbol— que tuvieron su correlato en cuentos como «De cuando Pepe Monagas fue a una corrida de toros en Tenerife», que también incluimos en la presente antología, o «De cuando Pepe Monagas era Casimirito Naranjo». No son pocas, tampoco, las referencias a las visitas que los tinerfeños cursaban a nuestra ciudad con motivo de los imponentes partidos que se celebraban en el Pepe Gonçalvez, inaugurado en 1937.

34 Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, pp. 182-186.

A.5. *Noticiero del Lunes*, 1941-1942

La reincorporación definitiva de Guerra al periodismo —profesión que ya no abandonará hasta su muerte— se producirá el 13 de octubre de 1941. Ese día iniciaba su andadura el semanario *Noticiero del Lunes*, cabecera profundamente católica y fervientemente germanófila. Cosa que no sorprenderá a nadie en un momento en el que la *Wehrmacht* campaba a su antojo por Europa y África. Guerra regresa a las páginas de cultura, ámbito en el que ya había trabajado en los años de la Segunda República, volviendo a escribir de sus viejas pasiones: el mundo del teatro y el cine. Pero hay una novedad: junto a sus reportajes y artículos, Guerra comienza a publicar «Los golpes de Pepe Monagas».[35] Años más tarde, en una de las raras entrevistas que el *Diario de Las Palmas* le hace durante una visita que cursa a las islas en septiembre de 1959, Pancho dará cuenta del origen de estos cuentos:

> —¿Cómo nació la idea de este personaje?
>
> —A dicho periódico [*Noticiero del Lunes*] enviaban cuentos de tipo canario varios colaboradores, entre ellos Jordé, pero sentí la necesidad de unificar los personajes y crear uno en el que se encerrara el símbolo del humor de nuestra tierra.
>
> —¿Por qué?

35 «Los golpes de Pepe Monagas: "Como un piano..."» se publicó en el *Noticiero del Lunes* el 13 de octubre de 1941.

—Porque en nuestra isla hay una gran vena humorística, en especial de influencia andaluza y gallega. El canario no es dramático. Y en la guagua, la barbería, etc., se toma la vida siempre a guasa, aunque muchos digan lo contrario. Por eso quise personificar en Pepe Monagas ese espíritu.

—¿Y acogió bien el público el personaje?

—Desde luego. Tanto, que se hizo una obligación dentro del periódico dicha sección.

—¿De dónde sacaba los temas?

—La raíz salía en su mayoría de la calle. En el noventa por ciento era auténticamente popular. La calle me aportaba los elementos a los que yo luego daba forma.[36]

Efectivamente, Monagas se convertirá en una «obligación» más que debía compaginar con otras tareas de redacción, asunto que surgirá en alguno de sus cuentos, transmutándose el propio Guerra en un nuevo personaje, el periodista Roque Morera. El escritor quiso rendir homenaje a aquel poeta bohemio y romántico (Las Palmas de Gran Canaria, 1845-1892) del que tantas cosas se contaban. La incorporación del propio Guerra al universo de Monagas es particularmente sugerente y puede seguirse en cuentos como «Pepe Monagas, otra vez en papeles,

36 García Jiménez, Luis, «Charla con Pancho Guerra, el creador del popularísimo personaje canario Pepe Monagas», *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, 2 de septiembre de 1959, p. 5.

cuenta para *Canarias Deportiva* una peripecia suya en la fonda El Tarugo»:

—Muy buenas, Maestro Pepe.

—Salú, mi amigo. ¿Qué le tumbó por aquí arriba?

—¿No se imagina a lo que vengo?

—Pous mire, no.

—A ver si lo adivina usted a la vista de estas cuartillas y de este lápiz.

—¡Ah, ya! ¿Letras de molde otra ves?

—Pues... ¿No quiere usted...?

—¿Pa qué vamo a estar trastiando y con requilorios, como la gente fina? No me hase grasia.

—Pero, escuche...

—Nada, hombre. Déjeme el alma quieta ya, cristiano. ¿Usted no ha oído el dicho?: una ves se dise que la calabasa es buena.

—Hombre, por mí... Pero la gente... La gente quiere saber de usted, leer sus peripecias y reír sus salidas...

—Naturá... Como no hay títeres... Pos diga usté que me cayó un luto de los de misas de San Visente y sin herensias; o que estoy baldao de una redoma arrente los calcañares, con el humor como la jeta de un rascasio...

—Pero entonces...

—¿Entonses qué...?

—Yo... Es que yo, ¿sabe usted?, me gano la vida escribiendo, como usted se la gana tocan-

do el requinto, o haciendo trampas en la luz. Si usté se calla, a mí...

—A usté le dan sebo como quien tuesta y lleva al molino, ¿no es eso?

—No sé si como quien tuesta y lleva al molino, ni si sebo, pero...

—Nada... Usté no se abatate por medios días habiendo días enteros. Vamos a dir ay lante, que tienen un ronsito que manda las peras a la plasa, y hablemos. Y usté cuenta de lo que hablemos y suculún. Y al que le gusta, le gusta; y al que no le gusta, que se jeringue, o lo tome con enyesques. ¿Qué hubo?

—Usted me manda, Pepito [...].[37]

No será esta la única vez en la que Guerra baje a la calle, apurado, a buscar a su Monagas para poder cumplir con una nueva entrega semanal, ni tampoco la última en la que aluda a la fragilidad de su condición laboral, como podemos ver en nuevas entregas como «De cuando Pepe Monagas le contó un cuento cubano a Roque Morera» y «De cuando Pepe Monagas me contó el 'compromiso' de las lluvias de Fuerteventura»:

Al romper por entre un grupo de gente, en algún lugar de los alrededores de la plaza, tro-

37 «Pepe Monagas, otra vez en papeles, cuenta para *Canarias Deportiva* una peripecia suya en la fonda El Tarugo», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria, sin fecha [a mediados de enero de 1945], en Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, p. 241.

pecé días más allá con mi compadre Pepito Monagas.

—¡Oh! —se me paró, mirándome con guasa.

—¿Cómo le va? —díjele, abatatado por sus ojillos irónicos y el dominio de su plantada.

—A mí de gofito... si lo hubiera. ¿Y a usté y al rancho?

—Tirando.

—Con pólvora, será... Bueno, yo quería habláa una palabra con ustée.

—Usté dirá.

—Pero arrejálese pa acá, que aquí hay mucho rebumbio —y me sacó a un lugar más apartado—. ¡Buenas batatas le están metiendo a ustée!

—¿Cómo?

—Que buenas batatas... ¿Quién le está contando a ustée los cuentos esos que disen que son míos?

—Hombre, pues...

—Trolas, mi amigo, la mayoría de ellos. ¡Yo que se lo digo a ustée!

—Entonces le pasa a usted como a Quevedo...

—Al mou. Lo cierto es que me están «emprestando» historias y percances que no me tocan ni papas ni pescao.

—Es que algunas personas, por la calle, ¿sabe...?

—Sí, jiñooo, le cuentan cuentos, le disen que yo soy el esplotagonista y se quean tan frescos como el muro de la marea... Mire, aquí

lo que pasa, por los moos vistos, y según calo, es que ustée tiene que jincarse su cuentito caa siete días, ¿no es ansí?, y cuando le falta un algumento o como quiera que sea, tira ustée la tarraya y se conforma con buyones.

—Sí, quizá sea eso...

—Pues mire, cuando ustée se vea muy agoniao, déjese vée, que yo le echo un lance.

—Bueno, y aprovechando, ¿no se le ocurre a usted nada? [...].[38]

Guerra se permite incluso jugar con la noción misma de su trabajo como redactor en «De cuando Pepe Monagas se largó la frase más grande de toda su existencia»:

> Con permiso, vamos a decir unas boberías en serio. El trabajo es un castigo y no una gracia. Cualquier Juan Pitín que sepa un pizco de Historia Sagrada tiene conocimiento de esto desde que era un galletón. «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». El sudor de la frente es el pico, la azada, los remos, la mandarria, sétera. No entra la pluma, porque es sudor a la sombra. Y acaba siendo trabajo por el que sudan los que no lo hacen. Ejemplo: la curia.

38 «De cuando Pepe Monagas le contó un cuento cubano a Roque Morera», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria, 1 de abril de 1946, en Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, pp. 323-324.

> Siendo así que es un castigo, aquel isleño que se echa fuera de él es un cheche.[39]

La llegada de los cuentos de Monagas a la vida literaria de la ciudad no pasaría desapercibida. Con él regresaban a la prensa diaria unas *canariadas* de larga data en unos momentos especialmente difíciles para todos. Tal vez con ellos quisiera Guerra recoger aquellas palabras que Paquita Mesa, muchos años después, empleara para explicar el auge de la revista musical en la isla en unos años marcados por la penuria, el hambre y la guerra: «Pensamos que era el momento de hacer algo alegre».[40] En este sentido, tal vez su Monagas esconda un activismo, un compromiso mayor con su isla de lo que se ha venido reconociendo. Tal vez su Monagas escondiera aquella sonrisa «que nunca afloró a sus labios» de la que hablara su amigo Claudio de la Torre.[41]

---

39 «De cuando Pepe Monagas se largó la frase más grande de toda su existencia», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de mayo de 1946, en Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, p. 339.

40 Redacción, «Paquita Mesa, eje de la vida teatral de la capital grancanaria de los años 30 y 40», *Canarias 7*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de mayo de 1999.

41 «Francisco Guerra vivió, por el contrario, una de las épocas más dramáticas de España. La guerra civil varió el rumbo de su vida. Pero él siguió siendo fiel a su sonrisa, a esa sonrisa que nunca afloró en sus labios, como si la hubiera ocultado celosamente, para transformarla luego en la ruidosa carcajada que corre de punta a punta por las páginas de sus libros». Torre, Claudio de la, «Nota preliminar», en *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, Ediciones Asociación «Peña Pancho Guerra», Madrid, 1968, p. VII.

Ninguno de los cuarenta y ocho cuentos conservados que publica el *Noticiero del Lunes* llevará su firma ni seudónimo.[42] De ellos, veintisiete conforman casi al completo el tercer tomo de *Los cuentos famosos de Pepe Monagas* publicados por la Asociación «Peña Pancho Guerra» en 1970. Otros siete cuentos[43] del *Noticiero* los había publicado ya el propio Guerra —sin fecha ni orden cronológico alguno— en *Los cuentos famosos de Pepe Monagas,* editados en Madrid en 1948 bajo el seudónimo de Roque Morera.[44] Y catorce más de los publicados en el *Noticiero* no fueron nunca incluidos en las obras completas, a los que hay que sumar —al menos— cinco definitivamente perdidos.[45] La última colaboración de Guerra en el

42 «Los golpes de Pepe Monagas: "Como un piano..."» se publica en el *Noticiero del Lunes* el 13 de octubre de 1941. El último fechado en ese medio, «De cuando Pepe Monagas no se fiaba de un espiritista», es de 21 de septiembre de 1942.

43 «De cuando Pepe Monagas no se fiaba de don José el espiritista», «De cuando Pepe Monagas le levantó un loro a don Graciliano», «De cuando Pepe Monagas anduvo en una traquina de entierro», «De cuando Pepe Monagas fue *refre* de un partido de fútbol Tafira-La Calzada», «De cuando Pepe Monagas se disfrazó», «De cuando Pepe Monagas se le *olvidó* pagar la guagua» y «De cuando Pepe Monagas fue a mariscar a un cercado de papas».

44 Cuya segunda edición publica la Asociación «Peña Pancho Guerra» como segundo tomo de *Los cuentos famosos de Pepe Monagas* en 1969.

45 «Los golpes de Maestro Pepe Monagas», «De cuando Pepe Monagas cogió un catarro tremendo», «De cuando Pepe Monagas tenía un fuerte gallo, melado él», «De cuando Pepe Monagas tuvo un liíllo con un negro», «De cuando Pepe Monagas le quería dar una patada a una jaula», «De

Noticiero del Lunes que ha llegado hasta nosotros está fechada el 28 de septiembre de 1942.

Seis meses después, Pepe Monagas saltaba a la escena en la comedia musical con *Candilejas 1943*. El estreno, el 11 de marzo de 1943 en el Pérez Galdós, ponía fin a un largo 1942 en el que apenas tenemos noticia de actividades de la sociedad Amigos del Arte. La dirección general de *Candilejas 1943* recae en Paquita Mesa —que en 1942 acababa de ser madre de su hija Jenny— y Tommy Christy, «con un libro original de Francisco Guerra Navarro».[46] *Candilejas 1943* comprenderá diecisiete cuadros:[47]

---

cuando Pepe Monagas le descubrió a un alcalde quién era 'relleno'», «De cuando Pepe Monagas se hizo ilusiones con el comerío», «De cuando Pepe Monagas celebró con un puro el aniversario de la paz», «De cuando Pepe Monagas pasó las negras con un peso de plomo», «De cuando Pepe Monagas perdió la alfalfa de sus cuatro cabras», «De cuando Pepe Monagas se halló una tartana», «De cuando Pepe Monagas le dio un insulto por mor del león del Parque», «De cuando Pepe Monagas era Casimirito Naranjo», «De cuando Pepe Monagas fue a tomarse unas copas a la botica» y «De cuando Pepe Monagas le caló una malura a Anselmo el Pichón».

46 «Teatro Pérez Galdós. Programa de la comedia musical *Candilejas 1943* que presenta, bajo la dirección general de Paquita Mesa y Tommy Christy y con un libro original de Francisco Guerra Navarro, la Sociedad Amigos del Arte "Néstor de la Torre"». Programa en Álbum de Paquita Mesa, Departamento de Musicología de El Museo Canario.

47 Dos menos en un segundo programa de mano conservado en el mismo álbum de Paquita Mesa, Departamento de Musicología de El Museo Canario.

> Con todo el interesante, original y variado matiz escénico de las obras de este moderno género teatral. En torno a un motivo policiaco —el robo de una valiosa joya a una artista—, el culto escritor Francisco Guerra Navarro ha compuesto hábilmente unas estampas escénicas en las que campean el interés, la amenidad y unas bien distribuidas pinceladas de humorismo.[48]

Candilejas 1943 tuvo un importante éxito de público y la obra llegó a representarse hasta en diez ocasiones.[49] El primero de abril se reponía el «fastuoso espectáculo musical en homenaje a Francisco García-Escámez», a la sazón capitán general de Canarias.

El reparto de *Candilejas 1943* incluye a diecisiete caracteres, entre los que encontramos a Pepe Monagas, interpretado por Pepe Castellano.[50] Monagas

48 Bambalina, «Se estrena con éxito la comedia musical *Candilejas 1943*», *La Provincia,* Las Palmas de Gran Canaria, 12 de marzo de 1943, p. 3.

49 Tras el estreno el 11 de marzo, fue representada el 13 —con dos sesiones ese día—, 19, 21, 25 y 29 —dos funciones— de marzo y el 1 y 4 de abril de 1943.

50 Los personajes del libreto son: director, Luis Campanario; secretaria, Elvira Cabrero; Freud, Manolo Castillo Cabezas; Sacha, Paquita Mesa de Christensen; agente, José de Lara; detective, Servando Morales; Catalán, Pepe Julio Quevedo; siameses, Pepe Castellano y Anselmo Corvo; profesor de espiritismo, Manolo Pérez; ayudantes, Berenguer y Jorge Hadad; Pepe Monagas, Pepe Castellano; cantante, Conchita Rodríguez; millonario, Arturo Lengton; artista, Chicha Bello; periodista, Jorge Hadad; apuntador, David Suárez; transpunte, Marcial Martín.

interviene en el segundo cuadro de la segunda parte: «El detective *amateur* detiene como sospechoso a Pepe Monagas», posiblemente el primer «entremés» llevado a escena —hoy perdido— de Guerra. Junto a Pepe Castellano, Agustín Sánchez será el primer actor que encarne a Pepe Monagas sobre la escena:

> Una novedad ofreció ayer la representación de *Candilejas 1943*: la de sustituir, en el papel de Pepe Monagas, a José Castellano —valioso elemento del Grupo Canario de Arte— por el también excelente aficionado Agustín Sánchez, de la Sociedad Pro-Arte Atenas. Y si José Castellano logró dar a ese personaje todo el gracejo que requería, justo es consignar que Agustín Sánchez estuvo igualmente afortunadísimo —siendo por ello muy aplaudido— en la versión escénica de Pepe Monagas.[51]

A.6. *La Provincia*, 1943-1947

En el que será el último año de vida de los Amigos del Arte «Néstor de la Torre», Guerra se incorpora como redactor a *La Provincia*. En esta cabecera trabajará hasta marzo de 1944, fecha en la que firma su primer texto en *Canarias Deportiva*. Sin embargo, es muy posible que la colaboración con *La Provincia* no acabara aquí, dado que a lo largo de 1945 y 1946 encontramos artículos de crítica teatral y musical fir-

51 B, «*Candilejas 1943*», recorte de prensa en Álbum de Paquita Mesa, Departamento de Musicología de El Museo Canario.

mados por un tal Bambalina, cuyo estilo nos recuerda al de nuestro autor. Se da también la circunstancia de que el último texto firmado por Bambalina en *La Provincia* —el 17 de febrero de 1947— coincide con las fechas de partida de Guerra a Madrid.

A.7. *Canarias Deportiva*, 1944-1947 y *Ases del Fútbol*, 1944

El semanario *Canarias Deportiva* acogerá los cuentos de Monagas durante más de tres años, desde marzo de 1944 hasta julio de 1947, fecha en la que Guerra ya residía en Madrid, desde donde los remitía por correo, los lunes, como desliza en otro cuento:

> Un cierto día... lunes, señaladamente. Hay que ir a Correos, enfrentito a la Cibeles, a llevar las cartas del avión ese día, porque recogen a las ocho todo lo que el martes tempranito acarrea pa las islas el aparatote de la Iberia.[52]

Canarias Deportiva fue un proyecto editorial en el que se conjugan un viejo conocido de Guerra desde los tiempos gloriosos de *El País* —Juan Rodríguez Doreste—; el todopoderoso presidente del Cabildo de Gran Canaria entre 1945 y 1960, Matías Vega Guerra; el empresario Eufemiano Fuentes y Antonio Junco

52 «De cuando Pepe Monagas le cogió miedo a una guagua madrileña», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria, 14 de julio de 1947, en Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, p. 502.

Toral.[53] Vinculado tal vez a este medio —bien como encarte, bien como semanario— surge *Ases del Fútbol*, cabecera de la que no queda ni un solo ejemplar en El Museo Canario. Sin embargo, el archivo de la Fundación Canaria Pancho Guerra sí conserva siete cuentos publicados en *Ases del Fútbol.*[54] Ciento siete son los cuentos que han llegado hasta nosotros publicados en *Canarias Deportiva*. Y sin duda debieron ser muchos más los publicados, toda vez que no se ha conservado ninguna colección entera de esta cabecera.

En estos años, pese a no contar ya con el soporte que les brindaban los Amigos del Arte, Guerra, Paquita Mesa y Tommy Christensen siguen emprendiendo proyectos tanto en Las Palmas de Gran Canaria[55] como en Santa Cruz de Tenerife.[56] Entre

53 Rodríguez Doreste, Juan, *Memorias de un hijo del siglo,* Caja Insular de Ahorros de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria, 1988, pp. 212-213.

54 «De cuando Pepe Monagas fue *refre* de un partido de fútbol Tafira-La Calzada», «De cuando Pepe Monagas se halló una tartana», «De cuando Pepe Monagas le dio un insulto por mor del león del parque», «De cuando Pepe Monagas fue a tomarse unas copas a la botica», «De cuando Pepe Monagas le pipió 900 pesetas a Venturilla el Taita», «De cuando Pepe Monagas era Casimirito Naranjo» y «De cuando Pepe Monagas le caló una malura a Anselmo el Pichón».

55 Debe recordarse aquí el programa de actos realizado por Guerra y Paquita Mesa en torno a la Primera Exposición de Humoristas Canarios en el Club PALA de Las Palmas de Gran Canaria entre noviembre y diciembre de 1944.

56 S. F., «Una próxima actuación de Paquita Mesa», *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 21 de febrero de 1945, p. 5.

1944 y 1945 estrena *Las tres novias*, *El pañuelo y la rosa,* y *Clara Eugenia*; y pone en escena sus populares entremeses *¿A la costa...? ¡Ni amarrao!*,[57] y un mes más tarde, el 16 de febrero, estrenaba su nueva comedia *Clara Eugenia* sobre el mismo escenario.[58] A estos seguirán los entremeses *A mí lo que me jeringan son los abusos* y *¿No fumas, inglés?* En 1946 escribe su primer guion cinematográfico, *Romance en la isla,* y estrena una nueva obra de teatro: *Romance del forastero y la novia*.

A.8. *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, 1948

En marzo de 1947 se traslada a vivir a Madrid, donde uno de sus primeros proyectos será un arreglo escénico de la novela de su amiga Carmen Laforet, *Nada*. Continúa enviando a *Canarias Deportiva* nuevas andanzas de Monagas, algunas ambientadas en la capital. Termina *Tres lunas rojas*, varias comedias y guiones para Radio Nacional de España (RNE). A finales de 1948, publica su primer libro, *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, donde anuncia su intención de dar a conocer una obra titulada *Mi léxico de*

57 S. F., «De teatro», *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de enero de 1945, p. 2.

58 Mart, Pablo: «*Clara Eugenia* de F. Guerra Navarro se estrenará el viernes en el Galdós», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de febrero de 1945; Mart, Pablo: «*Clara Eugenia* estrenada el viernes», *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 24 de febrero de 1945, p. 4; Bambalina: «El estreno de *Clara Eugenia* en el Galdós», *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 24 de febrero de 1945, p. 3.

Gran Canaria, con «nuevas palabras, palabrejas y palabrotas, refranes, dichos y donaires de la tierra del gofio y los tollos con glosas y demás».

Los cuentos famosos de Pepe Monagas son una recopilación de veintitrés cuentos que, revisados, reescritos y algo más extensos que los publicados en el *Noticiero del Lunes* y en *Canarias Deportiva,* verían la luz en una edición de la que Guerra nunca se sintió orgulloso. Cierto es que mucho —y tal vez lo mejor de ellos— reposa en las *Memorias de Pepe Monagas,* que publicaría una década más tarde. Pero nunca volvió a tener la oportunidad de editar sus cuentos como hubiera sido su deseo.

Estrena la revista *Seamos alegres* en el Teatro Español de Barcelona en 1952. Una aventura en la que pondrá todo su empeño Paquita Mesa, pero que no provocará la crítica esperada. Poco después, María Mérida graba en Madrid un disco con las canciones de Pancho *Mi barquito velero* y *Somos costeros*.

En 1953, comienza a trabajar como redactor en el rotativo *Informaciones*. Entre 1956 y 1957 se representan sus entremeses en el Teatro María Guerrero de Madrid de la mano de su amigo Claudio de la Torre. Retoma sus colaboraciones con la prensa isleña publicando artículos en *Falange*. La labor de Guerra como redactor de la sección de tribunales en *Informaciones* será merecedora del premio «Manuel Tercero y Alfonso Sendra» que el Consejo de Colegios de Abogados de España otorgaba anualmente:

> Don Manuel Escobedo [presidente del Consejo de Colegios de Abogados de España y

> decano del de Madrid] hizo entrega del premio «Manuel Tercero y Alfonso Sendra» al redactor de Tribunales de nuestro colega *Informaciones*, don Francisco Guerra Navarro. Hizo un elogio de los trabajos del galardonado y señaló la importancia de la tarea que realizan los periodistas como informadores de los tribunales.[59]

Tras recibir este premio, el Hogar Canario de Madrid, al que tan unido estaba y de cuyo equipo llegó a formar parte, le brindará un homenaje. Será precisamente en el transcurso de aquel acto cuando Guerra anuncie la salida, para diciembre de 1958, de su segundo libro, las *Memorias de Pepe Monagas*.

Casi al final de su vida, tras su última visita a Gran Canaria que dio pie a la entrevista más arriba mencionada, Guerra regresaba a las páginas del *Diario de Las Palmas*, donde habría de firmar, ya como Pancho Guerra, cuarenta y seis cuentos más. El último, «De cuando Pepe Monagas se gozó un sermón de San Pedro Mártir», aparecería publicado el 28 de junio de 1961. Para entonces estaba escribiendo el guion cinematográfico *Agua* al tiempo que seguía trabajando en el *Léxico de Gran Canaria*, obra que quedaría inacabada por su repentina muerte, el 3 de agosto de 1962, a la salida de un cine en Madrid, víctima de un ataque al corazón.

59 S. F., «CCCLXII Aniversario del Colegio de Abogados de Madrid. Entrega del Premio Manuel Tercero y Alfonso Sendra», *ABC*, Madrid, 25 de noviembre de 1958, p. 47.

B. De esta antología

Toda la obra conocida de Pancho se ha recogido en la colección Francisco Guerra Navarro, editada por el Cabildo de Gran Canaria en sucesivos tomos con el cuidado exquisito que siempre caracterizó tanto a la directora del proyecto, la inagotable Yolanda Arencibia, como a la elegante editora que lo alumbró, Isabel Grimaldi Peña. Vaya con estas líneas el reconocimiento de las tardes pasadas en aquella aventura con aquellas dos extraordinarias profesionales. Vaya también desde estas líneas el agradecimiento de la Fundación Canaria Pancho Guerra al Cabildo de Gran Canaria por su generoso apoyo para llevar a buen término dicha colección de volúmenes.

Y decimos la obra conocida por cuanto quedan aún por explorar en profundidad las trazas de su labor publicada bajo los seudónimos de Bambalina en *La Provincia* y de Doramas en *Informaciones*. Sin olvidar aquí sus primeras críticas cinematográficas y teatrales firmadas como Francis y las de perfil periodístico de su última etapa en *Falange* y en el *Diario de Las Palmas*. Y eso por no hablar de otros medios locales de los que no resta memoria material alguna en los lugares en los que se buscó. En un tiempo en el que las digitalizaciones están permitiendo el acceso a bases de datos emplazadas en otros lugares remotos, ¿por qué no pensar en que puedan seguir apareciendo nuevas sorpresas sobre nuestro siempre desinquieto escritor? Dicho esto, ofrecemos a nuestros lectores, en la sección de bibliografía, el corpus *panchoguerriano* existente a fecha de hoy

para quien quiera avanzar en ámbitos que apenas soñábamos hace una década, como el del teatro, el cine y la radio. Animamos también desde estas líneas a todas aquellas personas interesadas en tener un mayor conocimiento de nuestro escritor a ponerse en contacto con la Fundación Canaria Pancho Guerra.

Se nos pide una antología. Y como en todo trabajo de poda, debemos tratar de acercarnos al caroso, que diría nuestro hombre.

Pancho cuenta con una obra extensa, como hemos visto. Pero Pancho fue Pancho, primero y muy principalmente en la memoria del isleño por haber generado aquella *síntesis canaria* —que diría Felo Monzón— en la que varias generaciones se encontraron y se reconocieron: Pepe Monagas. Monagas era aquella imagen de nosotros que entre todos levantamos contra el dique de un tiempo marcado por la violencia económica y por la guerra. Los medios de masas de entonces —la prensa escrita— llevarían hasta la última esquina de la isla, hasta su última tertulia, la fama de Monagas. Y es por eso por lo que hemos decidido armar el presente volumen a partir de aquellos cuentos. Estos pequeños relatos son, además, parte de la vida del propio escritor ya que entraron y salieron de su mesa de trabajo a lo largo de casi tres décadas. Buen ejemplo de lo que venimos diciendo será su primer cuento publicado: «Una isleñada: "Señora, por ondi..."». Diecisiete años después de publicarlo en *Estudiantes,* Guerra firma una nueva versión para el semanario *Canarias Deportiva* en mayo de 1945. El protagonista ha dejado de ser Justo —un cazador apenas abocetado— para

convertirse ahora en nuestro Monagas, puestero de la plaza un día y cocinero la víspera. El cuento regresaría por tercera vez a la prensa, en esta ocasión al *Diario de Las Palmas*, quince años después, firmado ya como Pancho Guerra y bajo el título «De cuando Pepe Monagas puso un puesto de perdices en la Vega de San Mateo».[60] Será esta versión la que se recoja en el tomo I de *Los cuentos famosos de Pepe Monagas,* editado por la Asociación «Peña Pancho Guerra» en Madrid en 1968. Dado que las ediciones de la Peña conformarán en gran medida la edición de la Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, la tercera versión de este cuento es la única que ha quedado recogida en el volumen de 1976.

Los avatares de esta historia de cazadores a lo largo de treinta y dos años nos alumbran acerca de la habilidad de nuestro escritor para echar mano de caracteres y situaciones que su público lector reconocía ya como miembros de la isleña comedia del arte que Guerra levanta. Por eso no resulta extraño encontrar en sus cuentos referencias a trasuntos que fueron trama de cuentos ya publicados e incluso el mantenimiento de ciertos hilos argumentales que permean toda su producción. Este continuo ir y venir a determinados temas —que en absoluto creemos casuales en aquellos años marcados por la guerra y la censura— se suma a la natural condición de nuestro

60 Guerra, Pancho, «De cuando Pepe Monagas puso un puesto de perdices en la Vega de San Mateo», *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de abril de 1960, p. 10.

autor. Su amigo Cerezales —director del rotativo *Informaciones*— dejó una imagen del proceso de trabajo —aprendido en sus años en el *Diario de Las Palmas*— que Guerra se llevó consigo a Madrid:

> Hay que tener en cuenta que en las crónicas judiciales el escritor no elegía el tema, sino que tenía que atenerse a los juicios del día, señalados en los tablones de anuncios de las secretarías de las salas. Muchas veces se veía obligado a salir del paso con breves reseñas. Otras, en cambio, cuando el tema y los tipos daban de sí, Pancho se servía de ellos para tratar esbozos de sainetes. De las páginas del sumario sacaba la línea argumental, que aderezaba luego con escenas y diálogos, que más que descripciones eran interpretaciones personales. El periodista se olvidaba de su condición de simple informador y dejaba correr la vena narrativa. Recuerdo cómo escribía Pancho estas pequeñas crónicas. Salía apresuradamente de la Audiencia y llegaba a la redacción a la una de la tarde. Faltaba una hora para que el periódico entrara en máquinas. Pancho consultaba sus apuntes y empezaba a teclear afanosamente. El redactor jefe reclamaba las cuartillas con voz apremiante. Pancho las entregaba muchas veces sin releerlas. En ocasiones, el redactor jefe, implacable, le exigía la supresión de algunos párrafos. Razones de espacio. Pancho, serio, silencioso, procedía a la mutilación. Pasaba luego a mi despacho, abría los brazos con desa-

> liento y daba suelta a su mal humor. Le dolía la forma de trabajar... Pancho no era escritor premioso ni preciosista. Escribía con soltura y con naturalidad. No rebuscaba la frase. Su elocución era espontánea.[61]

Esta forma de escribir, sin retoques ni correcciones, dotará a los textos en prensa de Guerra de una frescura envidiable. Cierto es que no será raro encontrar algún despiste en los nombres de los personajes —que cambia sin darse cuenta—, pero sus capacidades para hilvanar historias en unas pocas líneas y, sobre todo, para colocar su mensaje en la última frase quedarán —como hemos visto— en la memoria de sus compañeros de redacción.

Esta frescura ha sido otro de los elementos que queríamos conservar de la prosa de Guerra. Y por tal motivo tomamos como punto de partida para la presente edición las primeras versiones conservadas de los cuentos de Pepe Monagas publicados en la prensa.

Este criterio de imprimir solo la primera versión de cada cuento nos permite no solamente dejar atrás las repeticiones de textos presentes en las ediciones de la Peña y de la Mancomunidad, sino redescubrir a un nuevo Guerra, mucho más incisivo y con más retranca del que solemos dar por conocido. Los cuentos de los años cuarenta —*los cuentos del hambre*— son

61 Cerezales, Manuel, «Prólogo», en *Obras completas de Pancho Guerra*, vol. IV, Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 1978, pp. 6-7.

mucho más directos, menos elaborados, si se quiere, desde el punto de vista literario, que los publicados en el *Diario de Las Palmas* entre 1960 y 1961. Es más, estos suelen tener una extensión mucho mayor que aquellos. Las referencias a personajes históricos y populares evidencian también diferencias entre los textos escritos en Las Palmas de Gran Canaria y los reelaborados en Madrid para el *Diario de Las Palmas*. Si los de la primera etapa hacen referencia mayoritariamente a personajes insulares de las dos primeras décadas del siglo XX, los de su última etapa parecen regodearse con los años de la Segunda República. Hay también una suerte de nostalgia entre los textos de Madrid... La magua que todo isleño siente en el exterior, seguramente.

Hay entre estos dos grupos de textos un uso marcadamente distinto de los registros lexicográficos. Si en los textos de los años cuarenta el narrador establece un código «culto» frente al personaje «popular» y hay una primacía del castellano convencional sobre lo dialectal, en el grupo de textos del *Diario de Las Palmas* se aprecia una exageración de lo insular hasta el punto de que algunos diálogos se convierten en una suerte de ininteligible jerga. Jerga que se verá acentuada en algunos cuentos de la edición de la Mancomunidad. Dado que cada uno de los textos refiere, como se dijo, a sus antecedentes y a sus descendientes, el lector, si cuenta con la edición de la Peña o de la Mancomunidad —y si así lo desea—, podrá aventurarse a conocer las diversas facetas de un escritor que construyó uno de los referentes identitarios de este país tardío.

Pensará el lector que realizar una antología de los cuentos de Pepe Monagas ha sido tarea fácil. No lo es. Bien como Roque Morera, bien como Pancho Guerra, el inventario de los cuentos de Pepe Monagas supera el medio millar. Un inventario que será siempre provisional, pues sabemos de la existencia de títulos que no han podido ser localizados... de momento. Y sobre este medio millar se ha hecho la poda.

Nuestro objetivo, para ir terminando, ha sido el de ofrecer al lector que por primera vez se adentra en el mundo de Pepe Monagas un breve conjunto de textos que le permitan situarse en aquel mundo tan cerrado y tan lejano. Para ello, como se dijo, se hará acopio exclusivamente de sus cuentos, que se acompañarán, al final, de tres sainetes; y al principio, en este estudio preliminar, de algunos párrafos que hemos creído oportuno tomar prestados de las *Memorias de Pepe Monagas*, saga y remembranza de nuestra isla que requiere un acercamiento de alguien con mucho más miluque.

C. Para una cartografía de Pepe Monagas

C.1. Cubita la Bella

«La Guerra Civil varió el rumbo de su vida», dejó dicho su amigo el director de teatro Claudio de la Torre. Cierto. Aunque habría que añadir: a él y a toda su generación. Pero la Guerra Civil no fue la única que les tocó vivir de cerca.

Nacer en Canarias en la primera década del siglo XX tenía premio... La pérdida del imperio colonial

español en el Caribe y en Filipinas tuvo un impacto brutal tanto en la economía como en la sociedad de las islas. Las dos guerras de independencia cubanas ya habían contado con isleños combatientes en ambos bandos. Y no serán pocos los isleños que permanezcan en Cuba tras la independencia. Cubita la Bella se había convertido desde mediados del XIX en El Dorado isleño. Era el destino para salir del hambre y de la miseria, cuando no el refugio de asuntos de honor lavados con sangre. Los barcos a la Perla del Caribe salían de nuestras islas cada semana durante la zafra de la caña. El isleño no subía a Europa —un viaje más corto—; el isleño era capaz de atravesar el *Sonoro Atlántico* para sentirse en Cuba como un guajiro más. Y no eran pocas las grandes familias canarias que en Sancti Spíritus o Camagüey contaban con grandes ingenios de azúcar en los que se arracimaban los isleños. A lo ancho del océano, la emigración canaria a Cuba —y a Puerto Rico— conjugó una hermandad con aquellos países que, más allá de la huella de la santería, de fiestas como la de los indianos en La Palma o de la gastronomía, tendría su repercusión en el ámbito político, periodístico y artístico en la Canarias del primer tercio del siglo XX.

Son muchos los cuentos de Monagas que recogen el papel de los isleños como mano de obra barata allá —con el guataqueo de la caña— y también el regreso de los indianos a la isla. De ellos presentamos en esta antología «De cuando Pepe Monagas casi abica debajo de una ducha en Cubita la Bella», «De cuando Pepe Monagas recibió de La Habana a su cuñado Manolito Bordón», «De cuando Pepe Monagas

tenía 10 000 pesos en La Habana», «De cuando Pepe Monagas pasó las negras con un peso de plomo de ley» y «De cuando Pepe Monagas perdió la alfalfa de sus cuatro cabras».

El papel de Cuba como destino de la emigración canaria lo ocupará Venezuela a partir de mediados del siglo XX. El bolívar se convertirá en el nuevo valor refugio para el isleño, cuya emigración —vía marítima hasta La Guaira— llevará a miles de canarios a la República hermana. Algunos cálculos hablan de entre 65 000 y 70 000 canarios en apenas unos pocos años —entre 1948 y 1956—, que jugarán un papel clave en el desarrollo de la economía insular a través de las remesas de capital. El enorme impacto de la emigración —que sigue sin viajar a Europa, manteniendo e incrementando la ruta atlántica— se mantendrá en los años sesenta y setenta del pasado siglo. No en vano, será un isleño, Matías Vega Guerra —quien fuera presidente del Cabildo de Gran Canaria entre 1945 y 1960—, quien ocupará la embajada de España en Caracas entre 1962 y 1970. Pancho Guerra se hará eco en sus cuentos de este cambio de destino e incorporará Venezuela a la cartografía mental atlántica de Monagas en un atrevido —para la época— cuento «De cuando Pepe Monagas fue padrino de un extraño chiquillo de Pina la Cochafisco». Cuento que trasluce el impacto de décadas de emigración en los hábitos sexuales de la población, allá por 1960... Por cierto, que cuentos sobre las cuentas que no cuadran en los embarazos podemos leerlos desde los años cuarenta, como en «De cuando Pepe Monagas le aclaró unas extrañas cuentas al patrón

de La Frasquita». Monagas no tiene el más mínimo reparo a la hora de trasladarle al cura una realidad que tuvo que ser lo suficientemente extendida para ser tan entendida... Aquella era, no lo olvidemos, una sociedad en la que se condenaba a las mujeres a no poder contar con medios de control de la natalidad al tiempo que se las sometía a un control social que rápidamente podía ponerlas en un brete por relajientas. Asunto este que Pancho recoge en «De cuando Pepe Monagas estaba haciendo la cola del tabaco». Monagas, a diferencia de otros pícaros de herencia hispánica, no presumirá nunca de una condición de don Juan. Monagas era —como su autor— hombre de una sola mujer.

C.2. ¿A la costa? ¡Ni amarrao!

Territorio de frontera, la costa fue desde la llegada de los españoles a las islas lugar de cabalgadas, fijando incluso asentamientos militares como Santa Cruz de la Mar Pequeña, situada justo frente a Lanzarote y Fuerteventura. También la costa sería testigo de ataques berberiscos de represalia sobre las mismas islas. A fin de cuentas, solo median unos cien kilómetros una de otra. Pero la pérdida de los restos del imperio americano y filipino llevará a los sucesivos gobiernos de la monarquía española de las primeras décadas del siglo XX a trasladar sus tropas al África continental, incorporando, en el norte, los protectorados de Marruecos y del Sáhara. Expansionismo en el que jugará, por cierto, un papel crucial el embajador español en París, el isleño Fernando León y

Castillo, quien quería *cubrir* las espaldas de las islas con un territorio no hostil... El embajador también negociará —y conseguirá— para España los territorios en el golfo de Guinea de Fernando Poo y Río Muni. El incremento de la presión militar sobre la costa se traducirá en una secuencia ininterrumpida de «episodios» de los que también dejará noticia Guerra en sus *Memorias de Pepe Monagas*:

> Volviendo a la ocurrencia, pasó que en esas señaladas vísperas de la antaño templada y alegre fiesta jinamera, cuando el patrón andaba costeando el Moro alrededor de pescado que salpresar, sobre presentársele y correr una brava leva con ventanero, la cual lo agarró sin más trapos que los envergados, la morisma le abacoró en circunstancias muy especiales, parte grande de su personal. Diez o doce marinos recibieron tal estropeo, de manos de los hijos de Alá, que fueron traídos a bordo como sacos, sin habla casi todos, algunos sangrando por los besos y los más nuevitos incluso por sus traseras partes.
>
> —¿Qué rayos fue lo que pasó, consio? —preguntó el Mestre Miguel a uno que tenía la lengua medio expedita.
>
> —Pues que nos bíamos puesto ar pairo en un caletón y saltemos. Y dispués de las pellas y las jareas, ¿sabe?, atracó a la banda un manterío de moros, que venían argunos d'ellos echaítos como una marea der Pino, y otros arrastrando el ala alreor, igualitos que palomos de piso. A

farta de banca, pues tóos trinquemos la asentaera —dispensando— contra el marisco. Los más corajientos, reviremos como panchonas. Argunos —¡no nombro a naidie!, ¿oyó, patrón?— agarraron na más que respeto, ¿sabe?, y tan solamente se engrifaron como machos salemas...

El del relato pidió un buche de agua y prosiguió.

—Asín estuvimos tablas, ¿sabe?, hasta que quisieron quitasle la ropa a Manué...

—¿Pa qué? —interrumpió el Mestre, sin darse cuenta de que la pregunta sobraba.

—¿Cómo que pa qué...? ¡Mañas de esa gente, ya usté sabe...! Pues resurta de sée, usté, patrón, que entonces Pepe er de Chana gritó, dise: «¡Arriba de eyos!». Y les caímos, ¿sabe? Pero eran tantos, y a los esperridos que daban los arreforsó tal insalla, que esto, que nos entramallaron en un dos por dos. ¡Asín fue, en buena fe, Mestre Migué! Nosotros no los provoquemos. Lo que no quisimos fue dejarnos, eso sí...

—Pues ya...

Miguel mandó levar y emproar a la isla, recalando en La Luz, con el trapo remendado y un tiempo alegre, antes de pintar la aurora de un día que fue el más ajelioso de toda su medio cavilosa y totalmente perra vida. Cuando llegó, naturalmente de improviso, a su casa, la encontró «con gente». Entre la calentura que

> traía y aquel... hospedaje, se le vino la sangre al tino, quedándose como un pollo colgado.
>
> Sobre lo que pudo pasarle —o no— a Manué lo dejamos para otra ocasión... que hay ropa tendida...[62]

La costa, que luego sería conocida como el banco pesquero canario-sahariano, uno de los caladeros más ricos del mundo, era la despensa de proteínas de las islas. Un caladero que propiciará una destacada industria conservera en Lanzarote y Gran Canaria hasta que la salida de España del Sáhara Occidental acabe con la flota artesanal canaria y, por ende, con las industrias transformadoras asociadas. A lo largo de las tres primeras décadas de siglo —espacio temporal en el que se sitúan gran parte de los cuentos de Monagas—, la costa no solo juega un papel esencial como despensa, sino como fuente de trabajo para personal no cualificado académica o técnicamente —es decir, para la mayoría de la población de entonces—. La flota pesquera canaria daba trabajo a marineros, patrones y mecánicos profesionales, pero también a muchos trabajadores ocasionales. Es el caso de Monagas, cómo no, quien, a pesar de resistirse, acaba siendo protagonista o testigo de aquellos viajes al Moro o a la Corvina. De la dureza del trabajo da cuenta «De cuando Pepe Monagas estaba en tres», aunque podríamos traer otros muchos. Cuento que acabará conformando, con las mil y una que arguye Monagas para no bajar a la costa en el famosísimo

62 Guerra Navarro, *Memorias...*, 2010, pp. 150-151.

entremés *A la costa, ¡ni amarrao!*, estrenado en una fiesta privada en el Teatro Pérez Galdós en enero de 1945. Esta variable marinera de nuestra cultura —con sus maestros y sus roncotes con boinas romas del marote— ha pasado ya mayormente al olvido en este tiempo europeo que vivimos.

C.3. En estado de guerra

La infancia y la juventud de Pancho Guerra estuvieron marcadas por las guerras. O mejor sería hablar de un permanente «estado de guerra». Tras las de Cuba, llegará la del Rif, que marcó durante quince años —entre 1911 y 1926— la política interior y exterior española. Pero más allá de las levas de reclutas isleños para el norte de África, y de los «episodios» apuntados, el mayor impacto social llegará con el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). A diferencia de lo que ocurrirá en España, la guerra submarina entre ingleses y alemanes en el Atlántico Occidental provocará una seria crisis económica derivada del bloqueo a las exportaciones canarias de fruta. La no beligerancia española generó una situación de indefensión en Canarias que ya pusieron de manifiesto tanto Saulo Torón como Tomás Morales. El isleño, cuyos medios de vida dependían casi exclusivamente del Imperio Británico, pronto tomaría partido, segregándose en dos bandos —aliadófilos y germanófilos— hasta tal punto que cuando se bañaban en Las Canteras ponían la toalla en distintos lugares de la playa. Este es el trasunto de otro cuento, que se desarrolla en la costa, y cuyo final refleja, me-

jor que cualquier otro editorial, que al isleño, en su soledad, y ante los peligros de declararse «anglófilo» o «germanófilo», solo le quedaba encomendarse al Todopoderoso. No en vano, Teófilo significa 'amigo de Dios'... «De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería de Mastro Manuel Lorenzo el percance que tuvo La Frasquita con un submarino inglés». Los ecos de la crisis económica provocada por la Primera Guerra Mundial sobre Canarias se hicieron sentir durante una larga década. Y la deseada llegada de la Segunda República acabará *bichada* por el *crack* del 29, que abrirá una nueva crisis en las islas, a la que se sumará el golpe de Estado del 18 de julio de 1936. Las consecuencias de la Guerra Civil primero y del estallido de la Segunda Guerra Mundial después terminarán provocando graves distorsiones en el modelo agroexportador, que hasta entonces estaba más vinculado a Londres que a Madrid...

C.4. Memorias de África

A lo largo de todo este convulso tiempo, las comunicaciones entre Madrid y Guinea pasaban, ineludiblemente, por Canarias. Y no pocas familias isleñas se aventuraron allá —como lo hicieron otras tantas a América— en busca de un futuro mejor. Una relación, además, que era de ida y vuelta. Hablamos, por ejemplo, de que las élites guineanas mandaban a sus hijos a formarse en los colegios privados canarios. Pero nuestra sociedad ha hecho un borrado completo de aquella relación con aquella gente con la que compartimos bandera e idioma. Parece que nunca

existieron los lazos que durante más de medio siglo se trazaron con aquel pueblo hermano... y negro. La negritud, el racismo de la sociedad de entonces —no muy diferente del actual, seamos francos— quedará reflejado en algún cuento que hemos querido recoger. Lo mismo cabe decir de aquel aroma africano que aún en mi infancia se respiraba en Las Palmas de Gran Canaria, con pieles de leones tendidas al sol en los puestos del parque Santa Catalina, junto a idolillos del África negra —que todavía no se fabricaban aquí— o la memoria de aquel mono Felipe, aquel chimpancé que hacía las delicias de la chiquillería, fascinada de verlo fumar, en un parque zoológico que ya no existe... Parece que ha pasado un siglo.

Monagas deja memoria de aquella convivencia del isleño con animales salvajes que, traídos del continente y de camino a Europa, quedaron aquí por mor de la casualidad o del capricho de algún isleño. De esta huella del África negra en nuestra ciudad quedan los cuentos del león —«De cuando a Pepe Monagas le dio un insulto por mor del león del parque»—, las diferentes referencias a loros —«De cuando Pepe Monagas le levantó el loro a D. Graciliano»— y a las machangas (las monas) —«De cuando Pepe Monagas tuvo una machanga que era como unos fríos y calenturas, la guerra y la cigarra, todo junto»—. Naturalmente, huelga decir que no existían entonces limitaciones de ningún tipo en el tráfico de animales. Más correcto sería decir que no había ningún tipo de limitación sobre ningún tipo de tráfico en África... Dejémoslo ahí.

C.5. La lejana metrópolis

Las cuatro esquinas del mundo de Monagas —Cubita la Bella, Venezuela, la costa y Guinea— se cierran en los cuentos de Pancho Guerra —como también el periplo vital de su autor— en Madrid. La metrópolis había sido el destino de las élites culturales isleñas desde nuestros primeros ilustrados, ciertamente. Pero será a partir de mediados del XIX cuando una incipiente burguesía isleña sitúe a parte de sus mejores activos en la capital del reino. Recuérdese el papel jugado por León y Castillo. Para los comienzos del pasado siglo, la *intelligentsia* canaria tenía sus satélites en Madrid y parte de nuestros literatos —al socaire de Pérez Galdós— comenzaban a publicar allá. Además, el estallido de la Guerra Civil, primero, y de la Segunda Guerra Mundial habían cerrado a los isleños todas las puertas de las capitales europeas —París, Londres, Berlín—, lo que motivará que a lo largo de los años cuarenta y cincuenta se consolide una importante colonia de artistas y escritores en Madrid. Y es precisamente en ese contexto en el que Pancho marcha allá. Marcha de la que también Pepito Monagas dejará su memoria en varios cuentos, pero de la que queremos dejar escoger —por lo que destila de la bonhomía y la paciencia del madrileño de a pie de aquel entonces— en «De cuando Pepe Monagas le cogió miedo a una guagua madrileña».

D. Los círculos de una sociedad concéntrica

D.1. El isleño y la alta cultura

En esta panoplia que Guerra nos ofrece, a través de los ojos de Monagas, de la sociedad insular, toca ahora abordar el espacio cultural en el que se movió el propio escritor. Las élites isleñas —especialmente la de Las Palmas de Gran Canaria— habían venido dando muestra de su pasión por la música desde mediados del XIX, pasión que nace de la ingente labor realizada por la Capilla de Música de la Catedral de Canarias desde la conquista española. Pasión que compartirá con el teatro, canalizada a través del Pérez Galdós. Para el tiempo de Pancho Guerra, el mundo de la cultura era un reducto tomado abrumadoramente por la pequeña burguesía con una mínima representación de la clase trabajadora. Escenario que, cien años después, no ha cambiado sustancialmente, pero ese es otro tema...

Monagas acusa en sus cuentos la melomanía de una ciudad que se benefició del continuo tráfago de intérpretes y de compañías de ópera camino de La Habana o Buenos Aires. Sabemos que la música jugó un papel importante en la vida de Guerra. Y sabemos también de su interés por músicos como Grieg o Sibelius, a quienes llegó gracias a su amigo Tommy Christensen, de quien Monagas dejará este breve boceto:

> El forastero era una mezcla curiosa de juerguista y de hombre trabajador, de comerciante

> oportuno y duro y de artista enamoriscado y bohemio. El estuche que traía, además de las maletas, contenía un violonchelo, que tocaba primorosamente. Recuerdo dos nombres de músicos preferidos por míster Robert, y a los que yo acabé por aficionarme también: Grieg y Sibelius. Los dos sonaban a mar, a mar en silencio o alborotado y sombrío, a silencio también de montañas en calmas grandes y hondas, o alteradas por el paso del viento. Daban también la sensación de lucir como entre dos luces, el día entregándose y levantándose la noche. Resonaba aquella música dulce y grave, al tiempo, en todo el hotel, al que el estilo apacible y en cierto modo finchado de los huéspedes convertía en un rincón pinchudo para la paz y el descanso.[63]

La música es probablemente el único asunto serio en este mundo para Monagas, quien se solaza en la admiración de un intérprete, en la calidad y en el papel del sonido en el equilibrio humano. La música es la única fuerza capaz de romper las barreras del tiempo y devolver al *endeviduo* algo de claridad aún en medio de la borrachera, como vemos en «Los golpes de Maestro Pepe Monagas: "Como un piano..."». Pancho, fascinado por la cultura popular, se recrea en otro cuento acerca de la calidad de la voz de Mastro Chano: «De cuando Pepe Monagas le confundió la giba a Mastro Chano». Guerra llegará a escribir un

63 Guerra Navarro, *Memorias*..., 2010, pp. 266-267.

maravilloso cuento en el que el compositor y director de orquesta francés Camille Saint-Saëns —que dejó en la isla rastro de su presencia— alcanza la santidad. Entrega que, de buen seguro, no debió gustar mucho a la jerarquía de la Iglesia católica del momento: «De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería de Maestro Manuel Lorenzo una historia con un sentimiento como una malagueña». La música tenía un poder redentor..., incluso social, para el Pancho Guerra de aquel tiempo difícil. Hay dos cuentos que recogen la creación de una banda de músicos menestrales en tiempos de la Segunda República por parte del Maestro Fleitas, «un isleño melómano y liberal»: «De cuando Pepe Monagas le descubrió a un alcalde quién era 'relleno'» y «De cuando Pepe Monagas le arregló el mombaldino a Mastro Carlos Talavera». Serán estos algunos de los pocos cuentos en los que encontremos huellas de la promesa de progreso cultural que la Segunda República no llegó a poder cumplir por la Guerra Civil.

Pancho escribió otros muchos cuentos con la música como eje central, muestra de su profundo interés por este arte. Las tertulias en las que se discutía acaloradamente de música y —otra vez— el mundo de las bandas municipales son el escenario sobre el que Guerra acecha para afilar sus dardos contra la pasión insular por la crítica musical: «De cuando Pepe Monagas discutía que la Banda de Santa Brígida era mejor que la de Madrid».

La crítica, a la que siempre fue —y sigue siendo— tan aficionado el isleño, se une a otro de los ejes de su vida, el teatro, el gran salón de la isla, como podemos

ver en «De cuando Pepe Monagas fue a gozarse *La tempestad*». Del conocimiento de Monagas del interior del Teatro Pérez Galdós —conocimiento debido al continuo tránsito de su autor— y del elogio a las pinturas de su admirado Néstor Martín-Fernández de la Torre quedará el memorable «De cuando Pepe Monagas se cayó por las escaleras del teatro».

Con una presencia menor, pero también destacada por la propia afición del escritor al mundo del cine, Monagas refleja en algunos cuentos el perfil de aquella pequeña ciudad de provincias envuelta en la miseria, pero cuyos habitantes no pueden dejar de acudir a aquellos cines que entonces había en cada uno de nuestros barrios. No olvidemos que entonces no existía la televisión... En una de sus recaladas, el cine y la represión férrea ejercida por la censura y la Iglesia a cualquier contenido erótico se juntan en un cuento que culmina con una imagen ciertamente perturbadora: «De cuando Pepe Monagas le metió un guapido a un operador de películas por mor de la Bertini».

Pero, por encima de su pasión por el cine, el teatro y la música, Guerra era un animal social que remoloneaba desde chico por los alrededores del Mercado de Vegueta a la busca del último cuentajo. Pancho conocía bien las entretelas de Vegueta y Triana y la personalidad de cada uno de sus riscos y barrios. Una ciudad que se congregaba en torno a una serie de pequeñas asociaciones —las sociedades— que aún se regían —más o menos— por los principios democráticos anteriores a la dictadura. Eran las animadas sociedades de los barrios, que Pancho siempre

prefirió frente a la mansedumbre de los socios del Gabinete Literario. Sociedades en las que se desataban las más profundas pulsiones y en las que se podía disfrutar de las mejores interpretaciones del genio actoral del isleño. Ni más ni menos que como sigue sucediendo ahorita mismo en las reuniones de comunidades de vecinos. De la efervescencia de aquellas sociedades dejará Guerra buena nota en «De cuando Pepe Monagas estuvo en una junta de líos por mor de una *miss*».

D.2. Las preocupaciones del común: del fútbol, del Pino y de los carnavales

Si las sociedades y el mundo de la alta cultura no dejaban de ser un escenario en el que cada personaje desplegaba y recogía sus velas —algo que no ha cambiado—, los deportes brindaban durante la dictadura la única oportunidad de desborrifarse en público al común de la población. Para eso estaban los estadios de fútbol según Monagas, furibundo marinista —esto es, seguidor del Marino Fútbol Club—, las peleas de gallos y las carreras de galgos, en las que, además, siempre podía caer alguna peseteja en las apuestas, permitidas o no. Abundan los cuentos de todo ello, especialmente del fútbol, lo que no tiene nada de particular habiendo trabajado Pancho en cabeceras que llevaban por título *Ases de fútbol* y *Canarias Deportiva*. El fútbol, traído por los ingleses, enraizó bien pronto en Gran Canaria, fundándose el Marino en mayo de 1905. Sobre este deporte merece reseñarse «De cuando Pepe Monagas fue *refre*

de un partido de fútbol Tafira-La Calzada». Hay uno en el que se mezclan galgos, fútbol y una excursión en correíllo a Santa Cruz, especialmente sugerente: «De cuando Pepe Monagas le pipió 900 pesetas a Venturilla el Taita».

Otra de las excursiones —junto con el viaje a Tenerife— que fascinan al común insular desde la noche de los tiempos es la peregrinación al Pino. El Pino siempre fue —y sigue siendo— una tradición que anudaba las promesas a la Madre por la salud de la familia con el timple, el requinto y la guitarra. Todo regadito, eso sí, con abundante agua de caña al oscuro de la subida nocturna a Teror. Guerra sabrá sacarle astilla a esta fiesta hoy de carácter insular en un cuento —en el que en ningún momento se cuestiona el trasfondo de la fe a la Virgen del Pino— especialmente picante para aquel entonces: «De cuando Pepe Monagas fue al Pino con Rafaelito, el de la tienda, y otro personal».

Pero en donde realmente el isleño encontraba —y encuentra— su quinta esencia era durante el carnaval. Prohibido por el régimen del general Franco, Guerra traerá el desparrame carnavalero a sus cuentos como memoria de una libertad perdida. Un carnaval muy distinto al de hoy, que se resolvía con unas pocas telas, con mucho relajo y que no pocas veces acababa en trompada. Hay tres cuentos que ilustran perfectamente aquel mundo perdido: «De cuando Pepe Monagas se disfrazó», «De cuando Pepe Monagas tuvo un direte con un tartanero» y «De cuando Pepe Monagas le metió su huevo clueco a Manolito el Lalgo».

D.3. ¡Va-mos-loh!

Pero si el fútbol, el Pino y los carnavales eran los tres grandes momentos de la vida del isleño, el transporte público —en una sociedad en la que el coche era privilegio de unos pocos— era la esencia misma de la cotidianidad. La vena que mantenía a aquel cuerpo social en movimiento. Además, el transporte público era un singular igualador social, ya que allí podía el isleño destilar en público su mal tabefe, que diría Monagas. Aquellas destartaladas cacharras le servirán a Guerra para revelar todo su inmenso potencial como director de escena de unos cuadros y actos irrepetibles que se desarrollan primero sobre tartanas para ir sobre tranvías o Pepas hasta llegar a las jardineras. Podría decirse que la guagua y sus mencionados ancestros acogen el mejor geito del insular teatro, con sus entradas, golpes y mutis en los que los pasajeros son al mismo tiempo privilegiados actores y espectadores aficionados... Y todo eso mucho antes de la aparición de esos móviles que, a toda potencia, nos acompañan ahora desde el asiento de atrás incluso si no queremos... El rebumbio, la entrada y salida de personajes, con sus vestimentas, sus olvidos, sus querencias y sus miserias, encuentran en los cuentos dedicados al transporte colectivo una de las mejores expresiones de la condición insular. De algunos de estos cuadros vivientes hemos querido dejar memoria en el célebre «De cuando Pepe Monagas venía del Puerto en el tranvía» y también en «De cuando Pepe Monagas no le pudo dar el siento

en la guagua a Casnasionita la Guirra porque tenía un reoma en la cintura».

E. Una sociedad paralela: brahmanes e intocables

E.1. Brahmanes con pasaporte británico

Paralelos a todo este mundo en el que gobiernan los señoritos del Gabinete y los peninsulares y ponen su fuerza de trabajo el resto de los isleños, conviven en los cuentos de Monagas otros mundos. Mundos que se encuentran en los márgenes. Protegidos por la libra y el pasaporte británico, los primeros. Arriba. Y desprotegidos de toda asistencia los últimos, integrados por una amalgama de colingos, santiguadoras y jarandinos. Abajo.

El desarrollo del puerto de La Luz y de Las Palmas había convertido lo que hasta finales del siglo XIX era un pueblo grande en una ciudad multicultural. Bien es cierto que, desde la conquista española, la presencia de genoveses, malteses, portugueses, británicos, flamencos y alemanes fue una constante en nuestra ciudad. Por no mencionar la presencia también amplia de esclavos negros de la Guinea, de berberiscos y criollos y mestizos de toda clase y condición. Nunca fue la nuestra una ciudad de una lengua única. Pero el desarrollo del modelo agroexportador hacia el Reino Unido a finales del XIX —que llegó a controlar todos los resortes económicos de las islas hasta el golpe de Estado de 1936—, así como el turismo ocasionado por ser lugar de fondeo obligado para el imperio colonial británico —y en menor medida francés y

alemán—, dibujaban una ciudad en los años treinta en la que encontramos fotógrafos y camarógrafos de la UFA, músicos escandinavos tocando *jazz* y, por supuesto, la colonia británica propietaria de las grandes compañías. También desde finales del siglo XIX las tiendas de los «indios» de Triana ofrecían las mercancías más exóticas que cualquiera pudiera desear, desde sedas y porcelanas chinas, mantones de Manila y alfombras hasta marfiles y mil y una piedras preciosas. Piedras que franqueaban a los miembros de la comunidad indostánica el paso a través de los mil puertos que entonces mantenía latiendo el Imperio de Su Majestad Británica. Las tiendas de los «indios» ofrecían al recién bajado del Yeoward o del Castle el perfume del lejano Oriente sin salir de África. Y, naturalmente, estas tiendas —de británicos de pasaporte— eran el destino obligado para los otros británicos —los blancos— que llegaban al Puerto de la Luz. Y cómo no, quién mejor que Monagas para cerrar aquel beneficioso círculo, como leemos en el cuento «De cuando Pepe Monagas tuvo un liíllo con un negro». Cuento en el que muy hábilmente Guerra confronta los modales de la élite británica —que jamás hubiera utilizado la despectiva expresión *nigger* sino el también despectivo, pero *polite*, *coloured*— con la retranca del isleño, que —conocedor de aquel código no escrito— azulea en última instancia al negro. Naturalmente, y por seguir con los colores, nada de esto blanquea el racismo que rebosa todo el cuento. Y que entonces era moneda común, tanto para los británicos como para los isleños.

Los turistas a los que Monagas acerca a Triana son una fuente inagotable de quintadas, como puede seguirse en el cuento «De cuando Pepe Monagas no le hizo el gusto a un turista». Cuento que nos sirve, también, para introducir en la ecuación al Monagas más auténtico, el Monagas tartanero, que protagoniza un sinfín de historias, porque por la tartana de nuestro isleño, como por la guagua, desfilan turistas, indianos e isleños. Un buen ejemplo de ello es «De cuando Pepe Monagas, siendo tartanero, tuvo que llevar a un hombre como un castillo». Cuento que revela, una vez más, la profunda bonhomía y también la resignación estoica ante lo inevitable de nuestro protagonista. O mejor cabría decir, de su caballo.

Naturalmente, las ventas de pájaros palmeros pintados de amarillo como «canarios» realizadas al socaire del cambulloneo y otras diabluras para conseguir alguna libra que llevarse a la boca quedaban reservadas para las aves de paso... Y sobre esto también hay numerosos cuentos. Aunque Monagas no podrá resistirse a tratar de levantarle siete duros —un dineral en 1946— «a un inglés radicado en la ínsula y bien agarrado a ella por su boda, sus negocios y el gusto que le cogió al temple propio de nuestro clima, miembro de la colonia local» en su cuento «De cuando Pepe Monagas le destupió el *vate colose* a un inglés en Lunes de Carnaval, señaladamente».

E.2. Los intocables: colingos, santiguadoras y jarandinos

Y si los británicos ocupaban —el imperio obligaba— la cúspide de la sociedad insular de aquel tiempo, Monagas no se resiste a llevarnos de la mano hasta la otra esquina, la más oscura. Allá en donde, justo un escalón por debajo de donde se encontraba nuestro protagonista, malviven los intocables de su mundo: los colingos, las santiguadoras y los jarandinos. Grupos sociales encerrados en sí mismos y sujetos a las sospechas de la Guardia Civil, los primeros; a las sospechas de la Iglesia, los segundos; y a las sospechas de todos, los terceros.

De los primeros, que siguen ocupando los bordes de nuestra sociedad —aunque sigamos sin querer verlo—, dejará escrito Guerra en su *Léxico*:

> *Colingo, ga*.— Nombre con el que son conocidos los naturales de un pago troglodita llamado Cuevas Caídas —popularmente, «Cuás Quías» y «Cuás Cáidas»—, enclavado en la fuga de un risco por los altos del pueblo de Tejeda, del centro de Gran Canaria. Se presume que sus elementales viviendas fueron morada de los primitivos canarios: unas cavernas abiertas en la roca, alguna de hasta tres cuerpos, frescas en verano, cariñosas en el regular invierno. A ellas pudieran haberse acogido, en algún viejo y desconocido momento de la historia de la isla, algunas parejas gitanas tiradas sobre aquellas riberas por las mareas de la vida, mareas que

ayudarían sus errabundas tendencias como ayudan las de la langosta cuando se arrima en busca y espera de la pleamar, dejándose llevar luego a que salga lo que saliere, con tal que verdee. Las características raciales y étnicas del *colingo* parecen abonar esta presunción. Ellos son espigados, magros y moreno-cetrinos, de ojos y pelos negros, de expresiones muy marcadas y vivaces. Las hembras, en general bellas, andan con la misma voluptuosa pereza de sus presuntas ascendientes. El *colingo* se muestra espontánea y sencillamente altivo; no gusta de atarse a leyes ni a trabajos de larga duración, burlando las servidumbres habituales con recursos y malicias de pura esencia picaresca. Carecen de remilgos e intolerancias en cuestiones de moral social, cruzándose entre ellos sin aparato y sin entrecejos, al modo simple de sus vecinas de riscos, las palomas silvestres. En sus escasas bodas y en otras diversiones son animosos, jaraneros, bebedores largos y por parejo: lo mismo el hombre que la mujer beben en las convidadas de sus *taifas*, sin que ellas hagan ascos al ron, por ejemplo. No son, sin embargo, tipos broncos ni suspicaces y de prontas navajas, como los de su supuesta casta, tal vez ahormados por la dulce temperie insular. Más bien caen en anchas y francas complacencias, con un sentido elementalmente sabio de las necesidades, las del hambre y las otras, también mandadas y del mismo apremio. Con los *colingos* poco tiene que ver la Guardia Civil,

> como no sea para cosa de mozos que están en quintas y no aparecen... Se ganan la vida trabajando a salto de mata, o con el mismo brinco, pero sin sudar para un amo: cogiendo resina y tea en los pinares, cuando tienen gana, ayudando en ciertas recolecciones, como la de la almendra, y pidiendo —esto exclusivamente los hombres— por esos caminos, a los que se tiran con ropas exprofesamente desastradas —«el terno de piír», como ellos llaman—, dirigido maliciosamente a provocar la conmiseración. Si en este errar mendicante se viene a mano una gallina más o menos centrifugada, o un cabritillo sacado por sus retozos al terreno de la ocasión y el goloso instinto gitano que parece bullirles en la sangre, es casi seguro que el *colingo* salta, cobra pieza y sale luego ligerito, vereda adelante.[64]

Respecto a las santiguadoras, Guerra será uno de los primeros que lleve sus *resaos* a los papeles. Este alumbramiento de la cultura tradicional a la literatura tendrá su repercusión en la historia de nuestra historia del arte, como bien supo ver la escritora y periodista Margarita Sánchez Brito. Los santiguados y los rezados eran entonces hábitos comunes para la mayoría de la población, como lo eran los esteleros, que «componían el pomo», los huesos dislocados o los músculos desgarrados. Su nombre, «esteleros», venía de las esteras de palma sobre las

64 Guerra Navarro, *Léxico*..., 2016, pp. 212-213.

que acostaban al paciente para recibir una suerte de masajes en el interior de unas viviendas terreras ante las que el común hacía cola. Pacientemente. No había entonces fisioterapeutas. Ni entrenadores personales. Tampoco centros de salud. Las necesidades más perentorias se ventilarán aún en los sesenta y setenta en unas casas de socorro en donde un practicante, una camilla y una luz amarilla de neón que nunca acababa de apagarse del todo eran el único consuelo. Tampoco había muchas ambulancias. Y los accidentados eran montados en coches a la carrera con un pañuelo blanco al viento que llevaba quien acompañaba al herido hasta el Hospital de Nuestra Señora del Pino —abierto en 1964—. El único que había en Gran Canaria tras quedar atrás el Hospital de San Martín, claramente obsoleto tras varios siglos de uso. Quedaba también la asistencia de los médicos privados, que realizaron una enorme labor en pro de la salud de la isla con unos medios más que limitados, tercermundistas. La muerte, en un país sin antibióticos aún para la gran mayoría entonces, acechaba en cualquier esquina. Y las santiguadoras al menos daban consuelo espiritual ante cualquier desgracia. Que no era poco.

Aquel era un mundo en el que se confundía la huella prehispánica con la herencia de los esclavos negros de los ingenios de azúcar y el retorno de la santería cubana a través de los indianos; un mundo que la burguesía isleña desdeñaba con la boca chica como cosa de ignorantes —pero a la que también acudía— y que hará su aparición en nuestra plástica de la mano de Antonio Padrón a comienzos de los

sesenta. Margarita Sánchez Brito, buena amiga del pintor galdense y también de Pancho Guerra, situará el origen de su serie de cuadros «de brujería» en los textos del escritor de Tunte.[65]

La referencia establecida por Margarita Sánchez Brito del origen del ciclo de las mujeres que no podían concebir en las *Memorias de Pepe Monagas* habla de una rápida recepción de un libro que se publica en Madrid en 1958 y que tendrá una importante repercusión en el ámbito literario isleño. Varios fragmentos de las *Memorias de Pepe Monagas* acabarán teniendo su eco en varios cuadros de Padrón de los primeros años de la década de los años sesenta del pasado siglo.[66]

En esta visita guiada que Guerra nos brinda por los márgenes —mejor sería decir los marginados— de aquella sociedad, nos queda finalmente tratar de los jarandinos o jarabandinos, término con el que se refería a aquellos comerciantes de origen palestino, libanés o sirio y de idioma árabe que llegaron a estas islas al calor del Imperio Británico, iniciándose su presencia a mediados del siglo XIX. Familias que vivían del comercio a pequeña escala; algunos de aquellos grandes emprendedores llegarían a alcanzar fama —que no dinero— como Pepito el Árabe en la Arucas de mediados del siglo XX. Esta comunidad crecerá considerablemente tras la creación del Esta-

65 Sánchez Brito, Margarita: «Los cuadros sobre brujería de Antonio Padrón», *Hoja del Lunes*, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de noviembre de 1962, p. 2.

66 Véase Guerra Navarro, *Memorias...*, 2010, pp. 100-103 y pp. 126-127.

do de Israel en 1948, fecha en la que también arribará un importante número de personas de la comunidad indostánica tras la partición de Pakistán y la India en verano de 1947. Monagas sabrá diferenciar entre estas dos comunidades históricas de nuestra isla. Sus jarandinos, a diferencia de los «indios», vivían en portones colindantes al de Monagas y apenas sí tenían para comer. A fin de cuentas, muchos de los que llegaron a finales de los años cuarenta no fueron otra cosa que familias de refugiados que por acá encontraron cobijo:

> Un día descubrió Pepe un olor a potaje que daba gusto. Le buscó la madre y se halló con que en el tabique que dividía el cuarto de Ventura del de la derecha había un bujero por el que entraba y salía franco un puño. Por ese bujero se colaban los olores de ese potaje. Se informó. Al lado vivían dos jarandinos, que todo lo que ganaban vendiendo se lo comían en guisos. Ponían el caldero a las once, casualmente debajo del mechinal, con buen fuego, cerraban la puerta y se iban hasta la una.[67]

Del fundamental papel de los comerciantes jarandinos e indios —hijos todos al fin del Imperio Británico— en la conformación de lo que fue la ciudad a la que cantara Tomás Morales, poca memoria queda. El cambio de modelo económico a finales de la dictadura, que supuso el fin *de facto* de los últimos restos del

67 Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, pp. 304-305.

tardofranquismo y la entrada de las islas en la Unión Europea, acabaría con aquel comercio que llenaba calles del Puerto y de Triana. Es una lástima que la memoria de grandes personajes como Ramchand Bulchand haya quedado en el olvido.

F. Los cuentos del hambre

A lo largo de los cuentos de Pancho, aquí y allá salen de las sombras ecos de las crónicas de Alonso Quesada, escritor del que Pancho siempre se sintió un profundo deudor. Pero detrás de todas aquellas visiones de aquel mundo —debajo, mejor debería decir—, Pancho proyecta una visión amargamente crítica del tiempo que le ha tocado vivir. Los cuentos de Monagas son el conduto para un tiempo de miedo y miseria.

Pancho, no debemos olvidarlo, escribe *desde arriba*. Él es un bachiller en un país de analfabetos. Es un periodista en una sociedad que malamente puede escribir una carta desde la emigración —como vimos en «De cuando Pepe Monagas recibió de La Habana a su cuñado Manolito Bordón»—. Pancho es un intelectual que frecuenta la Escuela Luján Pérez y amigo de otros grandes del momento como el pintor Felo Monzón —quien realizará dibujos para sus ediciones—, la actriz Paquita Mesa o el músico Tommy Christensen, miembro destacado de la colonia extranjera en la isla. Y será, precisamente, esa condición de intelectual comprometido —y socialista— lo que le lleve a poner de manifiesto la situación en la que malvive gran parte de la población.

De una manera sutil, pero decidida. Pancho no se pone de perfil ante el drama del paro en los años de la posguerra. Palabra que no solo traía el hambre, sino también la vergüenza a todos los miembros de la casa. Palabra tabú que apenas si se menciona de pasada en cuatro cuentos entre más de quinientos... Y así, leemos:

> «Llevo aparao más de seis meses. Le ha dicho que se aguante y no hay forma».[68]

> «Su marido estaba en paro y había que recomendarlo para que lo enrolaran con destino a una zafra en puerta».[69]

> «Cogió el accidente a Monagas en un parón, que el caballo de la tartana al mou se comió un periódico con un artículo subido de los de la División de la Provincia y agarró un empacho que por poco no la cuenta. Y el hambre es muy mala consejera, caballeros. Pepe leyó el anuncio, se enredó la manta a la cabeza y se

68 «De cuando Pepe Monagas le 'mejoró' el lío de la trampa de la luz a don Esteban El Baifo», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria, [21 de enero de 1946], en Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, pp. 307-310.

69 «De cuando Pepe Monagas le barruntó una desgracia a Sunsionita La Morena», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria, marzo de 1947, en Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, pp. 453-456.

> presentó al señor Magnani en el escenario, a horas de ensayo».[70]
>
> «Un tiempo que estuvo baldado de una redoma, que se le fechó en una rodilla y lo aparó por más de dos meses entre la cama y una butaca, tuvo una idea. Llamó a mi comadre».[71]

Paro que es el estado natural de Monagas y de otros muchos como él, obligados a ganarse la vida con los célebres cáidos: aquellos «pequeños ingresos producidos por oportunidades, chapuzas o negocillos de lance», como dejara escrito Guerra. Un estado que se había convertido en estructural entre el proletariado rural desde finales del siglo XIX, como nos cuenta Monagas en sus *Memorias*:

> Los de mi casa no eran labradores. La tierra que poseían, fuera de los lindones de aquella del cementerio que nadie habría de discutirles, eran cuatro arrabalillos con tuneras y garranchos. Estaban a los cáidos. Por ejemplo, ellos como pedreros o vareadores de almendra y aceituna, por su tiempo; ellas, como apaña-

70 «De cuando Pepe Monagas sustituyó en el Cine Cuyás a una italiana, menuíta ella», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria [sin fecha], en Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, pp. 518-521.

71 «De cuando Pepe Monagas, estando baldado de una redoma, puso una escuelita de noche en el Risco», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria [sin fecha], en Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, pp. 529-531.

doras de tales frutos. Trajinaban también la cochinilla o echaban manos de relance en casas ricas, por fechas o casorios. Los días que sobraban, que eran los más, dedicábanlos al pinar. De antiguo hacía mi gente carbón, cortaba timones, sacaba resina, preparaba manojitos de tea, en una emperrada y brava pelea contra los guardamontes y la pareja...

Ya sabe usted el dicho viejo: «Con el humo, la candela deja el rabo fuera». Y era humo en el bosque, no solo el penacho negro que levantaba la hoya ardiente, sino los golpes del hacha, que el silencio fino de los altos llevaba lejos, por en medio de ese arrullo de palomos que tiene el pinar, hasta las orejas alerta de los que lo celaban. Había que montar vigías en las ramas más desarboladas, había que silbar largo desde los cerros para cantar «moros en la costa» del monte... Si las cosas marchaban y caían los altos leños, buenos para carbón, o los gajos y pinos nuevitos, amañados para timones, el trajín habría de hacerse de noche, sacando al oscuro las bestias —algún mojino lamparoneado de mataduras, una muleja huesuda y resoplante— del camino real a los veredos y atajillos desriscados, de maltranco inclusive para cabras. Si la noche estaba de sorimba y ventanero, miel sobre hojuelas, porque los de la guarda se embujeraban, seguro. El penoso tiempo ayudaba también a las ganancias, ya que, enchumbada la carga negra, luego rejundía más en la romana.

> Así salían y llegaban lejos el carbón de pino, las varas tiernas, los haces vivos y olorosos de la tea... Luego había que regresar por los mismos senderillos de cañada, los más a trasmano, porque en la cara y las ropas de los timoneros y carboneros, en los forros de las albardas y en el mismo pelo de las bestias, se agarraba como ladillas el rastro de la prohibida mercancía. Una vida perra como la madre que la parió.[72]

La falta de oportunidades laborales que obliga a la emigración es el bajo continuo que no vemos, pero que Guerra maneja con magisterio. En ese contexto, el incipiente turismo que llegaba a nuestra ciudad —a través del muelle solamente aún, porque el avión era un medio solo para los afortunados— era una oportunidad que no se podía dejar pasar. Los cuentos del Monagas tartanero que engaña sin maldita vergüenza al choni que baja del barco eran motivo de risa. La cosa era conseguir algunas libras con las que matar el hambre y quienes asistían a la comedia en el teatro o leían los cuentos entendían la situación perfectamente. *Primum manere*, ya se sabe... Los criterios morales se dejaban para los curas. Personajes, por cierto, que puntual y esporádicamente aparecen en forma de bondadosos hombres que nada tienen que ver con una jerarquía a la que no convenía jeringar por aquellos años de Pildain y tal y tal.

Pancho tampoco rehúye otro tema tabú, el hambre de la posguerra, con cuentos en los que Monagas,

72 Guerra Navarro, *Memorias...*, 2010, pp. 104-105.

de la gusa que pasa, llega a soñar con comida, como vemos en «De cuando Pepe Monagas soñó con el comerío». La comida es el gran protagonista de un breve mariposeo que mantuvo Monagas mientras era novio de la que habría de ser su mujer, Soledad. «De cuando Pepe Monagas le pidió un alfiler a una novia que se echó en la Marina». El propio Pancho llegará a incorporarse como uno de los personajes de un cuento en el que se ofrecen polvos para engordar: «Aquí tienen ustedee un cristiano que pesa naa más que 52 kilos y 300 gramos... De esto a las plataneras, no cabe una paja» y, efectivamente, sobre ese peso se mantuvo Pancho en sus años madrileños, según informes médicos... «De cuando Pepe Monagas puso a la venta unos polvitos para engordar ¡en tres minutos!, que se dice muy pronto». El cuento tiene su interés, además, por el perfil que traza de Monagas en sus primeras líneas:

> Mi compadre ha sido siempre un pillo, o un mataperro, pero no un aprovechón. Yo llamo aprovechón a aquel que, usando de mañas y jocico ratoneros y cargando traserito, va llenando, pasito a pasito, talegas, y comprando casas, más que sean terreras, y abriendo su cuentita en un banco, y prestando al réito con el 10 en el papel y el 20 en el bolsillo, como el que no quiere la cosa. Esto sí es aprovecharse. Pero buscarle a la vida sus tranquillos fáciles por una propensión alegre y bohemia, de la que uno no acaba de tener culpa, debiendo pegársele más bien al sino del endeviduo, esto

> es, si acaso, ser tiestillo, pero nada más. Mi compadre Monagas ha vivido siempre al día, más con el cielo y la tierra que con dineros cuantiosos, que él ni sabría ganar, ni sabría tener. Que se cree la gente que es fácil disponer de cuartos en mano, olvidando que tienen un mucho de burro resabioso, al que el maúro, con sus tranquillos y vicios cogidos, maneja medio que bien, pero que agarra, un poner, a un jinete improvisado y le mete un talegazo de los de Amador, que en paz descanse.[73]

En «De cuando Pepe Monagas fue, en la guardia municipal, jefe de los bomberos», Guerra se atreve a ir un poco más allá, para poner negro sobre blanco la envidia —ese pecado capital tan español— ante cualquier vecino que levantara un pizco la cabeza. Una descripción que raya en la crueldad, y que parece más un duro recordatorio de que es mejor parecer taita que no convertirse en un jediondo peninsular:

> Un isleño puede tener cara de sonso, de taita, de batata —como mejor cuadre llamarlo— y contar, sin embargo, con el muñequeo suficiente para crear e ir hinchando una talega bancaria llena de duros hasta el canto arriba,

73 «De cuando Pepe Monagas puso a la venta unos polvitos para engordar ¡en tres minutos!, que se dice muy pronto», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria, 5 de agosto de 1946, p. 4. Guerra Navarro, *Los cuentos...*, 2013, pp. 380-383.

y para comprarse tres casas en Las Palmas, un chalet en el Monte; una finquita enredadita en papeles de la curia, que vale veinte mil, un suponer, y se coge por un tostón, como el otro que dice, y un automóvil de los que suben por Pico Viento a 80 y como una seda. Es más: si el isleño tiene cara de sonso, de taita o de batata, está en mejores condiciones que el que aparenta espabilado para ese trabajo de pulpeo que pide la creación de una riqueza. Y tenemos el zorrocloco comercial, tan característico y abundante en la ínsula.

La cosa está, primero, en «colocarse», en coger puesto... Al principiar, da un resultado pinchudo cultivar una cara de bobático y sonreír a cualquier cosa pa ir cogiendo confianza. El isleño no es hombre que proteste de una condición o un trato de burro. Pero no le hace gracia que se le escarranchen arriba los «listos», los que «se la echan de listos». En el país, las tiendas más jediondas son las que han hecho de siempre el mejor negocio. Un bar, por ejemplo, si quiere sostenerse y mejorar, ha de tener convenientemente distribuidas dos docenas de cucarachas, tres de huesos de aceitunas, media de cáscaras de plátanos, cáscaras de manises y gambas y un olor. El olor de un retrete con un bombillo de cinco bujías, bien vestido de telas de araña, sin cadena para el agua, y que casi siempre exige ser alcanzado nadando. El amo debe estar atrás del mostrador, remangado y sosteniendo todo el santo

día la cara de buenazo y de infeliz que exige este cliente indígena, celoso hasta la ferocidad del bienestar ajeno.

¡Guay de aquel canario que ponga un timbeque, mejore y coloque empleados, mientras él va a ver a los que venden el coñac con un traje de lana y una cachorra sin grasa en la cinta! Ese va listo antes del semestre. El isleño pega enseguida a saludarlo frión, con el morro gacho y a quedársele mirando con el pescuezo cambado. Después comenta con el de al lado:

—¿Pero usté ha visto al jediondo este, que en poco más de náa y a costillas, está ya que no le cabe una paja? Pues si quiere ganar dinero, que se conquiste a los peninsulares. ¡Lo que es conmigo no cuenta![74]

A Monagas *lo que le jeringa son los abusos*, como dejó escrito Guerra.

G. La muerte, los velorios y los entierros

El personaje creado por el escritor de Tunte para representar al hombre de su isla puede «ser tiestillo, pero nada más». Guerra lo construye como un personaje sufrido que todo lo aguanta. Un hombro en el que se puede descargar el peso de las desgracias

74 «De cuando Pepe Monagas fue, en la guardia municipal, jefe de los bomberos», *Canarias Deportiva*, Las Palmas de Gran Canaria, [23 de septiembre de 1946], p. 4. Guerra Navarro, *Los cuentos*..., 2013, pp. 400-402.

de la vida. Un vecino de confianza al que se acude en plena noche tanto ante un parto sobrevenido como ante la muerte inminente de un compadre en «De cuando Pepe Monagas le caló una malura a Anselmo el Pichón».

La muerte, los velorios y los entierros suponen casi un género entre los cuentos de Guerra, que consigue convertir este mal trago que todos hemos de probar en un asunto cómico. Lo mismito que hará, años más tarde, Cho-Juáa en sus viñetas.

La muerte planea permanentemente sobre sus cuentos. Muertes por enfermedad. Muertes por accidente. Mi padre, que nació en 1934, me contaba que cuando era chico veía pasar delante de su casa los entierros de cajas blancas. La mortandad infantil era entonces tremenda en nuestro país atlántico. Y no había penicilina si no se compraba en el mercado negro. Las risas que levantaban aquellos cuentos eran las que permitían sublimar la miseria para convertirla en un mejor pasar... Conseguir arrancar aquellas risas en plena posguerra sin duda debió ser un acto heroico. Buena muestra de aquello son los cuentos «De cuando Pepe Monagas estuvo en el velorio de Rosendito, el de Sabé la Salpicona» y «De cuando Pepe Monagas anduvo en una traquina de entierro». Especial mención merece un entierro de un desgraciado en donde Guerra junta a «cuatro pollitos, cuatro hijos de gente rica, socios del casino y tal, pero con tendencias románticas y bohemias, su pizco cursis, pero aquí no se podía pedir otra cosa» con Monagas. Guerra, que nunca daba puntada sin hilo, nos recuerda que la muerte nos iguala

a todos en el cementerio, en una historia digna del mejor humor negro: «De cuando Pepe Monagas y tres más le jincaron su montada a cuatro pollitos de gente rica». Monagas, que tanto vale para aquellar un retrete como para hacer recados a los cotorrones de Vegueta, se revela especialmente indicado —quién lo diría— para organizar velorios de solteronas entraditas ya en años, como aparece en otros cuentos famosos. A Monagas su fama le abre tanto las puertas de los portones de San Nicolás como de las más noblejudas casonas de Vegueta. También las puertas del mundo oscuro.

H. Los círculos del infierno

Monagas, en su condición de paria social, de personaje descartado en el actual sentido de la palabra —que diría el anterior papa Francisco—, es el montacargas con el que Guerra nos ha llevado desde los palcos del Teatro Pérez Galdós, en donde anida la élite, para, tras dejar atrás a los blancos, negros e indios, llegar a la planta suelo, en donde comparte portones con colingos y jarandinos.

Pero Guerra —auténtico registrador de la propiedad insular— nos baja una planta más, hasta llevarnos hasta los garitos más oscuros de la isla, en donde la violencia campa a sus anchas. Cuanto más ponemos la lupa sobre los cuentos de Pepe Monagas, comprobamos que palabras como «gentinas» o «toletiadas» ocupan cada vez más y más espacio.

La isla es una sociedad violenta en la que los juzgados se llenan de testigos falsos y de juicios apala-

brados, en los que Monagas no tiene inconveniente alguno en participar por unas pesetas: «De cuando Pepe Monagas fracasó en la pesca de la aceituna» y «De cuando Pepe Monagas se pegó su opinión de abogado». Tribunales presididos casi invariablemente por peninsulares. Peninsulares que se revelan como el mejor partido para madres con hijas casaderas. Peninsulares que, al ser funcionarios, comisionistas o agentes comerciales de bancos o empresas españolas, son una promesa de un futuro mejor. Como vimos en el cuento «De cuando Pepe Monagas perdió la alfalfa de sus cuatro cabras», en el que doña Constanza echa aquel tremendo esperrido: «¿Mis niñas? Mis niñas no se casan con ningún batata de aquí. Mis niñas se casan con peninsulaaares...». Estos cuentos sobre pleitos judiciales —de donde saldría aquel célebre «si le digo, le engaño» de un testigo a un juez peninsular— se convertirán —las vueltas que da la vida— en los remotos antecedentes de su sección judicial en el madrileño *Informaciones* de los que ya se habló.

En estos cuentos, Pancho, simpatizante del socialismo insular antes del golpe de Estado, denuncia no solo la inoperancia de un sistema, sino su incapacidad de meter a viaje el profundo y turbulento submundo de la noche insular. Pilfos, balleneros, matones armados con revólveres cubanos..., la noche que Guerra dibuja —como la que Alexis Ravelo nos dejara— está muy lejos de esa imagen amable que todos queremos creernos:

No sepa usted las que se formaban con el atraque de los balleneros por tiempo de la pesca. Cuando arrimaban para repostar, botaban a muelles una manada de galiones rubios capaces de achicar todo el beberío de la isla, armando luego en tierra unos belenes de niñas y navajazos tan sonados que se mantenían en el comentario y el recuerdo casi hasta la nueva recalada. No había mejor —ni otra— medicina para esta arriada que el sargento Antúnez, *hombre de hierro* de la guardia municipal, sin más armamento que una macana de acebuche, pero que puesta en danza tumbaba marineros como quien varea aceitunas.

En cierto arribo de los tales barcos, el gentuallo que los servía fue tragando por los timbeques de la ruta, hasta cuajarse a orillas de la Recova Vieja. Espesos ya, emproaron el Seis de Copas,[75] que sabrá usted fue famoso echadero local de pilfos, arritrancos, felpudos, tiestos y velillos. Empalmaron los rubiancos con el deje de cuenta femenino que cobijaba la arrinconada y trapisondera casita. Allí estaban, entre otras, Juana la Jonda, María del Pino, Pepa la Cabo Blanco, Lolilla Boca Cambada, la Gran Canaria, Blasinilla la Pájara, Justiniana la Gustosa, Lola Dos Rayas Finas...

75 El histórico burdel Seis de Copas estaba en el pasaje de Pedro de Algaba, donde hoy se encuentra una de las dependencias de la Casa de Colón.

Llegada la noche a su mediación, y cuando pegaba a tumbar sobre la aurora, ellos se hartaron del pairo, largando trapo para la calle, proa a la plaza. Engolosinadas la Jonda, la María del Pino, la Cabo Blanco y demás lebranchos del famoso caletón, entraron seditas en rancho. Iban algo embulladillas, como le apunto, pero fueron sus mañas de gatas golosas, en ronda siempre de pescado en descuido, lo que las sacó con más fuerza de su recuesto. Abajo ya estaba todo trancado, mas el cierre era menos que hilo de carretilla ante una tropa de cazadores de ballenas desarretada y sedienta. Tiraron de naifes los marinos y en menos que se cuenta saltaron la pestillera del timbeque de Juan Gutiérrez, uno de la Portadilla, encajándose dentro y tomando ancha y plena posesión del bebedero.

Andaba de guardia por allí Ramón Mirabal, el Tumbaíto, de Agüimes él, metido de municipal por don Juan Melián, y que se hizo famoso por sus servicios «a la bartola». Siempre que estaba «de túsnio», como decía él, resultaba fácil encontrarlo despuntando un apoyito, inclusive de día. Y lo bueno era la flema con que enfrentaba las sorpresas. Cierta vez acertó a pasar el sargento Antúnez por la trasera del señor Barona: se halló a Mirabal acostado en la muralla, soñando con los angelitos.

—¿Qué hases jay? —le dijo Antúnez, luego de sacudirlo recio, porque no era mollar para volver de las zorreras.

—Cogiendo fresco, mi sagento —le contestó Mirabal, impertérrito.

Recuerdo también, a propósito del pintoresco guardia, que cuando le fueron a don Juan con la alcahueteadura de que su recomendado hacía el servicio sentado en los poyos y en los muros de la vieja ciudad, el ocurrente cacique dijo, lleno de la sorpresa y júbilo más guasones: «¿Sentado...? ¡Hombre tenemos!».

Volviendo al asunto. Cuando Ramón se despertó a la bulla de los balleneros y su ruin compaña de hembritas, se dijo: «¡Mueno...! Leva en puerta. ¡Deja mudarme...!», y tumbó tranquilito para el muro de la marea.

Pero alguien corrió a la Portadilla y le fue con el cuento a Gutiérrez. Este se tiró del catre desalado, vistiéndose con tal desatiento que se puso los calzones al revés: la bragueta en popa. Lo que luego le costó un susto cuando lo aflojó el miedo, y al acudir a la lantrera franquicia no entendía el trastrueque. Mientras le avisaron, se vistió y vino; llegó la volada del asalto a San Agustín, donde mi padre estaba de servicio.

—Chanito, tírese un salto abajo a la plasa —¡digo, si usté quiere!—, que esos marinos, que son de los balleneros ellos, le rompieron la pestillera a Juan Gutiérrez y se le han metido en el timbeque. Están con el ganao del Seis de Copas. ¡Dese cuenta...!

Gruñó el viejo; se sobó la cajeta, pensativo... ¡Asunto feo! Pero le gustaba cumplir. Al golpito, de una parte, porque siendo nativo no

podía quebrar el ritmo isleño; y de otra, por ver si entre tanto llegaba, se metía un jacío. Recaló por el lugar de la ocurrencia.

Al rebumbio y la gratuita mamanza que el asalto brindaba, habían fechado como lapas en peña algunos fulanillos del país, gente de cama tardía, amiga de las altas horas. Arrimó también personal frutero, que con entresueños y pizquitos de café aguardaba el alba. Entre estos maúros, suspensos en la puerta con las bocas como el túnel, estaba Pancho Sosa, el entonces Pollo de la Angostura, un galibardo nuevo y sano, con un poder como la máquina de la China, aunque sin mucho geito.

La manada de balleneros había calado a modo, pero sobre ser foniles podían beber belmontina y no necesitar ni bicarbonato. Manteníanse derechos, complacidos y jaraneros, rebrillándoles los ojos azules y rezumando por las bembas bebida y gusto. Fueron engodando a los indígenas —las mozas ruines echaron en ello su buena mano— y, como por arte del diablo, aparecieron timple y guitarra. Con dos docenas de voladores, aquello hubiera quedado completo.

Del sangoloteo y del canto se pasó, rodado el jolgorio, a las pruebas de fuerza. Los marinos rubios se habían desaflojado, remangándose los brazos, tremendos y corridos de tatuajes de vivo azul y desfachatado dibujo, empezando de pronto a avasallar a los isleños. Uno de los candrais trincó por el cuello y los fondillos a

Falo el Calandraca, que no era mal pollo; lo tiró al aire como quien tira una camisa de piña y lo dejó sentado en lo alto de un sobradillo, donde Gutiérrez tenía garrafones vacíos y teleques diversos.

—Oh... Estos quieren mojo —rezongó desde el «palco» el Calandraca.

Bajó a pedir explicaciones. Se las dieron con camangos poco amigables y lengua tartaja, sobre enrevesada. No obstante, le hicieron señas de que de piñas, nada. Solo querían pulsear. Falo se dejó ir, para el pie hasta ver... Pasó dentro del mostrador y se fechó con uno.

Y en este preciso momento recaló mi padre. Había tardado veinte minutos desde el curato de San Agustín hasta la puerta del timbeque. No se puede pedir más... Parado un instante en la entrada, vio trabados a los dos hombres en medio de un silencio que al pronto tenía un rumor de fondo, como el arrastre del oleaje en la pedrera de la marea. Era una hermosura ver aquellos dos brazos de hierro tensados, con los molleros y las venas en filos de estallar, y lo atorado de los totizos, en los que se agolpaban y represaban sangre y músculos calientes y resueltos... El viejo se olvidó de que era guardia: «¡Bonita pecha, caballeros!», dijo, sin poder tragarse el entusiasmo.

Durante unos largos minutos, los horcones en lucha se mantuvieron derechos e indecisos. Ahora no se oía ni una mosca. De pronto, el ballenero empezó a aflojar. Su mano y su muñeca

un poquito se vencieron. Pero, no obstante, sonreía el condenado...

—¡Arriba d'él, Falillo! —le gritó mi padre, pasando dentro, ya hirviente, olvidado por completo de que estaba allí reclamado por un atropello.

Los pencos del Seis de Copas, que se habían mantenido indiferentes a la puja, empezaron a entrarle. Y tiradas irreprimiblemente por el paisanaje, se pusieron de parte del pulseador isleño, aunque cuidando el aparato de su negocio y la integridad de sus besos y dentadura. María del Pino, que era una morena escachada, de alto y copioso rodete negro, de lunares de pelo y de canto con centros como no habrá habido otro en las siete islas, según los viejos que la oyeron y pregonaban su fama, se puso a palmear levemente al rubio, haciéndole creer que estaba de su banda, pero al tiempo daba gritos de aliento al Calandraca, segura de que los de la forastera jerigonza no la entenderían...

—¡Májale las liendres, Falo! ¡Que no se diga que te coge la camella un jediondo de pa fuera!

Pero no hubo nada que hacer... De pronto, el Calandraca se desfondó, «haciendo agua» por sus malas noches y demás. Le entró tembleque a todo lo largo del antebrazo y cedió, cedió, hasta que se lo acostaron de pleno sobre el pinsapo del mostrador. Los «¡hurras!» se oyeron más allá de los Poyos del Obispo... Salieron por caídos dos isleños más, pese a que mi viejo, ya de lleno en el calor de la prue-

ba, les fue diciendo a su tiempo: «¿Dónde vas tú, desgrasiao...? ¿Y tú, arpa vieja, cuándo?, ¿aónde...?». A los dos se los llevó el melado como rosquillas. Mi padre advirtió de pronto la presencia pasiva en la puerta del templero de Pancho Sosa, el Pollo de la Angostura. Callaba allá afuera, pálido y serio, con sus ojos infantiles muy abiertos, mirando arrente del ala de la enterrada cachorra.

—¿Qué hases tú áhi, puñema? —le gritó brillante, privado, mi viejo, convidándolo a enderezar la palma del país—. ¡Entra p'aquí y písale a estos la vendimia!

—Yo ha venío a vender una carga de sirgüelas, ¿oyó?, y a nadita más. A mí déjeme el alma quieta.

Perdido el control, hasta entonces medio sostenido por el arrimo al soco de perras frescas, Blasinilla la Pájara, Lola Dos Rayas Finas, María del Pino, Pepa la Cabo Blanco y Justiniana la Gustosa se tiraron al pollo Sosa. Entre voces y empellones, las animosas jairas lo sacaron al terrero. Pancho se tiró atrás la cachorra, inclinose y pegó...

Le dio el de la Angostura mucho juego al marino ballenero. Llegó un momento en que hasta lo dobló un poquito, entre el griterío entusiasta del corrillo insular, por sobre el que remontaba la voz embarcada de mi padre. Pero tampoco hubo de qué... El rubio, que aplicaba a su fuerza el secreto de un hábil muñequeo, volvió a quedar amo y señor del pinsapo. Son-

reía —simpático, la verdad sea dicha—, mientras sus compañeros, que seguían bebiendo medio indiferentes, ciertos de que no habría quien pudiera con el pulseador suyo, gritaban «¡hurra!» otra vez y reían con anchas y espontáneas carcajadas. Solo una extraña merma tenía su satisfacción: miraban con ojos entre maliciosos y resentidos al pasaje del Seis de Copas, que en una cambiatina muy propia de oficios como el suyo y el de político, habían arrimado de nuevo y de pronto sus sardinas a las brasas indígenas.

—¡Pega ahora aquí, chone, que te voy a demostrar que sos un machango! —se oyó de pronto la voz tronante de mi viejo.

Agotado el aguante y en una rebelina, se había quitado la guerrera y remangado la camisa, enfrentándose como un gallito de siete peleas al toro rubio... Se trabó —el quinto— y apenas le aguantó al marinero el primer empuje. Solo le quedaba al hombre el compás, como a los músicos viejos.

Entonces, y silbándole las palabras por entre una maliciosa sonrisa, el cheche ballenero dijo algo a los de su bando, algo que estos trincaron por el aire y que determinó una sorprendente y rápida reacción.

Cada uno fechó una mujer ruin, la diblusó como quien dobla verguilla sobre una pierna en garabato contra la pared, le alzó los trapitos de popa... Los marinos soltaron a los pilfos tal tanda de nalgadas, que las cachas de las

ofendidas, ya de por sí con la color revuelta, cerraron en un negro sorroballado y bobito de brevas pasadas. Es una pena que no pueda ponerle aquí lo que dicen que las zurradas tiestas soltaron por sus lenguas de agujillas mientras aguantaban la calda, y después...

En plena tuesta asomó la fosca jeta del sargento Antúnez, especialista en tropa de balleneros. Juan Gutiérrez había tomado la prudente determinación de sacarlo a su vez del catre y, por las dudas, llevárselo de descubierta, empuñada su legendaria macana.

—¡Guardo elantri! —gritó la autoridad desde fuera de la puerta al corro de goledores, enarbolando el intimidante tolete, que enseguida atorró, llevándoselo a la espalda.

Una vez dentro, el sargento estudió rápidamente el «campo de operaciones» y dio tranquilo, con temple y flema de jefe nato, unas órdenes, que fueron precedidas de unas palabras a mi padre: «Después, cuando estén... dormidos los bardinos estos, hablemos yo y usté, guardia Chano».

Dictó las consignas:

—A la voz de «¡ya!», usté, Chano, y tú, Calandraca, y tú, Pancho Sosa, y cualisquier voluntario que quiera partirle los besos a los bandíos estos, se tiran a ellos y uno por uno me los va cuadrando. Pero nada de peliar sueltos, ¿oyeron? Hay que traérselos al pecho y barloventiarlos hasta este rincón, donde me voy a poner. De lo demás me encargo yo.

El sargento Antúnez, que era un psicólogo, sabía que todo el mundo le respondería, espoleada la gente por la rasquera. Oportunamente gritó: «¡ya!». Y empezó una de las peloteras más empelotadas de la historia del país. Las chiquitas del Seis de Copas colaboraron con una eficacia macanuda: atolondraron a la marinería revolando entre ella y manoteándola, y hasta pasaron a mayores, tirándose a sus pelambreras rubias y trayéndose entre los dedos, vueltos garfas, sedosas y abundantes matas. Usaron también las uñas para meterlas con un tino de expertas en los ojos del enemigo. Los de los balleneros soltaban unos moquetes como patadas de mulo, pero apenas pudieron asegurarlos, porque, siguiendo la táctica del sargento Antúnez, cada cual procuró pelear fechado, encaderar su poquito, hasta rodar el objetivo, y poner los cocos a la asequible y franca disposición del «general en jefe».

En el momento preciso, el sargento alzaba la macana y ¡rián!, tumbaba a un marino como saco que escurre de una tonga. De esta manera, y en poco más de cinco minutos, dejó el timbeque tan sosegado y en silencio como una alta noche de levante.

—¡Suculún! —dijo el jefe, a modo de parte de la victoria.

—¿Qué hasemos ahora, mi sagento? —preguntó mi viejo admirado.

—No se bote, que ya dispondremos... ¿Quién estaba aquí desde el emprinsipio? —gritó al

concurso—. Los velillos estos, desde luego... —dijo, señalando con el dedo gordo el grupo de felpudos del Seis de Copas, acorralado a sus espaldas—. A ver, María del Pino; tú, que sos la más dispierta, ¿qué es lo que se espachó aquí?

Nadie se acordaba bien, por lo que se hizo una cuenta a ojo de buen cubero sobre gastos y estropicios.

—Guardia Chano Monagas, arregístrelos, a ver el moni que tienen.

—Sí, mi sagento.

Sacó mi padre una buena ambosada de monedas extrañas, entremezcladas con otras del país. Preguntó Antúnez a cómo estaba el *change*, y nadie sabía.

—Tú, Juan Gutiérrez, quéate con todo, ¿oites?, contando con que si lo tasaran las... muchachitas estas, algo recortarían. Si te farta, ¡mira!, too el mundo tiene que jeringarse arguna ves. Y si te sobra, mejor pa ti, ¿no...? Recojan los sollajos estos y bótenlos ahí detrás en la marea, pa que refresquen. Usté, guardia Chano, dé el parte. Al mediodía hablemos, ¿entiende...?

—Sí, mi sagento.

—Arrancando la caña too el mundo. ¡Aquí no ha pasao nadita![76]

Guerra nos introduce en un mundo sórdido en el que a la violencia desatada por la marinería la autoridad

76 Guerra Navarro, *Memorias*..., 2010, pp. 158-164.

responde a palos; en el que se dispone del dinero de aquellos «galiones rubios» sin mayores contemplaciones; en el que la explotación y la violencia sexual no son sino manifestaciones de una violencia estructural impuesta por el régimen del general Franco.

I. Una sociedad machista

La combinación de copas y aquel mundo encorvado por el hambre y la represión acabará siempre cayendo sobre el eslabón más frágil del régimen, la mujer. Una mujer que, tras el golpe de Estado, pasa de depender de su padre a su marido. Carente de los derechos que la Segunda República le había devuelto, la mujer en los cuentos de Monagas es continuo sujeto de abusos. En una sociedad profundamente machista, Guerra levanta algún que otro cuento en el que invierte el peso de la carga, convirtiendo a los hombres que se dejaban pegar por sus mujeres en motivo de risa. Es el caso del brutal «De cuando Pepe Monagas enraló a don Pedro el Batata».

En la Canarias de posguerra, los Juan Pitín, los hombres que no «se ponían los pantalones», eran motivo de escarnio público. Algo que parece, un siglo después, vuelve a despuntar entre los más jóvenes, según diiícen...

Las relaciones de pareja son tema peliagudo para Monagas. Sus cuentos están llenos de gentinas, amulamientos y no pocos desengaños. Podría decirse sin temor a equivocarnos demasiado que, pasado el tiempo juvenil del enrale, el amor se convirtió en un recuerdo las más de las veces amargo. El amor,

que todavía había servido a la generación anterior de escritores como posible punto de amarre, queda reducido en Monagas a una función casi de carácter laboral. Monagas echa de menos la comida que su mujer le hace, que no su compañía...

La presencia de la mujer en los cuentos de Monagas es tan limitada como su papel en la Canarias de entonces. Los cuentos de Guerra son las epopeyas de una jarca de hombres: Venturilla el Taita, Victorito el del Pinillo y Juan Jilorio. Soledad, la esposa de Pepito Monagas, es un personaje secundario. Casi podría decirse de ella que es más la memoria de una mujer corrida en desconsuelos que una compañera añorada. Tal vez en esta mirada pese mucho la impronta de aquella sociedad pensada y dirigida solo para los varones. Pero tal vez sea reflejo, quizá, de un sentimiento más íntimo de nuestro escritor, quien no fue afortunado en sus amores. Siempre me llamó la atención que la mujer de Monagas se llamara, precisamente, Soledad. Un solo «te quiero» aparece en un único cuento: «De cuando a Pepe Monagas se le amuló la mujer».

Y si la mujer era el eslabón más débil de la sociedad isleña de posguerra, ¿qué dejaremos para otro de los tabúes del régimen franquista: la homosexualidad? Cuestión que, despenalizada por la Segunda República, había alcanzado cierta normalización entre las clases altas —recuérdese aquí el caso de Néstor Martín-Fernández de la Torre—, pero que ahora se castigará con penas de prisión y aun de campos de concentración, como el de Tefía en Fuerteventura. La homosexualidad aparece muy a vuelapluma —como

ya vimos al tratar de Manué en las *Memorias de Pepe Monagas*—, si bien solo como una «costumbre» de nuestros vecinos norteafricanos. Pero poco más, aunque es verdad que aparecerá en algún que otro cuento, como ya vimos en «De cuando Pepe Monagas fue a gozarse *La tempestad*»: «Al lado de Pepe Monagas, un jovencito, atildado él, oliendo a jabón de afrecho vivito y coleando, de maneras recortadas y blandas, ojos desvaídos y tremendo temperamento, se revolvía nervioso, desahogando con un pañuelo que traía entre manos hecho una trenza de ajos». El tema será trasunto central del cuento «De cuando Pepe Monagas, que se echaba sus pajariadas en el campo, le vendió un pinto sospechoso a un cierto endeviduo». Resulta difícil establecer si este cuento sobre la gente de la cáscara amarga —como se decía despectivamente entonces— pudo ser leído en una perspectiva abierta para aquel entonces... Aunque es seguro que no desde el ahora.

La violencia contra la mujer, la homofobia, la violencia política, el paro, la miseria..., la isla que Guerra refleja más allá de la superficie de la humorada es una sociedad profundamente marcada por la violencia. Una violencia que en cualquier momento puede tomar cuerpo en forma de trompada o de chabascada y que, de tan enraizada, anida incluso entre el mejor amigo del hombre. Guerra trazará, en «De cuando Pepe Monagas le levantó un falso testimonio a un perro de Mastro Bartolo», un tremendo retrato de cómo se resolvían, ligerito, las diferencias. Al que se salía del tiesto se le metía un sablazo en el tronco de la oreja, y suculún.

J. Los estados alterados de la conciencia

Con este escenario, nadie se sorprenderá de ver el alcohol como uno más de los elementos esenciales de este teatro que levanta Guerra. El mundo de Monagas es un mundo alcoholizado. Y la borrachera cuenta también con su propio apartado en la producción de Guerra. La ginebra alemana —bebida propia del proletariado del Puerto de la Luz por lo barato—, el ronsito local —de Telde o de Arucas— y el vino del Monte —ocasionalmente, también el de Lanzarote— constituyen la tríada alcohólica del país monaguesco. La cerveza, propia de la burguesía entonces, y el whisky, reservado para los místeres, brillan por su ausencia.

La borrachera es el premio codiciado tras conseguir cobrar algún cáido. Ya sea en la calle, en el bar, en la gallera o en el hogar familiar, las copas condicionan el día a día de nuestro protagonista y de toda su jarca. Una adicción que llega a convertirse en preocupante en cuentos como «De cuando Pepe Monagas no se fiaba de un espiritista». Cualquier motivo es bueno para correr la noche mansa, hasta el punto de estar dispuestos a acudir a una farmacia en busca de cualquier alternativa: «De cuando Pepe Monagas fue a tomarse unas copas a la botica».

La búsqueda del estado alterado de la conciencia provocado por las copas parece ser, junto con la emigración, la única vía de escape de un mundo que no ofrecía ningún futuro a nuestro Monagas...

Conviene que demos paso al propio Pepito Monagas en sus cuentos y cerremos ya estas letras nuestras,

que va siendo más larga la despedida que la visita. Libre queda el lector de seguir esta breve guía que hemos querido brindarle o de leer siguiendo su propio criterio y tino.

Los cuentos de Pepe Monagas, ya se dijo, fueron el conduto para un tiempo de miedo y miseria. Un conduto que, como la cebolla, a veces es amargo. Pero más amargo fue aquel tiempo que a él le tocó vivir.

Bibliografía

I. De Pancho Guerra

I.1. Relación de artículos publicados por Pancho Guerra entre 1952 y 1961.

Para los artículos publicados en *Informaciones* —firmados como Doramas— entre el 7 de noviembre de 1952 y el 13 de mayo de 1960, véase el cuarto tomo de las obras completas de Pancho Guerra, *Artículos y comedias*, publicado por la Excelentísima Mancomunidad de Cabildos y el Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana en 1978, pp. 9-214.

Una nueva edición de los artículos que vieron la luz en *Informaciones* entre el 7 de noviembre de 1952 y el 15 de diciembre de 1960 —con nuevas incorporaciones—, así como de otros artículos publicados —no vinculados a Monagas— aparecidos en el *Diario de Las Palmas* entre el 6 de abril de 1960 y el 20 de junio de 1961, se recoge en el libro de Joaquín Carreras Navarro, *Francisco Guerra Navarro*, Ediciones Idea, Colección Periodistas de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 2008, pp. 63-273.

I.2. Ediciones de la obra de Pancho Guerra

1. Morera, Roque, *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, Madrid, 1948.
2. Guerra, Pancho (ed. María Mérida), *Barquito velero: canción canaria; Somos costeros: corrido canario,* Discos Columbia, San Sebastián, 1954.
3. Guerra, Pancho, *Memorias de Pepe Monagas,* Artes Gráficas Ibarra S. A., Madrid, 1958.
4. Guerra, Pancho, *Siete entremeses de Pepe Monagas,* Ediciones Peña «Pancho Guerra», Madrid, 1962.
5. Guerra, Pancho, *Contribución al léxico popular de Gran Canaria,* Ediciones Peña «Pancho Guerra», Madrid, 1965.
6. Guerra, Pancho, *Colección completa de los cuentos famosos de Pepe Monagas,* Ediciones Peña «Pancho Guerra», Madrid. Tomo I, 1968; tomo II, 1969; tomo III, 1970; tomo IV, 1971; y tomo V, 1972.
7. Guerra, Pancho, *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, *Obras completas,* vol. I, Excelentísima Mancomunidad de Cabildos y Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana, Madrid, 1976.
8. Guerra, Pancho, *Memorias de Pepe Monagas*, *Obras completas,* vol. II, Excelentísima Mancomunidad de Cabildos y Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana, Madrid, 1977.
9. Guerra, Pancho, *Léxico de Gran Canaria*, *Obras completas,* vol. III, Excelentísima Mancomunidad de Cabildos y Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana, Madrid, 1977.

10. Guerra, Pancho, *Artículos y comedias*, *Obras completas,* vol. IV, Excelentísima Mancomunidad de Cabildos y Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana, Madrid, 1978.
11. Guerra, Pancho, *Contribución al léxico de Gran Canaria*, EDIRCA, tomo I, Las Palmas de Gran Canaria, 1983.
12. Guerra, Pancho, *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, EDIRCA, tomo II, Las Palmas de Gran Canaria, 1983.
13. Guerra, Pancho, *Memorias de Pepe Monagas*, EDIRCA, tomo III, Las Palmas de Gran Canaria, 1983.
14. Guerra, Pancho, *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, Cabildo de Gran Canaria, Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana y Editorial Prensa Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1994. Edición compuesta por siete volúmenes.
15. Guerra Navarro, Francisco, *Memorias de Pepe Monagas,* edición de Yolanda Arencibia y Franck González, Cabildo de Gran Canaria, colección Francisco Guerra Navarro/Obras completas, tomo I, Las Palmas de Gran Canaria, 2010.
16. Guerra Navarro, Francisco, *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, edición de Yolanda Arencibia y Franck González, Cabildo de Gran Canaria, colección Francisco Guerra Navarro/Obras completas, tomo II, Las Palmas de Gran Canaria, 2013.
17. Guerra Navarro, Francisco, *Teatro, Radio y Cine*, edición de Yolanda Arencibia y Franck González, Cabildo de Gran Canaria, colección Francisco

Guerra Navarro/Obras completas, tomo III, vol. 1 y 2, Las Palmas de Gran Canaria, 2015.
18. Guerra Navarro, Francisco, *Léxico popular de Gran Canaria*, edición de Yolanda Arencibia y Marcial Morera, Cabildo de Gran Canaria, colección Francisco Guerra Navarro/Obras completas, tomo IV, Las Palmas de Gran Canaria, 2016.

Sobre Pancho Guerra

Arencibia, Yolanda, *Pancho Guerra o el amor a lo propio*, Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana, Colección Pancho Guerra, Vol. I, Madrid, 1993.
Arencibia, Yolanda; Férez, Rosa; González, Franck; Siemens, Lothar; Saavedra Robaina, Isabel; Santana, Isidoro, *Pancho Guerra y la escena*, Parlamento de Canarias y Fundación Canaria Pancho Guerra, Las Palmas de Gran Canaria, 2012.
Carreras Navarro, Joaquín, *Francisco Guerra Navarro*, Ediciones Idea, Colección Periodistas de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 2008.
Hormiga Santana, José Marcos; Sánchez Hernández, José Luis (Coord.), *Los cuentos famosos de Pepe Monagas en décimas*, Gobierno de Canarias y Fundación Canaria Pancho Guerra, Las Palmas de Gran Canaria, 2010.
López Peñate, Benita, *Poemas ocultos de Pancho Guerra*, Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana, 2015.
López Peñate, Benita, *Poemas ocultos de Pancho Guerra*, Cabildo de Gran Canaria, Ayuntamiento de

San Bartolomé de Tirajana y Fundación Canaria Pancho Guerra, 2024.
Pérez, José Miguel; Jorge Millares, Michel; García de Celis, Miguel, *Pancho Guerra periodista*, Cabildo de Gran Canaria y Fundación Canaria Pancho Guerra, Las Palmas de Gran Canaria, 2009.
Rodríguez Cirujeda, Francisco, *Mi querido amigo*, carta fechada en Madrid el 11 de diciembre de 1967. Archivo Fundación Canaria Pancho Guerra.
Rodríguez Cirujeda, Francisco, «Recuerdo de Pancho Guerra», en *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, Ediciones Asociación «Peña Pancho Guerra», Madrid, 1971.
Rodríguez Cirujeda, Francisco, «Recuerdo de Pancho Guerra», en *Obras completas de Pancho Guerra*, vol. I, Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 1976.
Rodríguez Herrera, Gregorio; Bellón Fernández, Juan José (Coord.), *Pancho Guerra cien años después. Nuevos estudios sobre el autor y su obra,* Cabildo de Gran Canaria, Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana, Obra Social de La Caja, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y Fundación Canaria Pancho Guerra, Las Palmas de Gran Canaria, 2010.

Cronología

1909. Junio, 11. Nace en Tunte, San Bartolomé de Tirajana, Gran Canaria.

1923. Se traslada a Las Palmas de Gran Canaria para iniciar sus estudios de bachillerato.

1928. Publica sus primeras coplas y relatos cortos en la revista *Estudiantes.* A finales de año, firma el volumen *Aromas* ya como «Pancho Guerra».

1930. Comienza a frecuentar la Escuela Luján Pérez, donde entra en contacto con el ambiente artístico e intelectual de la isla. Publicará durante la primera mitad de la década en revistas de corta vida como *Sancocho, Son...risas, El Mojo* y *Rumbos.*

1932. Concluye sus estudios de bachillerato en Las Palmas de Gran Canaria.

1933. Se incorpora a la redacción del *Diario de Las Palmas*, donde aparecerán semanalmente los relatos de Pepe Monagas. De esta época es su primer proyecto teatral, *La Política*.

1934. Entrega artículos sobre cine y teatro en el *Diario de Las Palmas*, donde llegará a ser redactor

jefe al estallar la Guerra Civil. Comienza su colaboración con los Amigos del Arte «Néstor de la Torre» y en diciembre de este año lo encontramos con el atuendo típico de Néstor en La Gran Fiesta Pascual.

1935. Lleva a escena su primer libreto, *Soyons Gais*, revista que firma junto a Paquita Mesa.

1936. Actúa como protagonista en la obra de Casona, con escenografía de Néstor, *La sirena varada*. Redacta el manifiesto de los Amigos del Arte y dirige a Paquita Mesa en *La voz humana*, de Cocteau.

1938. Estrena con gran éxito la revista *Boo-Hoo*. Comienza a colaborar con la emisora Inter-Radio EAJ50 junto a Josefina de la Torre y Paquita Mesa, a la que también dirige en *Bodas de sangre*.

1939. Marcha a La Laguna para cursar Derecho, estudios que pronto abandona para regresar al teatro.

1940-1943. Estrena *El camino de los príncipes*; su adaptación para *La Umbría*, donde también interviene como actor; y comienza a entregar en el semanario *El Noticiero del Lunes* los «golpes» de un personaje que marcará toda su trayectoria literaria, Pepe Monagas, que saltará a la escena en la comedia musical *Candilejas 1943*. Escribe la farsa *Qué tiempos aquellos, don Mario*. Se incorpora a la redacción de *La Provincia*, trabajo

que compagina con la publicación de cuentos de Monagas en *Ases del Fútbol* y *Canarias Deportiva*.

1944-1945. Estrena *Las tres novias, el pañuelo y la rosa*; *Clara Eugenia* y pone en escena sus populares entremeses *¿A la costa...? ¡Ni amarrao!*, *A mí lo que me jeringan son los abusos* y *¿No fumas, inglés?*

1946. Escribe su primer guion cinematográfico, *Romance en la isla,* y estrena una nueva obra de teatro: *Romance del forastero y la novia*.

1947. Se traslada a Madrid, donde uno de sus primeros proyectos será un arreglo escénico de la novela de Carmen Laforet *Nada*. Continúa enviando a *Canarias Deportiva* nuevas andanzas de Monagas, algunas ambientadas en la capital. Termina *Tres lunas rojas*, varias comedias y guiones para RNE.

1948. Se publica su primer libro, *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, en donde anuncia su intención de publicar un libro titulado *Mi léxico de Gran Canaria*, con «nuevas palabras, palabrejas y palabrotas, refranes, dichos y donaires de la tierra del gofio y los tollos con glosas y demás». Colabora con guiones para las emisiones a América de RNE.

1952. Estrena la revista *Seamos alegres* en el Teatro Español de Barcelona. Poco después, María Mérida graba en Madrid sus canciones «Mi barquito velero» y «Somos costeros».

1953. Comienza a trabajar como redactor en el rotativo *Informaciones*, labor por la que recibirá el premio nacional «Manuel Tercero y Alfonso Sendra».

1956-1957. Se representan sus entremeses en el Teatro María Guerrero de Madrid. Retoma sus colaboraciones con la prensa isleña publicando artículos en *Falange*.

1958. Sale su segundo libro, *Memorias de Pepe Monagas*, con prólogo de la escritora Carmen Laforet.

1960. Nuevos cuentos de Monagas comienzan a publicarse en el *Diario de Las Palmas*. Escribe el guion cinematográfico *Agua* al tiempo que sigue trabajando en el *Léxico de Gran Canaria*, obra que quedaría inacabada.

1961. Agosto, 3. Fallece en Madrid a los 52 años.

Criterios de edición

En esta edición, se ha optado por no destacar con comillas o cursivas, como suele ser habitual, las incorrecciones léxicas. Estas se integran en el texto literario con la misma entidad que el resto de voces, ya sean canarismos, ya formen parte del vocabulario estándar de la lengua castellana. Si el lector está interesado en conocer con más detenimiento la historia bibliográfica de los relatos que componen este tomo, así como la procedencia de las versiones transcritas y las particularidades con las que se ha fijado el texto, puede consultar la edición en dos tomos de *Los cuentos famosos de Pepe Monagas* publicada por el Cabildo de Gran Canaria en 2013.

LOS CUENTOS DEL HAMBRE

1. Una isleñada: «Señora, por ondi...»

Había en un pueblo de esta isla un hombre algo entrado en años cuya única ocupación era la caza. Levantábase al cantar el gallo, requería su escopeta, silbaba al perro y con ligero paso se encaminaba a la Cumbre, donde, buen tirador, llegaba a hacer gran acopio de perdices, conejos y palomas, las cuales bajaba a vender a San Mateo, Santa Brígida o Las Palmas, en último caso. Sucedió que, cierto día, nuestro buen hombre cargó de perdices y, con la esperanza de una buena venta, caminaba alegre hacia Santa Brígida.

Era un domingo. Expuso sus bichos en la plaza y esperó a que llegase alguien a comprarle. Al poco rato, se le acercó una mujer algo gorda, llamada señá Manuela, y le preguntó por el precio de las perdices. Regatearon y, al fin, la mujer se decidió a comprar. Pero con gran disgusto de Justo (que así se llamaba nuestro hombre), señá Manuela cogía las perdices por las patas y las olía cuidadosamente. Y aquí los sudores del vendedor, pues la gente, al ver que la mayoría de los animalitos eran rechazados por señá Manuela a causa de su mal olor, empezó a retirarse. Mientras la dichosa vieja olía las piezas, arrugaba narices y boca con un gesto de repugnancia, y decía escupiendo:

—¡Fos! Si parece que tienen tres meses...

El pobre Justo sudaba y decía para sus adentros:

—Y esu que está acatarrá, que si no...

Terminó la señora aquel escrutinio y solo quedose con unas tres o cuatro perdices de aquel montón, lamentándose de que no olieran mejor.

—Señora, ¿pos y que no me merca na más q'esas? —díjole Justo, conteniendo el coraje que pugnaba por exteriorizarse.

—Na más. Están jediendo, hermano —contestole la vieja, con gran cachaza.

Y Justo, que no pudo contenerse, exclamó:

—Señora, por ondi usted las güeli, toos jedemos.

2. De cuando Pepe Monagas no sabía si era Pepe Monagas o fray Pepe

Las cosas sucedieron así: una prima hermana de Pepe Monagas, llamada Mariquita de las Nieves, conoció una noche en un bailoteo del Círculo Arenales a un tal Andrés Pisaca Trujillo, de Tenerife él, madurón él ya, que iba y venía en negocios interinsulares, y que andaba en casarse acá, porque al mou allá le habían metido algún cebollinazo sentimental. Y del tal cebollinazo se le viró una rabia a las mujeres chicharreras que no las podía ver ni en pintura. La prima hermana de Pepe era morenota ella, escachadona, pero con un lunar arrente de la boca que era una guinda, tanto por el tamaño como por lo demás. Tenía, desde luego, algo de bigote y una expresión mandona en las quijadas y en el morro de las narices. Pero el instinto de Andrés Pisaca le advirtió que ambas preponderancias apuntaban cosa buena para el fregado de la docena de hijos y el fogal.

Se casó más pronto que volando. Y se fue a vivir a Tenerife; y en Tenerife, a La Laguna, donde el amigo Pisaca abrió una gran tienda en una esquina alta de la calle de La Carrera. El negocio fue creciendo como un pitón, de derecho, y como un drago, de bien agarrado y recio.

Un percance y una coincidencia dieron pie a las cosas para que salieran según estaban escritas. En

uno de los viajes a Canaria, cuando tenía siete meses de casado, Andresito Pisaca recibió un telegrama que decía: «Mujer alumbrádole hijo macho. Madre hijo buenos que dan gusto. Coja correíllo. Anselmo». Le telegrafiaba el empleado de confianza.

Coincidió el advenimiento con un malejón de Monagas. De copas vínole una agitera, o de sabe Dios qué diablos agarró una falladera que lo viró en tres días una frutita de aire, dejándolo más amarillo que una ñema de güevo. Y como se empeñaran su mujer y unas vecinas en que era el pomo, Pepe tiró a ca Maestro Hilario. Pero Maestro Hilario lo desengañó:

—Usté tiene un pomo como un burro, Maestro Pepe. Y en su sitio. Pierda cuidiaos con él. Usté no tiene más sino que está estomagao, ¿me entiende? Púrguese. Y tome siete días en ayunas una copita de giniebra.

Pero siguió malo, desapareciéndose, como el final de un repique en el aire. Entonces Pisaca, que tenía grandes simpatías por él, llamándolo «pariente», díjole en horas de irse, viéndole abatatado:

—Parieeente, usté se viene conmigo pa Tenerife. Eso se quita con airito lagunero y vinito de Icóoo. ¡Yo que se lo digo...! De otra parte, parieeente, yo tengo capricho porque sea usté el padrino del guayeeete. Conque, prepare el jato y al aaagua.

De esta manera, fue a parar un tiempo a la vieja ciudad de La Laguna Pepe Monagas.

***

Estaba por entonces la Universidad lagunera que no le cabía una paja, de repleta de estudiantes. Y había

una cuadrilla de ellos que, malamañada para los libros, se había dado tan desaforadamente al pastoreo y al pillaje que contaba con hazañas bastantes para un romancero como el de aquel señor castellano del siniquitate, que fue llamado don Rodrigo Díaz de Vivar, y el Cid por nombrete. Las mataperrerías se sucedían como los días y las noches, ingeniosas algunas, de leche de tabaiba las más. Y entreveradas, las serenatas, bajo ventanucos y piedras blasonadas, que a este mocerío le daba lo mismo la que pesca en ruin bote que la altiva Karaman Chi May. Ni qué decir, usté, que Monagas era a los tres días de estancia el gran compinche de la tropa universitaria. Y que no se daba serenata sin su presencia mamada y guitarrera. Pero así como era el mimo de la pandilla, era a veces también la víctima de sus aturdidas frescuras.

Una noche...

Rosita Anchieta tenía los ojos anchos como goritos, cambiantes del negro al pardo, como los gatos bajo la luna, con un aliento de luceros y de una dulzura pastosa de leche condensada marca La Pastora. Aquellos ojos traían más frito que una boga a Pablito Penichet, un canario de Canaria, hasta el extremo de que sus ojeras eran como un luto por una madre. Una noche serenatearon a Rosita, por mor de Penichet, como es natural. Y Pablo, que era de la raya de Bañaderos y que tenía los cuartos como cargas de leña, prodigó el beberío tan a manos cubiertas que a la media hora, de los quince juglares, solo quedaban derechos cinco, Monagas inclusive. Los demás eran sacos de papas, regados por esquinas distintas y

dispersas. Como se intentara espabilar al primero de los serones, derrumbado y estertoroso, y contestara gruñendo: «Al que me menee de aquí, le nombro la madre», los demás fueron quedando abandonados a su suerte de seretos de higos de El Hierro.

Saltó al fin la diablura, como el gatillo de unos fuegos. Iba entre los cinco supervivientes Frascorro Castro, llamado generalmente Castrito, pero mejor conocido por Peripecia. Frascorro era un conejero más malo que la gangrena, con los ojos saltones, menudos, claros, pegados al morro de la nariz —la cual tenía la punta cambada sobre la izquierda— y con la mandíbula inferior aguda y el labio boquino. Empezó haciendo mezclas matonas con el beberío. Y achicándole a Monagas como a un fonil. Pepe cayó por fin como un cortacapote.

Peripecia explicó su plan. En ca doña Esperanza, la dueña de su pensión, había un hábito de fraile franciscano, colgado cuidadosamente en un empotrado ropero de su dormitorio. Parece ser que don Juan Lorenzo Pérez de Zerolo, el difunto marido de doña Esperanza, venido a menos, pero celoso de sus blasones, como un buen perro de sus orillas, perteneció a la Orden Tercera de San Francisco. Sintiéndose morir, encargó, malvendiendo para ello unos antiguos bargueños familiares a unos nuevos ricos de Santa Cruz, un hábito franciscano, para que lo enterraran con él. Esperaba el hidalgo que se lo hicieran con tiempo. Pero un día amaneció en la cama tieso como un ajo porro. Y como era estación de verano y había una calda que sancochaba huevos, hubo que enterrarlo a la prisa y corriendo, vestido

con un chaquet que le venía ya como un ladrillazo. Cuando llegó el hábito, don Juan Lorenzo Pérez de Zerolo llevaba más de tres días debajo de la tierra. Y doña Esperanza hizo a la encapuchada estameña una llantina tan aparatosa como a la del propio cuerpo presente. Después la colgó amorosamente, con unas bolsitas de naftalina, en el viejo ropero empotrado.

Era la una de la madrugada. Peripecia fue por el hábito. Y luego, entre todos, arrastraron a Monagas hasta la barbería de Bigarillo, un peluquero gran amigo del rancho escolar. Lo levantaron de la cama. Y Bigarillo peló magistralmente a Monagas con un cerquillo de fraile. Otro robó a la criada de su pensión las anchas sandalias cotidianas. Por último, lo vistieron. Y en poco más de media hora, el isleño era fray Pepe Monagas de los pies a la cabeza.

En esta traza, los estudiantes llevároнlo al convento inmediato de franciscanos y llamaron destempladamente. Levantóse el hermano guardián.

—A la paz de Diosss. ¿Qué se ofrece, hermanosss? —dijo, dulcemente, por la mirilla.

—Hermano —contestó, trágicamente, Peripecia—, hemos encontrado a este fraile en la Plaza de la Concepción. Debe estar enfermo.

El hermano portero se empenicó suavemente y columbró a Monagas derrengado entre los brazos del grupo y mascullando sordamente: «¡Que me larguen, les ha dicho!».

—¡Ave María Purísima! ¿Cómo esss posible? Aguarden, hermanossss. Avisaré al superior.

Desapareció un instante. Y a poco se abrió el portal del convento y apareció el padre con el guardián

portando alto un farol inquieto y triste. Explicáronle los muchachos lo del encuentro.

—No es posible —dijo, alterado, el superior—. Pero... —cavilaba examinándolo—. Sí, pudiera ser. ¡Hermano! —lo sacudió suavemente.

—¿Usté me va a dejá tranquilo de una veees? ¡Oh, padriiito! —resolló Monagas, dando un manotazo.

Lo entraron por recomendación del padre. Y lo acostaron sobre las losas de la entrada.

Al alba, atarozada y fresca como una mata de lechuga, sonó una campana pequeña, con un tañido insistente y límpido. Monagas, refrescado y sintiendo el bronce, despertó aturdido. Y al levantar los ojos, se halló con un grupo severo de frailes, que, encapuchados y con las manos perdidas entre las holgadas mangas, lo contemplaban fijamente. El hombre pegó un brinco y se quedó en pie. Tenía fríos como el hielo los pies y la coronilla. Se miró, se tocó, se vio allí dentro. Y la cabeza le quiso dar un estallido.

—En mi vía ha tenío un sueño más extravagante —dijo cambando la cabeza.

—Hermano —sonó la voz grave y pausada del superior—, ¿quiere usted explicar?

—¿Esplicar el qué? —dijo Pepe, sobándose, asmado, los ojos.

—Explicar su conducta.

—¿Mi qué...? Pero oiga, padre, ¿por qué no me esplica usté a mí primero? ¡Ay, mi madre, que estoy despierto!

—No sea insolente, hermano. Y explique de una vez.

—¿Que no...? ¡Vemería! Oiga, padre, ¿quiere que le diga una cosa? Que me parta un rayo si lo entiendo.

—¿Usted quién es? ¿Y de qué convento procede usted? —insistió, inexorable, el superior.

Monagas lo pensó un momento y dijo al fin, con un tremendo aire resignado:

—Mire, padre, hágame usté un favó. Mande usté a la casa de Andresito Rivero, ¿oyó?, que está al canto arriba de la calle de La Carrera. Que pregunten allí por Pepe Monagas. Si no está, entonses Pepe Monagas soy yo. Pero si está —se le quebró la voz de terror—, entonses yo soy fray... fray... ¡Se me ha olvidao hasta el nombre, usté!

3. De cuando Pepe Monagas fue a una corrida de toros en Tenerife

En los correíllos y por los puertos aldeano, moganero y de Las Nieves llegó acá un día la volada de que en Tenerife iba a haber una corrida de toros de las que mandan las peras a la plaza. No era mentira, no señor. A poco, la prensa lo ponía en letras de molde. Y daba, inclusive, la fecha, noticia de los toros con sus colores y todo, y de los toreros con los cuales aquellos habían de encender las carreras y los taponazos.

Se viró aquí una animación, usté, por ir a Santa Cruz, que ya daba de cara, como cualisquier relajo. Oh, con decirle a usté que hubo que fletar un correíllo y demás, se lo digo tooodo.

En vísperas, una prima noche de copas tranquilas en ca Miguelito el Suleica —que, ¿sabe?, le decían el Suleica porque era de El Hierro— entró con el *Diario de Las Palmas* Victorito el del Pinillo. El periódico traía un suelto alrededor del asunto de la corrida en la plaza chicharrera, cuyo suelto fue leído despacio, quietas más de lo corriente las copas y engruñadas e intactas las aceitunas del enyesque. Lo cual tenía su miluque, porque de ordinario era más el tiempo que las copas andaban vacías y las aceitunas dando singuíos por los gaznates pa abajo, que el que reposaban en un olvido. Algo de bueno, y que los demás se golieron por el aire, traía al timbeque Victorito.

Él lo dijo cuando terminó:

—Caballeros, ¿vamos a dir a los toros?

El isleño está siempre dispuesto, pero es malamañado para los entusiasmos repentinos. De ordinario, da en hacerse el remolón. Y por dentro anda que se puede freír un huevo. Aquello de: «No quiero, no quiero (¡echámelo en el caquero!)». Después va aflojaaaando, aflojaaaando. Por último, se deja dir, pero como haciendo un favor. Y ya en el trote, individualizado y disperso. Pirriándose todos por el viaje, alguno se dejó decir, resumiendo la reservona general:

—Yo lo que digo es que sería cosa de irlo pensando.

Como todos los insulares de la pandilla respondían, el que más con el que menos, a la misma psicología, el viaje era cosa hecha. Únicamente Monagas, que saltaba siempre, y que en su vida había visto una corrida de toros, respingó un poco:

—¿Pensarlo? ¿Pero tú vas a dir a Santa Crus o te vas a casá?

***

Tiraron pa enfrente un sábado, al peso del mediodía, los de la gira. Iba casi toda la jarca. Pero alguno —Venturilla el Taita, por ejemplo— se quedó en tierra. El hombre no andaba en cuartos. Y la suscripción para embarcarlo no solo no alcanzaba el pasaje de cubierta, siquiera, sino que destartalaba los presupuestos particulares de los templarios. Por cierto, que se lo tropezó en el Tinglado mi comadre Consesionita, la mujer de Juan Jilorio, que con la cabeza ladeada, asmada la boca y una mano abierta

en un gesto de sorpresa contra un lado de la cara, le dijo después de mirarlo sin creerlo:

—Pero Venturilla, ¿sos tú? ¿Pero que no fuites?

Le quitó importancia, por aliviarse.

—¿Pa qué, Consesionita? Son novillos, ¿oyó? ¿Y aónde me deja los peninsulares que vienen a atoreáaa...? ¿Usté sabe quién son? Empápese: los que venden los helaos por la calle. ¿Qué le parese? Pa dir a una corría de esas me voy a la feria de Jinama. ¡Ta bueno!

***

En la plaza. Un manterío de gente a la redonda debajo de un solajero que raja las piedras. Alguna charanga suelta, animosa, el «Gallito», el «Machaquito» y otros pasodoblejos. Y a la hora en punto, el lío que empieza. Pepe no quita un ojo. No sabe directamente cómo será aquello, pero se güele que es más feo que un ventorrillo lleno de matones. Por una puerta, negro como todos los demonios y empenicado de tarros, se tira al teso, hecho un manojo de voladores, un toro, usté, que nada más la vista de él era bastante para insultarse. Solo un momento en medio del genterío callado, tira la vista, así, alrededor, con unos ojos tan calentones que es de sobra ya para dejar a toda la plaza con fríos y calenturas. Bueno, pues así y todo, de detrás de una tabla se echa a valiente un torero, vestido igualmente que los que están pintados ca Pepito, el del bar Lagunetas. Y menuíto, menuíto, llevando una pañoleta en las manos, se va arriba de aquel barranco con cuernos. Y tan fresco, oiga. De lejos da pataditas en el suelo y ajulea con la pañoleta,

provocativo y demás. Monagas, erizado y sin habla, asiste todo cambado a aquel impresionante momento. De repente, el toro se hincha de fuerzas, como una vela, clava las pezuñas, arranca y se va hecho un ventanero sobre el hombre, de tan mala manera que no era toro, se lo digo, sino la presa de Tenoya. Monagas no puede contener un generoso impulso. De pie, en medio del silencio, grita, tremendo, al torero:

—¡¡¡Juíga, cristiano, que lo coge el güey!!!

***

Luego de unas viniadas imponentes, con sus clacas atrás y sus refuerzos de conejo compuesto, el rancho se dispone a volver pal corralillo. Pero en tumbos y trompicones, la jarca se dispersa un poco. Y Monagas y Victorito pierden el correíllo. Cuando llegan al muelle, el barco va allá afuera, trasponiendo el espigón, con un aire tremendo de hombre que ha ganado en los gallos, más insultante a causa del puro que se va fumando, un puro como de boda, de boda de padrino botarate, trincado en el centro, con el anillo puesto y por todo lo alto.

—¡Adiós te digo y no llores! —pudo articular Victorito, con el alma en los pies—. ¿Y ahora, Pepillo?

—¿Ahora? A la vuelta lo venden tinto, ¿oítes?

Pero no había cuartos. Pepe estaba que lo viran al revés y no larga ni una medalla. Victorio tenía seis perras y media.

—Escucha —se le prendió entre las cejas una idea a Monagas—. ¿Tú te recuerdas de aquellos canarios que vimos colgados al canto arriba de una calle, en una zapatería, por detrás de una plaza...?

—Sí. ¿Que había un remisto y dos hamburgueses...?

—¡Ángela María! Pos déjate venil pal pien.

Subieron planeando la cosa y localizaron la zapatería y los pájaros. Unos canarios amarillitos como ñema de güevo, y zancudos y rizados, que parecían una señora antigua en un palco de ópera del Circo Cuyás. Entró Victorito y se tomó la medida completa para unos zapatos bajos, de becerro, que quería para el sábado sin falta, porque lo habían comprometido para padrino de una boda. Mientras, Monagas descolgaba tranquilamente una jaula y se la llevaba con pájaro y todo. Se reunieron a poco en el muelle. Y buscaron por allí un barco inglés. Había un Yeoward. Y un comprador.

—¿Usté lo ve, míster? ¿Usté ve este pájaro, finchao él, que parese que va de esmoqui? Pos antodavía, si usté lo oye cantá, le nombra la madre a Caruso. Créame a mí.

Vendieron el pájaro —¡oh, ya!— y se enteraron, de paso, que el Yeoward salía aquella noche para Las Palmas. Consiguieron primero un pasaje en cubierta. Y luego, hasta la hora de partir, hubo tintillo en Tenerife que casi se ahogan.

***

Por la noche, a bordo. Molidos como un centeno, aperreados de tanto ir y venir, y de tanta copa, sentáronse ambos en dos mimbres a la mano. Pero se enterraban las varas hasta los huesos. Y soplaba un Norte con sorimba que no se llevaba de una ducha paja y media. Además, dieron en marear. Se les ve-

nían los hipos presagiadores a la boca como las malas palabras en un pleito de portón. Monagas puso el oído. Todo el barco dormía. Entonces resolvió la cosa.

—Ssss... Vitorio, ¿oítes? Vente a ver si jallamos un cobijo.

Cautelosamente, fueron bajando escalones. Y la casualidad los desembocó en los camarotes de primera. A la vista de su limpieza, muelle y prometedora, Victorito miró, radiante, a su compadre:

—¡Mería, cuando lo coja!

Se desnudaron rápidos, tiraron las ropas de cualquier manera por allí y se tumbaron como lagartos, a la penca. Minutos después, aquello sonaba como las entrañas del Teide gigante.

***

Arrayando el día y en vistas del muelle de La Luz. El camarero inglés del departamento cruza y percibe el fragor de los ronquidos. Entonces entra, correcto, pero severo. Se encara con una embrujina de ropas, zapatos, calcetines y tiros.

—¡Oooou! —exclama, sin poderse contener.

Se le engrifa ahora la pintorriada, rubia nariz, el gesto se le camba todo. Entonces saca rápido su lista de pasaje, la consulta seguro y, en seguida, toca levemente en un hombro a Monagas, descuidado y feliz. Cuando consigue destroncarlo pregunta, entre severo y extrañado:

—Seeeñogrrr, por favogggrrr, ¿viene ousted de primegggrra...?

Y Monagas:

—¿Tú oítes, Vitorillo? ¡Mería! ¡Que si vengo de primera! ¡Cómo que no ha mareao en toa la noche!

4. Pepe Monagas, otra vez en papeles, cuenta para *Canarias Deportiva* una peripecia suya en la fonda El Tarugo

—Muy buenas, Maestro Pepe.

—Salú, mi amigo. ¿Qué le tumbó por aquí arriba?

—¿No se imagina a lo que vengo?

—Pous mire, no.

—A ver si lo adivina usted a la vista de estas cuartillas y de este lápiz.

—¡Ah, ya! ¿Letras de molde otra ves?

—Pues... ¿No quiere usted...?

—¿Pa qué vamo a estar trastiando y con requilorios, como la gente fina? No me hase grasia.

—Pero, escuche...

—Nada, hombre. Déjeme el alma quieta ya, cristiano. ¿Usted no ha oído el dicho?: «Una ves se dise que la calabasa es buena».

—Hombre, por mí... Pero la gente... La gente quiere saber de usted, leer sus peripecias y reír sus salidas...

—Naturá... Como no hay títeres... Pos diga usté que me cayó un luto de los de misas de San Visente y sin herensias; o que estoy baldao de una redoma arrente los calcañares, con el humor como la jeta de un rascasio...

—Pero entonces...

—¿Entonses qué...?

—Yo... Es que yo, ¿sabe usted? Me gano la vida escribiendo, como usted se la gana tocando el requinto, o haciendo trampas en la luz. Si usté se calla, a mí...

—A usté le dan sebo como quien tuesta y lleva al molino, ¿no es eso?

—No sé si como quien tuesta y lleva al molino, ni si sebo, pero...

—Nada... Usté no se abatate por medios días habiendo días enteros. Vamos a dir áy lante, que tienen un ronsito que manda las peras a la plasa, y hablemos. Y usté cuenta de lo que hablemos y suculún. Y al que le gusta, le gusta; y al que no le gusta, que se jeringue, o lo tome con enyesques. ¿Qué hubo?

—Usted me manda, Pepito.

***

—Mano, ponga dos rones, pa mí y pa quí.

—No. Yo no bebo ron.

—¿Por qué, cristiano? ¡Aemería!

—Por el estómago, ¿sabe? No ando muy católico.

—Mándele al ron y deje el botiqueo, que si se enrea con polvos y sellos un día se va poner la corbata y no tiene pescueso onde guindarla.

—Sí. Tal vez. Pero de cualquier forma, póngame a mí vino.

—Pa entullir, traite unas jareas del número sinco, que raspen...

—Bueno, y usté dirá...

—Hombre, Maestro Pepe, si usted me quisiera contar algo que recuerde, que sea gracioso...

—¿Algo grasioso, un hombre mantenío con tollos y pellas entreverás? Usté quiere sacarse la lotería de los siegos... Oiga, párese... ¿Usté siente el tufo del taperío que llega de la cosina? Pues ello me hase acordar de que una ves tuve yo un fonduchillo pa atrás del Matadero, ¿usté entiende? Ende luego, no era cosa ni pa matar ni pa engordar. Un término medio, como quien dise, entre el potaje de enreaeras y la casne con papas. ¿Va entendiendo?

—Sí, sí.

—Se llamaba la fonda del Tarugo.

—Un nombre un poco... ¿Cómo diría ya...?

—Sí, un poco atravesao y mastrote, ji jeñooo...

—¿La bautizó usted?

—¡Qué va, cristiano! Mire. La fonda estaba en una casa terrera, áy por frente al Suleica. Era una casa más vieja que la raña. La puerta tenía una gatera, que entraba un camello como Pedro por su casa. ¡Y natural! De noche era el pasaje de una insalla de gatos. La poca casne y la mucha sardina iban en bruma. Por sierto, que al prinsipio, yo pegué de un tal Rafael el Calandraca, que trabajaba conmigo, un conejero con cara de chimbo y con tal jambre siempre pegá que cuando comía papas se sentían los singuidos por el gasnate pabajo. El pobre alcansó una de leñasos que, si no se aclara lo de los gatos, deja viuda y dos chiquillos esmirriaos, uno de él y otro de antes. Entonses, pa tapar la gatera, yo le metía de noche, de adentro pa fuera, un tarugo de leña vieja que hallé en la casa. Hubo un tiesto que soltó el nombrete: la fonda del tarugo. Y del Tarugo se quedó *per seculam reculorum*.

—Bueno, y lo que usted me iba a contar...

—Ah, pues mire, un día, en las boquiadas del negocio, dio con la quilla en el marisco de una mesa un señó bajito é, peninsular é, al mou comisionista y eso por una cartera estibá de papeles que tiró a una banda. Ende que se sentó, pegó a haser visajes con la naris. A mí ya me empesó a jeringar el golisneo y la repugnansia del endeveduo. Pidió sopa y se la serví. Y apenas había dado la vuelta me dio un guapido. Dise, dise: «¡Oiga, usted!». Y me enseña dos moscas en su lugar descanso. «¿Esto qué es?»; «Moscas, ¿no lo vei?». Y va y dise: «Ya. Y dossss nada menossss. Botaratessss, que son en la casa». Oiga, estaba tan provocativo que anduve en ganas de meterle su grueso. Pero frené. Arriba de que no tenía rasón. Lo que yo le dije: «Esas le han tenido que caer por el camino, porque las que tenía se las quité yo en la cosina».

5. De cuando Pepe Monagas le contó un cuento cubano a Roque Morera

Al romper por entre un grupo de gente, en algún lugar de los alrededores de la plaza, tropecé días más allá con mi compadre Pepito Monagas.

—¡Oh! —se me paró, mirándome con guasa.

—¿Cómo le va? —díjele, abatatado por sus ojillos irónicos y el dominio de su plantada.

—A mí, de gofito..., si lo hubiera. ¿Y a usté y al rancho?

—Tirando.

—Con pólvora, será... Bueno, yo quería habláa una palabra con ustée.

—Usté dirá.

—Pero arrejálese pa acá, que aquí hay mucho rebumbio —y me sacó a un lugar más apartado—. ¡Buenas batatas le están metiendo a ustée!

—¿Cómo?

—Que buenas batatas... ¿Quién le está contando a ustée los cuentos esos que dicen que son míos?

—Hombre, pues...

—Trolas, mi amigo; la mayoría de ellos. ¡Yo que se lo digo a ustée!

—Entonces le pasa a usted como a Quevedo...

—Al mou. Lo cierto es que me están «emprestando» historias y percanses que no me tocan ni papas ni pescao.

—Es que algunas personas, por la calle, ¿sabe...?

—Sí, jiñooo; le cuentan cuentos, le disen que yo soy el esplotagonista y se quean tan frescos como el muro de la marea... Mire, aquí lo que pasa, por los moos vistos, y según calo, es que ustée tiene que jincarse su cuentito caa siete días, ¿no es ansí? Y cuando le falta un algumento o como quiera que sea, tira ustée la tarraya y se conforma con buyones.

—Sí, quizá sea eso...

—Pues mire, cuando ustée se vea muy agoniao, déjese vée, que yo le echo un lance.

—Bueno, y aprovechando, ¿no se le ocurre a usted nada?

—Hombre, aquí plantanao, sin un pisquito de naa con que consolar el pomo, ¡dígame ustée!

Y vamos a un timbequillo trasero, que huele a madrugada y a tollos con mojo.

—No, ron no —dice mi compadre—, que tengo todavía el releje de una que agarré semanas pasadas... Póngame argo durse.

—¿Sabe lo que le caería bien? —le decimos—. Su pisquito de ponche de la casa Castillo, que tiene un deje de guindilla que parece que está uno en Santiago de Tunte.

—Pos espache el ponche Castillo.

—Tráiganos una botellita con dos copas.

—Mire —comienza mi compadre—, le voy a contar a ustee un lance que es la pura, ¿oyó? Pasó en Cuba. Estaba yo en La Habana cuando eso y conosí a los esplotagonistas. Era un matrimonio, váyase dando de cuenta, de aquí de la Vega Enmedio. Tiró él solo alante, áy, por los tiempos del Valbanera, y se pegó a guataquiar, y a acarriar leche y a fajar con too lo que se

presentara. Y a trancar pesos y sentenes, ustee, que pa sacarle un gordo había que cogerlo con 40 de calentura. Así ajorró sus perritas. Un día se le ofreció ir a La Habana y el diablo que va y lo tienta; se compró su pedaso de la lotería. Con tan buena mano que fue y se la sacó. El hombre, que se llamaba Austin, andaba que no le cabía una paja. Y como vivía solo y estaba enamorado de su mujer, le puso entonses unas letras mandándola a buscar. Recaló un día Juanita María Pérez, que así la cristianaron. Debió haber sio, de nueva, una pollonsita vistosa, entrada en casnes y con unos colores encasnaos como un durasno pelón. Pero cuando llegó a Cuba se había engoldao, que al mou crió baña de la buena vía y de la cama sola. Por los modos, ende nueva debió haber sido mujer fachenta, amiga de trajes coloriniaos, de prendas y de echársela, porque era de los Péres de no sé dónde; y que le nasía, ¿sabe? La gordura le acresentó las fachas, un despachamiento que tenía pa caminá, pa hablá y pa todo... Y los cuartos del marío, claro está. Le dio por ponerse trapos llamativos, hechos con figurines de pa fuera y todo, y se cargó de pulseras y de cadenas y de moños, que tenía una mata de pelo pa llenar un colchón. Se paraba la gente en la calle pa vesla crusaa, porque, además del calor y del ruido, levantaba viento con un tranco de yegua criada que cogió a fuersa de echársela. ¡Aquellos sombreros con aquellas plumas bailando en la picota! ¡Oiga, parese que la estoy viendo con estos ojos que se han de comee la tierra!

Resulta de see que un día llegó al pueblo un pedricador de La Habana, hombre de palabrerío famoso,

que lo habían invitado pa un novenario, que era de la Virgen del Rosario, que era la virgen de ayí. Juanita María Pérez se compuso como los tollos. Se vistió de rosado, con un traje que tenía un vuelo como una paloma correa, se cargó de prendas en tal forma que, grasias a lo nueva que estaba, arrancaba con ellas, y se jincó al canto arriba un sombrero que de pájaro y flores era como la finca de Osorio. Pero fue tanto lo que se retrincó, tanto lo que se atusó, empolvada como una cuca, y tanto lo que se finchó de horquillas y alfileres estilo sable, que entró en la iglesia cuando el sermón estaba dando las boquiadas. Era el momento en que, ya todo el mundo de rodillas, el padrito, vuelto a la Virgen y a la gente, desía los felvorines a la Señora del Rosario. Entraba Juanita María por el mismo sentro:

—¿Quién es? —preguntaba el padrito lleno de entusiasmo—. ¿Quién es esa gran señora llena de virtudes y prendas? —y se volvía pa la gente, pegando de nuevo—. ¿Quién es esa dama, adornada por las mejores galas, colmada de dones, enjoyada y hermosa? ¿Quién es? —y se volvía a viraa pal público.

Juanita María, que al pronto se quedó alelada, observando cómo la iba siguiendo la gente con cara de pasmo, que pa ella la pobre era de admiración, se figuró que el cura lo desía por ella. Y en el mismo sentro de la iglesia, cuando el pedricador dijo por últimas: «¿Quién es?» —levantó la cabeza y dijo dise:

—Pues soy la mujée de Austin Pérez, que hace tres meses vino de la Vega Enmedio, pa selvisle a Dios y a ustée...

6. De cuando Pepe Monagas me contó el «compromiso» de las lluvias en Fuerteventura

Yo voy esta noche de nuestra echadita primavera hacia la plazuela y el «Suizo». Templada, en penumbra y solitaria la ciudad, da gusto dejarse ir por sus calles altas. Tiene uno la sensación de un baño sobre una goma inflada, en una marea tibita y mansa como los lomos de un burro vencido por los años y la meditación. El predominio de Vegueta, que suele por fases alzarse y ganar, a la manera de un «levante», todo el ámbito de la ciudad atlántica, es absoluto.

Cuando paso abstraído, recorriendo castillos, con cara de bobo, por delante de la Alameda, desde debajo de uno de sus árboles me llega una voz despaciosa que al pronto no determino:

—Adiós, mi amigo.

En seguida se presenta el saludador. Una sombra se desprende de este banco cercano y viene hacia mí. Es Pepe Monagas. Con el sombrero tirado atrás, desaflojado, en un brazo la americana y la mariposa de un Virginio entre los labios, sonríe mirándome.

—Venga pa arriba y se asienta un pisco.

Como no tengo esta noche ganas de hablar ni de oír hablar, me disculpo.

—Suba y echamos una parrafiada... ¿Ónde va que menos gaste?

Y subo. Y me siento con él bajo la espesa quietud de uno de los laureles, cuyo verdeoscuro y compacto silencio turba de vez en cuando un escorroso seguido de algún chillido de pájaros.

—Es que se entra áy un avechucho casnisero, se manda su media dosena de pájaros palmeros, como quien come brevas sin pelar, y traspone.

Nos callamos un rato. Un guardia, que pasa al golpito, saluda:

—Adiós, Pepito y la compaña.

—Que le vaya bien, me alegro... ¿Aónde es el fuego, Manolito...? —pregúntale Monagas por gusto, aludiendo a su pachorra y cucándome.

—Fuego, no. Un robillo aquí lantre. Paese que unos galletones esconchabaron una pestillera y se llevaron en peso un escaparate.

—¿Y ahora?

—¡Déeeeeejelos! ¡Ellos caaaaaen...!

—¿Pero usté, no... no les cae atrás y eso?

—¿Pa quéee? ¿No le digo que los deeeje? Ellos caaaaeen... ¿Tiene un Virginio áy, Pepito?

Monagas vuelve a cucarme. Saca del bolsillo un sobre viejo y se acerca al guardia:

—¿De cuántas chupadas lo quiere, Manolito? —y le muestra el interior del sobre, lleno de colas.

El guardia se la traga y se va sin decir ni pío. Pepe vuelve al banco.

—Hay aquí en la sudiá una serie de endeviduos que «no fuman». A unos se les quedó la cajilla en la mesa, otros no compran porque lo train «prohibío de méico». Siertos no tienen tienda a la mano... Este Manolito usa las tres batatas pa fumar a costillas,

¿oyó? Y yo me ha buscao este sobre, lo ha llenao de colas de distintos tamaños y les digo, si me piden: ¿De cuántas chupadas lo quiere?

Volvemos a callarnos como tocinos otro rato. La tertulia del isleño está llena de baches y meditaciones, al parecer. Claro que, buscando bien, de lo que está llena es de galbana, tan agarradita y dulce que nadie quiere romperla con palabras. Cuando una de estas tertulias se engrosa con un peninsular, o algún elemento nuevo, al que todavía le corre la sangre en las venas, y una taramela suelta rompe la «moorrita» en que se hace la «tertulia», alguno de los durmientes se revuelve un poco sobre el vecino y dice por lo bajo:

—¡Vaya un piano, usté!

—Viene desarretado. ¡Sí, jiñooo!

El hablador acaba tupiéndose, o largándose, porque pegan a jeringarlo con puntitas tan mal amañadas como las buenas puyas de un picador de toros.

—Hase caloo —dice al fin Monagas—. Pa mí que se va a meté levante.

—Sí.

Volvemos a enmudecer un cuarto de hora.

—¿Usté ha oío que en Fuerteventura llovió? Se metió ese tiempo que llaman en Tunte «de los Molinos» y ensopó... Creo que movió barrancos, como ay muchísimos años que allá no se vía... Pa mí que esa gente majorera es llorona. ¡Pa mí lo tengo! Siempre oyendo hablar de que si seco, de que si baldío, de que si esto y lo demás acá. Luego, ende don Miguel de Unamuno hasta la pluma del rabo de los periódicos no ha quedao perro y gato que no haiga dicho algo sobre esas nubes negadas del sielo majorero. ¡Cual-

quiera se quita de arriba toda esa literatura! Ahora tienen que cargar en Fuerteventura con ella...

Pausa. Encendemos un cigarrillo y cambiamos la asentadera que entre las tirillas del echadero y uno que está de carnes que no da pa un caldo, si no se muda, se enduerme.

—Pues yo sigo creyendo que son mimos y tapujos, ¿oyó? —sigue Monagas, tranquilito, dándole a cada palabra un deje de metro y medio—. ¿Y sabe por qué se lo digo...? La otra mañana me cogió en el Muelle la llegada del correíllo de Fuerteventura. Venía un conosío, un hombre de áy, de La Oliva, que sirvió conmigo al Rey. Los saludemos, como es debido. Yo le pregunté lo que siempre se le pregunta a esa gente de las islas allá: «¿Qué?, ¿ha llovío argo?». «Síií... —me dijo—. Una garujiya ha caío...». Me percaté de que venía cerrado de negro de arriba abajo: «¿Por quién es el luto?», le pregunté. «Por mi padre», dijo. «Le acompaño y tá y tá...». ¿Entiende? Luego le añadí: «De vejes, el pobre... ¿no?»... ¡Oiga...! —Monagas saltó en el banco y se quedó sentado en el filo, vuelto hacia mí, medio caliente—. ¡Oiga! ¿Y usté sabe lo que me dijo? Dise: «No. De vejez, nooo. Se lo llevó el barranco...».

7. De cuando Pepe Monagas casi abica debajo de una ducha en Cubita la Bella

La estancia de Pepe Monagas en Cubita la Bella tiene una ruma de cosas buenas, se lo digo. El isleño la anduvo desde Balondrón hasta la Punta del Fraile. Y en ingenios, maniguas y ciudades dejó el rastro de sus golpes y voladas. Le voy a referir aquella chapetonada de un día que se dio una ducha ca un señor de Terde él, ricachón él, que era dueño de un ingenio más grande que toda la Vega de San José junta y que, si no me equivoco, se llamaba don Andrés o don Eulogio Castro. Estooo...

Hay que decir que, si bien Pepe volvió arrambladó, con más fulleras que cuartos, hubo un tiempo en que no se dejaba abacorar por mil pesos, se lo digo. Y no es que trabajara, usté. ¿Pa qué nos vamos a estar engañando? Lo que es que se daba más maña que el mundo. Siempre fue dado a cargar trasero o, como el otro que dice, a roerse el cabo cuando había que trincarse la tajarria y apencar pa alante. Pero se daba maña, como le digo, y por el reburujón que tenía, sin dar golpe, resultaba tremendo. Y ganancioso, que es lo grande. Hasta estuvo un tiempo girándole a la mujer unas perrillas. Bastantes, ¿oyó?, porque ella anduvo inclusive echándosela y comprando ca los Peñates juegos de mimbre, pantallas y eso.

Pues, como le iba diciendo, un día, pa la fiesta de San Andrés, el patrón quiso celebrar su santo con un tenderete canario, que oliera a chernes, a papitas arrugadas, a ron y a carajacas. Oh, con decirle a usted que para hacer las carajacas vino a Matanzas expresamente desde Camagüey un tal Juanito, que era de aquí, de San Antonio él, y un tal Isidoro el Rascabuche, al asunto del sancocho, desde un punto que llaman Caiguanabo, en la provincia de Pinar del Río, se lo digo todo. Aquello se puso que daba gusto. Y cuando tocó a la prima noche irse cada oveja con su pareja, los señores de Castro y sus amigotes pasaron dentro, para un número fino, aparte y eso. Y en él tomaba parte, como artista, Pepe Monagas. Tocaría su requinto y cantaría sus trujanes y demás. Pues bueno. En la preparación de este regocijo especial se llevó Pepe la chapetonada. Don Andrés lo llamó y le dijo:

—Mira, Pepe. Pa allá pa las seis vamos a haser dentro una rumantela particular, ¿entiendes? Yo quiero que tú vayas pa que cantes tus folíítas y demás, ¿entiendes? Pero tienes que ir limpito como el oro, eso sí. Para eso, ahora mismito te vas a dar una ducha, ¿entiendes?

Pepe se quedó todo cambado.

—Pero, oiga, don Andrés, en una borsolana me podía yo acotejar, y eso...

—No, nada de borsolanas. Tiene que ser como un pescado, ¿entiendes?

—Ta bien —contestó Monagas, haciendo camangos—. Pero si cojo un ruma, o me da una puntada,

ustedes se lo pierden. Mire que yo soy una frutita de aire...

—Nada. Tú te lavas, ¿entiendes? Y ahora mismo, ¿entiendes?

Pepe entró todo enguirrado en el rico cuarto de baño de la casa. Y se quedó bobo de su limpieza, de su enladrillado verde, de su combinación múltiple de grifos.

—¡Vemería!

Como es natural, hizo fulleras. En camiseta y calzoncillos se metió descalzo dentro de un poquito de agua de la tina. Después se diblusó cuidadosamente, se mojó la cara y se enjabonó. Pero don Andrés le estaba cerca cogiendo los güiros. Y como no sintiera el agua, entró despacito, sin que Pepe, enjabonados los ojos, lo apercibiera. Del zapatazo le abrió todas las llaves de la ducha. ¡Amargos chochos! Como una catarata se le vino arriba el agua de remplón, por encima, por debajo, por los lados. Monagas se quedó primero esmorecido del insulto, todo atragantado por la tremenda e inesperada impresión. Al tuntún pudo echarse fuera de aquel diluvio. Y cuando sintió un jacío y pudo hablar, pegó un grito tremendo:

—¡Don Andrés de mi alma, cristiano, víreme la tosna, que me ajogo...!

8. De cuando Pepe Monagas recibió de La Habana a su cuñado Manolito Bordón

Mi comadre Soledad tuvo un hermano, que lo llamaban a él Manuel, y al que casi no conoció. Un vagañetillo todavía, Manuel cogió el portante pa La Habana con su padre, tío Pedro Bordón, al que se le metió la inmanía de hacer fortuna, aunque aquí se dijo también que traspuso por unos «piquis» con su mujer, a la que, como a su hija, también llamaban Soledad, y que fue mujer escachada, de mata de pelo grande y color azabache, de ojo almendrado y también negro, de boca grande y expresiva con lunares arrente, alta de pierna y menuíta de cintura. Lo que se dice un guayabo. Pero un guayabo, cabayeros, es un arma de dos filos. Todo lo que tiene de bueno lo tiene de peligroso. Las condiciones de potranca nueva de Soledadita la de tío Pedro Bordón parecen abonar la teoría de los que aseguraban que la rajada pa Bana tuvo su razón en los celos, más o menos afianzados, de Bordón. Pero allá cada cual. Mi alma la quiero pa Dios.

Lo cierto es que al cabo de los años miles, tío Pedro recaló de nuevo en la ínsula, viejo ya, pero enteado, con un cinto de hebilla rutilante, un jipijapa, un baúl de chapas y dos dientes de oro tan pulidos y ostensibles que una persona, puesta al canto arriba del Camino Nuevo, lo veía asomar en la esquina de la

comandansia y lo sacaba por la entaúra. En cuanto a cuartos, volvió limpio. En trapisondas y en un enredo con una mulata, que le costó hasta un navajazo en un cachete, lo despilfarró todo. Allá quedó Manolillo, hecho un hombre ya, con un negocio de venta de leche, que ni que hubiera aprendido con los lecheros de aquí, llevaba con viento de proba, administrando agua, sal y otras porquerías como cualquier «maestro» de las medianías canarias.

Llegaba de Manuel alguna que otra carta de uvas a brevas, que cada vez fueron espaciándose más y que acabaron un día. Tiempo después de haberse tupido definitivamente, llegó de Cubita la Bella uno de aquí, de la Plataforma, y corrió la volada de que Manuelillo se había muerto. Mi comadre Soledad se cerró de negro un tiempo, mi compá Pepe apareció unos días con su golpe de tirilla negra en una solapa, se le dijeron unas misitas en San Telmo y se le echó tierra al asunto. Imagínese usted la impresión que produjo al cabo de 25 años una carta que decía:

> Labana, 27 de Santiago de 1923.
>
> Quería Soleá y a presiable cuñao Pepe. Deceo queal re cibo de la presente se ayen toos gosando de salu como este mi corason lodesea. Soleá estaes pa desirte que las cosas aquí se me han birado de proba y yebo ya con la quiya pal marisco man de don saño. Esto está tan mariscao y yo tan jarto que ha desidío dil pallá: tengo casi ajuntao los cualtitos del pasage y un día destos vrinco por el Morro y cojo jilo pa las Parmas. Si bieras las ganas de jareas mojo

y eso y peyas de gofio que tengo te hasías decargo del deseo que tengo de dil.

Soleá esta es pa desirte que le des espreciones a tu marío, mi cuñao Pepito Monagas, que a pesar del ron quia tragao creyo siga vivo él como así mi corason lo desea. Solea, está espa desilte que dentro diunos días traspongo. Sin más poroy de asín denotisias yeso se despide de ti con memoria para todo er que pol mi preguntare este que loes MANUELVOLDON.

Con la carta venía un retrato que mal limpriaíto pa una ampliación.

—¡Ya cayó que haser! —comentó Monagas, según Soledad acabó la lectura de la carta de La Habana—. Me estrañaba a mí que tur mano Manué doblara las cajetas sin dal conduelme. ¡Me estrañaba a mí!

—¡Mueno! ¿Ya pegas tú? Déjalo a ée. ¡Si fuera helmano tuyo veriámos a veee!

—Pero si yo no ha dicho naa. Que me estrañaba y naa más.

Por encargo muy encargado de Soledad, Pepito Monagas anduvo al acecho de cuanto barco de Cuba recalaba en puerto. Un día saltó Manuel. No traía ni donde caerse muerto, y a pesar de eso venía echando unas fachas que daba de cara. Acabronado por los años, el trabajo y el trópico, que se come las carnes y los nervios de los isleños como una lima sorda, traía estampa y cueros de lagarto seco. Pero séase por la euforia del arribo, séase por los nervios propios del indiano, que suele atracar como un manojo de vo-

ladores, estaba tan fachento que hiso exclamar por lo bajo a mi compadre:

—Este se ha creío que es el Pendón de la Conquista...

Trincaron una tartana y cogieron camino pa dentro.

—Alcontrará usté esto cambiao, cuñao —díjole Monagas por el camino.

—Casi naa, chicu. Esto es el mismo corral de cabras. Hay que saltar el charquito para ver cosa asiada, chicu.

—Bueno, pero fíjese ese muelle la Copa, cristiano. Fíjese bien hasta onde remonta y...

—Macanas, chicu. Eso no silve, créeme a mí. Si viera usté el Morro, se callaba como un tote.

—Ta bien... Fíjese por aquí. Esto antes era un arenáaa. Hoy es un gran barrio, las Escarabaneras, con un estadio y demás yelbas...

—¡Porquerías, chicu! Cualquier tugurio de Cubita la Bella le da por los besos a estos corralillos. ¡Créeme amí, chiquiticu!

—Fíjese, fíjese en esos edificios nuevos que áy a la banda...

—Casas terreras, créeme. ¿Y nuevesicas de aónde, si están llenas de lamparones? Hay que pasar el charco pa ver no más casas de 70 pisos como el que no quieri la cosa, chiquiticu. ¡Non sean bobera, chicu! Créeme a mí.

—Tá bien, mano Manué. Tá bien.

Como era de usos y costumbres, mi comadre Soledad lo recibió sentada en medio de la cama y llorando a todo trapo.

Mientras, Manuel Bordón escarranchado en medio del portón, tiraba peseta y media de voladores, con un puro de anilla deslumbrante.

Hasta tanto Manuel consiguiera casa y eso, le habilitaron ca su cuñado Pepe un catre de viento. Cuando mi comadre lo estaba lavando con agua caliente y petróleo por si había criado algún bichillo, Monagas tuvo una idea: «A este le requinto yo las fachas esta noche». Después de las doce, se fueron algunas visitas que venían por los puros y a alcanzar el pizquito de ron y anisado de tales acontecimientos. Y se acostaron los tres. Monagas tenía en su casa, de tiempo, un morrocoyo, esa pequeña tortuga americana que suele haberse en algunas casas isleñas como animal doméstico, por la gracia. Y aprovechando, agarró el dicho morrocoyo y se lo metió debajo de la almohada a Manuel. Este, cansado como un perro, desde que cayó quedó como una tosca.

No había pasado media hora cuando el morrocoyo se hartó de estar allí cobijado y pegó a hacer esfuerzos hasta echarse fuera. Pero con tan desgraciado rumbo que, en vez de salir por la cabecera, entró por la cama abajo. Manuel despertó y tentó al oscuro un caparazón como un adoquín y frío como la barriga de un muerto. El grito se oyó en La Laja. Del brinco se quedó en medio de la casa. Levantose presto Monagas:

—¿Qué le pasa, cuñao?

A la luz de una vela, Manuel mostró el morrocoyo sobre las sábanas.

—Eso es que Soledad no limpió bien el catre —comentó Pepe sin darle importancia.

—¿Cuálo dises tú, chicu...? —preguntó asmado Manuel.

—Eso que usté vei áy es una chinche canaria, ¿oyó? Y de las nuevas.

—¿Qué es lo que tú dises, chicu?

—Lo que oye, mano Manué.

—Vaya unos animales desajeraos, oye tú, Pepe.

Monagas respiró, satisfecho:

—¡Vaya hombre, por fin jallé algo que lo abatatara!

9. De cuando Pepe Monagas tenía 10 000 pesos en La Habana

En aquel famoso viaje a La Habana le pasó a mi compadre Pepe Monagas un percance que merita la pena contarlo. Cuando estaba en vías de venirse de arrancada pa Las Palmas, porque las cosas seguían más verdes que las uvas del cura, llegó al Morro a bordo del Valbanera, que luego se fue a pique cuando iba pa Santiago, un tal Manuel Sarimpenque, de áy, de la raya del Carrisal él. Atracó a Cubita la Bella el isleño, más serrero que un arado americano, con el habla turbia y bronca, diciendo «parría» que era un gusto, los dedos de las manos como plátanos mayeros y el aire palurdo a fuerza de estar siempre callado como un tocino y jalando por los zapatos herrados, que unas veces por tachas de cabeza y otras por barrizales era cada uno como una tosa de barranco. Pero, eso sí, dispuesto a partirse el pecho guataquiando caña en los ingenios y cantando guajiras con voz fañosa, pero con sentimiento.

Monagas, que iba fijo al puerto cada vez que llegaba barco de las islas, veces por saludar a los paisanos, veces por ayudarse a vivir pulpiando en marisco fresco, no lo conocía, y no obstante le metió un abrazo de reculada de casnero que el isleño se quedó en los filos del Morro, si cae, si no cae a la marea.

—Yo ha visto su cara en algún sitio, maaano —le dijo enseguida para aliviar la mirada zorra y desconfiada del viajero, que se le quedó ojeándolo con la cabeza cambada—. ¡Cristiano, en alguna fiesta, cuando día yo con el turrón! ¡Miusté...! ¿Y qué, güelta por Las Palmas...? ¡Digo por La Habana!

Pepe lo llevó a comer, comió él también y sétera. Luego hablaron de negocios... El insular iba pa adentro a emplearse a fondo, chico, machete en mano, el resuello trincado y la tajarria —vulgo cinto— en el bujero de la punta atrás. Él no sabía nada de pluma, pero él volvía pal Carrisal con un baúl enchapado, centenes en un banco, dos dientes de oro, una chaqueta blanca rajada atrás y una cadena de reloj con un peso colgando, que si se ofrecía, servía pa estacar una cabra en una punta de legumbres.

Pepillo, echando facha, le propuso un asuntillo: sociedad comercial que te pego, uno aportando la fuerza bruta —quiere decirse la parte industrial— y otro aportando la parte de pluma, séase la inteligencia, el reburujón, las relaciones y sétera...

—Usté va pa adentro, ¿entiende? Corta caña como quien tuesta y lleva al molino, que pa eso trae brasos, manda los cuartos aquí, a mí; yo los ingreso en un banco, junto con los míos, y cuando tengamos una puñaíta buena, montamos una pulpería, como disen acá, chico. ¿Qué hubo?

El hombre del Carrisal agachó el morro, se rascó el totizo y preguntó atorrado:

—¿Y vusté, de qué lo gana, si se puei sabel?

—Compra y venta —replicó rápido Pepe.

Cómo fue, no se ha sabido nunca. Lo cierto es que lo engoó. Monagas resultaba teniendo en el City Bank 5000 pesos limpitos de polvo y paja. El otro principió a mandar perras y perras, hasta que su cuenta se niveló con la inventada de Pepe. Y un día, sin más recao ni más mandao, llegó a la capital. Monagas se quedó asmado y por disimular le armó una fiesta de recibimiento.

—Ta más gordo —le dijo entre otros halagos.

—Pos jello —se dejó decir el maúro.

Hablaron de negocios. Pepe había puesto el dinero del socio en el Banco del Canadá y el de él, en el City Bank. Lo triste es que no eran cinco mil pesos, sino ¡cinco!; sequitos como un palo, que arriba pidió prestados para abrir esa cuenta corriente.

Llegaron a la ventanilla. Pepe formalizó la cosa y habló de retirar «sus» 5000 pesos. El empleado, después de rebuscar papeles y libros, se acercó y dijo:

—Usted debe estar equivocado, isleño. Aquí no reza usted sino con cinco pesos.

—¿Qué dice usté? —gritó Monagas en el colmo del asombro y la ira—. ¡Ya me robaron!

Y empezó a armar tal griterío que el banco era como si viera parío la gallera, del genterío que se reunió. Haciendo un teatro que lo coge Borrás y se empaja, puso la entidad de caldo y cocina. Que si ladrones, que si estafadores, que si jediondos. El público aglomerado pegó a ponerse de su parte.

—Tiene rasón el hombre, guajiro. Esto es una cueva, chico. Y el cubano se jeringa.

Llegó la bulla a la dirección cuando el director sostenía una importante conferencia con un colega.

El cajero se presentó demudado y contó, lleno de alarma por el desprestigio y demás repercusiones del incidente.

—La gente se ha puesto de su parte y todo el mundo cree que lo hemos estafado.

El director del otro banco tuvo una idea. Salió, se acercó a Monagas, que estaba echando espuma, con el maúro a la banda dispuesto a entrar al gajazo, y le dijo:

—Venga usted conmigo. Sus 5000 pesos no están aquí. Recuerde que los puso usted en mi banco semanas pasadas.

Monagas lo miró, un momento desorientado; pero reponiéndose, díjole rápido y como una lechuga:

—¡Esos son otros cinco mil!

10. De cuando Pepe Monagas pasó las negras con un peso de plomo de ley

En Bana —o séase en Cubita la Bella— le pasó a Pepe un caso con un peso falso que tiene su reburujón y eso, y que paso a contarle como es debido.

Fue durante una reculada de sus intereses. Había andado guataquiando caña en Sitio Potrero, de Camagüey, chico. Pero por pura necesidad, que ni su aquel ni sus fuerzas eran bienamañados para un menester tan bruto. De resultas del guataqueo se le pegó una puntada arrente del costillar izquierdo que estuvo asmado, ¡qué sé yo la de tiempo! El hombre largó por la banda el machete —¡muy bien largao!, ¡oh, ya!— y tiró por los caminos indianos en busca de un trabajito más liviano, que se acotejara mejor con sus inmanías y con sus huesos. Pero no corrió con suerte. Y anduvo un tiempo malviviendo de cabes a los amigos y de la ayuda de isleños con un buen pasar a fuerza de partirse el alma.

Un día, ya con la cincha en el último ojete, se encaró al revolver una esquina de La Habana, con un tal Pedro Manzano, de aquí, de la Apolinaria, creo. Un palanquín más grande que la casa de don Bruno, dispuesto lo mismo para un fregado que para un barrido, y que le sacó la pinta de isleño en cuanto le echó un ojo arriba.

—¿Qiubu, chicu? Tu sos de Canaria, si no me hase fulleras el ojo.

—Pos ya. ¿Entonses? Y tú sos de la Apolinaria...

—Clavao, chicu.

—Yo te ha conosío a ti en alguna taifa, o eso.

—Clavao. Ca María el Pino la Samba, en una última... Que yo me fajé con tres jardúos de Tamaraseite y les di por los besos, porque andaban arrempujando en el baile y yo lo mandaba. Y es que daba el casual de que a mí, mandando en un tenderete, no me chotea ni el padre de la criatura. ¡Clavao! Bueno, chicu, vengan esos dátiles. Y echa por la boca, no más, que al mou, de cómo la traes como una gallina acabáa de poné, vienes pasando más galbiusa que la baifa de un arranclín.

—Desajera si quieres, que no dirás mentira. Te puedo desí que no me ha comido los sapatos porque luego me falta una perra pal bicarbonato.

—Salau, salau, sí, señó. Pero no te ocupis, chicu... Espliquea qué te pasa, pero al granito y al viento la paja, ¿eh? Tú pretiendes que yo te eche una mano. ¡Clavao! Y yo... Pero qué va... No pue se. ¿Quieres oír una palabra, isleño? Como el otro que dise: a buen albo te arrimates. Clavao que te figurates: este es la mata del plátano. Y se te fue el tiro por la culata, chicu, porque me queo en la tabaiba y sobra. Yo voy pa adentro, ¿entiendes?; en busca de caña. Y mientras no arrime, no hubo de qué. Déjate ver dentro de seis meses. Y entonse, no un peso ni dos, chicu, sino medio ingenio y un caballo con la montura de lujo...

—¿Dentro de seis meses...? Ca los espiritistas, si acaaaaso.

—No te ocupis, chicu... Aguanta, que te voy a da una oportunidad. Mira. Un peso, pero más difísil de pasar que una abuja por el abujero de un camello, como ha oído yo en sermoneos. Un peso falso, como salta a la vista. Yo no ha podío meterlo. ¿Pa qué vamos a andar con cuentos? Pero a lo mejor tú... ¿Qiubo?

—Que me da igual. Traspásamelo, por ver. A lo mejor se lo jinco a algún soquete por áy.

—Murió, chicu. Búscate un mostrador de pinsapo, un isleño bruto —júyele a los gallegos— y una prima noche.

Monagas se echó el peso al bolsillo e intentó pasarlo en distintos sitios, luego de calcular las cosas bien. Pero la moneda tenía un cloquido de medallón tan descarado que hasta en un puesto de refrescos, cuyo dueño, según comprobó Pepe aguaitándolo un rato, era impedido del oído izquierdo, se le reviró, negada a pasar. Por último, dando tumbos, paró en una casa de juegos. Había ruleta. Y se caló que allí lo metía, como Dios pintó a Perico. Plantose muy finchado en una orilla de la mesa. Y con ademán teatral cogió el peso y lo tiró al tapete. El croupier, alerta, pero sin aspavientos, estiró la paleta y se lo empujó hacia atrás. Pepe lo cogió, haciéndose el extrañado, lo miró, como si no lo hubiera visto en su vida, puso el gesto digno y lo volvió a lanzar en juego sobre la mesa. Otra vez se lo empujaron suavemente fuera. Ahora lo tomó más rápidamente y lo tiró por tercera vez con cara de: «¿Qué se habrá creído el desgraciado bagañete este?».

Ocurrió entonces lo inesperado. Elegantemente, con un silencio y un aparato sin excesos ni defectos,

el croupier tiró del peso falso hacia él, lo arrimó a una orilla de su puesto de mando, tomó parsimoniosamente un peso bueno y lo tiró en el lugar donde Monagas había venido jugando tan obstinadamente. El sonido, aún amortiguado por el paño, y el brillo de buena ley que se levantaron del peso fresquito, jugaron sobre Monagas como una mujer con ojos de majá. Pepe se tiró a margullar, como si se hubiera estado bañando en el parque, cogió el peso cambiado a tiempo y dijo al croupier de raspafilón:

—Patrón, ahora el que no juega soy yo.

11. De cuando Pepe Monagas perdió la alfalfa de sus cuatro cabras

¡Me pareeeeece! Que no hay mucho saqué yo en papeles la historia de un lance que a Monagas le ocurrió siendo tartanero al servicio de Pepito María Pérez, el hombre del campo que al pie de venir de Cuba compró dos ruedas con un techo y un potranco, dándole el rebenque a Pepe para que con alfalfa, rollón y trotes le sacara a unos pesos un porsientaje del quince mejor que del diez.[78] Pero del final de esta tartana sí que no he hecho yo historia, que me recuerde.

Pepito María, como dije en aquella ocasión, colocó también un dinerito en unas casas terreras y de último compró un cafetín de pescao rebosao en los alrededores de la plaza, que era una mina de café jediondo y de vino sorroballado. Empezaron a multiplicarse los cuartos, afianzados los chorritos de esto y lo otro con una manera de economizar, usté, que el día en que ca don José se gastaban siete pesetas le daba al indiano tal insulto que había que administrarlo. El hombre era Alejandro en puño. Y mire que, como gorrones, no era flojo en su casa

78 Refiere Guerra al cuento «De cuando Pepe Monagas, siendo tartanero, tuvo que llevar a un hombre como un castillo», publicado en el semanario *Noticiero del Lunes*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de agosto de 1942, núm. 45, p. 2.

ninguno. A las niñas les pusieron de dichete: «Lo compré en la plaza», porque nunca pusieron los pies ca las de Doreste o ca Machín para la compra de sus sedas o de sus crepés. Y a la yegua de doña Costanza, la madre, saltona, bigotuda y amorcillada, le jincaron también su nombrete. La llamaban «La gota de leche», porque con media y media de un lechero de Marzagán acotejaba la casa y aún le sobraba su pizco para un esmayo. Pues con todo esto de la banda de acá, entodavía don José trincó una buena breva en un negocio con Cuba. Allá quedó un Casimirito, primo hermano de una cuñada de su mujer y compadre suyo, que fue su socio en ingenios y tiendas. Un día, Pepito María Pérez escribió a Casimirito lo que sigue:

> Señol don Casimirio Liria Casosla:
>
> Muy señol mío y apresiavle compadre, lapresente es para desirle quedeseamos que áy toos estén vuenos como este micorasón lodesea y asimismo el de mi muguer su comadre Costansa y el delas muchachas que están buenas que da gusto, acá todos buenos grasias adios para serbisle.
>
> Casimirito lapresente es padesisle que áy tiempos vengo cavilando si cuadraría en vien paradambos un asuntiyo queabenido cavilando yo solo denegosios consistiente en sevollas, nueces, castañas, y quesitos de aquí del Jierro, lo cual diría daquí pallá y miel, ron y guallaba que venerían día pacá.
>
> Casimirito yo lo a pensao vien que vusté sabe mui vien lo vien quello rumio lojasuntos

y eso, aora piéncelo vusté vien tamien y en jasiéndose cargo póngame unas letriyas a ver cómo le cain austé estas cambiatinas, pa mi ques piña asada, pero ca ombri es un mundo y yotengo mi opinió yusté tiene la de usté que usté puede opiná diferiente y eso.

Casimirito, memorias pa mi comadre dolorsitas, pa juan Pancho, pa Teresa mi aigada, pal inglés, que usté no se insulte otravez, pero yosigo sinsabé a quién rayos sale amarillo como una ñema de guebo, pa Manué, pa Domingo el Mulato, y que no meguarde encono porla vofetada quele jinqué, quebien sabe é que fue por parejero y confiansudo, que usté save que eso no a sido nunca ñame de mi potage, peroque yo lo apresio comoes debido por que save jincar el morro como un vurro cuandoay que tricarse la tagarria y entra palante, recuerdo también pa toa lademás insaya de guayetes suyos y delos demás isleños de la ruea y patodo el que pormi preguntare.

Casimirito, sin más poroi resiva los apresios de mi mujer su comadre Costansa y de las niñas que están vuenas quedagusto y desu compadre que loapresia como es debido.

Y usté resibael apresio de verdá de este que lo es

JOSE MARIA PERES

Cuadró el negocio. Salieron de aquí las castañas, las nueces, las cebollas y los quesos. Vinieron de La Habana el ron, la guayaba y el azúcar. Y aquello fue

como quien tuesta y lleva al molino. En poco más de tres años, Pepito María Pérez era don José María Pérez. Si opinaba en la prasuela, todo el mundo se callaba como un tocino. Y la gente daba de cabeza, en unos mudos y solemnes asentimientos. Si hacía una gracia pajiza, las risotadas se oían en los Poyos del Obispo. Por lo que toca a doña Costanza, figuraba en roperos y directivas de Vegueta, se había depilado el bigote y andaba tan echona, usté, que por donde quiera que pasaba dejaba una corriente de aire. ¡Y las niñas! Las niñas eran un relajo, de repugnantes. A media docena de pollos ventajistas que andaban buscando boda con cuartos frescos y ciertos, les traían entregados a jocicones. Y hasta a las madres de los galanes, que trabajaban también arrente, visiteo va, visiteo viene. Doña Constanza solía plantarlas, diciéndoles, con el alivio de unos dengues y una circunstancial cara bobática:

—¿Mis niñas? Mis niñas no se casa con ningún batata de aquí. Mis niñas se casa con peninsulaaares...

Una noche, en horas ya de recogerse y en las mismas orillas de la cama, la yegua de doña Costanza dijo a don José, intentando espantarle su sueño tempranero de hombre del campo:

—Mira, Pepillu, ende cuando estaba pa hablarte de lo del coche, hombre.

—¿Cuálo...? ¿De cuál coche?

—¡Esús, hombre! No te asorimbes jansín, que yo bien sé que no estamos pa metías de alto copete de estas, pero hay que hablaslo.

—¿Cuálo...? Bueno, pos di de una vez, que le das más arrodeos a las cosas que un perro pa echarse.

—¡Ta bieeen! Pero espabílate, pa hablaá. Mira, tienes que pirnorar la tartana.

—¿Cuálo...? ¿Pisno qué...? ¿Pero cuálo fue lo que le pasó a la tartana...?

—Nada. Digo vendesla. No se te pué hablá fino porque no carburias. ¡Como ha de sé! Digo que tienes que vendé la tartana y comprá un fotingo bueno, con sillones de muelles, bujeros en los laos pa meté la senisa cuando las niñas se fumen su Gol Flaque y un la radio alante.

—Pero, bueno...

—No me lleves la alcontraria mucho rato, Peeepe, que tú sabes que me da el ataaaque.

—Sí, pero yo...

—Apaga la luz... ¡Apaga Peeepe! Y vamos a resaaa... Bendito y alabaaaado...

Don José María compró un cochazo negro, brillante y grande, como uno que las niñas vieron en el *Para ti*. Era un zapato de charol del 43. La primera vez que doña Costanza pasió en él, pa arriba y pa abajo todo el santo día, comprando un montón de teleques que no le hacían falta, no le dijo adiós ni a las visitas. Y se bebió un cuartillo de tila que llevaba en termos, para aguantar su emoción de niña con Reyes. Las niñas se pusieron más rechinchosas y jociquientas que nunca. Solo don José se mantenía ecuánime. Negado a montar y afianzado en el quicio de su casa, con las manos en los bolsillos y la cabeza cambada, se dijo viendo partir el auto:

—Quiera Dios, madrina, y no te sambuques por áy por Pico Viento. Y me des el disgusto doble.

Es claro: con la compra del cochazo desapareció la tartana, usada también para paseos y menesteres familiares. Arrumbada y vendida luego por afrentosa. Pepe se iba a quedar sin trabajo. Y lo que era quizá peor: con cuatro cabras colgadas. Porque no había yo aclarado lo que sigue. Sus baifas —las mejores ubres de Tafira pa abajo y de Marzagán pa adentro, particularmente una jardúa y otra mocha de una raza de aquí del barranquillo de don Zoilo— vivían a costillas de la tartana de don José. Pepe se las aguaitaba para que la alfalfa y la ración del caballo fueran compartidas como hermanos por los cinco animales. El penco no engordaba, pero tampoco desmerecía. Y las cabras daban, con geito en el pulso, alrededor de cincuenta medidas. (Hablando de geito, ya se sabe: nueve de espuma y una de leche). Vendida la tartana, las cabritas iban pal jinojo. Amargos chochos.

La mujer de Monagas vino a don José con la boca más amarga que la retama. Pero el viejo indiano la tranquilizó. Pepe no se quedaría aparado. Él sería el chofle del coche, con su uniforme azul y sus polainas. A Monagas le cayó el cambio como un cólico miserere, especialmente por las cuatro baifillas, que, pencudas, descolgajadas, le habían virado el alma un manojo de tollos, de rebencuda y de amarga.

Cuando estaba aprendiendo a manejar, lo trabó un día de pasada don Pedro, el caballero de Vegueta.

—¿Cómo te va con el coche, Pepe?

—Pueees, don Pedro, áy un término medio.

—¿Cómo un término medio? ¿Pero tú te has dado cuenta de la diferencia entre la tartana y el auto?

—Masiao que me ha dao de cuenta. ¡Oh, ya! Ende luego, el coche está una cosa asiada, ¿sabe? Pero don Pedro, ¡si las cabras comieran gasolina!

12. De cuando Pepe Monagas fue padrino de un extraño chiquillo de Pina la Cochafisco

María del Pino Santana, mejor conocida por Pina la Cochafisco, esposa legítima de Juan de Dios, uno de Pambaso, se puso un día bien hermosa de bandullo, como un balayo de redonda y ancha, pregonando su recogimiento como un barquito pregona su trapío cuando se enverga entero a una alegre brisa.

—Mírenla, ¡qué linda va ella! —comentaban los compadres al verla pasar con aire de trono, tan alta y airosa de proa y tan empertigada, tirándose atrás por armarle contrapeso a aquella especie de enorme peje tamboril que la precedía, y que daba la vuelta a las esquinas bastante antes que el resto de su morena y escachada humanidad.

Pina la Cochafisco vivía en el mismo portón de don Esteban el Baifo, donde compadre Monagas tenía su casa y sus tres teniques. Una tardecita, a cosa de Oraciones, la vecina, en rebasadas piedras de ocho, pegó con un pugidito de los de soplido, de estos que dan la quejumbre como las sillas retundidas y que se rematan con un suave bufadero, semejante al de una gaseosa mal tapada. A las once dadas entró en un grito, con que puso en planta medio Risco. Entonces llamaron a comadre Soledad, una de las más bien amañadas vecinas para esto de ayudar al aumento

del censo. La comadre garrapateó unas letritas y se las dejó a Monagas en lo alto del catre matrimonial:

> Esto, Pepe, si vienes, que me estrañaría, recaliéntate tú mismo el potaje, la cosinilla se va por el pitorro, que además está tupío, asín que no pegues a ponerte nervioso y con la jiringuiya vayas y la arrequintes mucho, no sea que te dé un estallío, más que nada por los vesinos; yo estoy en ca Pina la Cochafisco, alreor della, pos se ha puesto de presentasión, y pa eso estamos, pa ayudarnos unos a los otros.

Rayando el día, Pina cayó en el esperrido, que apoyaba engarabitando las manos en la barra del catre. Despertó al otro medio Risco. Botó por fin en el mundo un muchacho de cinco kilos corridos, pero no de un peso parejito, sino malamañadamente estibado, como si dijéramos. Sacó una cabeza grande y apepinada, con más de jeme y medio de la frente a la coronilla. Del totizo abajo tiraba más a manojo de tollos que a calacuiña granada. Y fue por ello por lo que entró sedita en este puñetero mundo hasta que tropezó en el quejo. De ahí para arriba no había manera. Fondearlo de una vez resultaba como si se pretendiera atracar un Jalián en el espigoncillo de Las Nieves, del Agaete. A fuerza de maniobras de Soledad y otras bienamañadas, algo después de las cinco el nuevo ciudadano dejó caer la cabeza sobre el colchón con el aire y el sordo golpe de un huacal. Las mujeres sudaron como si hubieran hecho un amasijo.

Compadre Monagas, que había llegado por la noche y se había acostado sin más, recaló por casa de la Cochafisco a eso de las nueve de la mañana. Le enseñaron el fenómeno. Se quedó asmado.

—¡Chica ruina le ha entrao a Pina con este guayete! —dijo al oído de su mujer—. En aspirinas y sombreros, tan solamente, se mama un jornal con sus puntos.

Como al chico se le iba de banda la gran cabeza, y no era cosa de ponerle horcones, como si fuera una platanera, la madre, por empelechársela, pegó a achicarle raleras de gofio y vino, atacándoselas a fuerza de dedos si el muchacho se ponía repugnante. Agarró tal ajitera cuando solo tenía catorce días de vida que casi traspone para las Chacaritas. Hubo que bautizarlo a espetaperros, no sea que diera en fallecer moro. María del Pino la Cochafisco le habló al compadre Monagas de ser padrino.

—Bueno..., pero siempre que usté se conforme con unas «agüitas» pobres: un garrafonsito de vino, unos chochejos y suculún, ¿oyó?

Desde la víspera del bautizo ya hubo pelotera en la casa por causa del nombre. La abuela materna se emperró en que lo pusieran como a su marido «que en gloria esté»: Casiano. Hubo oposición de la otra parentela. Pepe se arrimó a estos.

—Con una cabesa semejante —dijo—, todo lo que sea «Casi» se presta a choteos.

Se barajaron cuarenta nombres y al fin tuvieron que salir todos para la iglesia sin nada determinado, porque, sobre ser la hora, de aguantar un pizco más en la casa hubiera habido mojo con morena.

Don Bartolo se revistió al golpito y vino al golpito hasta junto a la vieja pila bautismal. Calose la gafas en la punta de la nariz, bajó la frente para ojear la parroquia, tan viva y tiesa de fulgurantes driles, y por último dio un vistazo al muchacho. El bueno del cura se despistó ante la mala vista dada al tremendo pepino que sobresalía del naguado.

—Ah, ¿pero es que son gemelos? —preguntó ingenuamente.

Una vez que se aclaró lo de la unidad, don Bartolo dijo a Monagas, que muy en padrino mantenía el crío teatralmente:

—¿Cómo lo ponemos?

Todo el concurso reculó, dispuesto al cabe. El compadre Pepe se quedó un momento suspenso. De pronto empezó a maniobrar sobre la pila, con el chiquillo en vilo.

—¿A qué vienen tantas vueltas ahora? —lo reprendió el señor cura medio caliente.

—¿No dise usté que cómo lo ponemos...? Pos estoy viendo de cuadrarle la cabeza pa cuando usté le eche el agua no se le esparrame por fuera...

—¿Tú tienes ganas de choteítos ahora, o qué? ¿Cuándo vas a tener fundamento? Te digo que qué nombre le van a poner...

—Ah... pues mire usté, don Bartolo, resurta de ser que en ese terreno está este familiaje más dividío que la provinsia.

El santo del cura se quitó los espejuelos, entrelazó las manos sobre el vientre y se puso a esperar.

—Pues ustedes dirán, pero arrejundan, que tengo un viático —y se quedó mirando en torno al concur-

so, que constituido en dos bandos cerrados y gachos, se mantenía como gallos en tanteo.

Habló de pronto la vieja abuela del antojo por su marido, «que en gloria esté»:

—Pues mire, don Bartolo, losotros viamos pensao así como de ponesle Casiano, como mi difunto marío, que en gloria esté.

—Miusté, ¡Casiano...! —saltó una del otro lado con un hocicón como un espicho—. ¿Eso es nombre, cristiana? ¡Eso es nombrete!

—¡Ten respeto! —la reconvino don Bartolo—. Casiano no es nombrete, que es nombre de santo.

Metió la cucharada, en representación de los anticasianos, un hombre de negros y averguillados bigotes. Abogó por Fruto. Así se había llamado un antepasado de él, que había sido concejal en el pueblo. Tampoco le gustó a Monagas.

—Ese es peor —dijo—. Luego, cuando el muchachito sea grande dirán que es Fruto, pero de calabasera. Y no le va a haser grasia. ¡Digo yo!

Se emperró la discusión, al tiempo que se agotaba la infinita paciencia de don Bartolo. El cura explotó, al fin:

—¡Cállense todos, caracho...! ¡Que lo desida el padre, y se acabó!

Monagas se vio precisado a explicar:

—Pero, don Bartolo, cristiano, si el padre se marchó pa Venesuela ya hay más de dos años...

13. De cuando Pepe Monagas estaba haciendo la cola del tabaco

Solajero de piedras sentidas y moscas sobajientas en la cola del tabaco, aquí ca don Luis Correa, en la calle de Triana, al peso del mediodía. El sol y el enjambre se complacen pegajosos sobre la paciente fila humana, reaccionando toda ella en moruno ante el acoso y el desperdiciado valor del tiempo, que va pasando zorro en el aire, como el que no quiere la cosa, camino de los Poyos del Obispo, pa abajo. Hay mujeres y hombres afianzados contra las paredes. Ellos, con un zapato en la acera y otro en los zócalos resobados. Ellas, para los maríos y ellos para sí mismos. Todos aguantan estoicamente la vela por ver de alcanzar la librita de Virginio con que entretener el fumeo de la semana.

Enfrentito, ca los indios de Metharam, hay baratillo, según una volada que corrió el día antes de la boca sabedora de Dolorsitas la del Pilar de Fleitas, que creo que lo supo por un empleado, y que corrió como la candela, usté. Y ajoto de esto hay por los alrededores rebumbio de mujerío, sin cola cuajada, dispersa la alegantina congregación de compradoras.

En la cola del Virginio, con una pata en la acera y otra contra la pared, anda cogiendo vez Pepito Monagas.

Entre la insalla de vecinas de ca Metharam, desagallada, como gallina sin nidal, va y viene mi comadre Pino Farías. Aquí traba la hebra; más allá, la larga.

Y en una marea que la tira para la acera de enfrente, empalma con Monagas, que es padrino de un guayete de Pinito, el que le segunda a un sietemesino que ella trajo al mundo tres meses y medio después de casada.

Como le iba diciendo, Monagas y Pinito trabaron un coloquio, asunto de las colas y esto y lo otro. Y Pepito empezó a injertar chascarrillos y a decirle boberías pa dir matando el tiempo. Al tranvía nuevo le sacó una partida de comparancias; por ejemplo, que le decían el cenicero, porque recogía todas las colas. ¡Fíjese usté! Y así, dándole a la taramela más de lo acostumbrado, el reloj de ca los alemanes, cuyos saltos venía aguaitando Monagas, poniéndole el dichete de reloj-alpispa, dio el último brinco sobre las dos. Mi comadre Pino Farías, oiga, se pasó todo el tiempo esmorecía. Y al irse a lo del baratillo, por si alcanzaba alguna vara de rengues aunque fuera, dijo a su compadre Pepe:

—Bueno, compadre, hasta más ve. Ya le diré a mi marío que ha pasao un buen rato con usté.

—Bueno, que le vaya bien.

Pero Monagas reacciona rápido y la ataja:

—¡Oiga, comadre! Pero dígale que fue ca Correa, en la cola, ¿oyó? Con el día clarito. ¡Por si acaaaso! Que yo no quiero cavilaciones ni enconduermas con mi compadre. ¿Usté me entiende?

14. De cuando Pepe Monagas estaba «en tres»

Pepe Monagas fue también, por un tiempo, costero. En una extraña crisis de rectificación y arrepentimiento por la que pasó, y como quien cansado de los vicios y maladanzas del mundo se decide por un convento recoleto y austero, sintió el llamamiento penitenciado de la costa y de su vida de brega a bordo de los barquitos de la pesca. Significaba embarcar roerle el cabo al beberío, a las mediasnoches pa el día, a las resacas estomacales, que no daba avío el agua de San Roque para encalmarlas. Significaba, por último, ¡TRABAJAR!, esa cosa incómoda, de pájaros en jiñera, embrutecedora. Pero que debía ser digna, porque la mayoría trabajaba. Y la mayoría, aparte y eso, era digna. ¿Pa qué vamos a andar con requilorios?

Entonces fue y se enroló en un barco. Trabajo le costó, porque Mastro Rafael el Chopa, patrón de La Candelarita Canino, nada más entender qué quería, le soltó, revirado:

—¿Que tú...? ¿Que tú quieres dir pal Moro con losotros? Pero ¿tú te has jas creío que vamos a dir al Pino, o qué?

—Oiga, Mastro Rafaé, oiga... Pero... ¡Escúcheme una palabra, señor...! Cada hombre es un mundo. Y de los arrepentíos es la gloria y tóo lo demás, ¿oyó?

—¡Ah!, ¿pero estás arrepentío? ¿Y qué marea te viró la proba? ¡Vemería, consio, y lo que le quea a uno que ve...! Tá bien. Tira pal Moro. Pero de timples y requintos, ni el columbro, ¿oítes? Porque dende que los mientes, te meto de remojo. Y no te pesco, pa que lo sepas.

***

En el Moro, pasando las brevas de Tirajana, estuvo Pepe seis meses, pizco más, pizco menos. Y volvió tan requintado, usté, que nada más oír hablar de botes en los timbeques —de botes de leche, de botes de laterío cualquiera— se cambaba todo y le entraba un mareo que era a irse pa las plataneras. Y se cogía unas calenturas como en un tifus.

A la mujer de Pepe, que estaba privada con aquella rectificación y los cuartitos fijos de la zafra, cuando supo un día que su marido no volvería nunca más, le dio un ataque tan superior que rompió tres macetas con geranios y tomateros, la jaula de un capirote, que decía «Pepito» y que voló, una bandurria con la cejecilla estropeada que tenían allí para endengar y un San Miguel de esquinero con una espada de papel de plata y las pesas de tapas de botellas de agua agria.

Pepe le soltó una andanada encima cuando supo que el soponcio era porque él no quería volver a la costa. Luego, cuando ella se recobró y le hizo un llanto, él, ablandado, la conformó, diciéndole misteriosamente que él «estaba en tres». Soleaita se quitó de cuentos y se fue ca los señores Jorge. Y consiguió que lo llamaran.

—¿Disen que no quieres volver?

—Pos no, señor. Aquello fue un arranque marítimo.

—¿Un qué? ¿Por qué no hablas claro?

—Pos claro. Le diré... No es que no quiera golver. Pero entodavía estoy «en tres».

—¿En tres qué...?

—En tres, no más. Dos en quearme y una en dir.

15. De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería de Mastro Manuel Lorenzo el percance que tuvo La Frasquita con un submarino inglés

Una tarde de verano cuajada como un beletén llegó mi compadre Monagas a la carpintería de Maestro Manuel Lorenzo con el pico caliente y el rabo tieso. Había estado en el puerto y se encontró con la gente marinera de La Frasquita que venía «de la culvina». Trabose el hombre como sin querer en un timbeque del muelle y cuando recaló por la carpintería traíba su media chispa entre pecho y espalda.

Como volvía picaretiado y de buen temple, ni cuenta se dio de que la tertulia estaba dormitando, en un rumeo, un rumeo como una punta de cabras a la sombrita de un nogal; especialmente señor don Pedro, que, no obstante no haber dado golpe en su vida, estaba siempre «molido como un senteno», el cual, más bien entrado en casnes y congestionado de que bebía y del levante, parecía una tonina sobrenadando sobre una marea del Pino.

Pepe se dispuso a despertar a la gente por ese gusto en jeringar propio del isleño. Para hacerlos saltar, había que ir jurgando, como quien saca burgados, en esta y en la otra psicología, de acuerdo con las debilidades o los fallos de cada cual. El más propicio

era señor don Pedro, al que una buena batata, mejor compuesta y más grande que las suyas de usos y costumbres, sacaba de madre hasta coger su calentura. Enfiló a don Pedro:

—Cabayeros —dijo—, me ha enterado hoy di una cosa curiosa de por demás.

Nadie resolló. La gente dormía con los ojos abiertos, algunos con un apoyito que era un lamedor para la cabeza y el desmayo total del cuerpo.

—Resurta de see —continuó impávido— que poco antes de acabarse la guerra grande esa del otro día, día La Frasquita pa abajo pa la costa a la safra. Ya arto el balco, una mañanita al arba saca su morro un sulmarino que andaba áy bajo asechando quien día y quien venía. Según se queó arriba del agua, salieron de endentro de eé unos ingleses con unos anteojos y pegaron a miraá...

—¿Por qué no te cayas, Peeepe, con esa lata ahora...? —resolló desmayado señor don Pedro.

—Oiga, señor don Pedro, es que merita la pena, cristiano. Escuche pa que vea. Salió, como digo, el sulmarino y de repente endereza la proba sobre la Frasquita y pega a navegar arriba de eya... Oiga, ¡coge la gente de a bordo un serote, usté, y fájanse a correr sin saber pa ónde, que hubo hasta quien tuvo chirgo...! Desde el timonel hasta el patrón, too perro y gato se metió abajo y dejaron el balquito solo.

—Y dale con la lata... ¿Por qué no te cayas, Pepiyo, con ese guineo...?

—Escuche pa que vea que es cosa asiada lo que pasó, que yo no sé ni cómo los periódicos no se han ocupao del asunto, que se vieran vendío mejooo

que cuando sale el repalto... Arrimó el sulmarino a la banda de La Frasquita y subieron a bordo unos chones rubios, con barbitas claras y gorras ladiadas, y pegaron a dar voces yamando. No resollaba nadie. Por último, el cocinero del balco, un muchacho de aquí de la Isleta, que es pollo de pelo en pecho, se quitó de cuentos y subió: «¿Mieo pol qué...?», dijo a los demás, que estaban atorraos por los rincones... Llegó a cubierta tranquilamente. Los chones lo yamaron, y uno de eyos, que champurriaba un pisco en cristiano, pegó a hablasle. Querían sabee qué balco era, a dónde día, cuánto tiempo estaría pa la costa y sétera.

«Pos mire, míste —le dijo el cocinero de La Frasquita al inglés—, esta es la Frasquita, ¿usté entiende? Que va pa bajo, pa la costa a la culvina y a mardito más. ¡En buena fe! Losotros semos de Las Parmas, ¿tiende? Del chipiélago canario, aquí lantrito al sotavento, y no los toca papas ni pescao la guerra y eso, ¿oyó? Asín que déjelos seguíi tranquilitos y cojan nustedes su camino y listón...». La cosa estaba liquidada —¿tá oyendo, don Pedro?—, pero al inglés le hizo gracia el cocineriyo de La Frasquita y pegó a habláa con eé:

—¿Ousted me quierrri decigrrr ouna cosa...?

—Diiga a veee...

—¿Oustedes, en las Canarrrias, soon amigous de la Alemania o de la Ingalaterra?

—¿Losotros? ¡Quite pa ayá, cristiaaano! Losotros semos amigos del pescao, de la peyita de gofio, de su pisquito de ron si cuadra, y eso... Lo demás está

bueno pa esa gente que va a los casinos y lee los periódicos. ¿Losotros, cristiano...? ¡Tá loco!

Sonreía el inglés.

—Boueno, ¿y ousted, personalmenti, qui esss...? ¿Frrrancofilou ou germanófilu?

—¿Quién, yo? No, señooo. Yo soy Teófilo, el cocinero.

16. De cuando a Pepe Monagas le dio un insulto por mor del león del parque

A excepción, quizá, de las generaciones pertenecientes a la última echadura, todo isleño tiene alguna noticia de un león que hubo en la ínsula hace una jurria de años, el «león del parque», que lo llamaban. Contemos de raspafilón y brevemente la historia de este rey de la selva de palmas y geranios que era entonces la Alameda de San Telmo.

El león vino a parar, todavía cachorro, al Puerto de la Luz en un barco que venía de abajo, sabe Dios con cuánta mercancía rara a base de monos, pieles, loros, sétera. Tuvo un personaje isleño el antojo de comprar el león. Y quedose ya para siempre entre nosotros el «animalito». Parece ser que el isleño le mantuvo mientras hacía monerías, atorrado aún el arranque matón que de casta veníale y en los guantes las uñas para cuando cuadrara. Pero cuando comenzó a soliviantarse y a tirar la garra y a enseñar unos dientes que eran unos fríos y calenturas, y a bramar ya sobre el trueno... En fin, a no poderlo meter a viaje, aquel se lo quitó de encima más pronto que volando. ¡Tá loco! Y se lo vendió a otro isleño de pura cepa, que entonces vivía en el número 80 de la calle de Triana, cuya casa daba para la Marina. En esa trasera instaló al «bicho», ya galletón él.

Y por allí desfiló todo perro y gato a ver la fiera y a temblar cuando abría pausado su boca tremenda y se largaba un berrido de añoranza que ríase usted del temporal que levantó el cementerio de los ingleses y lo sacó de la laera de San José.

Antes de entrar en el contacto de Monagas con el león del parque, terminemos la historia del desterrado monarca africano. El segundo, al mou con más aguante que el primero, lo mantuvo, grande ya, un tiempo en su casa de la Marina. Pero complicaciones de cada día y nuevas y cada vez más graves lo forzaron a llevárselo para el campo, instalándolo en una finca que tenía en el Madroñal. El «animalito» se hizo aquí ilusiones y era tan grande el optimismo que cada bramido rajaba una casa de arriba abajo. Pero es natural, comiendo como un león y enfermando del corazón al vecindario con la tronada que usaba para bostezar, tuvo al fin que desprenderse de él. Pero no lo quería nadie ni con una ampliación encima. Entonces se lo regaló al Ayuntamiento, y el Ayuntamiento le hizo una jiñera en el Parque de San Telmo y allí lo metió para admiración y susto del pacífico isleño. Y allí murió el pobre, de muerte natural, seguramente aburrido como un loro, hasta la coronilla de carne de macho y de las risas desconfiadas de los maúros que venían a retratarse, o de testigos en un juicio por muerte a la orilla de una acequia, y que le hacían una obligada y estupefacta visita. Ni muerto lo dejaron en paz. Disecado y lleno de paja, con dos ojos de vidrio y el rabo tieso, pasó al Museo, que entonces estaba instalado en los altos de las Casas Consistoriales. Por cierto que el día

que lo entraron, un funcionario de viejo, con buen humor, tuvo la genialidad de decir al personal que lo transportaba: «¿Dónde lo van a llevar? ¿Arriba? Nada, hombre. No hay derecho. Es el rey de la selva. Al salón de sesiones con él».

¿Que qué le pasó a Monagas con el león del parque? Le pasó lo siguiente: estaba la fama del animal en su apogeo. Lo tenían ya instalado en la jiñera de la Marina. El visiteo daba miedo. Y un día llegó Venturilla el Taita al cafetín. Andaban atracados Monagas, Victorito, el del Pinillo, y mi compadre Juan Jilorio, que también diba en la rueda de presentes.

—Pepito y los demás de la compaña —dijo asmado, amarillo como la cera—, ¿saben de dónde vengo? De ver el león... ¡Aemería, aemería, cristiano! ¿Ustede se acuerdan de aquel gran toro que salió premiao pa San Pedro Márti...? Eso es la perrilla de Maestro Bartola comparao. ¡Oiga, aquella melena, y aquella entaúra, que agarra un queso tiesno y es como un merengue de Anita! ¡Usté! ¿Y el cloquío? Dicen que Mastro Hilario no rebasa componiendo pomos de los insultos, mayormente de mujeres. ¡Tal cosa, cristiano!

Ni que decir que fueron todos a ver al león. Monagas, en verdad, no era de los más animados. Pero no se iba a poner en evidencia. Llegaron los cuatro a la Marina. Y la casualidad, en el momento en que ponían pie en la puerta para entrar, el león se pegó un berrido que la marea fue a parar allá dentro, más afuera del muro de don Benito. Las carnes volviéronse del color de la ñema de huevo y una bola como una sandía subió de la caja del pecho y se escarranchó en

la garganta de los cuatro. Entonces Monagas tuvo la frase genial. Dijo:

—Lo doy por visto.

Y traspuso.

17. De cuando Pepe Monagas le levantó el loro a D. Graciliano

Don Graciliano, aquel venerable canónigo insular de la misita mañanera, los menesterosos, el coro y la tertulia de cotorrones, de verdad bienamado por pobres y ricos, tenía un loro. Lo trajo un sobrino de don Graciliano de Sierra Leona, ¡según diiícen! Este sobrino de don Graciliano era un mataperro ¡según diiícen!, más corrido que un caballo tartanero y con más líos que la justicia de Tirajana. Según diiícen, se hizo novio de una muchacha del Camino de los Andenes, que estaba acomodada ca las niñas de Rebenque, y al modo se le fue el baifo y eso. Lo cierto es que tuvo que salir a espetaperros pa bajo pa la costa, porque un hermano de ella, que era chófer, lo estaba aguaitando para darle un acebuchazo con la manivela de una camioneta.

A mí no me lo crea, ¿sabe?

A los tantos años recaló por aquí el sobrino de don Graciliano. Y quién sabe si para atajar los inolvidados agravios del tío, le trajo de allá abajo un loro. ¡Pero oiga, el loro era una cosa especial! ¿Oyó? Para no cansarlo: ¿Usted ha visto los que pintó Néstor en el Teatro? Pues así, sin exagerarle nada.

Pero no hablaba, usté. Callado como un novio de barrio, todo el santo día. Lo vio mucha gente del puerto y todos coincidieron en que el animal era

como esas mujeres guapas que son muy guapas y eso, pero que son satas, ¿sabe? Oiga, ni esta boca es mía. Mohíno y callado, como si tuviera una inmanía, se le iban las horas. Y un día conoció el caso Pepe Monagas...

Entonces se presentó a don Graciliano. Y ya ante el loro mudo, sentenció:

—¿Usté sabe lo que la pasa a su loro, don Grasiliano...? Pues que es inglés, ¿oyó?, y no sabe espiquis panis, ¿usted me entiende?

—¿Entonces...?

—Pues entonses, señor, es que hay que enseñarle. Primero que nada: «papá» y «mamá», y la lengua de don Quijote, na más. Y de eso me encargo yo.

—Bueno. Pero tú no me le enseñes maldisiones, ¿eh?

—¡Oiga, don Grasiliano, eso...! Usted me conoce a mí...

El loro salió para no volver más. En Inglaterra lo tiene un míster, ¡según diiícen!

***

Al mes. Un encuentro en la calle.

—¿Cómo van las clases, Pepillo?

—Pues, áy... Ya pasó la cartilla y el catón. Hoy pegamos con la ensiclopedia. Pero no se lo mando hasta que cante unas habaneras que le estoy enseñando, y eso.

***

A los tres meses, Pepe ve a don Graciliano costeando una acera y da una tumbada para la otra. Cuando un

monigote, o Juanito Cabildo le llevan algún recado a su casa:

—No ha venío almorsá hoy, usté.

***

A los seis meses, Perera se tropieza con Monagas. Se quita la cachimba, camba la cabeza y, mirándolo por sobre los lentes, dice:

—¿Tú no sos el profesor del loro de don Grasiliano? Pues prepárate, porque le va a dar parte al sargento Ravelo.

Monagas se quedó como un difunto por primera vez en su vida. Y entonces se refugió en un timbeque de la Marina, ca Dominguito el Camelludo. El ron lo ilumina.

Y prepara su plan.

***

A las cuatro estaba sentado en la Alameda, debajo del glorioso árbol caído que se desparramaba sobre la entrada de la calle de Muro. Aguardaba la salida de coro. Y cuando vio bajar a don Graciliano por frente a los escalones del yeso, se puso de pie, comenzó a mirar para el árbol, con la mano extendida y un dedo señalante, haciendo gestos aparatosos. Se acercó el jardinero:

—¿Qué le pasa, Pepito?

—¡No me diga náa, hombre! Que es que traía en el dedo, para más grasia, el loro de don Grasiliano y se me escapó.

—¡Veemeeríiiia!

Ambos buscaron el loro entre las ramas. A los dos minutos habían veintisiete personas localizando en la altura al loro. Cuando don Graciliano rebasaba el puente, el genterío daba miedo. Monagas lo iba movilizando. De repente gritaba, siguiendo una trayectoria imaginaria con la mano:

—¡Mírelo, mírelo...! ¡Voló para allá!

Y corría la masa hasta frente a la casa de don Francisco Gourié. Se incorporó don Graciliano. Y enseguida lo supo. En el rebumbio no había visto a Pepe.

Los grupos fueron dividiéndose. Y la imaginación calentándose. De pronto, Pepita, la de las tirijalas, mientras un betunero le robaba dos, gritó:

—¡Mírelo! Ya lo veo.

—¿Dónde?

—¡Allí! Trasito aquella rama de la telaraña.

—¡Síííí! —gritaron cien voces.

Y enseguida, frente al Gabinete, Isidrito vio otro loro:

—¡Mírelo! Allí, allí, a la punta arriba del mato, en la vaina cambá aquella.

A poco, frente a don Francisco Gourié, el marido de Angelita, vio otro loro más.

Por tres sitios distintos, tres loros llenaban la imaginación del genterío dividido. Entonces se tropezó don Graciliano con Monagas, que, trastornado por aquel contagio de locura, se iba ya.

—¿Qué te parece, Pepillo?

—¿Que qué me parese? Que si yo sé que saca crías así, no lo dejo ir.

18. De cuando Pepe Monagas tuvo una machanga que era como unos fríos y calenturas, la guerra y la cigarra, todo junto

Hay gente que nace con una suerte de calamar hasta el punto de que apenas hacen un esfuercito para acometer cualquier negocio, o cualquier asuntejo de más o de menos, todo se vira negro allí donde ponen la mano o la voluntad. De estos nacidos en martes y 13 era Pepito María, el Cenizo, que le decían por eso mismo. Llegaba su sombra de higuera negra a tal punto que los chiquillos de dos o tres bautizos para los que fue convidado como padrino murieron todos sin haber rebasado los cinco años, apenas entrados en los cuatro. Si soltaban una paloma en el fútbol con un papel en la pata llevando los goles de una victoria chicharrera, un suponer, y la paloma hacía su necesidad sobre el campo en el primer revuelo, el «desparpajo» caía, precisamente, en el sombrero de Pepito María el Cenizo. Estuvo, a fuerza de empuje, regular de intereses, pero cayó como un tote cierta vez que se metió en negocios con uno de Fuerteventura, que tenía un invento para virar dulce el agua de la marea.

Derrotado y listo lo conoció mi compadre Monagas, a quien Pepito María le contó sus penas, entre copas, con una llorona como las que atacaban en la

película *Sor Angélica*, que en paz descanse. Pepe le ayudó entonces cuanto pudo, hasta conseguirle incluso un pasaje medio gratis para la Guinea, donde Pepito María pensaba reponer su fortuna cambiando de suerte.

Al año de estar el hombre en Fernando Poo, cocido de mosquitos, palúdico, amarillo como un velorio, pero con su poco de suerte, Pepito Monagas recibió un presente que le mandaba el agradecido amigo: cuatro kilos de café, cuatro de cacao, un lagarto seco más feo que una mala palabra, un idolillo negro tan feo, si no le ganaba, como el lagarto; y una machanga, más bien grande que chica, viva de genio, con los ojos como pulgas, pero saltones y mirones. Monagas se jincó el café, mi comadre vendió el cacao de tres pelos ca sita Tita de Vegueta, regalaron el lagarto y la figurilla y amarraron el mono atrás, en el patiecillo de los cuartos del portón. A fuerza de tiempo, consejos y lambriazos, que se los llevó y bien buenos, la machanga bajó de banderas y hasta suelta podía estar sus ratos y jugar con los chicos, que le hacían mataperrerías como si nada.

Al año o así de haber tenido el mono, mi compadre y Soledad tiraron pa Agüimes con turrones. Por San Pedro, señaladamente. Como no pensaban ir, porque con esto de que el azúcar está más escasa y cara que la penicilina, no se conseguía turrón que meritara la pena, la salida fue casi improvisada. El matrimonio partió para el Sur casi a espetaperros y olvidó el mono, que siempre quedaba más o menos atendido por algún vecino complaciente.

El animal aguantó un día mal que bien. Pero al segundo, entre aburrido y hambriento, ya no pudo más. Pegó a trabajar la cadena con dientes y manos y áy, al solpuesto, la tenía partida.

¡Pa qué fue aquello...! Subió la pared del traspatio y se coló en la casa de Rosarito la Pichona, cuyo marido tenía las paredes llenas de pájaros canarios y de mistos y remistos y de pintos para cruces. El mono jaló por las astillas de jaula en jaula y todos los bichitos salieron volando. Seguidamente, se encaramó en una azoteílla vecina, entró en un palomar y mató tres correas viajadas de Cabo Juby en las que se estaba mirando Manolito Caballero, de la Colombófila él, con medallas y copas y todo. Luego pasó a un gallinero de más alante, levantó una gallina clueca que estaba empollando dieciocho huevos de raza e hizo una tortilla como pa un banquete. Aquí le hizo frente un galletoncillo de la casa y el mono se tiró a él y lo trincó por una oreja que si no viene la madre con una sartén, la machanga asoma la cabeza por el otro oído. Desde luego, la oreja averiada le quedó colgando como una bandera sin viento. Por último, brincó hasta otra azotea donde había unas sesenta macetas con un plantío de crotos que era un primor y fue como la cigarra. Hasta la tierra sacó al aire. El dueño de los crotos, que era Casimiro, el guarda, el cual tenía inmanía por estas plantas, y que se hallaba casualmente allí por mor de un reuma, lo fue aguaitando con un tolete de riga procedente de un hueco de puerta y del toletazo lo dejó en el sitio *per omnia seculorun*.

Cuando Monagas y mi comadre Soledad vinieron pa arriba de Agüimes se encontraron con una jurria de denuncias, a cuál peor. Ni que decir que fue a parar al juzgado a responder de la ofensiva de la machanga que tuvo una tarde medio barrio como si fuera la guerra. Se leyeron los cargos, desfilaron los testigos, hubo su poquito de choteo con campanillazos y demás yerbas e interrogaron por fin a Monagas.

—Yo no tengo curpa mardita, señor jues —pegó a defenderse mi compadre—. Aquí lo que ha pasao es que esa machanga era especial. ¡Distinta, quiere desirse! Tenía talento, inteligensia, o miluque, como usté quiera yamaslo... En vista de lo cuáa, yo pegué a enseñasla, a enseñasla, la inclusive, jasta leé. Se sabía la cartilla cuasi toa y demás. Oh, pa no cansarlo: le enseñé también música y le tocaba a usté una isa del sinco puntiá por el requinto que levantaba los pies del suelo...

—Bueno, ¿qué es lo que quiere usted decir con todo eso? —preguntó el juez, un poco requintado.

—¡Oh, padrito...! Que yo no tengo mardita curpa.

—Entonces, ¿quién la tiene?

—¿Quién? Cuando ese animal estaba en Fesnando Poo no jasía destrosos. ¡Mire véee...!

—¡Acabe de una vez!

—Lo que quiero desirle a usté, señor jues, es que la curpa no es mía. La curpa es de la curtura, aunque paresca mentira.

19. De cuando Pepe Monagas le cogió miedo a una guagua madrileña

—Hombre, nunca ha visto que haya usté sacao en papeles los pasos de Pepito Monagas en Madrid, que tienen su reburujón y tal... —me dijo el otro día un isleño.

—Pues mire —le digo, díjele—, no tenía noticias de que el compadre haya estado alguna vez en la capital. Pero pudiera ser, no le digo que no.

—Pues me lo dijeron, usté, Roquito. Ende luego, a mí no me lo crea, ¿oyó?

—Bueno, ¿pero y qué es lo que le contaron?

Y el isleño entonces fue y me contó...

Según dice, Monagas cayó una vez en Madrid. En cuanto a las razones del viaje «ignoraba peso y contenido», lo cual me ha hecho sospechar que se trata de una atribución, como en el caso del pícaro genial que fue don Francisco de Quevedo y Villegas, a quien le han colgado lances, percances, dichos y donaires por docenas sin que le haya tocado a él ni papas ni pescado.

De cualquier manera... Monagas cayó en la villa castellana. Y aunque el isleño es de por sí su pizco desparpajado y su pizco indiferente frente a lo extraño superior, no dejó de abatatarse lo suyo ante las dimensiones, los lugares, el genterío y todo lo demás

de Madrid. Recordó allí algunas famosas reacciones insulares frente a cosas de la capital... Recordó, por ejemplo, el golpe de aquel zapatero federal que vino en una comisión y al que el gran parque del Retiro le resultó sublime. Era en los tiempos gloriosos de la Alameda —la Alameda de Colón—, centro de la vida social y lírica de la ciudad nuestra. Cuando, de vuelta, le preguntaron a Maestro Bartolo por Madrid, dijo:

—Miren, pa no cansaslos: fi a onde llaman el Retiro, un parque, cabayeros, de los que mandan las peras a la plasa. ¡Oh, con desisles a ustede que en él caben siete Lameas, lo menos, lo dejo dicho too!

Recordó también Monagas, recorriendo, sinceramente asmado, los Almacenes Preciados y otras grandes galerías madrileñas, aquel otro famoso arranque insular de un brutito con cuartos que salió de los Almacenes El Siglo, de Barcelona.

—¿Qué le ha paresido? —preguntó otro isleño que lo llevaba, acordándose del histórico comercio de Los Peñates, el más importante de la ínsula por el tiempo.

—¿Que qué me ha paresío...? ¡Que vayan a la... Los Peñates!

Monagas, decíamos, cayó en la villa. ¡Le pasaron allí porción de cosas, que sería largo contar! Pero particularmente dos son dignas de los papeles.

Un cierto día... lunes, señaladamente. Hay que ir a Correos, enfrentito a la Cibeles, a llevar las cartas del avión ese día, porque recogen a las ocho todo lo que el martes tempranito acarrea pa las islas el aparatote de la Iberia. Mi compadre iba Gran Vía abajo entregado, o séase, molido como un centeno, que hay que

ver lo que aperrea una ciudad grande cuando uno la coge a jecho e intenta pasarla y repasarla de atrás alante. Llegó, selló con peseta y media unas letras pa Soledad y volvió a la calle. Tenía que volver Gran Vía arriba, porque su echadero le quedaba en una de las callejas que arrancan de la plaza del Callao. No es que fuera muy lejos y eso, particularmente para un nativo o un acostumbrado que acaba, a fuerza de correr calles imponentes, por no hacerse cargo de lo que muelen. Pero para él, que estando en la plaza cogía la guagua pa ir a la calle de Torres, aquella vía en cuesta era más pesada que un difunto sin relevo. Le escaldaban los zapatos, le dolían los lagartos de las pantorrillas y tenía como retundidos los cuadriles y en cada uno un saco de cemento, o similar. Dejándose llevar por la marea de gente, Pepito se acercó a un guardia:

—Oiga, guardia, dispénseme la pregunta, pero es que ya no pueo más... Resurta de see que esto que yo vine aquí a poné una carta pa Soledá, la mujer mía, nasía y criáa y con domisilio en Las Parmas...

—Ah, ¿es usted mallorquín?

—¿Cuálo...? ¡No, hombre! ¡Qué mallorquín ni mallorquín! Yo soy del Risco de San Nicolás, y en buena hora lo diga... Lo que usté dise es Parma de Mayorca... Pos como le diba disiendo...

El guardia dejaba de pronto de oírlo, tocaba un pito, daba unos manotazos y volvía a él:

—Decía usted...

—No, por mí, no... Termine de arbitráa usté y luego hablemos...

—Dígame, dígame.

—Pues mire, que yo tengo el echaero —quiere desirse la fonda— aquí lante, al canto arriba de la calle esta, ¿se da cuenta? Creo que la llaman Plasa del Callao, o cosa por el estilo...

—Ya.

—Bueno, pues yo quiero tirar pa arriba, ¿oyó?, y no quiero jalar la pata. Que usté no lo va a creé, cristiano, pero estoy tan entregao como si estuviera acabaíto de llegar de una casería en la cumbre.

—Entonces, lo que usted desea es no ir a pie...

—¡Equilicuá! Argo, cristiano, onde asentar la popa y estirar los remos.

—Bien. Ahora, cuando yo le avise, cruza usted la calle y toma allí enfrente un autobús que sube...

—Ah. Una guagua asul eya, arta eya... Sí, yo las ha visto pasar. ¡De uvas a brevas, ende luego!

—Allí, junto a aquel poste, tiene usted la parada.

—Bueno, Manolito, Dios se lo pague. Si arguna ves coge jilo usté pa las Canarias, cuente conmigo, ¿oyó? ¡Oiga, que hay un ron al canto arriba del Camino Nuevo, cristiano, ca Justito...! Déjese caer, ¿oyó?, que no le ha de pesar. Adiós, mi amigo.

Monagas cruzó la calle y se puso donde le indicaron. Cuando Dios quiso, atracó el autobús, uno de estos autobuses de dos pisos que intentan aliviar la imponente crisis del tráfico madrileño.

Mi compadre gritó: «¡Apareeee...!» y subió. Díjole entonces el cobrador:

—Suba usted a la parte alta, que aquí no hay asientos.

—¿Cómo a la parte arta?

—Arriba, señor, haga el favor. Suba por esa escalera.

Subió Monagas pensando: «Esto más parese un correiyo que una guagua». Y apenas llegó arriba, tiró para abajo como un escopetazo. El cobrador lo vio bajar repentino y con un susto en la cara, pero se limitó a decirle, con la proverbial cortesía madrileña:

—Haga el favor de subir, que ya le he dicho que aquí no hay asientos.

—Oiga, cristiano, más que sea de pie. ¡Hágalo por sus hijos! Hasta cuatro de piesss puei llevar. ¡Digo!

—No puede ir nadie de pie. Suba usted. Arriba encontrará asiento.

—Ta bien, mano... —y volvió a subir, resignado, aquella escalera menúa de correíllo.

Pero rápidamente volvió a bajar, más asorimbado que antes. El cobrador se inquietó un pizco:

—Señor, es la segunda vez que le digo que haga usted el favor de subir, que aquí no hay sitio.

El compadre saltó, ya sin poderse contener:

—¿Y yo le ha hecho a usté argo pa ese emperramiento suyo de que suba y de que suba? ¡Pos no subo! ¡Oh, padrito!

—¿Pero por qué?

—Porque soy casao y tengo mujé que mantené. Y de otra, porque no tengo ganas de esriscarme, que ya me vi feo una ves en una camioneta por la cuesta de Sirva, ¡y a mí no!

—Pero, bueno, ¿a qué viene toda esta historia?

—¡Oh, padrito! ¿Cómo quiere que se lo diga? No subo arriba, porque arriba no hay chofe, ¿oyó?

20. Los golpes de Mastro Pepe Monagas: «Como un piano...»

Cuando Mastro Pepe Monagas cogía un requinto en la mano, lo dejaba hablar. Sus dedos de proletario se embrujaban de flexibilidades y finuras, como los de un «tocaor» gitano. Y su alma de artista, frustrada por un destino de hombre del barrio, encontraba en las seis cuerdas los únicos y mejores cauces para el alivio y la expresión. Místico y pagano, como un gran caballero de Felipe IV, sus manos bordeadoras de lo genial sacaban al requinto partidos que olían a paisajes de cielo y a ventanas de novia. Y se podía decir de ellas que fueron de seguro las que inspiraron los versos de aquella copla: «El que toca el "istulmento" tiene las manos de plata...».

Pero hay más. Cuando el requinto de Mastro Pepe no era un «istulmento» cualquiera, puesto en sus manos circunstancialmente por una invitación, o empalme de ventorrillo o tenderetes, sino que era el «suyo», «su requinto», entonces la cosa era la juerga y el concierto al tiempo, con calidades y personalidad únicas en las siete islas. Mastro Pepe Monagas era el amo y las copas más llenas y abundantes eran las suyas.

Resultaba que el requinto de Mastro Pepe tenía unos «centros» como los de un poeta. Estos centros redimían, relativamente, su instrumento de ese jol-

gorio y falta de seriedad característicos a los requintos. Relativamente, porque el suyo no perdía personalidad. Pero como si se proyectara en una aspiración hacia su hermana mayor, la guitarra, alcanzaba de esta cierta grave dignidad y conservaba de aquí un gracioso aire de mataperrería y una fina sonrisa de pilluelo.

Mastro Pepe Monagas tenía sus trucos y sus secretos, por los cuales había llegado a ser un Segovia de la localidad, a pesar de sus detractores, los rondallistas y contertulios de barberías, que se quitaban de cuentos para decir sin paños calientes que era simplemente un Cabral sin fu ni fa. Uno de estos secretos —aparte el de los «centros», conseguido con un riego a las tapas de un agua misteriosa, de la que solo se sabía que era puesta a la serenada de una luna nueva, con vidrios molidos de garrafones de ron— era el afinado. Mastro Pepe no tocaba ni por nada del mundo un instrumento mal afinado.

Con tales virtudes, ningún padrino rumboso prescindía de él para bodas, bautizos y bailes de paridas. Y mucho menos los galanes con novia, cuando los sábados y el amor los animaban a serenatear a las dueñas de sus pensamientos. Por esto fue por lo que Isidrito Galindo lo buscó un sábado por la tardecita, hallándole en un cafetín del Camino Nuevo con un copeo de vísperas sonadas.

—Buenas.

—Buenas. ¿Qué sotavento lo tumbó pa acá?

—Pues ya usté lo pue ver. Aquí.

—Tome algo.

—No. Yo venía en busca de Mastro Pepe.

—¿En busca mía?

—Sí, señor. ¿Se puede hablar una palabra con usted?

—Se puede... Dispénsenme.

Y los dos en un rincón hablaron. Isidrito quería dar una serenata a su novia: «Pero una cosa buena y decente, ¿oyó? Nada de relajos ni de machangadas. Porque él no era ningún «guayete», ¿oyó?».

***

El novio se había quedado en el timbeque para tomar «una sola» y después «la penúltima». Y aquello paró en la docena y pico. Cuando Isidrito y Mastro Pepe Monagas recalaron hasta el pie de las ventanas de la moza en sueños, eran las diez y media y turbio. Turbio de un ron con tufo que llevaban en la tripa taladrada y en la atolondrada cabeza.

Y comenzó el afinado. Mastro Pepe se arrimó contra la pared y se puso «en una pata», apoyó el requinto sobre el soporte que le hiciera la otra y se puso a buscarle las difíciles y elásticas coincidencias. Un rato.

Después se sentó en el filo de la acera, prendió un instante la mariposa del Virginio y apretó nuevamente clavijas. Otro rato.

Más tarde se puso en pie, apoyó el cuerpo inclinado sobre el estadal de la acera y enmendó las clavijas de nuevo. Otro rato.

—¿Qué pasa, Mastro Pepe?

—Que estira como un difunto. Es el relente, ¿oyó?

Así cantó un gallo de repente, luego de batir estrepitosamente las alas recias. El requinto se apagó totalmente bajo la bulla del gallinero.

—Asmosféricos —gruñó Mastro Pepe, parado un instante.

Isidrito, pacientemente inclinado sobre el guitarrista, levantó entonces los ojos y por los filos del callejón vio cómo el alba venía arrayando, zorra, arrente mismo de los techados del teatro. La noche se les había ido afinando. El galán se quedó muerto.

—Mastro Pepe, cristiano, ¿usté se ha dao de cuenta?

—Tenga pasencia, patrón, que esto está queando como la seda.

—¡Pero, cristiano, si es el día! ¡Si está el día en la puerta! ¡Vemería...!

Monagas se enteró entonces también de que era la hora deslumbrada de los churros y la ginebra.

—Vámonos, Mastro Pepe, que ahora mismo tengo que estar en el taller...

Y Mastro Pepe Monagas, cogiendo el instrumento por el mango y en un amago de amenaza contra el rompiente de la aurora, masculló sordamente:

—¡Me caso en La Habana! ¡Si no aclara tan pronto, lo dejo como un piano...!

21. De cuando Pepe Monagas le confundió la giba a Mastro Chano

Hay un fiestejillo aquí en San Cristóbal, por julio. El 25, si mal no recuerdo. La carretera, embanderada, parece el rabo de una cometa. Y una carga de pencas de palma se afianza contra las casas, idas pa'lante de cabeza y manos, como borrachos sin camino y en el amanecer. La Comisión ha comprado tres fueguillos de áy, de Guía, de uno de los más afamados neurasténicos del Norte, el último de ellos de los buenos, el del castillo y el barco, que se dan leña como quien lava. Por las calles y a orillas de la marea se estira una insalla de chiquillos gritones, de perros soliviantados y sobajientos, y de compadres con el famillón a rastro, en merendonas de pan con dátiles, humeantes asaderos y ron entreverao. Funcionan tal cual guitarras, las de la playa más recompuestas, punteando mazurcas y valses de antes; y las de arriba, ventorrilleras o en pasaje, más escachadas, dando cuero a la isa, una isa cantanera: ahora rebuzna este, más dimpués rebuzna el otro. Y en ocasiones, hasta dos juntos, que es cuando se empotaja. Estas últimas suelen inclinar al mojo con morena, cuando los que las llevan apaliadas son de ranchos que no se llevan ni papas ni pescado, o alguno se mete sin haberle dado vela en aquel intierro.

—Mano, o canta usté o canto yo. ¡Digo yooo...! —para su canto el más calentón.

—Y si usté no tiene gana de cantá, ¿pa qué rayo canta? —replica el incompatible.

Entonces salta, como un gatillo, el cachetón. Y atrás del cachetón, los rempujones, la madre y esto y lo otro. Y, por último, el arrastre de uno de ellos —que suele ser el que alcanzó el güeso— y que se lleva a efecto entre reflechones, algún que otro «yo te cojo, bagañete» y mujeres colgadas. Luego sigue la guaracha. Y aquí no ha pasado nada.

Por Los Barquitos pa abajo se deja dir un rancho, gente farrera, de tres días sin comerlo y beberretiando, cada cual con una cara de sinvergüenza que hasta las banderas se ponen como con tirisia cuando van pasando. En la proba, bien trincado el requinto y en un compás de pasodoble, Pepe Monagas. Y de aquí pa allí: con este, se traban; con el otro, se rozan, traseros y enralados, Vitorito el del Pinillo, Venturilla el Taita, Austinito el de la Placetilla, mi compadre Juan Jilorio y demás congregantes templarios. Áy, por las Tenerías, han encontrado, asomada a una persiana, compuesta como los tollos y seria como un retrato, una vieja revirada, solterona ella, pintada con geranios y papel de banderas; y en lo alto, un moño como un pan de Agüimes, largando más aceite de comer que media peseta de churros. Vitorito se le para al pie, como si fuera a mosiar. Y serio, como un novio decente, principia a arrancarse uno por uno los botones del chaleco, al tiempo que va salmodiando:

—¿Me quieeere...? Síií... ¿Poooco...? ¿Muuucho...? ¿Naaada...? ¿Me quieeere...? Síií...

La persiana cae como la Losa de Santo Domingo. Y de pa allá adentro alcanzan la calle media docena de palabrotas, silbando como un rebenque.

El rancho entra de recalada en un ventorrillo. El ventorrillo es de mi comadre Pino la Chacarona, que se trajo sus sabanitas y sus cañitas de San Nicolás y lo escarranchó a una banda de la carretera, pegado a la iglesia. Dentro está aquello que se le arrima un fósforo y hay una desgracia. En el momento, guitarrean su parrandera unos hombres del campo, de pa abajo del Sur, brutitos ellos, pero buena gente, que pasaban en una camioneta y se tiraron a beberse media docena de copas. Encloquillado junto al instrumento, un tal Mastro Chano, que luego se supo que era de La Higuera Canaria, se dispone a cantar. Tenía que ser un capirote, usté, porque hasta Pinito la Chacarona y dos perdularias, escachadas y morenillas ellas, que andaban en la traquina general del ventorrillo, tenían parado el fregueteo de copas en la borsolana.

—Caballeros —salió al paso de los llegados un hombre alto él, secarrón él, con un sombrero verde de pelucha él, que imponía—, jáganmen gel favor, que va a cantá Mastro Chano.

Era como en la Catedrá, oiga. Todo el mundo callado. Todo el mundo menos Monagas, que, celosillo por la solemnidad y el caso que hicieron sus compinches de jarca, se quedó en la puerta, trabado de pico con Dolorcita Turrón de Gofio, una turronera de San Lázaro, en otro tiempo moza de mucho cortejo y gran cantadora.

Lo curioso del asunto estaba en que el cantador tenía una corcova igual que un baúl de La Habana.

Con aquella cargazón, alta y picuda como la montaña de Gáldar, malamente se podía esperar nada bueno. El hombre se tenía que entregar. Victorito se diblusó sobre Austinito el de la Placetilla, que le quedaba arrente, y le dijo al oído:

—Ha de tené poquita voz, pero... pero desagradable.

Mastro Chano cantó. De dónde le salía el cloquido no se sabe. Venturilla el Taita tuvo una opinión pajiza: que le salía de la corcova. Y Austinito lo mandó a que se acostara.

Pero, oiga, no era solo la voz, sino la manera y el sentimiento. Aquello era cantar. Y lo demás era un baifo desmayado. Tenía un estilo entre campurrio, barquero y del Risco. Créame usté, que tarde se tercia gozar de cosa tan seria. A Monagas, fuera, se le trabó la isa en el primer repetido. Y lo ganó. Entró el hombre tirándose de entusiasmo. Y se fue derecho al cantador, trabándole un abrazo como una lapa. Entonces sus manos tocaron asombradas el promontorio que el amigo llevaba por espalda. Monagas se volvió y dijo:

—¡Oiga, y sin gasolina...! Mastro Chano, le jincaron a usté un gasógeno que vale un dinerá.

22. De cuando Pepe Monagas contó en la carpintería de Maestro Manuel Lorenzo una historia con un sentimiento como una malagueña

«La fe es una cosa grande, cabayeros», subrayó mi compadre Monagas, después de un silencio que se abrió, por efecto de una historia seria que alguien hizo en la carpintería una tardecita de tertulia.

Yo he acabado por aprender y estar cierto de que es una verdad como la casa de don Bruno el aserto histórico de los días fastos y de los días nefastos. Por lo menos en esta tierra de pellas y tunos colorados. El isleño es mimoso y susceptible, por causa de la temperie: los días de panza de burro; los inciertos, entre sol y sombra, con un viento por rachas que se divierte en las esquinas insulares con los manteos de los canónigos y los sombreros de los calvos y de los socios del Casino; los de lluvia pegajosa como una mujer fea emperrada... Esos días de «mala tiempla», el hombre del país es una tunera. Se calla como un tocino, al acecho de que le den coyuntura para clavar una lezna o meter una coz de mula de cuartel. Y cuando abre la boca, tira una presa. Si lo llega a coger en copas uno de esos días nefastos, le falta a su propia sombra, dando primero la lata, sobajiento; acariciando, como el que no quiere la cosa, la puyita,

que al fin suelta para alivio de viejos y recónditos resentimientos.

En cambio, si el tiempo está bueno, templadito y tal, echada la marea, tibio el sol, un perro el viento y eso, entonces es buenísimo. Estos días es cuando el isleño se emperra en los mostradores en pagar «la suya», que hay que beberse porque si no agarra un amulamiento que hasta puede acabar a la piña. En días tales, el insular tiene hasta ganas de volver a las relaciones con ese montón de gente con la que no se lleva y con la que se peleó, entendiendo que para jediondos más vale solo.

—La fe es una cosa grande, cabayeros —había comentado Monagas después que Maestro Isidro Bolaños hizo su relato, un relato milagroso de un suceso por tierras conejeras que él oyó contar en ocasión de un viaje a por cebollas que él hizo áy más allá.

La voz de mi compadre, que solía tener siempre un deje ajelioso, cierto retintín, guasa, en fin, más que otra cosa, sonaba aquel día con acento insólito —y dispensen esta palabra de artículo de fondo—. La tertulia se había desenrollado mansita, contra usos y costumbres. Es que había un día templado como un requinto, sin aire para mover una paja y sin bochorno; uno de estos días que da gusto irse atrás del teatro y quedarse callado mirando para el puerto, como una batata. Estaba todo individuo con los nervios templados, tranquilito. Se podía hablar en serio. A nadie se le ocurriría conjugar el verbo «jeringar», tan socorrido en la ínsula, con semejante ambriente. Monagas añadió, aprovechando el jasío:

—A mí me pasó un caso, cabayeros; un caso de estos de fe grande, dino de ser sacao en papeles...

La tertulia, con un dulce apoyito cogido, se puso a escuchar a Monagas.

—Díamos de casería, yo y una partía más, pa'rriba, por Tejeda. Atrás de alpeldises, tumbo va, tumbo viene, un bandado nos fue llevando, llevando y aparamos en vistas del barranco de Acusa. Arriba, en peso, a la banda del sotavento, estaba el Roque Bentaiga. Pegamos a subir, a subir, siguiendo los saltos de las alpeldises, y que además eran horas de almuerso, según se sentía el barreniyo aquí, arrente del vasío, que Dios libre y gualde. Cuando díamos alcansando el canto arriba, divisemos en el filo de una mesa que hacía allí el Risco, a una mujer, una viejita reconcomida, pero con una sonrisa triste en la boca sin dientes y los ojos asules tan limpios como los de un niño. ¡Oiga, daban ganas de quererla, igualito como si fuera una madre! «Santas y güenas, agüela» —le digo—. «Adiós, mis niños» —contestó eya con una voz que era un guante y que paresía que venía de lejos—.

—Vaya, parese como si viera salío a resibislos —le dije.

—Pos sí, ya vey... A ustees, no... Asíu, pero... —contestó con un suspiro.

—¿A quién entonces...? Digo, si no es mucho preguntar...

—¡Esús, mi niño de mi arma! ¡É fase! ¿Saben? Yo siempre que siento bulla de gente caminera que viene pa'quí arriba, me alcanso a esta orillita por ver si es mi jijo quien vuelve...

—¿Su jijo? ¿Ónde está su hijo?

—¿Quién lo sabe, mi niño de mi alma...? Pa'fuera se fue, ya hay qué años, y no ha venío más. Se olvió, al mou, de que dejó aquí, solita casi ya, porque el viejo estaba ya más pa'la tierra que la pella (Dios lo tenga en su seno), a su madre, sin más sostén que él, a quien el Señor quiera virar flores los pasos que dé... Se olvidó y no ha vuelto. Sus rasones tendrá, el pobre. Que la Virgen del Socorro le tienda su manto.

—¿Era su único hijo y se le fue y no le escribe?

—Asín mismo, señóoo... Pero él, ¿saben vustedes?, él es bueno como el pan nuevo. Si no ha venío ni ha escrito, sus rasones tendrá. Cada cual tiene las suyas y el mundo manda más que uno.

—Y usté, al mou, tiene la esperansa de que un día vuelva y recale...

—Pues sí, ya vey. Estoy segura que tanto la Vilgen del Socorro como mi santo me oirán el reso que yo les reso y mi jijo Juan venerá un día de pa'fuera con sentenes pa compráa una yunta y una mula y trabajá estas tierras que ustés ven alreor y que no quieren más que los brasos de un hombre pa'floreser.

—Oiga —comentaba Monagas—, nos queamos con un intriga, un intriga asunto de lo de su santo. Dise usté, agüela, que la Vilgen del Socorro y su santo... ¿Qué santo es jese?

—¡Ay, mi niño! Uno que tengo áy dentro que no ha habido cosa de este mundo, quitando lo de mi jijo Juan, que yo no le haiga pedío que no me lo halla consedío. Ende que lo compré —¡ya hay qué años!— no le ha fartao nunca su mariposa de aseite; y por tiempos, cuando se dan, sus ramilletitos de melin-

dros o de retama. ¡Grasias a é, que me ha ayudao a viví y me ha hecho la compaña en este solitario...!

—¿Y se puée ver ese santo, agüela...?

Entremos en la casa de la viejita. Limpita como el oro la tenía. Al sentro, una estera de palma primorosa y ensima una cama con sinco colchones que entodavía no entiendo cómo aquella mujer podía upirse. A una banda, una caja de tea; a la otra, una cómoda con dos perros de yeso, un ramo de avenas dentro de un vasillo de barro y una jurria de retratos antiguos. Enfrente, cerca de la cama, el santo de la agüela...

—Pos vaya una novedá —se removió don Pedro el Batatoso, que no podía estar callado.

—Déjeme terminar, señor don Pedro, que ahora viene lo bueno... «¿Ónde lo compró, agüela?» —le preguntemos.

—En la calle La Pelegrina, mi niño, soltera yo, pollona entodavía... Fí a Las Palmas, la primera ves y la úrtima, se me antojó, pagué dose reales de bellón por él y ende entonse hasta la fecha presente.

Los aserquemos. Era una figura de algo más de una cuarta de alto, que tenía solamente la cabesa y parte del pecho, cortado por los hombros. Una cosa así por el estilo al busto del señor Cairasco, que está a la banda del hotel Madrid... ¿Se dan cuenta? Tenía una cabesa cargada de pelo y una barba espesa que le serraba el cuello.

—Con su permiso —le dije a la agüela, y me aserqué.

Al pién del busto había unas letras, que al mou eran alguna parrafiada en lengua de Semana Santa, o el nombre del Santo. Leí en vos arta: «Saint Saens...»

¡Oiga, me queé como si me vieran dao un tiro de sal y asufre! Era don Camilo Saint Saens, el músico famoso, que ustedes saben que estuvo aquí, porque le cogió el gusto a esto... La vieja le resaba a San Saen y don Camilo le concedía lo que ella le pidiera... La miremos. Estaba callada y sonriente, con sus ojos asules, limpios como los de un niño, mirándonos a una banda. No le dijimos náa... Los quitamos todos las cachorras, como si entráramos en una iglesia, y yo creo que hasta resemos. A mí, cabayeros, particularmente, se me hiso un núo y me entraron ganas de yoráaa...

23. De cuando Pepe Monagas le descubrió a un alcalde quién era el «relleno»

El Maestro Fleitas, un isleño melómano y liberal, que al tiempo que tocaba el piano y componía música pensaba en el progreso y en las luces, tuvo un día una inspiración: la de crear una banda de música, con cuya congregación él satisfaría totalmente las inquietudes de su espíritu, «haciendo arte» con gente del pueblo y para gente del pueblo. El Maestro Fleitas reunió en su casa alguna apasionada noche insular a un grupo de virtuosos del clarinete, la trompeta, la flauta y el trombón. Encendió él a los concurrentes con una oración entusiasta, que tuvo la virtud de romper el recelo de los isleños, callados como tocinos a ver qué pasaba, dejándose siempre dir ante las novedades. ¡Por si acaaaaso! Y se fundó la banda.

Estableciose el domicilio del filarmónico concurso aquí delante, en el terrero, en la ermita abandonada de San Justo, al canto arriba de las escalinatas. Y mientras el barrio bajito y el empenicado de San Nicolás dormían —¡si podiían!—, los músicos soplaban que era un gusto, llenos de calenturiento entusiasmo, hasta las tantas.

Pero un día se levantaron, malamañadas y vinagrientas, la politiquilla y la propensión insular a jeringar. Comenzaron los desires sueltos en tertulias de casinos y en recovecos oficiales. La banda se halló a

poco con la enemistad de algún sector de la población. Pero la marejada no pudo con el bote y el marisco se quedó sin presa. Entonces se dejaron decir algunos señores que el Ayuntamiento iba a constituir otra banda, municipal y demás, para tenerla y para darle por los besos a la charanga del terrero. El runrún no sirvió sino para crecer a los profesores del Maestro Fleitas, cuyos soplidos se oían entonces en los Poyos del Obispo. En total, que se creó la banda del Ayuntamiento, bajo la batuta de un antiguo director isleño. Y lo peor no era esto, sino que, faltos de algunos instrumentos, arrancaron con determinados del Maestro Fleitas. La calentura en ese terrero daba miedo, usté.

Ensayaba la municipal en una sala pegada al mercado, frente al tinglado donde vendían los magos antes las cebollas, las ciruelas, las papas y eso. Y ante la novedad, la competencia y los chismillos que corrían, se congregaba mucha gente a oír la nueva banda en ensayos. Y allí estaba —cómo no— Pepe Monagas, de mirón y eso.

En la primera época pasó el director las brevas de Tirajana. O le estaban haciendo la vaina los músicos de Maestro Fleitas, o los tenía más malos que unos fríos y calenturas. Lo cierto es que aquello era una grillera, incapaz de ser metida en veredas armónicas. Pasaban los meses y la banda no pitaba. Empezaron los choteítos, después las protestitas, más tarde las indignaciones. Y por último, la prensa tomó cartas en el asunto. No había derecho a que luego de un gasto tremendo, aquello no sonara. ¿Qué pasaba? Entonces se conmovió el Ayuntamiento. Eso. ¿Qué

pasaba? En una sesión tumultuosa, algún concejal dijo que si se iba a dar lugar con aquel abandono a una crisis municipal. Entonces don Pedro, que era el alcalde, pidió un voto de confianza para resolver personalmente. Lo obtuvo con uno en contra, el de don Gaspar, que se moría por las comisiones y se le iba una de la mano.

Y la noche del ensayo, don Pedro, con un guindilla trasero y oficioso, se dio su vuelta por el tinglado. Ha de decirse que a don Pedro la música no le tocaba ni papas ni pescado. Para él era una cosa de gente chifle, de la que no entendía ni pisca. Ensayó la banda. Sonaba a perros. El director tenía a mano una docena de batutas de leñabuena. Y a cada instante se cargaba una. Don Pedro fue y vino por entre los corros. Y en todos sitios oyó lo mismo. Aquello era una grillera. Entonces, decidido, llamó al director:

—Oiga, amigo director, usté sabe que yo... Pero que en fin... El público... ¡Oiga, y la prensa! No, no... Esto hay que arreglarlo pa'que suene de una vez. Usté verá.

—Pero, señor don Pedro, los preliminares son siempre así. Hay que ajustar el conjunto y dominar a los músicos malos. Tengo un grupo bueno, pero hay algunos terribles. Hay que esperar.

—Pero ¿cuáles son los malos? Porque yo me quito de cuentos y...

—Noooo... Espere. Ya llevo mucho camino andado. La detenencia es solo por el relleno, que no me rinde aún.

—¿El relleno...? ¡Ah! Bueno, bueno. Veremos.

Don Pedro se quedó orejiando.

—De manera queeee... el relleno, ¿eh? ¡Ah, ya!

Llamó al guindilla:

—Oye, Pepíiiillo, ¿tú sabes quién es el relleno?

—Yo, señor don Pedro... Pues mire, si le digo, lo engaño.

—Pues vete y entérate.

Gulusmió el guardia. Y se le vino a la mano Pepito Monagas, oyente y guasón.

—Oiga, Pepito, ¿usté sabe por un casual quién de esos es Relleno?

—¿Relleno? Pues...

Pepe cogió por el aire el asunto.

—Mire, ¿usté ve aquel de al pie de la puerta, con el bigote blancasco él, barrigudo él, que toca la trompeta grande él? Ese es Relleno.

—¡Ah!

Partió el guardia. Comunicó a don Pedro el descubrimiento. Y la autoridad paró el ensayo y llamó al director.

—Bueno. Ya sé quién es Relleno. Maestro Cristóbal Siberia, de Telde él. ¡Bueno! Pues lo siento por los hijos, amigo director, porque creo que tiene una insalla. Pero yo lo echo a la calle, porque por encima de todo está la banda.

El director se vio negro para explicarle a don Pedro que el relleno eran las partes segundas de la banda, los músicos de menor cuantía. Y el hombre se fue más encendido que una fogalera. Por el camino creo que iba diciendo:

—¡Miren que engañarme a mí Pepe Monagas! ¡Vemería!

Y Monagas, para remachar el clavo, cuando se le cruzaba de acera a acera, le decía escurriéndose:

—¡Adiós, señor don Pedro! ¡Memorias de Relleno!

24. De cuando Pepe Monagas le arregló el mombaldino a Mastro Carlos Talavera

Ya hemos hablado en alguna ocasión de una famosa banda de música que hubo en la ínsula hay muchos años: la Banda Republicana, integrada por maestros obreros y artesanos aficionados, conjunto que ensayaba en la que fue ermita de San Justo y Pastor, áy, por el terrero, y que estuvo en heroica competencia con el primero municipal que hubo en la ciudad. Recordemos la montada que le pegó mi compadre Monagas a un alcalde de la época que andaba localizando la causa de que la tal banda no «soplara debidamente». El director informole que la culpa era del «relleno», o séase, de las segundas partes o borujo de la congregación filarmónica. Y el tal alcalde recibió de Monagas la noticia de que «Relleno» era «aquel que tocaba el "mombaldino" al canto de atrás, aquel del bigote cáido...». La plancha fue como el techo de la casa de don Bruno.

Pues en esa entusiasta y popular charanga figuraba un Mastro Carlos Talavera, de aquí, de San Nicolás, embanissadoo ée, que también tocaba el «mombaldino». Vivía Mastro Carlos en una casa arrente del portón donde tenía su manida mi compadre. Y desde que largaba las brochas pa almorzar o, al solpuesto, tiraba zorrito, se escarranchaba en un traspatillo que tenía su casa y pegaba a soplar el

instrumento con tales pulmones y empeños que ni hablar una conversación corriente y seguida era posible. Ocurrieron ca de Mastro Carlos Talavera cosas sonadas, y no lo decimos por hacer el chascarrillo, como se va a ver. La mujer, que siempre fue persona sana del tino, agarró un barrenillo entre ceja y ceja que acabó con los ojos cambados. Se pasaba las horas del día echándose fuera los ensayos del bombardino con paños de vinagre y sal, u hojitas de nogal, mantenidos en el pañuelo negro. Y cuando su marido estaba al caer, cogía el portante pa cas de la madre o pa cas de alguna de las hijas casadas, porque si se quedaba en la casa, fajaba a gritar con tales modos que, a primera vista, de dichos esperríos a la camisa de fuerza no cabía una paja. Los cinco hijos de Mastro Carlos, alguno de los cuales llegó a calentarse tanto que estuvo a pique de levantarle la mano al padre y jincarle su gueso, casaron a la carrera por escurrirle el bulto a la casa; uno de ellos, inclusive, entodavía tiernito, apenas entrando en los 16 años. Cuatro de ellos, que fueron desgraciados en el matrimonio, le pegaban la culpa al padre de su infelicidad:

—No los hemos casado —explicaba uno— por casaslos asín enamorado y eso, como el otro que dise y es debío, sino pa quitaslos del guineo. Y semos unos desgrasiaos, como el otro que dise, por mor de mi padre, o de su mombaldino, que mal rayo... ¡Meeere,... mbre, al favooo!

Pero lo más grande era que una machorrita, una cabra, un gallo jabao y siete gallinas escachadas, pero ponedoras, que había en la casa, acostumbradas por el ensayo musical a no pegar un ojo a las horas na-

turales, seguían luego despiertas hasta pa allá pa las once de la noche. Las gallinas, con el hábito, aprendieron a ver al oscuro como los gatos, y era corriente que distraídas se subieran a la cama matrimonial, se escarrancharan encima de las caras de Mastro Carlos y su señora y pegaran a escarbar como si fuera un estercolero y el peso del mediodía, sobre el bigote de él, y el moño desparramado de ella. ¡Que se cuenta y no se cree!

¿Y de los vecinos? ¡Pa qué! ¿Quién pegaba un ojo en seis cuadras a la reonda en horas de siesta? Ni siquiera Venturilla el Taita, que tenía fama de roncar en una sombrita de la plataforma los días de tiro al blanco. Aquello era un escándalo y un relajo.

—¡Rómpanlen nel listulmento, y verá cómo se tupe! —gritaba caliente un yesno de Mastro Carlos, que nunca fue garbanzo de su puchero—. ¡Mía que a los años dél yaaa estal soplando un gangarro de esos! ¡Mejol le diera velguensa!

—¿Quién se atreve a rompeeelselo, muchaaaacho? —replicaba la hija del viejo, escandalizada—. Diendo como es, una inmanía... Si fuera corriente y asín y eso... ¡Tás loco!

Y Mastro Lorenzo, que se había quedado solo y se le importaba un pito, seguía soplando que daba gusto.

Mi compadre Monagas, que de siempre dormía su siestita, y que como trasnochaba de usos y costumbres la necesitaba de mejores veras, le habló de primeras, le amenazó luego, se lo dijo al guardia más tarde... Ni con una navaja en la barriga largaba el viejo la embocadura.

Cierta vez le hablaron a la banda para ir a tocar a un jolgorio de día señalado. Ya en plena competencia con la incipiente y aún no estrenada murga municipal, preparose un programa de pelo en pecho. Todo el mundo había de ir afinado como un piano, y dispuesto a partirse el espinazo para quedar como las rosas, o mejor. Y la víspera de la tocata, todavía no se sabe si porque se lo empujaron adrede y eso, o porque estando de Dios, se cayó al suelo, el instrumento de Mastro Carlos se esconchabó. De la caída resultó quebrada la boquilla y flojo uno de los pistones, amén de una abolladura como un pan de a quince en la principal corcova. Fue una pena, porque la noche anterior, después de una mano de mangrina y una sobada que creo que llegó a rebajar de grueso, quedó tan rutilante que se raspaba un fósforo y encandilaba como cuando usté levanta la vista y encara el sol.

Mastro Carlos se acordó de que mi compadre era bien amañado y tenía estaño y demás yelbas. Le llevó el bombardino.

—Tiene que dejálmelo listo, Pepito, pa mañana por la mañana, antes de las ocho, que tengo tocaaata.

—Váyase tranquiiilo, Mastro Caaaslos, que a esas horas está como de fáaabrica.

Le cae un premio de pedrea o dos pesetas de los sesenta iguales y mi compadre no se da más gusto que viéndose con el maldito instrumento en las manos. Ni que decir que inmediatamente se le ocurrió cobrárselas todas juntas al viejo y emperrado músico. Caviló una partida de mataperrerías, entre ellas una con la que anduvo, y que abandonó luego, por ha-

llarla exagerada y difícil de montaje: meterle dentro a última hora una brasa de carbón de piedra grande y bien encendida, y un poco más alante una mecha empatada a un volador sin rabo, para que cuando el viejo soplara, la brasa pegara la mecha, y el gatillo saliera a espetaperros con las naturales consecuencias... Era difícil. Se contentó con una cosa más sencillita...

Preparó una ralerita espesa con su poquito de leche, su pizquito de harina y su golpito de canela, y la echó dentro del bombardino, una vez arreglado, se entiende. Y lo puso en el sitio de más cucas de la casa. Luego quitó todos los pizcos de la comida, las borsolanas y las bacinillas viejas de las gallinas, los cajones de los pájaros y, en fin, cuantas cosas pudieran distraer el hambre de las chopas y demás miembros de su jedionda familia, para forzarlas a comer en las entrañas del instrumento.

Vino el viejo y se llevó su aparato. Congregose la banda en la Alameda y pegó con un pasodoble rabioso de una zarzuela de moda. Y apenas Mastro Carlos había dado los primeros soplidos, ¡pegan a salir cucas, hermano! ¡Pa qué fue aquello! Una volona, que se echó fuera de las primeras, cogió viento y se estampó como una pardela encandilada en los lentes del director, dejándole enredado en el bigote el canuto de una güevera que tenía a la flor. Poco después de una insalla de las de semilla, que abrió a correr por el suelo, saltó una gorda, pesada, torpona, como esas señoras obesas que del peso van resentidas de los calcañares y se le metió por el cogote al clarinete, un pollo barbero de mucho pelo enrizado, finito de modales y que caminaba de prisa, pero con

pasos menuítos y para atrás. El niño cayó como un cortacapote, amarillo y en un trasudor, un trasudor... Otras grandes buscaron refugio, apresuradas e inatajables, por las piernas arriba de los demás músicos. Y el concierto se convirtió en un ballet, cada cual dando los brincos que mejor cuadraran a la defensa y a la condición de las cucarachas.

Mastro Carlos se quedó sentado en la silla, con la boca abierta, los ojos lelos, las manos colgantes y el instrumento derribado. Era la pura imagen del fracaso. Cuando le volvió la sangre a las venas, levantose pausado, tan lleno de ira que daba calambre, y caminó sombrío, buscando a Monagas, que, estaba seguro, se hallaría gozándose el «concierto». Lo columbró enseguida, medio atorrado detrás de un risueño grupo de isleños. Entonces gritó en final de drama, con telón arriba de él ya:

—¡Empréstenmen nun revolvee!

—¿Pa qué lo quiere? —preguntole Monagas, haciéndose el sonso.

Y Mastro Carlos le replicó, sacando la voz de abajo, de la tripa gorda:

—¡Pa suisidalte, bandíoooo!

25. De cuando Pepe Monagas discutía que la banda de Santa Brígida era mejor que la de Madrid

Cuando señor don Pedro regresó de aquel viaje a la Península con «mi hermana Rosario», que iba a operarse, tuvo la ciudad lata para largo tiempo. Cada momento, señor don Pedro ponía el disco y ahí te va un paquete de que si en el Retiro cabían tres «Lameas», de que si vayan... aonde quieran los Peñates, de que si Zaragoza era llana como la palma de la mano, de que mal limpriaíta agua la de los ríos pa agarrarla en ese Sur y pegar a plantar tomates a tuti plen, sétera. Estaba bien su ratito, si se ofrecía, pero aquel guineo, aquel guineo, usté, requintaba a cualquiera.

Una tardecita, después de suelta, se formó la tertulia en la carpintería de Vegueta. Y no sé por dónde, la conversiada vino a recaer en bandas de música. Señor don Pedro, que se quedaba pegado de la flor de un berro, metió la cucharada:

—Caballeros, bandas, las de la Península. ¡Aquello sí es cosa asiada! Un día fimos yo y mi hermana Rosario a escuchar una tocata de la Municipal de Madrid áy, en el Retiro... ¡Avemaría! ¿Ta loco, cristiano? Aquello sí que mandaba las peras a la plasa. ¡Aquel sonío, usté! Oiga, y lo mismo si tocaban bajito, como metiendo la escandalosa: era igual. Y lo mismo si le tocaban a usté una masurca, que una lata de esas grandes que dan una moorra como un peso

del mediodía. Era igual, ¿oyó? Lo que yo digo: hay que ver salío de aquí pa oír cosa asiada.

—Pues a mí —interrumpió, dispuesto a jeringar, mi compadre Pepito Monagas—, a mí, ¿ta oyendo?, me gusta más la banda de Santa Brígida...

—¿Cuálo? —preguntó triunfante señor don Pedro. Y lanzó una carcajada como un volador de lágrimas—. No seas totorota, Pepe. ¿Ónde vas a comparar? ¡Miusté!

—Pues yo le digo que me gusta más, señor. ¿Y quéeee...? —se emperró Monagas, que manejaba como un maestro esta táctica tan isleña del emperramiento, cuando hay que ganar por la zorra, agachado y atravesándose, como un luchador majorero.

—¡No digas animaladas, muchacho, no digas animaladas! ¡Caballeros, lo que hay que oír...! ¿Ónde vas a comparar, muchaaaacho? De finasión, de sonío y eso... Aquello es un piano, te lo digo, y lo de aquí —y no es por despresiar— un gangarro. ¡Ta bueno...! ¡Pregúntaselo a mi hermana Rosario!

—Y yo le digo a usté que no, ¡señóoo!, porque hay que tener en cuenta que toas las cosas son asigún.

—¿Cómo asigún?

—Asigún, señóoo... Es natural que pa fuera sea mejor, que pa eso es pa fuera, y siempre lo ha sío. Pero comparando, o séase, asigún, la de aquí es mejor.

La discusión pegó a enredarse y a apasionarse. Algunos de los de fuera se repantigaron bien, dispuestos a gozársela, echando leña al fuego, dando una vez la razón a uno y otra a otro, haciéndole el juego a señor don Pedro cuando se veía muy abatatado,

preparándole una caída a Monagas cuando el curso de la polémica cogía vientito de popa.

—Más vale que lo dejen en tablas —dijo con una voz grave, de hombre que nunca habla, Maestro Cristóbal Sánchez, con un aire solemne de jurado de luchas en tarde buena—, que ya es tarde y los potajes se enfrían.

Y en esto recala de pasada don José, el médico.

—Asiéntese un pisco, don Osé.

—No. Imposible. Tengo un enfermo aquí delante. Como me gusta mi ratito aquí, me tiré un salto, pero a echar un sajumerio, como el otro que dise.

—Pues mire, ha venido usté que ni pedido con recomendaciones —le dijo don Gregorio—. Es que aquí don Pedro y Pepe, ¿sabe?, se han enredado ellos en una discusión, que si es mejor la banda de Madrid o la de Santa Brígida. A Pepe, ende luego, le gusta más la de Santa Brígida —apuntó, enderezando el velamen sobre el viento de don José, que cogió la insinuación por el aire—. Usté puede sacar de dudas la diferensia, que usté ha estudiao pa fuera y eso...

—Hombre, yo...

Monagas saltó, ventajista:

—Yo ha dicho que asigún, ¿oyó, don Osé? Ah, ya...

—Pues yo, la verdad... A mí me parese, teniendo en cuenta esto que dise Monagas de «asigún», que la de Santa Brígida es mejor.

—¿Pero por qué, señóoo? Esto es lo que hay que desir y listón. ¿Por qué?, vamos a ver —saltó, picado, señor don Pedro.

—Hombre, porque la de Santa Brígida tiene tres semicorcheas más...

Don José salió seguidamente a espetaperros, a pretexto del enfermo. Y Monagas se quedó en el terrero, con un aire de Justo Mesa imponente. Y para remacharla y ya en la despedida, Pepe se acercó al oído de don Pedro y le dijo, dise:

—Vaya una palabrilla de medisina que le metió...

26. De cuando Pepe Monagas fue a gozarse *La tempestad*

Era la noche de temporal. Pero de temporal en el teatro. Andaba por acá una compañía de ópera y zarzuela, malamañada y rebuznadora, como un burro garañón. Y echaban aquella noche *La tempestad*, pieza vieja y devota.

Estando en la barbería cogiendo vez para pelarse y demás, en unión de una extensa parroquia de sábado que ponía de caldo y cocina al barítono, al tenor, a la tiple y a los coros, con un solo voto a favor —el de un oficial de peluquero, que después se averiguó que entraba gratis, como pajullo—, estando, le digo, en la barbería Victorito el del Pinillo, Anselmo Lezcano, Manuel el del Pilar, mi compadre José Morales el Birollo y Pepe Monagas, después que foguetiaron la discusión por ver a los apasionadillos del asunto, convinieron en darse juntos una vuelta por el teatro para gozarse *La tempestad*. Y a las nueve y media estaban los cinco encaramados en una delantera de paraíso. Atorrados allí hasta tanto, distraían la espera acechando el patio y sacando lascas a personajes y personajillos solemnes de abajo, finchados en los palcos o paseando los pasillos con un pretendido dominio del andar y del ambiente, como en coto propio y conquistado. Por ejemplo, cuando entró don Casimiro el Harado, con la frutita de aire

de su mujer, abacorada por su genio de pirata, y las tres niñas, menudas y pretenciosillas, Monagas dijo por lo bajo:

—Me paso.

—¿Por qué te pasas? —le preguntó, sospechoso y ojeando el patio Victorito.

—Porque de pa abajo envían con tres, caballo y perica.

Principió la función. La compañía era más desabrida que un rabo de gato, usté. Con ella entre manos, la zarzuela resultaba como un entierro de pobres. Al lado de Pepe Monagas, un jovencito, atildado él, oliendo a jabón de afrecho vivito y coleando, de maneras recortadas y blandas, ojos desvaídos y tremendo temperamento, se revolvía nervioso, desahogando con un pañuelo que traía entre manos hecho una trenza de ajos. Haciéndose el serio, Pepe le preguntó:

—¿Qué le parece, eh?

—¡Jesús! ¡Hágame el favó! ¿Esto es *La tempestad*...? Esto es una garuja. Y entodavía exagero, usté.

La cosa siguió de mal en peor. Empezó el toseo. Y a poco, de arriba abajo, la gente comenzó a despuntar un sueño, que es a la modorra a lo que deriva el complaciente público insular, a diferencia del peninsular, que, según dicen, propende al zapatazo y al guapido. Y cuando el barítono, arrente de las candilejas, con una mano toda abierta contra el pecho, la otra cerrada y como implorante frente a la cabeza, dispuesta a atajarse una pedrada, los ojos, cambados de las fuerzas, puestos sobre el palco principal de la esquina, intentaba, con una voz de sochantre de Los Arbejales, cantar aquello de: «Volvió la alegría,

/ renace la calma...», Monagas le dio un codazo a Victorito y otro al joven atildado de su derecha, se levantó y dijo, bajito y sin importancia:

—Voy a aprovechar este clarito pa dirme.

27. De cuando Pepe Monagas se cayó por las escaleras del teatro

Echaban en el Pérez Galdós una función de aficionados. Una de aquellas funciones que se anunciaban para las 9:30, comenzaban a las 10:15 y se acababan en hora de churros, poco menos que aclarando el día. Cantaba un distinguido grupo de señoras gruesas, tocaba unas cosas más largas que un silbío algún violinista o algún pianista y hasta había su palabrerío de entrada, que se disparaba un señor, serio él, y todo encantado porque la luz se le venía arriba de proa.

Resulta que a Pepe Monagas le regalaron una entrada. Victorito el del Pinillo, que trabajaba en ca los Betancores, tenía cinco, del reparto que allí hicieron. Y Pepe fue a la función, en una de esas noches en que uno está como gallina sin nidal, buscando palo donde encaramarse y despuntar la prima. El isleño ocupó una estratégica localidad de anfiteatro. Ni qué decir tiene que, al igual que sinnúmero de vecinos, también de «tifus» —séase de los que entran sin pagar—, libre de la jeringa de las butacas de patio y de finchamientos distinguidos, se durmió como un tronco. Hasta el extremo que, alarmado por los ronquidos, tuvo que soliviantarlo alguna vez un acomodador:

—Mastro Pepe, a dormir al catre.

—Oiga, ¿usté está aquí pa acomodá o pa incomodá?

Y volvía a dormir.

***

En un descanso, espabiló Monagas. Salió. Y bajó al Salón Saint Saens, que nunca se cansaba de admirar y para cuyas pinturas tuvo siempre la misma frase:

—¡Mería! Este Néstor es más grande que la palma San Roque.

Diose una vuelta por las orillas. Y se animó a bajar a la entrada. Pero cuando había descendido dos escalones, una señora guapísima ella, con un gran aire de pa fuera ella, fumando maravillosamente y seguida de tres finchados caballeros, asomó a la baranda, sobre la escalera. Pepe se quedó lelito. Tan lelo que, al pretender descender más, se le dobló por el tobillo un pie, tumbándose todo de una banda. Cuando enderezó, falló el otro pie hacia adelante y se fue de proa. Metió la cabeza, atacó de plano los filos de los escalones con las costillas, levantó al cielo las palancas, tiró un brazo al pasamano y dio tres o cuatro sacudidas, como una gallina desnucada. Y después de pegar así tres o cuatro botes, se quedó sentado abajo, al pie del ancho espejo que da frente a la entrada lateral. La carcajada fue de las que hacen corriente de aire.

Monagas la sintió, allá en el rancho grande de su aturdimiento. Y se recuperó forzadamente, más dolorido por el ridículo que por los salpasos. Cuando levantó los ojos y entrevió algo, se halló con su imagen reflejada en el espejo. Entonces, con la turbia

ilusión de que no estaba solo en la desgracia, dijo a través de una ingenua sonrisa:

—Vaya, caramba... Los caímos al mismo tiempo.

28. De cuando Pepe Monagas le metió un guapido a un operador de películas por mor de la Bertini

Tiempos verdes del cine —quiere decirse, tiempos no maduros—. La época del «mudo» en el viejo Cine Cuyás, con Maestro Pedro en la cámara y el grito de guerra de los requintados con las supuestas prisas del viejo operador, que —decían— cuando tenía que hacer alguna diligencia, o estaba convidado en algún bautizo o cosa por el estilo, le metía a la manivela que era un gusto: «¡Más despacio, Mastro Pedrooo!». Tiempos en que el isleño se gozaba, como si fuera un deleite, unos rollos cinematográficos de treinta partes, verdaderas novelas por entregas en imágenes.

Eran los amos, entre otros, Charlot, Max Linder, Maciste, Eddie Polo, Duncam, Telma Tod, tocada con macetas de La Atalaya; Rodolfo Valentino, que daba unos besos de engrudo de la tierra y que se los tomaba en serio, como si fuera una discusión de las que mandan las peras a la plaza; la Bertini, con unas ojeras como un luto por una madre, sétera, sétera. Por siete perras y media, cuarta más, cuarta menos, se podía el insular sentar en un banco de madera y gozarse la película y agarrar una puntada en los cuadriles o en el hueso palomo por mor de la riga de los asientos, más duros que un queso chasnero. Y hasta llevarse a la casa gratis —¡igual que en Tenerife!, o séase, lo mismo que ahora— su buena embosada de

chinches y pulgas tan despachaditas como si fuera pa revender.

Ocurrían las cosas más pintorescas en estas antiguas sesiones cinematográficas. No era como ahora. Ahora va usted al cine, vamos a un suponer, y se goza un *No-Do*, o una revista de Cuenca que a usted no le interesa nada, vamos a un suponer, y la mitad de la película grande. Luego encienden para que la gente salga a coger resuello, entre otras cosas, y vuelven a pegar hasta el final, todo de dos sentadas. Antes era: PRIMERA PARTE, con rótulo va, rótulo viene; SEGUNDA PARTE, con ídem y eso; TERCERA PARTE, sétera y sucesivamente, todo explicado en unas letras brillantes que servían para que los médicos especialistas dijeran a sus clientes socios del Casino: «¿Usté suele ir al cine...? Pues tenga cuidado con los letreros. Hágaselos leer por su señora... Entretanto, póngase estas gotitas. Son diez pesetas...».

A veces, el operador se equivocaba por causa de una chispa que había agarrado o por simple distracción. Y entonces ponía, en vez de la segunda parte, la séptima. Se armaba entonces tal guirigay con gritos y silbidos de parte a parte a compás que al viejo barracón se le abrían dos o tres brechas en sus viejas maderas. Otras veces se anunciaba un complemento, que luego, por razones misteriosas, no aparecía y el público encrespado gritaba al unísono: «¡Falta una, falta una, falta una...!». Los devotos de la ópera y los vecinos de Vegueta prohibían a sus niñas ir a las penículas porque, sobre ser un relajo, estragaban el buen gusto y resentían los buenos modos. Y la verdad es que aquello era un puro relajo.

Ocurría también que el dichoso operador se equivocaba en la colocación del rollo o parte correspondiente y, en vez de ponerlo como era debido, lo ponía al revés. Entonces surgía el clamor unánime de la multitud: «¡Ta al revéees...! ¡Ta al revéees...! ¡Ta al revéee...!». Se encendía la luz, se enderezaba la cosa y se seguía.

No hemos dicho que, entre todas las estrellas de la época, la Bertini era la debilidad del público insular. Sus enormes ojeras, su boca en forma de corazón, sus tobillos lindos como la más linda carretilla, sus maneras apasionadas, vehementes, arrebatadas, traían a mucho público masculino insular. Solían oírse diálogos como el siguiente:

EL MARIDO *(Tirando pa allá la cartera de los negocios, quitándose los zapatos y tumbándose en la cama)*. Vengo molío como un senteno tú, Isabeee...

LA MUJER. Bastante que lo tengo dicho, Manuee, que no des tanta pata, niño, que todo sale sin apurarse... Te voy a preparar un pisco de agua caliente con una puñaíta de sal pa que te des un baño de piesss.

EL MARIDO *(Haciéndose el bobo)*. Sí, pos mira, has jas tenido una buena idea, ¿abes?, porque me gustaría salíii esta noche, ¿abes?

LA MUJER. ¿A dónde es el antojo?

EL MARIDO *(Zorrocloco)*. Pues... ¿Parece iii a ver una penícula que hay tiempo que no vamos, túuuu...?

LA MUJER (*Soliviantada y picotera*). ¡No me digas más nada! ¡No me digas más nada! Echan la Beltini en el Sine Cuyás, ¿veldá? Ya estamos otra vuerta con el enralito. ¡Mejooo le diera velguensa!

Después de un pique de mil demonios, acaban yendo, pero ella retrincada toda y él poniendo una cara de bobo que parecía que estaba vendiéndole a alguien una mercancía averiada...

Resurta de ser que cierta noche en que ponían una de las más sonadas películas de la Bertini estaban en el gallinero mi compadre Monagas, Venturilla el Taita y Vitorito el del Pinillo. No se la perdían nunca, como no se perdían nunca a Úrsula López, cuando se tiraba un salto a su tierra. Áy, a la mitad de la cinta aparecía la artista, guapísima con un traje muy escotado, asistiendo a un baile de gala. Los brazos eran un bienmesabe y el cuello un cisne, por no tener otra cosa a la mano para la comparación. Dio la casualidad que esa parte la metiera Maestro Pedro al revés. Entró la Bertini en el salón con la cabeza pa abajo y los pies pa arriba. En contra de la costumbre, todos los hombres guardaron un impresionante silencio. La sala en peso, sin rechistar, la dejó caminar al revés, como si fuera la cosa más natural del mundo. El instinto, engañado por la sugestión de la belleza, puso su esperanza en la ley de la gravedad. La falda, amplia y coluda, acabaría por abrirse como una rosa en las últimas o como un plátano dispuesto para ser comido, con sus tiras desmadejadas a las bandas. Nadie resollaba, pero de arriba se dieron de cuenta. Y

pararon para darle la vuelta al rodillo. Entonces sonó una sola voz por la que hablaba toda la representación masculina de la sala. Mi compadre Monagas gritó al operador, con una sinceridad imponente:

—¡¡¡No la vires, bandíooo...!!!

29. De cuando Pepe Monagas estuvo en una junta de líos por mor de una *miss*

Se anunció en la Sociedad la elección de *miss*. Y con el anuncio se levantó la consabida polvajera, provocada por las distintas simpatías, pero zorra y echadita, como una marea del Pino. La directiva, que al decidirse a celebrar la fiesta había tomado el acuerdo de mantenerse a una banda, no entrometiéndose para nada en la designación, resultó de ser la más entrometida. Particularmente, el presidente de Recreo, que se emperró en que saliera una chiquita ahijada de él, hija de su comadre Angustita Sánchez, viuda ella, pero todavía nueva y vistosona como una buena mata de geranio. Desde luego, las malas lenguas pegaron a decir que si pa arriba, que si pa abajo, que si patatín, que si patatán... Seguramente, acalunias, ¡pero vaya usté a decirle que no a la gente!

También andaban en la intriguilla de una parte, el secretario, con dos vocales amigos de él, y de otra, tres o cuatro vocales más, que la verdad, a ellos ni les iba ni les venía, pero traían un pique de ellos allá y estaban tirantes. Se buscaron su candidata, no porque se fueran a echar nada en el bolsillo, sino por jeringar. Que ya se sabe que uno de los motores de la actividad isleña es este de jeringar.

—¿Cuála es la que quiere sacar el presidente?

—Pues quiere sacar el cocorioco de la hija de la viuda...

—¿Cuála viuda?

—¡Sí, hombre...! De Angustitas ¡y taaa...! ¿Oyó?

—¡Ah, ya! Pues mira, le vamos a jeringar la elección. Esa no sale ni con tres liñas.

El baile estaba brillante, aparte el fulgurante y la brillantina. Las banderas restrallaban al viento, los farolillos nipones no tenían ni un bombillo fundido y la orquestina pegó con la tocata con tales bríos que hasta la gente vieja se tiró al terrero. Solamente andaban sombríos los de la intriguilla, disimulando la tirantez y el ansia.

A la medianoche, entre una expectación tremenda, fue elegida la Reina de Sociedad. Salió, a pesar de todo, la hija de Angustitas. Le jincaron su banda, le dieron su ramo de flores... y rián pal puerto.

Las rasqueras, destupidas por las copas, enfriaron la alegría y calentaron las lenguas. Pegaron a sacarle el cuero a la muchacha, y a la madre particularmente. Y no hubo trapo viejo que no quedara colgado en las liñas de las banderas.

***

Al día siguiente, soliviantada la junta por el secretario, que estaba que cogía las vigas del techo, casi la mitad de la directiva se dispuso a presentar la dimisión.

—¿Usté se cree que se puee ser diretivo de una sosiedad relajona así? ¡Quite, hombre!

—En eso tiene razón aquí... Lo primero es la verguensa, ¿oyó?

Pero antes de rajarse, decidieron los descontentos provocar una junta general para denunciar la fullera y armar un mojo con morena que mandara las peras a la plaza.

Se celebró la junta un domingo por la mañana. Y se descolgó en la Sociedad todo perro y gato. Pero cada cual se hacía el sonso. Nadie quería dar la cara, remolón el socio, al que la trapisonda le importaba un bledo, pero que iba a goler, dispuesto a no perderse el belingo por nada de este mundo. Apenas se decidieron a entrar en la sala de juntas media docena de individuos, los que recitaban a Campoamor desde que se bebían cuatro macanazos, y que tenían temperamento de oradores y tal. Nada más que por decir con voz de cabecera de entierro: «Pido la palabra», y largarse un garraspeo valía la pena una junta para estos temperamentales.

Los demás socios, la gran mayoría, pegó a enracimarse en la puerta de entrada, chupando Virginios y la oreja alerta. Por fuera, tomándoselo a choteo, iba y venía Pepito Monagas; aquí suelta una puntita, más allá larga un donaire.

Y en esto entró de casualidad Rafaelito el Tendero, que de relance iba por el centro, del que se había hecho socio por causa de las niñas, a las que les gustaba el baile en tal forma que cogieron para toda la vida fama de relajonas. Rafaelito, que no sabía nada de aquel pique, se quedó sorprendido ante aquel genterío, todo enracimado en la puerta. Se tropezó con Monagas, en una de las idas de este.

—Oiga, Pepito, ¿pasa algo?

—Un lío áy con la mis y vuelta a la mis.

—Pero, oiga, ¿y qué hace toda esa gente en la puerta?

—Pues si le digo, lo engaño, Rafaelito... Será que van a tirar un córner...

30. De cuando Pepe Monagas le pipió 900 pesetas a Venturilla el Taita

Venturilla el Taita andaba de tiempo en el antojo de tener una cabra. De una, que le cogió cariño a estos animalitos en ocasión de dedicarle sus cuidos, por encargo, a una jardúa y a una mocha de Davinsito el Tiendero, cuando este cayó en la cama con una puntada de haberse bañado, para probarse un traje; que es que se lo hacía Adelita la costurera, más repudiosa que un gato para un batumerio. Y de otra, que de resultas de un dengue venía jeringado de la caja del pecho y del visagreo y al médico que consultó no se le había ocurrido otra cosa que recomendarle lechita de cabra a tuti plen y mientras más jalaíta, de mejores, para que rebasara la merma.

Pero una cabra en los tiempos que tranquean cuesta más cara que la plaza. Y quien malvive de jornales, de cáidos y de cabes a los pocos mansurrones amigos que por el mundo caminan, mal puede tener y mantener estas cuatros patas pruebistas y sus dos chorritos de natas y espumas moras, o séase, sin agüita de los ingleses.

Venturilla se dio a picarle un ojo a la suerte. Y después de andar en el coqueteo con los ¡cincuenta iguales para mañana!, que un día sí y otro también se le viraban más verdes que las uvas del cura, pensó en los galgos. Era lo que le decía Monagas: había

cogido perrera con los miopes. Y entró tan bien, oiga, con los corredores, que al segundo lance trabó de beso 972 pesetas con perras. Después de perder el Campo «España» y toda su podenquiada de vista por mor de un soponcio que le sobrevino al saberse premiado, salió como un volador sin rabo y pegó a buscar en todos los cafetines habituales a Pepito Monagas y comparsa, ansioso de aliviarse con la noticia, la sorriba de pesetas que se la había venido de sopetón encima. Halló a los templarios en una trasera llena de cáscaras de manises, por los alrededores del Correo. Y encandilado y en vilo contó. Luego pagó unas copas.

Pero enseguida se vio que recogía velas. Cumplió con dos corridas de ron con mermú y se hizo el sonso. Torcidos y cargantes, Monagas, Victorito el del Pinillo y mi compadre Juan Jinorio, que también diba en la rueda de presentes, principiaron a molerlo, una puya detrás de la otra, mirando volverlo mollar a fuerza de jeringarlo. Ventura, acoquinado y resistido, acabó confesando:

—Pepito, y los demás aquí presentes, todos ustede sabe que yo no soy gorrón y eso..., lo que pasa es que...

Monagas cayó en los suspensivos:

—¿De modo que hay gallo tapao?

—Nada de gallo tapao ni nada. Lo que pasa es que yo tengo el antojo de comprar una cabra. ¿Ustede entiende? Y le tengo echao el ojo a una del barranquillo, jardúa ella, y de una madre, usté, que si el disluvio viera sido de leche, esta cabra era hija del disluvio.

Serio, Jinorio terció. Y dijo solamente:

—Ventura, siempre se desajera un poco.

Y Monagas:

—¿Pero acuála cabra dises tú? ¿Una rusia del Bisojo, de la rasa de la laera?

—Sí, señó.

—Mira, Ventura, vete pal... ¡Aemería! ¿Pero tú no te has jas fijao, muchacho, que es desgolletaa y con casnabón pa ella y pa dos más? ¡Aemería!

Calló la comparsa; Monagas pidió más copas. Y maduró un plan que de repente se le había venido al magín para pipiarle los cuartos a Venturilla. Administró unas picadas de ojo y después, como el que no quiere la cosa y variando el tema, dijo:

—El domingo que viene se juega en Santa Cruz el partido Marino-Tenerife. Una cosita buena, de las de rompe y raja, que aparte que semos marinistas, sétera, sétera, puede ser un buen asunto para trincar unas pesetejas.

Pausa. Victorito y mi compadre Juan Jinorio aguaitan la baladera que trae Monagas, aunque todavía no saben si son bogas, si son brecas. El isleño prosigue:

—Digo que eso puede resultar un buen lance, porque si fuéramos y apostáramos...

Otra pausa. Victorio coge ahora la mosca por una oreja. Apunta:

—Eso está bien... ¿pero y los cuartos pal coche, don Silvestre?

—¿Los cuartos? En eso estaba pensando —añade Pepito—. Claro que, con lo trasero que viene cargando Ventura, no ostante la quiniela, apenas hay coyuntura, como el otro que dice.

—¿A qué se refiere, Pepito? —pregunta Venturilla, descuidado y simplón.

—Me refiero a que podemos tirar una tarrayita en Santa Cruz, si te pones animoso.

—¿Acuáslo?

—Mira. Tú los emprestas unas pesetas pal viaje y los requilorios, inclusive sus pisquitos. Lo que reste, unas doscientas, las repartimos entre los cuatro —¡como empréstamo, se entiende!— y echamos una vaca. Apostamos al Marino, que va pa allá que manda las peras a la plasa. Y como cuadrará, porque ganará, volvemos cada uno con su pellita. Y aquí no ha pasado nada.

—Mire, Pepito —se metió detrás de una tunera Venturilla—, yo lo siento, en buena fe; pero no puede ser. Déjeme comprar la cabra y si sobra algo...

Monagas no insistió, diplomático y estratégico. Tumbó sobre el mostrador:

—Don Antonio, espache lo mismo.

El copeo siguió. Y al séptimo ron, Ventura quería ir en persona a comprar los pasajes a aquella misma hora.

***

Santa Cruz hirviendo de apuestas, pronósticos, recelos y discusiones. El Marino metido en los altos —hotel «Taoro»— a huevos, biftec y flanes. Y cada canario, un gatillo de fuegos de Guía.

En el campo, Monagas se sienta en sol con sus tres amigos a las bandas, ya cruzadas las apuestas. En una mano empuña una caja de pastillas de clorato y en la otra una medalla de la Virgen del Pino. En las gradas

se tira una naranja y no llega al suelo. Un momento solemne, de sonoro silencio: el árbitro tira al aire una moneda. Y en el callado instante, Monagas se pone en pie, estremecido y ritual, y al tiempo que exhibe la medalla grita, solo y bien oído:

—¡Serenidad, Marino!

A pesar de los pesares, el equipo azul perdió. Y perdió por una goliada. Una verdadera tupida, que llaman. A Venturilla hubo que sacarlo entre cuatro. Y ya en el barco, cuando el hombre cogió resuello, empezaron las lamentaciones a los tres compinches, cabisbundos y meditabajos:

—¿No lo desía yo, contra? Si no me viera dejado llevar por los engatusamientos... Mal limpriaíto dinero. ¡Y adiós cabra!

Así toda la noche del velorio del correíllo con un guineo, un guineo usté, que más de una vez alguno de sus amigos estuvo en filos de meterle un puñete.

—¿Con qué compro yo ahora la jardúa, vamos a ve...? Lo peor es dejarse llevar...

Monagas, requintándose, lo cortó:

—¿Por qué no te callas ya con la jardúa y vuelta a la jardúa? ¡Vaya un piano!

—¡Quite, hombre! Es que no se me quita del pensamiento. ¡Mal limpriá cabra!

—¿Pero ustede oyen, eh? Quejándose porque perdió una cabra y aquí los tienes a todos aguantando. ¡Y perdimos una vaca!

Ventura insistía, majadero y sonso:

—¿Acuásla vaca? ¡Mire, hombre, déjese de chascarrillos, que no está el palo pa velas! ¡Avemería!, que lo pienso y no lo acabo de creer.

Monagas se reviró, repentino:

—¿Pa qué rayos querías tú la cabra? ¡Vamos a ve!

—Oh, ¿Pa qué la iba a querer? ¿Le parece poco la lechita?

—¿La lechita? Pero si tú no tomas sino ron, machango.

—¡Quite, hombre! Mi cabrita del alma...

Pepe Monagas, en un arranque, se registró los bolsillos, sacó tres pesetas y quince céntimos y las preparó:

—Vitorio, mira a ve que te quea a ti... Y a ti, Jinorio.

Reunió unas quince pesetas. Y con un remango de requintado se las puso en la mano al Taita:

—Mira, mañana vas a la botica de áy, de don Federico, ¿tú entiendes?, y te compras dos kilos de leche en polvo y media peseta de hilo carreto. Amarras los cartuchos por el gollete, le pones dos collares de franela y agüita que te pegó atrás. Asín te ahorras la alfalfa.

31. De cuando Pepe Monagas fue al Pino con Rafaelito, el de la tienda, y otro personal

La medianoche sería del 7 de septiembre, señaladamente, cuando el rancho risquero se abrió a caminar, costeando y remontando callejoncitos, a salir al Castillo del Rey. Iban al Pino unos diez matrimonios y así como otros tantos pollos y pollonas del mismo castío de los romeros, más algunos agregados. Casi todos llevaban bultos; las mujeres, los más grandes. Algunos hombres empuñaban timples, livianitos y agachados, o llevaban a la banda guitarras, colgadas al brazo por el clavijero y ceñidas a la cadera como novias ralitas. Ellos habían pegado a beberretear desde que las hembras bullían en los preparativos, así que iban casi todos con el corazón en la solapa, la disposición jaranera y el pico caliente.

Entre los alegres romeros me acuerdo que estaban Andrés, el patrón de La Frasquita, con su vieja; Rafaelillo, el de la tienda, con la suya; Victorio el del Pinillo, convidado especial, que no trajo a su consorte, fiel a su principio de que el buey solo bien se lambusea; Venturilla el Taita, que seguía soltero él; algunos casares de roncotes, vecinos del compadre Monagas, el mismo compadre con Soledad, y Maestro Juan Jinorio, que también diba en la rueda de presentes. Remontando el laderón, y cuando ya en el Castillo cogieron algún resuello, ayudado por unos macana-

sitos de ron para los hombres y vinito dulce para las mujeres, los timples cogiéronle la embocadura a una isa restrallona, que se abrió sobre la ciudad, dormida abajo, así como una lluvia menudita con sol. De repente se destapó cantando la mujer de Rafaelito, el de la tienda, que, al modo por leer novelas por entregas como una descosida, tenía los sentimientos algo mollares. Su isa decía: «Yo me arrimé a un pino verde / por ver si me consolaba / y el pino, como era verde, / en verme llorar, lloraba».

—Si lo dice por el marido —rezongó el compadre Monagas a Victorio, que caminaba a su banda—, ¡amárrame esa mosca por el rabo! En lugar de pino, es palma retaca, y lo que tenía de verde, se lo comió la sigarra...

—¿Cuála sigarra?

Cuando Victorito el del Pinillo se bebía unas copas, se tupía algo del sentido y cogía onda tardíamente. Daba en preguntar y se ponía como una potala.

Rebasada La Apolinaria, se formó. Resulta de ser que un tal Fermín el Cucaracho, que le decían a él porque era revuelto en color como esos sujetos misteriosos que aparecen en las barajas de las barajeras, venía consintiendo a la chiquita mayor de Juan Pluma, costero menudo y calentón, que no tragaba al Fermín ni aunque se lo metieran en adobo. El Pluma ya se lo había requetedicho a su hija: «Como te agarre mosiando con el jediondo ese, te meto un pugío que ni en el hospital güelves al tino». A Fermín le gustaba la picareta. Y una vez mamado, era peleón como un gallito mariscal. «No quiero borrachos endentro de mi gente», había fallado Juan Pluma con tal firmeza

que parecía una sentencia del Tribunal Supremo. Al rebelaje de la muchacha, el Cucaracho se había agregado a la parrandona romera...

Y ya decía con su sentencioso talento nuestro amigo el cosechero de Los Barrancos: «Las mujeres son el diablo, usté». La chiquita empezó a quedarse trasera hasta emparejar con Fermín el Cucaracho, que por la zorrita caminaba al rabo de la cuadrilla. En algún punto del camino, ya barloventeando Tamaraceite, Juan Pluma se percató de que la niña había dado alguna tumbada rara. «¡Me juego argo a que está en popa trabáa de beso! —se malició—. ¡La muy indina!».

—¿Onde está su hija María, señora? —preguntó a su mujer con la voz más calentona y fañosa que podía sacar.

—¿Sé yo, querío...? —respondióle la esposa con un cierto clueco acento de complicidad—. Poray irá, tú...

—¡Usté debía vigilasla, que pa eso es su madre, consio! —arrufó el marido por entre los dientes ensarrados y rabasquinientos.

El costero Juan Pluma dio unas nerviosas bordadas por en medio de los romeros, aguzando los ojos por ver entre el oscuro. Pronto encontró a su hija María navegando de bolina a la par de Fermín. Se quitó Juan de cuentos y, sin decir esta boca es mía, le afianzó una galleta al pretendiente de la muchachita. Malcriado de por sí, en lugar de estarse quieto y tragarse el degüello, que para eso el castigo venía de manos del padre de la costerita amada, Fermín el

Cucaracho alzó por la mano y replicó al suegro con tal moquete que el marino se fue de banda, cayendo por una sorriba y parando en un bardo de tuneras coloradas. De allí lo levantaron todo espichado y con un ojo como tres chorizos del país.

—¡Empréstenmen nuna escopeta! —pedía el Pluma, con el gaznate en un burrido.

Mientras le sacaban los espichos al avasallado, compadre Monagas convenció a Fermín para que traspusiera, abriéndose por otra ruta, de emperrarse en seguir al Pino. «Vete tranquilito, ¿oíste?, y pídele a la Señora de Teror que el Pluma se olvide, porque si no, mientras no se muera, no te casas con María».

Medio endengado el Pluma, el rancho siguió de camino. Ya no era lo mismo. Ya iba la mitad del personal medio amulado por el escorrozo. En vano se partían el espinazo los timples y las guitarras, y en vano se levantaban sobre el campo dormido las cantaneras de aquellos que se habían propuesto recomponer el estropicio del bardago del Cucaracho.

Y ocurrió que, bajando el barranco de Teror, algo antes de apencar por los repechos que llevan hasta el pie de la relumbrante Señora objeto de la romería, la mujer de Rafaelito, el de la tienda, se diblusó, pudorosa, sobre su marido y le dijo algo en la oreja con la boca chica de los grandes misterios. Rafaelito, menos cuidadoso, le respondió medio en alta voz: «Si no puees aguantarte un pisco más, quéate trasera y agáchate por áhi. ¡Pero no te estés!».

Siguió la gente bajando. Y al ratito de esto, ya con el primer claror rompiendo sobre los montes, pega-

ron los del grupo a cucarse unos a otros y pegaron a correr unas risitas sofocadas. Algunas mujeres se tuvieron que parar y quedarse atrás, desmorecidas, partiéndose el pecho a reírse. Aunque los que iban cerca de Rafaelito procuraron disimular el regocijo, acabaron por no poder. La ranchada en peso estalló por fin en una burletera y tremenda carcajada. Rafaelito terminó por enterarse, también. Con las primeras luces de alba pudo observar que su mujer caminaba delante de los grupos tan descuidada, con el trasero medio al aire. Había ocurrido que, al agacharse un poco más atrás para lo que quiera qué, se le enredó el zagalejo en un taleguillo que llevaba al cuadril, quedando de esta manera destapada más de la cuenta. Con la prisa y la sofocación del camino, más que el tiempo era bueno y que esa es parte femenina con fama de fría, la buena señora no se percató de que iba aireada y desairada de aquella manera...

Rafaelito se encochinó ante semejante choteo. Y al primero que tuvo al lado, que resultó ser Andresito, el Mestre de la Frasquita, a ese le metió un sonido. Reparado de la sorpresa, Andrés se le cuadró, tirándole una trompada de muerte de cochino. Acudieron las mujeres respectivas de ambos contendientes y se trabaron de moño. Perdieron pelo y liendres. Se generalizó la pelotera. La romería, que ya venía requintada por el enojo del primer percance, se empotajó del todo. Cada cual tiró por su lado, rotos los instrumentos, sorroballada la ropa, entrecejados los semblantes.

Monagas y Soledad se quedaron con Rafaelito. Entonces el tendero le hizo al compadre un reproche.

—Usté, Pepito, ende que se percató de que iba destapada, debió habérmelo dicho...

—¡Y yo, querío, si me creí que era una promesa...!

32. De cuando Pepe Monagas se disfrazó

Los carnavales los corría Pepe Monagas tan virtuosamente que estaba templado como un requinto desde un mes antes de las paganas y desaparecidas fechas. Y se mantenía el hombre en este «estado psicofisiológico de exaltación deliciosa» —que diría un técnico— hasta casi un mes después de las carnestolendas. En una maravillosa demostración de euforia y resistencia, Pepito pegaba un mes antes «para ir haciendo boca» y acababa un mes después para quitar el «releje».

Todos los años Monagas tenía una actitud o un disfraz único y estupendo. A veces bárbaro, como cuando mató dos monos para vestirse de «glándulas del Doctor Voronoff».

En una de las últimas fiestas carnavalescas, Monagas entró un día en el compacto baile del Café Triana. Las mesas eran casi todas para los «derrumbados» y la minúscula pista de baile sugería sin remedio la peña y el molusco.

Pepe estaba en una de esas fases mudas de las grandes tajadas, cuando solo la actitud o el gesto hablan. Entre gritos, vaivenes y codazos, arrimó hasta una silla vacía del pasillo de entrada. Y se enterró en ella, soltando a las máscaras pasajeras dichos mascullados.

De pronto se animó un poco y se incorporó otro poco. Había planeado improvisar a su vestido corriente un disfraz original. Comenzó a estirar un pie y a ponerlo al paso de las tapadas. Empezaron los tropezones y traspiés, los gritos joviales de protesta y los recios abanicazos de alguna que otra. Como repitiera la suerte hasta una tercera vez con una gorda que iba y venía de un grupo de cotorrones sentados a un cotorrón enralado en la orilla del baile, atravesó más el pie o lo que sea y la obesa máscara se dio un gran leñazo. Entonces se formalizó la protesta, arreciaron los abanazos e intervino el dueño.

—¿Por qué no se va usted a... molestar al barranco?

Con un dedo que no llegaba a quedarse fijo sobre los labios en señal de silencio, Monagas decía:

—Ssss... Yo estoy bien aquí... Soy una máscara.

—¡Jabón suasto es lo que es usté! —chilló la gorda con su voz de los días serios.

—Por ahí vas bien, Michelina —articuló Monagas.

—¡Bueno, bueno, se acabaron los abusos! O se está usted quieto, o evacúa.

Y Monagas:

—Cada uno es cada uno... Si soy una máscara, tengo que ser una máscara. Y yo estoy disfrazado de cáscara de plátano.

33. De cuando Pepe Monagas tuvo un direte con un tartanero

Carnavales. ¡Vemería, aquellos carnavales isleños empalmados y más parranderos que un ventorillo conejero de La Naval! ¡Quite, hombre! ¡Esos Riscos, oiga, escarranchados sobre el jolgorio, abiertos en un cantar, todos ellos vueltos timbeques...! ¡Y las aceitunas dando singuíos de tantas y tan escabechadas! ¡Vemería!

Carnavales de los de «ayer maravilla fui». Pepe Monagas, Victorito el del Pinillo, Venturilla el Taita, mi compadre Juan Fleitas, Austinito el de Matas, Mastro Pepe Jilorio y un rancho más de la vieja, ronienta y empedernida jarca, corren el festejo sin comerlo, beberretiando pa alante que es un gusto, mantenidos de milagro con unos churritos de amanecida y tal cual enyesque carajaquiento. El disfraz, a medias, porque las caras van solo pintorriadas bajo aludos sombreros de palma, viene a ser algún zagalejo antiguo, de ancha y tiesa tira bordada, un vestido de miriñaque, conservado en perdidas cajas familiares, dos sacos de guano vueltos casulla, y así. Como complementos, hay algún collar de trenza de ajos, una jaula con un baifo dentro, alguna caja de puros vacía con un nido de ratones, una mona vestida de monigote, etc. Victorito lleva un largo camisón de dormir y un cubrecabezas hecho con un

calcetín. Cuando se tropieza, frente al casino, con el señor don Pedro y este le pregunta que de qué va disfrazado, contesta dudoso, echándole un vistazo a un cesto que porta, con una mamadera de las que chillan en el fondo:

—Pues mire, don Pedro... Si le digo, lo engaño. Monagas va vestido de amarillo. Y coronado como un antiguo poeta, pero con ramos de perejil. A la correspondiente pregunta del señor don Pedro, contesta:

—Pues voy vestido de tortilla española, náa más.

La ranchada, de tumbo en tumbo, recala en la plaza y en un timbeque hay un pique, media docena de empujones, algún recordatorio para las madres vivas y difuntas y un ¡vámolos!, terminante de alguno. Se dispone una tumbada pal Camino Nuevo. Pero la gente anda con reboso.

—De aquí allá nos coge la noche, ¿oyó? —masculló alguno—. Áy lante tá la tartana de Angelito. Vamos a hablasla.

Los templarios van llegando al pie del vehículo y enracimándose en sus viejos hierros. La tal tartana es ya una pieza de museo, desde el caballo al estribo. En la tea, el penco, desfondado el techo, saliendo por unos sietes desgarradores la crin vieja y renegrida, chillona como unos zapatos nuevos y las ruedas más templadas que los viajeros, era la tartana piripintada del Carnaval.

—¿Cuánto los lleva de aquí al Camino Nuevo, mano?

Angelito remiró la comparsa, se rascó el totizo y preguntó, calculador:

—¿Pa dejá o pa esperá?

—Pa dejá.

Animoso y truquiento saltó de pronto al pescante, rebenque en mano:

—Vaya, suban. Por ser a ustedes... siete pesetas y media.

Monagas se quedó mirándolo cambado, revolvió el carrucho con un vistazo y le preguntó, sequito como un palo:

—Oiga, Angelito, ¿y quién le ha preguntao a usté por el presio de la tartana, eh?

34. De cuando Pepe Monagas le metió un huevo clueco a Manolito el Lalgo

Mi compadre era atravesadillo y mataperro desde chico. Uno de esos guayetes malos como la quina que hacen exclamar a la madre canaria, toda elementada: «¡Ay, infiesno, que me vas a mandaa pa las plataneras! ¡Niño con este, quería!». Pero tenía reburujón, el condenao, y cualquiera barrabasada que cometiera hacía gracia. Si pegara a contar todas sus mataperrerías, fugado de la escuela y campando en los antiguos tesos del Cercado Avellaneda, me cogía el alba en el primer tomo. Ya irán saliendo, como las pulgas al sol.

En el caso presente, resulta de ser que se murió aquí arriba en La Matula un viejo que le decían Manolito el Lalgo, y también Caña Dulse, por ser un silbido el hombre. Nuevo él, y galletoncillo Monagas, corría Manolito unos carnavales con unos amigotes. Tiraba de tartana e iban de copas que ya sonaba a gárgaras el reboso. Era en los tiempos en que se usaba tirar, a modo de bolas de confetis, cascarones de huevos con harina dentro, y hasta huevos, si estaban cluecos. Viniendo la tartana de Fuera la Portada pa San José, por la esquina del puente, Pepillo divisó a los templarios. Iban de piesss, con sombreros de palma y cantando: «Ese lunar que tienes / cielito lindo, / junto a la boca...». Monagas tenía un huevo en la mano. Y de los cluecos. Lo primero que columbró

fue la cabeza de Manuel el Lalgo, alta como un campanario. En un momento, le vinieron al pensamiento dos palmas: la de doña Nieves y la de san Roque. Se puso en una esquina de la acera, apercibió el huevo y empezó a aguaitar a Manuel...

«No se lo des a nadie, / cielito lindo...» iba cantando como un becerro el cristiano de La Matula. Estaba vuelto hacia Monagas, con los ojos pintados de tizne, haciendo un blanco-negro que se pide de encargo como cosa fina y no sale mejor.

Monagas, que tenía una tela única jugando al boliche y al hueso y soltando pedradas en las guirreas, se cuadró. De pronto, ¡riáaan! El huevo salió como una pelota del frontón y agarró de pleno el ojo zurdo de Manuel. Al mou era de dos ñemas, por la abundancia de la chorrera. Se quedó de arriba abajo que lo mandan al tinte y le cuesta la broma sus treinta pesetas, como el que no quiere la cosa. ¡Pa qué fue aquello!

De pronto se quedó abatatado, con él allí y el tino en los Poyos del Obispo. Se tambaleó un poco, como una palma. Luego se pasó la mano grande y gorda por la cara abajo y barrió. La sacudida a la calle de los dedos llenos fue tan de caliente que un adoquín, que luego estuvo allí una partida de años de testigo, se fue de una banda y formó bache. ¡Los gritos de ese hombre, las maldiciones, la de eñes!

—¡Apaaara! ¡Apaaara, desgrasiao! —le gritaba al tartanero, Luis el Claca, que como eran carnavales no se daba cuenta y seguía rebenquiando sin írsele ni venírsele...

—¡Bandío... pxerñ rrr... uuñññ!

—La suya —gritaba de abajo Monagas, con tal pasta que la del turrón al lado es la bomba anémica.

—¡Yo te conozco, sinvelgüensa, bagañete! ¡Yo te caso, bandío!

Pepe, por lo visto, consideraba lo que había hecho un acto de justicia. Se picó. Y tuvo la pachorra de correr detrás de la tartana. Entonces fue cuando le lanzó a Manolito el Lalgo, como si fuera otro huevo, su famosa exclamación:

—¡Pos abájese de la silla, con!

***

Íbamos a contar las peripecias de una caja, una caja de muertos: aquella en que fue enterrado Manolito el Lalgo y que por los raros azares del destino le tocó llevar, con otros tres palanquines, a Pepillo Monagas desde San José a La Matula. Pero esto se ha hecho grande, hermano, burla burlando. Y hay que dejarse dir. Otra vez será.

35. De cuando Pepe Monagas venía del puerto en el tranvía

Es un domingo risueño y deportivo. Ha habido gallos de gran casteo en Viera y Clavijo y pelota de populares en el Muelle Grande. El jeridero de gente por las calles y en cafetines y timbeques da miedo. Monagas ha ido al puerto porque juega el Marino. Y son sus amores azules. Y como en la gallera ganó San José y en el muelle el Marino, Pepito se enreda en un coperío de camisa por fuera. A la media hora anda en piedras de ocho; aquí se larga una, más allí se larga otra, de ronero por cuanto cafetín porteño le va viniendo al camino. Y tumbo va, tumbo viene, el rancho encalla en «Los Siete Chorros», donde entra a entullir una mescolanza de un vinito seco, del Hierro él, dorado como la meloja, pero que despacíiito, despacíiito, oiga, se va metiendo debajo, que si uno no lo ataja, la agachadilla es como una casa.

Salió la comparsa pa'l último tranvía, la cafetera nueva, oliendo a herrería de Mastro Benito y gritona como una comadre de la laera. El rebumbio pa cogerlo, usté, era como el paseo de San Pedro Mártir. ¡Fuerte genterío, cristiano! Pepe Monagas se tiró a la marea. Y cuando se vio, se vio arriba, subido en vilo por una avalancha de hombres y mujeres que se tiraban como perros a la carniza. Había caído en uno de los remolques cerrados, de pie en el pasillo.

Y viajaba agarrado, como Dios le dio a entender, de alguna de las morcillas del techo. El tren pegó un par de guapidos, le metió una sacudida a toda la cola de vagones y empezó a deslizarse.

Viajaba junto a Monagas, también de pie y también guindada de un cuero del techo, una señora gorda ella, llena de perendengues, vestida de un negro verdoso, con un cordón amarillo amarrado a la cintura, los ojos más cambados que una alcayata, bigotuda como un retrato antiguo y con su boca pintada de un rojo descolorido y despegado, como el engrudo de pa fuera. Resulta ser que cuando el tren dio la vuelta frente a Aviación, Monagas tuvo un destuerzo y se fue contra la señora, que le echó unos ojos de pimienta de la mala palabra. Y arrente de la torina mirada, un jocicón, oiga, que hasta el carburo del vagón se quedó haciendo visajes y soplando por el pitorro. Encaramado y oscilante, como un espantapájaros al viento, los ojos yendo y viniendo de la soñarrera, el rebrillo guasón. Monagas la comenzó a mirar de raspafilón. Y advirtió que era más fea que un marisco.

Después de la estación, y en la otra vuelta, se produjo el segundo choque. La señora empezó a dar bufidos y como a preparar coces, con un aire de mula de cuartel que la retrata y no hay quien la confunda con una burra. Pepe fue recogiendo la atención sobre su cara birolla, obsesionándose con lo cocorioco de aquel rostro presumido. Y pensó:

—Señó, yo... Yo he visto esta cara... Ya... ¡Ah, ya! En Asuaaaaje.

En efecto. El parecido con la mona de los baños era importante. Encarado por un vaivén, Monagas le soltó, por aliviarse la obsesión:

—Señora, me ha estao fijando. ¡Cuidao que es usté fea, cristiana!

A la viajera se le fue pegando un temblor de fríos y calenturas. El tren entró en la estación del Metropol. Y al frenar allí, se sacudió de atrás alante. Monagas se fue en bolina contra la estantigua. Y por un pelo no la sacó por la ventanilla. Era el colmo. Había caído la última gota. Explotó la represa, como aquella vez la de Tenoya. Salió la primera rociada. Monagas se la gozó impávido, replicando:

—Ya desía yo que la ha visto a usté en alguna parte. ¡Tá claro! En Asuaje, contra. ¡Usté es hermana de la mona!

—¡Bandío, ordinario, jediondo, sinvergüensa! ¡Borracho susio, borracho asqueroso, borracho indesente, borracho malcriao!

En un jacío, Pepe, mirándola al rabo del ojo, más guasona que nunca la sonrisa, le dijo, como en un aparte:

—Síii. Pero a mí, ¿oyó?, a mí se me quita mañana.

36. De cuando Pepe Monagas no le pudo dar el siento en la guagua a Casnasionita la Guirra porque tenía un reoma en la cintura

A don Miguel Reyes Martín, un grancanario que en Barcelona sigue con devota alegría las peripecias de PEPE MONAGAS, con muchísimo afecto.

Cola de la guagua. El que espera desespera. Y algo más: se le pone el cuerpo y el alma negros y molíos, como un cesto de brevas de tres días. La filera es en el parque y es de las de respeto. Y la hora, la del peso del mediodía, con un sol cuajado, bobito como un beletén, que, como el que no quiere la cosa, va metiendo su candela por el casco y los hombros abajo, poniendo a los cristianos al baño María. Viene una guagua, al mou requintada, porque pasa como esos individuos con los que uno no se lleva y que, de repente, vienen por la misma acera y trasponen de largo y haciéndose los locos. Viene otra y apara. Apara pa que se baje un isleño que la cogió de piess en la calle Torres y que, como esos pescadores del Parque, que están tres horas con la caña guindada para trabar una breca, se plantificó en la cola media hora para después recorrer montado doscientos metros. Se baja y se queda tan fresco. Desde dentro de la guagua sale entonces una voz:

—¡Uno asentao y trens de piensss...!

Los cristianos están dormidos, que aquí hemos aprendido hasta a dormir de pie, con una bobería, una bobería en el sentío. Por eso no se calienta nadie en la cola: porque está todo isleño como un tronco, aunque tenga los ojos abiertos. A los quince segundos, pizco más, pizco menos, igual que cuando se ve explotar un barreno y luego llega el sonío, la voz del cobrador, que tampoco es floja, alcanza a las conciencias isleñas en cola. Nadie se decide prontamente. Todos van reaccionando como con movimientos de cámara lenta cinematográfica. Como los primeros, a quienes va principalmente dedicada la invitación, ni se deciden ni se arrejunden, un peninsular que ocupa allá el doce o catorce puesto corre y se guinda. Como ha transcurrido el tiempo necesario para que el insular vuelva en sí de la pardelera que tiene arriba, los de alante reviran contra el decidido:

—Oiga, mano, ¡hay que haser cola! Digo yooo...

—¿Pero es que vamos a estar esperando a que ustedes celebren junta para decidir si suben o no suben...? —replica airado desde la guagua el decidido peninsular.

—¡Vá-mos-los! —avisa despacito el cobrador, dejando atrás encendida una calentura de rascados que acaban de volver en sí.

Cola de la guagua enfrente del frontón, al peso del mediodía. Y en ella, Casnasionita la Guirra, una mujer de la Isleta, que vende por puertas «jabó algentino, malmelada deee... de esto, de silgüela, mantequiya der paíi» y eso. Se toca un pañuelo negro debajo del quejo y se cubre los hombros y todo el costillaje con un sobretodo de lana negra que, nada más verlo,

con el solajero que hace, da unas fatigas que es a arrancarse el alma. A sus pies está el balayo de caña donde lleva y trae sus mercancías, ahora vacío, que todo lo colocó después de dar más pata que un perro cazador. La pobre, entre lo que ha andado, el pañuelo, el sobretodo, la prisa y la calda que baja del cielo, está que si alguien la llega a finchar tanto así, el estallido es como el cañón de las doce. Y luego con su lengua de aguililla, que por algo la llaman la Guirra, título que no le venía de atrás, sino que el pueblo se lo adjudicó por haberlo ganado a pulso.

Allá, cuando Dios quiso, Casnasionita pudo subir de piesss. Le tocó una guagua de esas menúas, de esas en las que uno tropieza con todas las rodillas de los demás —y menos mal si son de señora— y gacha como una cueva. Agarrada de una banda y colgándole por la otra la cesta, la mujer iba negra. «¿Y ahora cómo saco las perras, ustéee...? —iba pensando—. Deja vée si me dan el puesto, o se abaja arguno...». Ni se bajaba nadie ni había allí dentro un solo hombre con un arranque de estilo antiguo. Todo el mundo bien arrepollinado y haciéndose el sonso. Y entre todo el mundo, por un casual, mi compadre Pepito Monagas, que fue quien me contó el lance, y que por entonces venía atacado de un dolor de reoma en la cintura, de esos que los médicos llaman lumbago, me parece, y que mi compadre llamaba «bardinos de Lansarote». Apenas podía menearse. Y ni intentar ser galante.

El cobrador dijo de pronto a la vieja:

—Córrase pa lantre... ¡Señora, le ha dicho que siga pa dentro!

—¿Pa dentro pa onde? ¡Miá pa allá, arriba de lo sofocáa que una viene, que da de cara este abuso! Tiráas en la carretera como perdularias, con casas que atendée y maríos que comée, ¡y arriba a arrempujáa! «¡Hágase pa lante!». ¡Echati otra!

Pausa. El cobrador, al pasar, la rempuja.

—¿Oiga, mi niño, usté está aquí pa cobrá o pa sobarse...? ¡Vaya, vaya! ¡Pos no fartaba más...!

—Si va incómaaa, ¿pa qué se subió?

—¿Y a usté qué se le impolta? Si hubiera decensia no pasaba esto —y echó una mirada torina alrededor de la manada de tarajallos que van sentados sin importárseles un pito su problema de vejez, cansancio y sofocación—. ¡Fuera una pollita y verían usteee! Quisiera yo velme en mis quinse, o que viniera aquí una niña nuevita y fina, que en ves de golée a jabón algentino del que yo vendo, jediera a esensia de París de Fransia... ¡Vería usté altonses, toos a matarse pa darle el siento!

—¡Mire, señora, favóoo...!

El pasaje iba violento con las puntitas de la vieja. Mi compadre Pepito Monagas, que no era malcriado, y que seánse carcamales, séanse pollonas, a todas las mujeres les dejaba el sitio cuando se ofrecía, iba requintadísimo. Pa subir en la plaza le costó un lío, porque estaba atacadísimo del dolor de reoma. Él sabía que, si enderezaba, no iba a llegar al Muelle Grande sin caerse. Y arriba de todo esto la vieja, que lo llevaba a la banda, le venía clavando unos ojos que eran puntas de pitones. Tenía la desasosegadora impresión de que ella pegaba de él solo, de que concentraba en él todo su enojo de vieja gruñona, como

si fuera el solo hombre arrepollinado de la guaguita. Volvió Casnasionita a resongar cuando el chófer hizo una de esas piruetas geniales que solo saben hacer los chóferes de las guaguas, y a las que tantos isleños debemos la vida, especialmente la pollería nueva que pasea de noche por Triana, pirueta que la tumbó de una banda y la volvió a enderezar de mala manera.

—¡Si te parese, mátalos tamién! ¡Era lo que fartaba!

Con una voz calmosa y cargada de guasa isleña, el chófer le dijo asomándose por el espejo:

—Pero, señora, ¿usté qué es lo que quiere? ¿Que le pongan un siyón de mimbre y un vaso de Filgas, o qué?

—¿Y usté pa qué se meteee? ¡Manije y cáyese! ¡No fartaba más que ustéee pa que fueran toos aquí endentro unos malcriados! Pos no farta naa en esta guagua, ¡naíta!

Monagas llevaba remordimientos. Y un poco por aliviárselos y otro poco porque le nacía de sangre la guasita, dijo a Casnasionita la Guirra:

—Sí farta una cosa, señora: ¡Fartan asientos!

37. De cuando Pepe Monagas tuvo un liíllo con un negro

¿Usté no se acuerda de un negro que trabajaba en ca los indios de la calle de Triana, hace algunos años, grande como un pino él, y negro él, como los negros del Barranco de Tirajana? Lo más que usted conoce. Siempre estaba parado en la puerta, a mano derecha yendo para la plaza, frente a ca de los Riveros. Era como una figura decorativa para nosotros los isleños y para los ingleses —o séase, para todos los extranjeros que por acá atracaban—: un pescador, un hombre de «espi quinglis», cazador de turistas en tránsito y en ánimo de compras a precios asequibles.

El tal negro era lo que llamamos nosotros un tarajallo, con dos metros y algunos centímetros de largo. Un silbido el hombre. Sin dar golpe y distrayendo su correcta estancia a todo lo alto del hueco de la puerta, con algún piropo trabado y de copio, copias, copiare, a las niñas que estaban pidiendo muestras, se pasaba el negro el día.

Cierta vez, Pepe Monagas, que por ser de todo era también intérprete, recaló por allí, con unos chones del Yeoward, dispuestos a comprar «exotismos». La tienda estaba animada. Cada dependiente, tanto los aceitunados, como los cristianos, tenía delante una banda de místeres y de indígenas, comprando chismes, calcetines japoneses y camisas de seda lavable.

Monagas, obsequioso con vistas a los cuartos, quería que se atendiera a su rancho cuanto antes. Los ingleses tenían prisa. Una señora flaca, con el pecho como una tabla, la nariz quemada y media docena de pecas jugando al tute por su frente y sus mejillas, dijo a Pepe, champurriando español, porque en inglés no había manera de entenderse con el intérprete:

—Escucho, señorrita chicherrone, ¿por qué cosa no quieron vender el tienda?

—Oh, pues... Debe ser que, como hace mucho tiempo que están aquí, son ya de plantilla, ¿oyó?

—¡Ou! Yo non comprande jota.

—Espere un momento, mistera. Ese negro de la puerta, que por lo visto lo tienen áy pa que no entren las moscas... Espere un momento.

Monagas se llenó de autoridad y llamó:

—Tú, esto... negro, hágame el favor.

El negro lo miró al soslayo, un tanto requintado, y tornó a su impavidez.

—¡Oh, carajo! Negro, hágame el favor —volvió a llamar, ya cargado.

Entonces el requerido dio dos pasos tan solo, se plantó al pie de él y se le quedó encima como la torre de la catedral. Desde allá arriba soltó gravemente:

—¡Malcrrriado...! ¿Poque a mí llama tú «negro»...?

Y Monagas sacando fuerzas de flaqueza y estirando el pescuezo para nivelarse un poco, le dijo:

—¿Negro? ¿Pos cómo te voy a llamar...? ¿Asúl marino...?

38. De cuando Pepe Monagas no le hizo el gusto a un turista

Turistas en puerto. Un barco con gente de pa fuera, grande y rubia, los hombres con cara de duraznos pelados y las mujeres cepilladas y caminando a zancazos. Monagas sale del muelle, sentado en el pescante de su tartana, con la cara optimista y el rebenque suspendido. Atrás, de viajero, viene un míster, con cara de niño grande. Le cruzan el pecho dos correas, de una de las cuales cuelgan unos anteojos y una cámara fotográfica de la otra.

El turista viene pa dentro, mirándolo todo con ojos que se le van a salir del casco. De vez en cuando, Pepe lo siente exclamar:

—¡Ou! —y un rezongo atrás en una lengua tan atravesada que va y nace uno donde él y estuviera hablando por señas, porque cualquiera la aprende.

Por ahí, a la altura del parque de San Telmo, el míster toca a Monagas en un hombro y le hace señas de que pare. El isleño mete la retranca, empujando allá alante el brazo y reculando con todo el cuerpo, que con un pisco más sale por detrás.

—¡Siaiii... moreenoooo!

Se queda mirando el chone pal muelle de Don Benito. Y como si Pepe pudiera hacerse cargo, le habla:

—Kalimoyo jarrudti espiguosa tu carbuquesio sul la usborplat...

—¡Ji, jiñóoo...! —le contesta Monagas en ayunas, con cara de guasa y sacando la voz por la nariz.

Y por hacer algo, señala pa la marea y dice, dispuesto a esperar:

—Tire por áy pa abajo, a vé... A lo mejón se alcuentra una esquina buena y no hay guardias. Vaya, y hágase el perro, callao la boca, cristiano.

Dando zancadas con unos zapatos cuadrados, el míster alcanza el parque, busca un rincón bonito que tiene al fondo la trasera de la ermita. Y tira una placa. Luego retorna con una seriedad de cabecera de entierro. Sube, deja un momento al caballo con las patas en el aire, y dice:

—Castamivo arragos eskua platkos rrua.

—Ji, jiñó. A la catedrá.

Chasquea la lengua Monagas, le mete dos rebencazos al aire y el penco coge un trote, Triana alante.

Pa no cansarlo: la catedral, la plaza de Cairasco, los jarandinos, sétera. Y otra vez al muelle. Siempre en su lengua de mil demonios, el turista, sacando unas libras esterlinas de la cartera, dice:

—Helerimoti marroyor petit paled bero lipor fueyet arrrret but.

—Deme sinco libras y no tiene náa que desíii —contesta Monagas, entendiendo que es un gusto.

Pero como el hombre se queda mirándolo perplejo con los billetes en la mano, Pepe se alonga desde el pescante, coge el fleje de billetes y aparta cinco, devolviendo muy honrado el resto. Al hombre de pa fuera se le ponen los ojos como chopas de vivero. Le parece carísimo, a juzgar por la cara airada que saca.

—¡Nou pabriyonot, le santuyandé, nisla praventa...! —y saca rápido un pequeño diccionario de bolsillo, cuyas páginas atropella buscando una palabra.

Monagas aprovecha, con una cara de zorrocloco que la coge un prestamista y al año compra una casa de tres pisos, saca la retranca, le mete en los traseros al penco un justo rebencazo y sale a espetaperros. Cae atrás el míster, en una mano el diccionario, fechando con la otra contra el pecho la cámara y los anteojos y en la boca un grito con una sola palabra:

—¡Tagifá, tagifá, tagifá!

A la carrera y a los gritos se para la gente y sacude la modorra un guardia que pasa al golpito por frente a la marquesina. El municipal se hace cargo y manda parar la tartana. En seguida, con la lengua fuera, llega el turista, en la boca la misma palabra:

—¡Tagifá, tagifá!

—¿Qué pasa? —pregunta calmoso el guardia.

—¡Oh! Antojos del hombre este...

—Nou pabriyonet, le santuyande, misla praventa... —repite congestionado el extranjero—. ¡Tagifá, tagifá!

—¿De ónde es este cristiano, Pepe? ¿Tú lo entiendes? —dice el guardia.

—Naturá que sí. Este hombre es de aquí delante, de una nasión que llaman Jibarbi, al sur de los Chirlos Mirlos.

—¡Tagifá! —se dirige, echándose arriba, el míster a la autoridad.

—¿Qué dise?

—Oh, que lo lleve a Tafira. ¡A estas horas, con la calor que hase y el caballo entregaíto! Ni hablar del

asunto. ¡Váyase pal barco, no sea bobo! ¡Guardo elante! —y afloja la tartana.

Lejos, sostenido por el municipal, el turista sigue gritando insistente y monótono:

—¡Tagifá, tagifá, tagifáaa...!

Monagas vuelve la cabeza, ya trasponiendo el muelle, con una expresión molesta en la cara:

—¡Vaya un guineo, mano!

39. De cuando Pepe Monagas, siendo tartanero, tuvo que llevar a un hombre como un castillo

Lo de toda la vida. El hombre del campo —Pepito María Pérez— que va a Cuba, guataquea caña como quien lava, reúne purriada de onzas y centenes, se merca su leontina y se pone dos dientes de oro como dos adoquines. Al rato —que la vida es un cigarro—, que compra unos mazos de puros, un reloj regularcillo de Cuervo Hermanos y tres o cuatro cintos de pellejo de majá, con hebillas relumbronas. En seguida que requinta un par de baúles enchapados, con zapatos claritos, guayaberas y otros requilorios de la vestimenta. Y de la noche a la mañana, usté, que sin avisar ni mucho menos, trinca un Valbanera cualquiera y coge el tole, cruzando el charco proa al corralillo de su tierra. Lo de toda la vida.

Ya acá se escarranchó Pepito María en la ciudad, ojió unas casillas terreras, las calculó, zorrocloco y lento, y las compró, por último. Lo demás fue el riégate agüita del hombre de la Alameda, que es rentista, somnoliento y de lento y escaso conversar, que discurre por la ciudad y su vida como una nube sin resoles ni truenos y que usa zapatos negros de elástico y calzoncillos largos de tirilla y demás.

Pues a más de las casejillas terreras, este indiano del asunto compró una tartana, que alguno la tenía en deje de cuenta y se la metió por los ojos. Pero no

para manejarla él —¿tá loco?—, sino para poner un tartanero, a tanto por día y eso: él quería descansar en la Alameda; y de otra parte, la señora, que había sido una escachada toda la vida y que después de traspuesta le dio la inmanía de sacarle señorío al pellizcón de La Habana y a su redondo amorcillamiento, se le engrifó como un macho salema cuando supo del proyecto. La madre tenía el apoyo casi total de las dos niñas, Casimirita y Rosita María, ambas con más dengues que un álamo mecido por la brisa.

—Si tú llegaras a cogé el rebenque en la mano —vociferaba la esposa, en un tremor amenazante—, te caías con too el equipo, porque aquí no volvías a poner la planta.

—¿Cuála planta? —preguntaba, simplón, el indiano, desapasionado y aturdido.

—¿Cuála planta? ¡Yo te digo a ti! ¡Tú cogiendo el rebenque y losotras la puerta! ¡Era lo que los faltaba, pa que los pusieran otro dichete!

—¿Pero aónde está la afrenta? —preguntó al fin él, cuando lo dejaron resollar—. Porque ninguna de vustedes sabe lo que yo traigo aproyetao. Yo la aquiero pa aluego ponesssle un hombre. Un tartaneeero, señooo. Bueno, es, es que la innoransia, caballeros, es muy atrevía. Siempre se ha dicho.

***

Monagas fue el tartanero de la tartana del indiano. Yo no sé por dónde se enteró del proyecto, ni eso. Pero cayeron ca el amo primero la mujer y él atrás. Y una con llantinas y el otro con arrumacos y un déjame entrar que tenía, consiguieron entrambos para Pepe

el rebenque y el desvencijado trono, del que jalaba un caballo que en cuestiones de tartaneo sabía latín. Le pasaron cosas a montones en ella. Pero ahora le voy a contar una, usté, de las que mandan las peras a la plaza y eso.

Estaba una noche, más virada ya la hora pa el alba que pa la prima, en una esquina de Fuera de la Portada, aguaitando carreras del reboso y los viajantes. Dormían al pairo, tranquilamente, Pepe y el penco del enganche, cuando a aquel lo tocó en un hombro, con una mano insegura, pero pesada como Cho Plomo, un hombre gordo, pero lo que se llama gordo, ¿entiende?: morcilludo, encochinado, rebosando por el cogote más manteca que el mundo. Y grande, usté, como un tarajallo. Con el meneo de una gabarra estibada y diblusado en peso sobre el alto y frágil guardafango de madera, el carricoche se atorraba de una banda con un quejido de mimbres, tan resignado y tan metido en remaches y visagreos, que daba ganas de sacar una perra, echársela en el pescante y darle un par de palmadas animosas, diciéndole: «Cómo ha de ser, hermana». A la punta alante, el caballo, sospechando arrente de las orejeras lo que se le venía encima, orejiaba resignado, con sus golpes de rabo, espantado de mala manera el embeleso madruguero que despuntaba en el aguante.

—¿Qué se le ofrece? —preguntole Monagas al gigante por pura fórmula.

—¿Cuántooo...? Estooo... —su voz arrastraba jalones de un sueño aferrado y un batumerio a beberío que tiraba pa atrás en peso. Encima, un hipo, en

un juego de boliche de gaseosa, se le atrabancaba majadero.

—Estooo... ¿cuánto me vas a llevá poor... pooorrr... —¡jeeep, jeeep!— pooor llevarme jasta la fonda de Antero?

—¿Hasta la fonda de Antero? ¿Pa dejá?

—Ta claro.

—Pooos... Cuatro pesetas, y no tiene na que desí.

—¿Que no tengo na que desí? ¿En qué vapó? ¿Pero tú te has jas creído que salté de un Yova, o qué? ¡Cuatro pesetas! ¡Jeeep! ¡Jeeep!

—Oiga, no es por náa, ¿usté me entiende? —le insinuaba, con gesto tímido, Monagas la cargazón que su cuerpo trasatlántico prometía—. No es por náa, perooo... Hágase cargo. Es en razón de la carga. ¿Usté me entiende?

—Yo no entiendo nada —gruñía obcecadamente la montaña de Arucas hecha hombre—. ¿Me abajas la tarifa o no me abajas la tarifa?

—No, no. ¡Qué va! —se emperraba Pepe, mirándolo de arriba abajo, mientras hacía infructuosamente un contrapeso de banda, como en los botes—. Ni por nada del mundo.

—Pos sos un ladrón, porque...

—Oiga, repare que yo no le ha faltao a usté. ¡Digo yooo!

—Sí, sos un laaa... un laaadrón. ¿Y sabes por qué? Porque a mí me han llevao hasta por una peseta.

—¿Sí? ¿Pues quiere que le diga una cosa? Con una peseta no compro yo mañana ni la verguilla que me hase falta pa aquellar la tartana. Con eso está dicho too.

—Vaya, te doy dos pesetas. ¿Cuadra?

—No, señó.

El gordo se iba. Pepe sabía que era tan gorrón como rico. Y como ya era hora de retirada y el viaje lo dejaba casi al pie de la cochera, decidió aprovechar. Llamó a la montaña:

—Mire, venga acáaaa.

Y luego, sigilosamente, cautelosamente, metiendo la boca arrente de la oreja del viajero y con el gesto virado en acecho del resignado potranco, dijo silbando:

—Súbase, ¿oyó? Pero hágame el favó, que no lo vea el caballo.

40. De cuando Pepe Monagas le destupió el *vate colose* a un inglés en lunes de Carnaval, señaladamente

Tiempos casi del siniquitate, con carnavales y demás hierbas aromáticas y olorosas y eso... Los había, como saben bien cuantos los gozaron, para todos los gustos y para todos los gastos y en todos los planos geográficos y sociales de la ínsula. Los había ingenuos y tardíos en San Cristóbal, con sus bulliciosas comparsas musicales de panderos desfondados, sables, sambombas, rasquetas, rallos y sétera: vertiginosos, encandilados, demoníacos y frescos áy, pal centro, con las verdades del barquero —y las que no eran del barquero y solo para jeringar— en los picos y bailes como cargas de leña, particularmente de los de engrudo de la tierra... Los había en ese inconmensurable Risco de San Nicolás y en ese Fuera de la Portada que partían el espinazo, desgarrados y broncos, con su mejor humor, su ron de siete peleas, sus piñas y sus guitarras de corbatas y sus sétera... Y en ese puerto, caballeros, morenos y escachados, como una turronerilla de rumbo por zonas un poco lerdos, según agarraran las calmas chichas de los sectores poblados por conejeros y majoreros, que ya se sabe que son los más abeletenados de todos nosotros, los hijos de este país tardío.

Eran el disloque, sin exagerar tanto así.

Por en medio de la batahola callejera, que llevaba y traía mareas de gente ensabanada o vestida con camisones de dormir del tiempo del pendón y rengues de esos baúles llenos de maripositas que hay en los cuartillos de las azoteas de cada casa, solía aparecer de pronto un grupo de templarios de buen humor, que se ataviaba con los trapos más absurdos de este mundo y los elementos más imprevistos: collares de ajos y cebollas, ratones atados y decorando un sombrero antiguo de señoras, jaulas con un baifo dentro...

Ninguna jarca más famosa que la de mi compadre Pepito Monagas con Vitorio el del Pinillo, Venturilla el Taita, Juan Canario, que se fue para Tenerife, pero que no fallaba en esas fiestas de mil demonios, Manuel el de la Placetilla, mi compadre Juan Jinorio, que también diba en la rueda de presentes, y otros. Eran sonados sus disfraces, sonadas sus desvergüenzas, sonados sus golpes de una y otra clase, lo mismo los verbales que los de toletazo, que para eso iba Juan Canario, un hombre que no cabía por esa puerta, y que tenía una piña como la patada de una mula del cuartel.

Pegaban a pizquiar a la prima noche del sábado y ya no soltaban la chispa hasta el Miércoles de Ceniza, después de las doce dadas por la catedral. Caían luego en la cama y a fuerza de tacitas de agua con cremor y giniebra en ayunas iban empelechándose, después de haberse quedado con la quilla pal marisco. Pero le sacaban a los carnavales el kilo, hasta el extremo de que, si todo el resto del año se la hubieran tenido que pasar en el chaslén del Arbo Bonito —un poner

como sitio aburrido hasta requintar—, nada les hubiera importado después de aquel reboso.

Pues cierto lunes de Carnaval, estando Monagas metido en farra hasta las mismas corvas, pasó algo en cierta casa inglesa de la localidad que le interrumpió a mi compadre el tenderete y que dio ocasión a uno de sus mejores golpes. Resulta de ser que se le tupió el excusado, retrete o *vate colose*, como decía Pepe cuando se ponía fino, a un inglés radicado en la ínsula y bien agarrado a ella por su boda, sus negocios y el gusto que le cogió al temple propio de nuestro clima. Las criadas metieron unos palos, alguna verguilla torcida y tal, jugaron y nada. Trancado, como si de tunos se tratara. Pegó a correr el mal olor y a invadir la casa, que hasta una criada bobona de la cumbre que tenía lo notó. Y ello ya era el colmo de la «apeste», como la sirvienta decía con la nariz como una papa de riñón.

—Sale ouste a la calle e busca oun hombri qui sepa elll destoupigrrr la retretou —ordenó el míster a una sirvienta que era del Risco ella.

Se tropezó a los diez pasos con mi compadre, que pasaba con un requinto atravesado, los ojos en blanco y un gusto de juerga en la boca como un lamedor. Ella sabía que Pepito era bien amañado y le habló.

—¿Qué dises tú? ¿Hoy, lunes de Casnavaa, y como yo estoy, a limpiá retretes...? ¡Tú te jas vuerto loca!

—Ande, cristiano, no sea majadero, y se gana unas perritas; mire que es ca ingleses...

Esa palabra última encendió un pizco a mi compadre. De antes, por lo menos, un inglés era siempre una víctima de las pretensiones exorbitantes del isle-

ño. Por nada y cosa ninguna el insular se dejaba pedir una libra o dos. Hasta tal extremo llegó esa maña que cuando a alguno de aquí del país le querían cobrar de más en alguna cuenta, o le pedían caro por una mercancía, soltaba como un rehilete:

—¿Usted se ha decreío que yo soy inglés o qué...? ¡Fartaba maaas!

Monagas se animó, fue, jurgó, metió manos, largó agua, volvió a jurgar... y al fin jaló por la cadena y el agua corrió que daba gusto. Se lavó y tal.

—¿Couanto esss...? —preguntó el inglés.

—Pues... —Monagas se rascó el cogote—. Deme estooo... Deme siete duros y no tiene naa que desiii...

—¿Whot...? —resolló el míster pegado a la pared. Y es que eran siete duros de entonces— ¿Y disa ouste que yo no tien nagda que desiiir...? Yo sí tiene que desirrrr. Eso es moucho carrrísimo, absoloutamenti.

Monagas se picó:

—¿Cuálo dise usté...?

Luego cogió calma y dijo, para justificar debidamente el precio:

—Es que usté no se hase cargo, míste, que hoy es lune de Casnavaa, y que esa, dispensando el modo de señalar, era caca inglesa...

41. De cuando Pepe Monagas se hacía ilusiones con el comerío

—¿Pero usté se ha dao de cuenta, Dolorsita?

—¿Que si me ha dao de cuenta? ¡Pues ya! Ni que yo no tuviera siete bocas como las del tune de Terde pegadas como lapas todo el santo día. ¿Siete? Y la de mi marío, señora, que son ocho. Y nueve con la criá, que es lo que dise Pancho cuando la ve comé: «Ma limpriaíto gofio pa un perro casadó...».

—Esú, Dolorsita, ¿pa qué habrá usté hablao de las criáas...? Al mou, usté quiere que me dé algo...

—¡Esús, señora! ¿Por qué?

—Porque yo no lo pueo remediá, usté. Desde que se habla de las criaas, se me llena de manchas el pescueso, y empieza conmigo una agonía, una agonía que, si no fuera la tila y que la ajuleo dándole vueltas a algún teleque de la casa, yo creo que perdía la leche, o me ponía a padesen del corazón. Que no es lo mismo. ¡Esús, señora, quite pa allá!

—Pues señora, aunque una no quiera, tiene que hablar del servicio. Que si perdularias, porque está una temblando por los relajos; que si jiñeras, como yo las llamo, porque perra que se escuida, perra que cae; que si pa la cosina, porque potaje que guisan, potaje que se les pega; que si pa dentro... ¡Mire, señora, quite pa allá!

—Pues, Dolorsita, entre la plasa y las criaas, le digo a usté que no coge una las vigas del techo porque una tiene fe en la Vigen del Piiino.

—¿La Vigen del Piiino? Y la de la Portería. ¿Ónde me deja usté la de la Portería? ¡Ay, Casnasionita, que si no fuera Nuestra Señora de la Soledad de la Portería, una estuviera ya en la última encavadura! O en las plataneras, si a mal no viene.

—¡Cómo ha de sé, usté!

—Bueno, hasta más ve, que es tardísimo. Tantas cosas pa su maaadre, y pa su maríííío y pa tooodos. ¡Y déjense ve, que están espantadas!

—Ay, eso le digo. ¿Pero señora, quién sale...? A ve si una noche de estas...

—Bueno, adiós.

El diálogo lo han mantenido dos señoras, una de Vegueta y otra de Triana, arrente del Café Polo, aquí, en el puente. Dentro, sentado en la ventana, más solo que un mojón, Pepe Monagas ha gozado silencioso la rápida y quejumbrosa parrafiada. Cuando las señoras se van, él piensa filosóficamente que también tiene galbiusa, pero que sobre la dieta no padece, gracias a Dios, las complicaciones de una insalla de bocas, una criada malcriada o malamañada para los cuartos, o un marido que, después de jincarse ca García el copejo del aperitivo para hacer boca, llega con un hambre de papas singando, potajes encolmados y raleras de gofio y vino. Y que a lo mejor se le engrifa como un macho salema si, excitado por el roniento macanazo, halla que ni las papitas ni el potaje arrejunden como es debido; o, simplemente, queda algo desabrío como un rabo gato. Cuando está en estas

dormilonas cavilaciones, cruza Maestro Juan Jilorio, que viene de suelta.

—¿Qué hubo?

—Pues ya ves... Pasa y te tomas un pisco café.

—¿Café ahora? Sos un visioso, Pepillo. Mira que café ahora... ¡Mería!

—¡Oh!, ¿pos qué vas a tomá? ¿Anís del Mono y biscochos de Mariquita? ¡Mía pa allá!

Jilorio entra. Y se manda su taza de café.

—Pepillo, te alcuentro esmayao, descolorío como un papel de istansias. Si te dejas dir, cuando quieras echar mano, no te alcansas. Y si se ofrece buscarte, hay que tirá pa las plataneras a preguntarle a Monsón.

—Esús, hombre. Puede pasar que estoy estomagado. Si acaaaaso. ¿Pero comé? Si tú vieras que estoy ahora con unos sueños que yo llamo «a la carta de Juan el Pelao».

—¿Unos sueños que tú llamas...? ¡Ui, ui, ui, ui, que vas a trincá de la debilidá una inmanía como la del que toca el clarinete en la servesería La Salú!

—¿Debilidá? Escucha pa que veas.

Y Monagas le cuenta a su compadre Jilorio. Se está ahora acostando temprano. A la media hora, pisco más, pisco menos, es un tronco. Y enseguida se tira a soñar. Unos sueños más tonificantes que las carajacas y el vino del Monte. Sueña que un día se tropieza con el señor don Pedro, que está privadito por alguna cosa. Y que el señor don Pedro lo invita a comer en Taidía. Del atracón se queda aboyaíto, aboyaíto como un baifo. Otro día, don Anselmo Medina lo convida a una cogida de papas. Y sale de la sancochada como un balayo. Alguna noche lo procura don Pancho el

de Arucas, que suele bajar a unos «asuntillos» y que se deja decir: «Pepillo, vente conmigo al Atlantes, que te quiero convidá con casnita buena, pescaíto rebosao, rábanos menúos y blancos, de los que de pa fuera vienen en latas cumplías, y unos churros soplaos, que creo que los llaman buñuelos, y que los hacen, ¿oítes?, como en París de la Francia. Déjate venií pal pién, no seas booobo...».

—Así —termina Monagas— toítas las noches me doy unos banquetes que ríete tú de los peses pintorriaaaos.

—¿Pero tú sos bobo o qué? —pregunta Mastro Juan Jilorio, después de oírlo orejiando, y medio caliente por el disparate y la seriedad con que su compadre se lo está contando.

—¿Bobo? ¡Te parece a ti! Fíjate si es verdá, que casi toas las noches me tengo que levantá a tomá bicarbonato.

42. De cuando Pepe Monagas le pidió un alfiler a una novia que se echó en la Marina

La muchacha era conejera y entró a servir pa dentro en una casa de la calle Triana que daba pa la Marina. Nuevita, aceitunada de color, tiposita y con el habla viva de las gentes de su isla, Adela, que así la cristianaron, se metía por los ojos. Vivía en Guanarteme y, como no se quedaba de noche, todos los días del mundo, al sol puesto, cogía el petate primero y el remolque de la Pepa después y tiraba pa la Barriada.

Porque era en los tiempos de la Pepa, de la primera Pepa. Soltero él, la conoció Pepito Monagas, que fue un rayo para el mujerío. Más bien feo que bonito, con las narices sobre el chorizo del país y la boca sobre la alcantarilla, Pepe tenía, no obstante, un reburujón, un muñequeo, un déjame entrar, parecidos a la guindilla, que sonsa, sonsa, se va dejando dir pal pie y acaba desmayando y encendiendo a la vez. Risueños y brillantes los ojos, listo el pico, tanto para arrullar como un palomo buchudo, como para soltar un dicho atómico; atrevidillo, de otra parte, y con tino para saber cuándo cuadra engodo y cuándo cabe lance; mujer a la que echaba la tarraya era mujer lista.

Ya era novio de mi comadre Soledad cuando apareció Adela, la conejerita primorosa. Pepe la empezó a aguaitar en la plaza. La seguía cuando volvía con

la compra y la esperaba por la tardecita, a la suelta, siguiéndole luego los pasos hasta el puerto, llevándola delante, larguita para no espantarla, pero con la liña justa para que lo notara y tal. Algún día contaré un importante percance de estas rondas primeras. Cierta mañana entró Adela a la plaza, fresquita como un ramillete tarozado. Se acercó a un puesto:

—¿A cómo tiene los tomates, ustée?

Monagas se puso de pronto a la banda:

—Oiga, Mariquita, lo que esta mujer compre aquí está pago, ¿oyó?

—¿Y eso? —se volvió, salada como una almendra, Adelilla.

—Porque usté es forastera. Y aquí, a los forasteros, les echamos flores el día que allegan, y hasta quinse días después, too gratis, ¿oyó?

—¡Ji, jiñóooo!

Y trabaron.

Buenos pellizcones le costó a mi compadre el enralo, porque Soledad, que tenía de pollita lunares vistosísimos y un relumbre de plumas de cuervo en los ojos —los más guapos del Risco—, se cogió tan a pecho los livianeos del novio que lo traía asado:

—Tú lo que estás queriendo es que yo abaje un día pa abajo pa la Plasa, ¿oítes? —y ponía la mayor provocación en el «oítes»—, y me trabe como una gallina inglesa de las pelionas, y le saque los ojos a la Adela esa, y me haga unos sarsiyos con eyos. ¡Al mou!

Monagas fue timoneando el asunto. Y era novio de las dos, con tiempo sobrancero pa los cáidos. Hablaba con una, mano a mano, en una persiana del

Risco, y con la otra por la Marina; ella en una ventana de un tercer piso y él afianzado contra la pared de un almacén, ya acostumbrado el cogote. La crio al dedo como el otro que dice. Y no había antojo de Pepe que ella no satisfaciera, maquilándole al ama. Claro que por amor, que si no, no. Una mañana amaneció caprichoso:

—Oye, Adelilla, hoy me pide el cuerpo su pisquito jamón, túuu...

Entre noche y día, y allá para el final del moseo, se desprendió de la ventana un envoltorio hecho con el *Diario de Las Palmas*. El rumor de la marea ahogaba el salpaso. Pepe recogió, desenvolvió... Tenía delante una pierna de jamón, ya empezada, pero casi entera, y tan hermosa que era de seguro de una *Miss* Cochina.

—¡Si es empajada! —pensaba echándole un vistazo.

Descubrió un papelito pegado a una banda del tocino. Aproximose a la luz y leyó:

> Pepe, la precente espa desirte que nome pidas man náa di antojos pora ora polque la señora quetu save loagarrá y acechona ques benía desbelada con la farta de los chorisos destremeño, que casi toos te los comites tu y las latas del laterío de pa fuera que llo te diba tirando y los paquetes de gayetas de maría que te di cuando te pusites estomagado.
>
> Y esta espa decirte por la presente queal poco rato de agarrar el jamó sedió de cuenta y me soltó una estupidura que entodabía me dura

el sonío; llo lo tenía escondío al canto atrás diunas sillas viejas yno dio con él; me pareze queme va a hechal la caye como agua zusia; lo siento únicamente porque no te pueo seguir suministrando. Te digo que está una jarta de injustisias. Tequiere, Pepillo de mialma y de mi corasón, esta que lo es Adela.

Monagas se quedó tieso. ¡Adiós te digo y no llores; empajadas con todo pago! Desde luego no estaba mal el último suministro, pero incompleto, sobre todo por ser el último. Se le despertaron unas feroces ganas de jilvanarse unas lascas, allí cerca, al pie de la orilla, con el fresquito salado del mar. ¡Pero jamón solo...!

—Está bien —gritó a lo alto—. Pero mira, estooo...

—¿Cuálo?

—Que digo que esto...

No se atrevía después de la carta. «Pero un alfiler sí le puedo pedir», pensó.

—¡Mira, Adelaaa! ¿Oístes? Que estooo, queee... que me tires un alfilée, ¿oítes?

—¿Cuálo?

—¡Sí, mujéee! ¡Un alfiléee!

—¿Un arfilée? ¿Pa qué quieres ahora un arfiléee?

—Porque no tengo palillo de dientes, mujer, y tú sabes cómo traba la entaúra esta casne nerviosa del jamón...

—¡Ah! ¿Pero cómo te voy a tiráa un arfilée con el oscuro que hase, muchaaaacho?

—¡Mira! Me lo espichas en un pan, ¿oítes?

43. De cuando Pepe Monagas puso a la venta unos polvitos para engordar ¡en tres minutos!, que se dice muy pronto

Mi compadre ha sido siempre un pillo, o un mataperro, pero no un aprovechón. Yo llamo aprovechón a aquel que, usando de mañas y jocico ratoneros y cargando traserito, va llenando, pasito a paso, talegas, y comprando casas, más que sean terreras, y abriendo su cuentita en un banco, y prestando al réito con el 10 en el papel y el 20 en el bolsillo, como el que no quiere la cosa. Esto sí es aprovecharse. Pero buscarle a la vida sus tranquillos fáciles por una propensión alegre y bohemia, de la que uno no acaba de tener culpa, debiendo pegársele más bien al sino del endeviduo, esto es, si acaso, ser tiestillo, pero nada más. Mi compadre Monagas ha vivido siempre al día, más con el cielo y la tierra que con dineros cuantiosos, que él ni sabría ganar, ni sabría tener. Que se cree la gente que es fácil disponer de cuartos en mano, olvidando que tienen un mucho de burro resabioso, al que el maúro, con sus tranquillos y vicios cogidos, maneja medio que bien, pero que agarra, un poner, a un jinete improvisado y le mete un talegazo de los de Amador, que en paz descanse.

Por esto no creo que resulte escandalosa, ni siquiera a los aspaventosos de nacimiento y crianza, una de

sus pillerías más sonadas, que aprendió del libro que le dejara al morir Fesnando Canabuey, libro del que ya hemos hablado al sacar en papeles los inventos de «El chorizo restrallón» y los «Polvos matapulgones», que con tan particular «éxito» fueron aplicados en mercancías de Rafaelito el Tiendero. Fojiando con cierto detenimiento la obra, Pepito Monagas halló una fórmula curiosísima para engordar cristianos. «Aquí no se engaña a nadie, entendiendo por nadie el que vaya a aplicar el asunto, que a los demás sí», apuntaba honradamente, al principiar, la dicha receta. Que venía a decir, al respective, lo siguiente:

> El artista deberá disponer, fundamentalmente, de una báscula, procurando hacer de su presentación —buena pintura, alguna bandera u otro atractivo en lo alto— un motivo de atracción del público de feria. Si cuenta con ella, se proveerá luego de azúcar, una botella de cazalla sin etiqueta alguna y anilina de varios colores, pero al menos de dos —rojo y azul, por ejemplo—, empleando un color para los hombres y otro para las mujeres. Se establecerá en su puesto con un cajón repleto de calderilla. Ninguna otra moneda le servirá. Luego no deberá admitir el pago de sus honorarios sino en pesetas, dando la vuelta en calderilla. Cualquiera que pague en perras sueltas deberá ser rechazado de plano. Ello no resultará sospechoso, porque se alegará, con el cajón lleno de la calderilla propia ante la vista del público, que no se quiere cargar con más peso.

Una vez reunida con campanillas, aspavientos, llamadas espectaculares, etc., la parroquia, se pregonan las excelencias de aquellos polvos misteriosos para engordar, los cuales hacen aumentar de peso INMEDIATAMENTE (debe marcarse mucho este «inmediatamente» en la perorata). Si se trabaja ante gente desconfiada, como maúros, soldados veteranos, profesores mercantiles, prestamistas y, en general, todos los que tienen los ojos gachos y más bien chicos, se deberá buscar un par de «ganchos» que prueben para animar a los tibios, indecisos y demás elementos contraproducentes. Luego se van ofreciendo los «Polvos de Engordar» en unos cartuchitos, que, naturalmente, contienen solo un poco de azúcar y un poco de anilina. Siempre dándole al discurso, se vierte el contenido de un cartuchito en un poco de agua, a la que se ponen 6 u 8 gotas de cazalla, se disuelve y se prepara para dar a tomar. Instantes antes de que el cliente beba, se lo pesa a la vista del público, y se toma nota exacta de su peso. Luego que beba, se exigirá el pago en pesetas. Puesta a 0,20 céntimos la dosis, por ejemplo, se devolverán ocho perras. Momentos después y mientras se preparan, siempre hablando, otros beberajes, se vuelve a pesar al cliente, el cual arrojará naturalmente ochenta gramos justos de más, que es el peso de la calderilla devuelta. (Hay que tener en cuenta que la fórmula estaba hecha contando con las perras antiguas, las de cobre, cada una de las

cuales pesaba justo diez gramos). Si se tiene habilidad y se sabe levantar el campo a tiempo, pueden sacarse a cada feria unas cuantas pesetas.

Así terminaba tan frescamente la fórmula de los fantásticos «Polvos de Engordar».

En una trastienda de la ciudad había una báscula esconchabada. Ni que decir que Monagas se la procuró, la arregló, la pintorrió con lindos colorines y armó tenderete solo con ella en una fiesta de San Juan de Arucas. Sirviéronle de gancho Venturilla el Taita y dos turronerillos conocidos, uno de los cuales se resistió, medio amarillo, diciendo a Monagas: «Usté no los envenene, Pepito...».

Pegó el campanilleo y atrás el discurso, y atrás las pruebas con los compinches y luego, como rosquilla, la venta general. Llegaba uno, flaco como un tollo, y daba las dos perras del papelillo. Monagas saltaba:

—¡Perras no me dennnnn! ¿No vein cómo tengo el cajón, de yeno de eyas? No quiero sino pesetas. Yo devuelvo y listón. ¡Vengan, muchachos, vengan! ¡A engordar sin comer! ¡Perras no me den! Quiero dirme livianitoooo.

Cada sujeto enganchado pesaba 80 gramos de más en tres minutos. ¡Era maravilloso! La gente estaba lela.

Se abrió paso, como Dios quiso, hasta la punta alante, un hombre de aquí de la raya del Bañadero, menudo como una verguilla, chupado de cachetes, amarillo como una cirgüela y con un toseo sospechoso, que al mou estaba tis. Monagas lo aprovechó

como un ejemplo, pegándose un discurso, medio en peninsular, para reforzar el palabrerío, sobre «gorduras de sopladera», «casnes enteadas», «grasas bobas» y «el gofio como la vitasmina del abeseario». Abrió primero un círculo delante de sí y puso en medio el flaco del experimento. Como muestra del modo peninsular que entreveraba, véase lo que les decía a los que se agolpaban en el fondo pretendiendo mejores puestos:

—¡Vosotrosss no arrempujéis!

Seguidamente, hizo subir en la báscula al menúo del Bañadero.

—¡Oído, cabayeros...! Aquí tienen ustedee un cristiano que pesa naa más que 52 kilos y 300 gramos... De esto a las plataneras, no cabe una paja. Haga er favoo: abájese... ¡Atensión, cabayeros que me escuchasssteeeiiisss! Bébase esto ustee... Haga el favooo... ¡Sin repunansia, vengaaa!

El pobre de las carnes de verguilla tragose el beberaje y sacó dos perras:

—Ha dicho, señooo —replicó Monagas, caliente—, que no me paguen en carderiya, que ya yo voy retundío con la que tengo áy, que áy está a la vista, para que vean que no es mentira... Saque una peseta que yo le devuervo...

El tis pagó a gusto de Pepito, recibiendo las consabidas ocho perras de vuelta:

—Súbase ahora... ¡Atensión, pueblo! El hombre de los 52 kilos, 300 gramos pesa ahora 52 kilos yyyy... yyy...

Monagas se quedó de pronto perplejo, mirando alternativamente al hombre y a la báscula. Aquel

individuo debía pesar 52 kilos y 380 gramos. Y pesaba 52 con 390 gramos. Diez gramos más. ¿Y eso? Como no estaba dispuesto a gastar saliva y polvos en balde, se viró para el cristiano y le dijo, sequito como un palo:

—Alije la perra que le di de más...

44. De cuando Pepe Monagas fue, en la guardia municipal, jefe de los bomberos

Un isleño puede tener cara de sonso, de taíta, de batata —como mejor cuadre llamarlo— y contar, sin embargo, con el muñequeo suficiente para crear e ir hinchando una talega bancaria llena de duros hasta el canto arriba, y para comprarse tres casas en Las Palmas, un chalet en el Monte; una finquita enredadita en papeles de la curia, que vale veinte mil, un suponer, y se coge por un tostón, como el otro que dice, y un automóvil de los que suben por Pico Viento a 80 y como una seda. Es más: si el isleño tiene cara de sonso, de taíta o de batata, está en mejores condiciones del que aparenta espabilado para ese trabajo de pulpeo que pide la creación de una riqueza. Y tenemos el zorrocloco comercial, tan característico y abundante en la ínsula.

La cosa está, primero, en «colocarse», en coger puesto... Al principiar, da un resultado pinchudo cultivar una cara de bobático y sonreír a cualquier cosa pa ir cogiendo confianza. El isleño no es hombre que proteste de una condición o un trato de burro. Pero no le hace gracia que se le escarranchen arriba los «listos», los que «se la echan de listos». En el país, las tiendas más jediondas son las que han hecho de siempre el mejor negocio. Un bar, por ejemplo, si quiere sostenerse y mejorar, ha de tener convenien-

temente distribuidas dos docenas de cucarachas, tres de huesos de aceitunas, media de cáscaras de plátanos, cáscaras de manises y gambas y un olor. El olor de un retrete con un bombillo de cinco bujías, bien vestido de telas de araña, sin cadena para el agua, y que casi siempre exige ser alcanzado nadando. El amo debe estar atrás del mostrador, remangado y sosteniendo todo el santo día la cara de buenazo y de infeliz que exige este cliente indígena, celoso hasta la ferocidad del bienestar ajeno.

¡Guay de aquel canario que ponga un timbeque, mejore y coloque empleados, mientras él va a ver a los que venden el coñac con un traje de lana y una cachorra sin grasa en la cinta! Ese va listo antes del semestre. El isleño pega enseguida a saludarlo frión, con el morro gacho, y a quedársele mirando con el pescuezo cambado. Después comenta con el de al lado:

—¿Pero usté ha visto al jediondo este, que en poco más de náa y a costillas, está ya que no le cabe una paja? Pues si quiere ganar dinero, que se conquiste a los peninsulares. ¡Lo que es conmigo no cuenta!

Pues uno de estos zorroclocos, que subió en poco como la espuma, agarró la maña de hacer negocio con el seguro y con lo que no era el seguro. Todos los años, arreo, arreo, le metía fuego a un almacén del que durante cierto número de meses se iban sacando disimuladamente mercancías. Llevando una contabilidad más mal amañada que una guagua chica de las que trajeron de Tenerife, sacando, sacando y sétera, el isleño este que digo, que era encargado

general y que había de dar cuenta a fin de año de la marcha del negocio, «engordó» que era un primor.

Eran tan sistemáticas las candelas que ya toda la ciudad y hasta la isla entera se ponían a esperarlas, como se espera la fiesta del Pino o los fueguillos de San Pedro Mártir.

—Oiga, entodavía no se le ha pegao fuego al almacén —se podía oír a un isleño de la plazuela en un bache de las tertulias amodorradas de la prima.

—Pues ya no debe andar muy lejos la cosa. Usté verá cómo antes de quinse días tenemos fuego pegao...

No había dicho hasta la fecha que mi compadre Pepe Monagas estuvo un tiempo en la guardia municipal, de la que salió por un pique con el dispector y un lío con un sargento. No había por aquel entonces en la ínsula servicio de incendios. Y eran los guardias municipales los que habían de partirse el espinazo con baldes y cacharros de belmontina para apagar cualquier «siniestro», como decía el *Diario de Las Palmas*. Naturalmente, siempre llegaban tarde. Cuando caían sobre las llamas las primeras aguas «oficiales», el fuego se había comido lo que había y lo que no había. Además, era una juerga ir a ver apagar un fuego. Venía gente a las candelas hasta de La Apolinaria.

Uno de los años en que «casualmente» se pegaron las llamas al almacén de ese isleño zorrocloco que decimos, era Pepe Monagas jefe de la brigada de guardias organizada como Servicio de Bomberos. De repente llegó un aviso: «¡Ya se pegó la candela de este año al almacén tal...!». Cuando acabaron de

reunirse, tiraron para «el lugar de la ocurrencia» los guardias con mi compadre alante.

El isleño fueguista hacía durante el incendio las más aparatosas escenas de protesta, preocupación y dolor. Iba, venía, gritaba, se partía el alma como un hombre. Tal era el programa del teatro del zorrocloco —váyanse dando cuenta del talento y del temperamento que se necesita para ganar dinero dinero acá— que, cuando al fin recaló Pepe con su jarca, el insular «afectado» se encaró con él y lo increpó. Aquello era Borrás, caballeros. Monagas escuchó la rociada mirándolo de abajo pa arriba, con una tal cara de guasa que a un cómico menos fino lo deja más ralo que una madeja de lana.

—¡Ahora vienen! ¡A buena hora y con sóo! Cuando tóo está ya listo... ¿Y esto es una suidá moesna, con un selvisio desente de bomberos y eso? ¡Mire, hombre, haga el favooo! Esto es... es una... ¡Déjame cayarme...! ¡Mía qué horas de venii...!

Monagas aprovechó un clarito, cuando el otro se restregaba un pañuelo por detrás del cogote y cogía resuello para seguir la escena. Y le dijo tranquilito:

—¿Pa qué no lo dijo dende ayeeeer...?

45. De cuando Pepe Monagas le caló una malura a Anselmo el Pichón

Son las tres de la mañana. En los filos del risco canta un gallo de la tierra. El cloquido va prendiendo como una tira de triquitraques. Y acaba en los Poyos del Obispo con el desahogo de un pollanco que tiene la voz en la muda. Vuelve toda la ciudad al silencio, que guarda una solemnidad especial entre los pasillos de un portón de San Nicolás. Solamente ha interrumpido su paz unos momentos durante toda la noche la salida soñolienta de Juanito Tabares, el guardia, que entra de tusnio a las doce. Y la recalada de Manuel Tavío, el intrépete, que ha estado de ingleses, y que agarró una baladera según subía pa la casa, a horas de cena. Trabado de beso por el tufo de un cafetincillo con fritangos y anclado luego por unos amigotes, que de antes andaban pisquiando, allí se enredó y allí le dio la una.

De repente han sonado en el portón unos tremendos tamborazos. Una perrilla chimba que duerme en el fondo de los solares pega a ladrar, abobancada y majadera. Y diecisiete perros de la raya entran a japiar atrás.

En uno de los apartamentos del portón ha trabado gancho la muerte, que es sabido gusta de pulpiar de media noche pal día, aquí mete el hierro, más allá lo saca, en busca de finchar blando. Un tal Anselmo el

Pichón, que tiene un tabanco de ruedas con caramelos y turrón de manises, emblandecidos de solajeros y perdidos bajo un manterío de moscas, ha despertado áy, a las tres, metido en un grito.

—¡Ay, madrita mía del Pino! ¡Ay, mi cabesita del alma, que parece que tiene dentro la máquina de la China! ¡Ay, que esto no es por buena mano!

La mujer del Pichón era de las Candelas, una familia más agria que un vinagre de la tierra. Y como encima su marido había cogido fama, por la boca de ella, de quejón por nada y cosa ninguna, pues ya está: se quedó sentada en la cama con una cara que era una tunera. Pegado todavía un ojo y con la boca turbia y enconada, masculló al enfermo:

—¡Mejor te cayaras la boca, que está la gente umiendo! ¡Mía pa allá!

Anselmo seguía retorciéndose, más amargo que la retama:

—¡Ay, Eloisa, que esto es la úrtima, te lo digo! ¡Que estoy con la quilla pal marisco, más de la banda de las plataneras que de otra banda! ¡Llámame al señor cura, Eloisa, por lo más que quieras!

A la mujer se le paró un instante el ánimo, sospechosa de que aquello sonaba a verdad. Con la cabeza cambada, le vio los ojos virados en blanco, como huevos duros, y un trasudor de talla de pila que era como un pie de agua. Iba en serio.

—Espera un pisco que me tire de la cama. Eso es una puntada que te ha dado en la cabeza. ¿Te quitates el sombrero esta noche pa comé? ¡Pues ya!

En camisa preparó de unos rengues unos paños de vinagre que empezó a aplicar sobre la frente transida

del enfermo. El agrio líquido escurría por las cejas y se empozaba en los ojos. Entonces Anselmo pegó a saltar como un pollo. A Eloisita se le cayó el pomo. Se echó fuera y corrió a la puerta de Pepito Monagas, que en toda la ciudadela tenía fama de medicimiento, bien amañado para un endengue y práctico para llamar un médico, avisar a un cura o traer una buena caja a la medida, bien regateada y con cuatro tachones de seda japonesa que mal limpriaítos. Fue entonces cuando sonaron los tamborazos que habían soliviantado a la perrilla de Maestro Bartolo y a los diecisiete perrancos de la jurisdicción.

—¡Quieeen! —se oyó de adentro una voz entre mantas.

—Soy yo, Pepiiito, Aloisa, ¿abe? Alevántese cristiano, que Anselmo el mío se ha despertao metío en un grito, con los ojos encuevaos y una puntada en la cabesa...

Monagas pensó, sentado en la cama, volviendo lentamente a la vigilia:

—Ya me peliaron y ella le cogió el lomo con el hierro del molinillo.

Hay que decir que Eloisa era turronera. Y de las buenas.

—A tirito estoy áy, comadre. Deje que me eche algo por ensima.

En efecto, a los pocos momentos Monagas estaba a la cabecera del atacado. Lo miró despacio y encontró bastante, bastante jeringado al hombre.

—¡Ay, Pepito —gemía Anselmo, temblando de miedo—, otra cosa como esta!

Monagas le dio unos consuelos y dijo luego a la mujer:

—Mire, comadre, esto es mejor que el médico lo vea y lo diamotique y lo botique, ¿usté entiende? Pa mí no es una puntada, sino un rebumbio en el coco que, si no se lo atajan, acaba ca Monson más pronto que volando.

—¡Esus, Pepito, tal desgrasia!

—Si no somos nada, Eloisita. Usté lo sabe.

—¿Pero usté lo alcuentra tan malito?

—Yo no la quiero engañá. A mí me güele a sajumerio de responso, ¿entiende? ¿Y él venía malejo o algo?

—Naíta, cristiano. Esta noche llegó con el carrillo como siempre, lo dejó áy atrás en el gallinerillo y se puso a comer. Tá claro que se quitó el sombrero, que no es costumbre... ¡Dígame usté!

Vino el médico, que lo trajo Monagas. Y encontró al enfermo atroncado. Le tomó el pulso, le puso el termómetro, anduvo un tiempo escuchándole la caja del pecho, le reviró los párpados, setera, setera. Pero callado. Después recetó, siempre callado.

—Vayan ahora mismo a la botica y denle esto enseguida —dijo levantándose y luego saliendo—. Mañana volveré.

Monagas lo siguió hasta los portales:

—Oiga, señor doctor, usté dispense, pero pa mí que es pan comío. ¿Y pa usted?

El médico sonrió. E intentó el mutis. Pero Pepe quería saber:

—Señor médico, usted me va a dispensá que sea majadero, pero Anselmo es de mi quinta y compa-

dre y yo le tengo apresio. ¿Usté me hase el favó de desirme qué cosa tiene?

—Un ataque de coma —dijo sencillamente el médico.

—¿De coma? —insistió Monagas.

—Sí. Un sopor profundo producido por una congestión cerebral.

—¡Ah, ya!

El médico se fue. Monagas lo vio partir caviloso. Y entró luego. En el patio y a las puertas del enfermo lo rodearon varios vecinos, levantados por la alarma:

—¿Qué dice el médico, Pepe?

—Que tiene coma. Ende luego, yo no entiendo. Pero pa mí, mano, lo que tiene no es coma, sino punto final.

46. De cuando Pepe Monagas estuvo en el velorio de Rosendito, el de Sabé la Salpicona

Se hizo la Frasquita a la mar, proa al Moro, repleta de viento, de redes y de esperanzas. Navegó sin percances, hizo su zafra y enderezó sobre Las Isletas a su debido tiempo. Casi en vistas de la isla, se metió un marejón y el barquito bailó seguidillas, tajarastes, saltonas y demás hierbas aromáticas y olorosas. En la brega de a bordo le llegó la hora a Rosendo, un viejo costero, que ya no estaba para tales trotes, pero que no se amañaba en tierra y, aunque fuera para estorbar, cada vez que había viaje cojía jilo. Se guindó Rosendo de un palo pa un endengue, sin contar con el ventanero desatado y con la flojera de sus músculos, que tenían más de 60 años arriba. Y en un bandazo, cayó sobre la cubierta desde regular altura. El talegazo fue mortal de necesidad, aunque no se quedó tieso del golpe. Vivo y metido en un quejido que arrancaba el alma, llegó a tierra y fue llevado a su casa, donde luchó todavía con la muerte sus 48 horas bien medidas. ¡Aquel duelo, caballeros! ¡Aquellos dolorosos esperridos de Isabel la Salpicona, su mujer, que tanto lo quiso, aunque lenguas malamañadas dijeran lo que dijeran, que mi alma la quiero pa Dios!

—¡Ay, Rosendo, Rosendiyo, que te fites como una mansana pa la costa y te me metites pa las puertas

adrento como una alcayata! ¡Ay, Virgen der Pino, tar desgrasia! ¡El sostén de mi casa, la sombra de mi puelta, el caló de mis teniques que se me ha dío de mala manera! ¡Un hombre tan güeno, queríiiia, de tan buena maera, que los haberá iguale, pero no de mejó maera que este!

Lloraban las mujeres, japiaba una insalla de perros en las puertas entre el montón divertido de chiquillos gulusmiando, se enterraban los hombres las cachorras de peluche hasta las mismas orejas y se subían, serios y solemnes, las solapas los parientes más cercanos al muerto, que acechaban los pésames como podencos recibiendo huesos por el aire. Seguía en la alta y canturreada llorona Sabela, inconsolable:

—Como ha de see —consolábala una vecina—. Tómese este pisquito de tila, comadre... Resinasión, Sabelita, resinasión cristiana... Talde que templano toos tenemos que di cayendo en la guerdera de tierrita. No hay otra cosa, quería... ¡Si no somos naíta, usté lo sabe!

Isabel se tupía un pizco, pero al mou para entrar con más ganas. Le salían los plañidos, parte de la tripa gorda, parte del gallillo, y los alternaba de forma tal que no había nadie que no tuviera el corazón en un puño.

—¡Quite pa ayá, señooora, desgrasia como esta! Me tenía que caee a mí y tenía que jincar el pico un hombre tan bueno, de tan buena maera, que se lo digo: ¡Los haberá iguale, pero de mejor maera que er mío no lo habío en las siete islas de Canarias! ¡Ay, Rosendo, Rosendiyo, qué maera la tuya y lo que pielde la casa, tus hijos, tu mujé y hasta la maa, que también pa ella eras de buena maera!

Así todo el día, toda la noche y toda la mañana que duró el velorio y el duelo.

Estaba en él mi compadre Pepe Monagas, que fue gran amigo de Rosendo. Ambos hicieron en el barco y en la costa una grandísima amistad. Pepe llegó a sentir pena de la chuflita que se empezó a formar al final con tanta «maera» y vuelta a la «maera».

Y se lo dijo aparte a Isabel.

—Comadre, palabra —y la sacó al traspatio—. Deje ya lo de la madera, comadre, no sea que vire en choteo y eso... ¡Digo yooo!

Sabé se calló hasta que llegó la hora sonada de trasponer con la caja. Antes de que la taparan, se tiró como una ola, y sobajió y llenó de gritos, lágrimas y mocos al pobre Rosendo, que, afilado, tieso y amarillo, aguantó aquella última marea de su vida de marino.

—¡Ay, Rosendo, Rosendiyo, que te vas y no vuerves, que paese cosa mentira! ¡Ay, ay, ay... Que me daaa... Que me daaa... Que me da argo...!

—A quien le va a daa uste es a él, que le va a da un golpe, si no se aguanta, Sabelita —recomendábale Monagas, apartándola.

La vieja seguía emperrada sobre Rosendo:

—¡Ay, Rosendo, Rosendiyo, jorcón de mi casa, el hombre mejó de too el Risco y de las siete islas de Canarias, que los haberá paresíos a ti, pero de mejor maera que tú no los jay!

Y no lo soltaba. No había forma de despegarla y tapar el cajón del siniquitate y arrancar la penca de una vez.

Pepe, harto ya, se diblusó entonces sobre Sabé la Salpicona y le dijo, dice:

—Mire, Sabelita, en vista de que usté está emperrá y de que es de tan buena madera, más vale que lo deje y se haga un ropero, ¿oyó?

47. De cuando Pepe Monagas anduvo en una traquina de entierro

Se puso muy malita Dolorcitas Calcines, una comadre y vecina de Pepe Monagas, casada ella con un tal Victorianito el Guerde, un costero viejo de aquí del Risco. Sí, que un yerno murió ahogado en La Apolinaria... Los médicos no sabían lo que tenía, usté. Lo cierto es que se le pegó una puntada al canto atrás de la espalda que la tuvo metida en un grito más de ocho días. La santiguaron y mejoró, oiga, hasta llegar a coger un embeleso, después de no pegar los ojos... ¡quéee sé yo la de noches! Pero apenas largó la puntada, entró con un desconchabo en la boca del estómago que era a irse toda. Dijeron que si era inmanía, que si el pomo, que si esto, que si lo otro. Un día forraron una tartana con cortinas blancas, la jincaron dentro, toda envuelta en una pañoleta, y tiraron con ella ca Maestro Hilario. El hombre le hizo lo que pudo, le mandó un agüita y una copa de giniebra en ayunas y le prometió la salud. Síií, pero poooco. Se endengó del pomo, ende luego, pero pa acabarla de coroná, la cayó atrás un tembleque que la viró una frutita de aire en cosa de nada. Y para amanecer un martes se fue para las plataneras.

Maestro Victorianito el Guerde lo sintió, oiga, como nadie lo imaginaba. El hombre estuvo tan mollar y descosido que partía el alma. Y a las claras, con

la señora recién difunta, llamó a Pepe, que estuvo de velorio y le dijo:

—Compadre, hágase cargo... Yo estoy pa irme atrás. Si usté me jisiera el favor de ocuparse usté de todo lo que sea presiso...

—Mastro Victoriano, lo acompaño en el sentimiento... Y descuide. Déjelo de mi cuenta.

—Ta bien. Usté es un amigo, Mastro Pepe. Y los amigos son pa los amigos... Pero oiga, usté hágase cargo usté del asunto de los cuartos y eso. Que yo mucho la quiero, compadre, pero... nadie se puede llevar a la boca más de lo que se puée revolver.

—Bien dicho. Sí... Una cosa baratita, dise usté.

—Sí, señor. Pero desente, ¿oyó? Eso sí.

—¡Oh! Tá bien. Lo que ella se merese. ¡Tá loco, hombre...!

—Oiga, nada de coches ni requilorios, ¿oyó? Losotros la llevamos, ¿no le parece?

—Ende luego, hombre. Descuide.

Monagas tiró pa Fuera la Portada y encalló en una funeraria de por áy fuera. Trató una caja que daba ganas de llorar de sencilla y de negra que era, y encargó allí los líos del cementerio y demás endilgos. Y convenido el precio y la forma de su pago, se fue solemnemente. Pero cuando había andado apenas diez metros, el «funerario» se acordó de unos detalles que en el regateo se le fueron. Desde la puerta llamó:

—¡Pepitooo...! ¿Y los paños y las velas?

—¿Los paños y las velas? Déjelo, usté. Mi comadre va a remo.

48. De cuando Pepe Monagas y tres más le jincaron su montada a cuatro pollitos de gente rica

¡Siguen los intierros! Pasa que una cosa tira por la otra, como cuando se sacan guindas de ese cestito de guindas que regala el hombre del campo, y se enredan las unas en las otras como sardinas en trasmallo. El de Manolito el Lalgo trajo a la memoria este otro como el que no quiere la cosa.

En este caso, el muerto era uno que el acarreo para las plataneras se hacía de noche, unas veces con una filera de faroles alante y una cabecera como las de San Pedro Mártir atrás y genterío, y otras con solo cuatro palanquines sequitos como un palo, según fuera el que iba listo fuerza viva o pasaje de tercera, que de toda la vida ha sido verdad aquello de «una cosa es con violín y otra con guitarra».

En este caso, el muerto era un Juan Pitín, sin tener donde caerse muerto, ni nadie que lo revolviera, ni persona que le guisara una tacita de agua de pasote, man que sea. Entregó el suspiro del siniquitate en cualquier sitio de ese Fuera la Portada y todo el mundo se quedó tan fresco. Para casos así tenía el Ayuntamiento una caja preparada, de riga ella, forrada por dentro con latón —todo para que aguantara leña— y por fuera de un telejo que del tiempo y el polvo que iba agarrando más tenía en el color del rucio de una cabra vieja que del negro serio de una caja decente. Se

cogían cuatro palanquines, se le daba a cada uno un tostón y palante con él. No hay diferencia con un acarreto de tomates al muelle, sino en que pagan flete.

Los cuatro palanquines del caso resultaron ser mi compadre Pepe, Venturilla el Taita, un tal Nicolás el Buchúo y Antonio el del Pambaso. Cobraron su tostón, agarraron la caja, metieron en ella de mala manera al Juan Pitín, que era un hombre más bien grande y más bien gordo, y tiraron con el paquete, todo lo aprisa que permitía el encargo, que era una potala entre el cajón y el relleno. Era a la prima noche y ya estaban las calles casi vacías; que de viejo le viene al isleño acostarse con las gallinas. Bajaron los cuatro por San Telmo y cogieron la Marina alante por aligerar sin que la gente pegara a insultarse. Ahí, a la mitad de la Marina, los del entierro vieron venir a cuatro pollitos, cuatro hijos de gente rica, socios del casino y tal, pero con tendencias románticas y bohemias, su pizco cursis, pero aquí no se podía pedir otra cosa. Se dejaron dir. Los cuatro pollos vieron venir aquel patético entierro, a la carrera y desamparado. El más romántico de ellos, que luego resultó artista, hizo un comentario triste, que va y lo mide y lo rima, y le sale una cosa como las de Bécquer. Desde luego, se disparó aquello de «Dios mío, qué solos se quedan los muertos».

—¿Por qué no le improvisamos un acompañamiento a este hombre? —propuso.

Alguno reviró su pizco, pero sin gran discusión los cuatro se incorporaron, serios y sentimentales, a la «imponente» manifestación de duelo. Cuando el entierro iba llegando al teatro, alguien apuntó:

—Vamos a relevar.

Se acercaron, tocaron con los dedos a los cargadores que se volvieron asombrados, y metieron el hombro. Los palanquines se miraron entre sí, asmados, sin entender bien aquel rasgo. Monagas aclaró:

—Son cuatro románticos. Hay que dejarlos dir, que la buena voluntad, caballeros, es sagrada... Miren, cuchen una cosa. Le vamos a dar una montada a los pollitos estos. Nos vamos a quedar traseros y que carguen con el asunto hasta las plataneras mismas...

Y entraron en El Camello y se mandaron cuatro vinitos con aceitunas peninsulares. Los otros siguieron. La caja era un plomo. Subiendo el repecho de la calle de Los Balcones, los cuatro iban ya entregados. A alguno se le metía un filo de la riga en los huesos de arrente del pescuezo y le iba haciendo un molimiento que lo traía tieso. Sudaban y no se acercaba el relevo. Uno apulsó la caja y viró como pudo la cabeza. ¡Detrás no venía nadie! No se quedó pegado a la pared porque así no podía ser.

—Los cuatro que venían cargando se rajaron, ¿oítes? —dijo sin habla al compañero delantero. Que era el más calentoncillo de ellos.

—¿Ah, sí? Pues yo la largo ahí en la plasa de Pilar Nuevo.

Convinieron en dejarla allí, pero al desembocar, apareció el guardia de la calle de los Reyes y tuvieron que tirar, haciéndose los zorroclocos.

—En la plasetilla la largamos, ¿oítes? —dijo el calentón.

Pero en la placetilla estaba, tranquilito y largándose un Krúger apagón, el guardia de la placetilla. ¡Las

agonías, los sudores, los resoplidos! ¡Y la rasquera! Como piojos tuvieron que seguir.

Muertos, más muertos que el Juan Pitín, largaron por fin la caja en el Templo de la Verdad, que es el que miras y tal. Y volvieron callados como tocinos. Al llegar a la placetilla, uno de ellos se paró, sin habla:

—Mira. Mira pa adentro —y señalaba la tienda de Angelita.

Allí estaban Monagas y los otros tres de la quintada. Entraron como leones.

—¡Eso no se hace!

—Sss... Déjese dir.

—¡Lo que ustedes han hecho no se hase! Eso es un abuso.

—Aguántese y escuche una cosa. ¿A ustedes los arrempujó alguien? Cuando arrempujan a un hombre es abuso, ende luego. Pero cuando un hombre coge una baladera la coge por su gusto, ¡digo yooo!

Y Monagas mandó despachar:

—Estebita, espache aquí una corría pal intierro entero, ¿oyó?

49. De cuando Pepe Monagas fracasó en la pesca de la aceituna

Otro día de muchas copas. Pepe Monagas había cobrado unas pesetillas. Resultó que se resolvía un lío judicial, en el que Monagas actuó de raspafilón. Maestro Cirilo el Bocúo, vecino de Las Cruces, se había separado de su mujer por mor de unas incompatibilidades especiales, arrimándose con una tal Candelarita, del Pinillo ella, delgada y feona ella, pero con un reburujón. Al poco tiempo de este enmachinamiento, a Maestro Cirilo le dio un cólico miserere que casi le acaba la casta. Y estuvo que si se va, que si no se va, lo menos dieciocho días. Se dijo que si era mal de ojo, que si castigo de Dios, que si esto, que si lo otro, pero nada se aclaró.

El viejo tenía unas casitas para allá, para los Poyos del Obispo. Pero como no se las pagaban, era como si no las tuviera. Y tenía también unas cabrillas, buenas de leche ellas como las primeras, alguna que otra de la casta de las de don Nicanor, con diez medidas de reboso y muertas. Creo que eran unas siete cabras.

Cuando Maestro Cirilo se repuso, cayó en cama otra vez, como un cortacapote: sus cabras habían desaparecido. Solo le quedaba, como una burla, la peor, una que él llamaba Arpa Vieja y Serrucho, conservada porque no la querían ni en la Matazón. Candelarilla las había vendido todas.

Y este era el lío. Maestro Cirilo pegó en seguida de su amigaza. Ella acabó por decir que sí, que las vendió, pero por mor de la enfermedad de él, para atenderlo adecuadamente de médicos y medicinas. Y porque no cobraba nada de las casas. Pero el viejo, que sabía que ella era un fonil bebiendo cazalla, la denunció, más fuerte el amor a sus cabras animales que el que profesaba a la cabra racional de Candelaria, que era una cabra como una casa. Sentaba Cirilo que las liquidó para beber y no para botica.

Entonces Candelaria encargó de «su asunto» a un componedor de trapisondas judiciales, como todos, más documentado siempre en las trampas que en la ley. Y el enredapleitos habló a Pepe Monagas. Y le dijo:

—Usté le compró a Candelarita seis cabras, ¿usté me entiende?, porque ella vino llorándole como una Madalena a que le hisiera aquella caridad a fin de salvar a su «marido» de la muerte, ¿oyó?

Pepe se hizo cargo de golpe, y prestó una declaración que partía hasta el alma de los alguaciles, ya con un callo como los de los señores de La Alameda. Candelarita salió bien parada. Y Monagas sacó quince pesetas del asuntillo.

Se las estaba bebiendo en ca el Cubano, con Venturilla el Taita, que, como le sintiera cuartos, era una lapa. Y a los cuantos rones, que venían enyescando con aceitunas, Pepe no veía tres montados en un burro. Quedaba en el platillo, de la última corrida, una aceituna, esa aceituna que siempre queda, más rebejida que las otras, con arrugas y verde como las hojas. Monagas comenzó a cazarla. Pinchó una y

otra vez infructuosamente. La aceituna resbalaba, se escurría, huía el bulto, como un cristiano mal amañado. Pepe se lo fue cogiendo a pecho. Metía el palillo como entrando a matar, a modo de jinete de burro, en golpe de espadachín, con puño y tiro de matarife. Nada. La aceituna era de movimiento, por lo visto. Entonces llamó al Cubano y le dijo:

—¿Usté, pa enyescá, puso aseitunas o saltapericos?

Entonces un isleño fachento, que estaba al pie mandándose un aperitivo, dijo:

—Guardo diai. Eso hay que saberlo hacer, maestro.

Y armándose de palillo pinchola, comiósela y se acabó. Monagas, rascado como un piojo, le soltó, dando la cara:

—¿Y usté se cree que eso tiene mérito después que la tenía yo cansada?

50. De cuando Pepe Monagas se pegó su opinión de abogado

Bajo el fanal diáfano de su clima, tibito como agua de sol; dos veces sí y una no techada por su panza de burro; una vez sí y dos no bajo la lumbrarada de un sol que es como una abierta rosa dorada entre las manos; siempre —a veces con ánimo y fuerza de mano juguetona que despeina, a veces con el quedo pasar de un suspiro— bien batida por el Norte, locamente prendido en las altas palmeras de San Roque y doña Nieves, la ciudad va pasando por los años como una ingrávida nubecilla suelta y desatendida. Esto, claro está, antes, cuando las reboticas, las tertulias de Oraciones a Ánimas y el correo «dos veces al mes». Habían voces cansadas intentando reanimar la soñarrera temprana de la traspasada y socarrona congregación.

—Creo que ha llovido en los altos.

—Pues no le digo, don Pedro. Pero mire, aquí está don Manuel, que bajó hoy de arriba.

—¿Es a mí? ¡Ah! Pues no, nada. Cuatro gotas, como el otro que dise. Una garujilla y san sacabó.

—Buen puñao son tres moscas.

—Y usted que lo diga.

Pausa.

—Oiga, estooo, disen que está muy malita la mujé de don Pepe Vera...

—¿Ah, sí? Caaaraaacho. ¿Y de cuándo acá?

—Pues de poco. Oh, le han llevado a Padre Dios y todo.

—Pues ahora me desayuno. Oiga, ¿y dónde viven ellos?

—Aquí, en el Toril.

—¡Mería! No me diga más nada. Ya la trincó la calle de Frías, como si lo viera.

Una ancha pausa, con su embeleso y todo. Hasta que llega Gregorio Liria, que reanima el cotarro con sus noticiones.

—Grasias a Dios que llegates. ¿Qué traes? Alguna buena sama viene hoy en la tarraya, porque se la ve salpicando a tres liñas.

—No, pues mire, no... Bueno, sí. Únicamente que pasado mañana se celebra el juicio oral por el crimen de Los Callejones.

—¿Qué me dises?

Toda la tertulia se pone alerta, como podencos en torno a un majano con rebullicio y salpeo de hurón y conejo atosigado. En efecto, se anuncia la celebración de ese juicio. Está encartado en él un tal Manuel Boca Burro, de aquí del Pinillo. El sujeto acechó una noche a don Bartolo Calvero, que subía de no sé qué trapisondas, y le metió tan gran toletazo en el tronco de la oreja que lo dejó echadito al pie de la acera pa toda la vida. Agarraron a Boca Burro por mor de unos gastos de más de la cuenta que la misma noche hizo en ca Dominguito el de los caracoles. Tiró allí de botellas de cerveza, que, pintorreadas de moscas y vueltas para abajo, tenía Dominguito desde el siniquitate. Prendió el runrún y la caída atrás cuando el

tiendero, viéndolo trasponer con un cuchillo, dijo, con un ladeo tranquilo de la cabeza:

—¡Huuuumm! Me huele a trapo quemao, usté.

Los juicios orales, con su desfile de testigos, su ampulosa oración de defensa, la rígida y seca perorata fiscal y la malamañada de los acusadores privados, sacaba de quicio a toda la dormilona quietud local. Aquel de Los Callejones, por las circunstancias y el enredo de «yo le guardaba el secreto», ajoto de estar don Bartolo a deshora en esquinas de poca vergüenza, era sonado como un repique de San Pedro Mártir. Se celebró ante un genterío que daba miedo. Cuando el alguacil, vestido de cónsul, cantaba con aire de gallo aquello de «¡Audensia públicaaaaa!», la gente se tiraba como perros a la casnisa. Y el juicio fue tema de tres días apasionados y mal dormidos en plazuelas, reboticas y camarotes de cotorrones.

Una de estas tertulias, donde la ventilación del crimen se cogió a pecho, radicaba en la esquina de la plazuela, ante la botica de don Fernando Bojart, desaparecida. Era una tertulia de señorío, pero en ella, como en la de enfrente de Las Cadenas, tenía un puesto de simpatía Pepillo Monagas. Las discusiones se encendían una noche detrás de la otra. Y a punto de caramelo una de tales elevadas, recaló por allí Monagas. Se opinaba, casi gritando, sobre si existía o no evidencia de culpabilidad en el caso de Manuel Boca Burro. Como anduvieran por el momento en una agarrada de pico, llena de macanazos y en camino de degüello, don Antonio Vegueta y don Domingo Travieso, el señor don Pedro aprovechó a Monagas para aliviar la situación:

—Caballeros —interrumpió solemne—. Hay una opinión que oír. A ver, Pepillo, ¿a ti qué te parese?

—Le diré. Primero que nada, vamos por partes. Yo quiero poné un ejemplo pa que la cosa sea más clara. Si yo salgo pa mi casa al peso del mediodía y tiro Risco arriba y al pasar por delante de ca mi comadre Frasquita la Baifa siento un friteo y su olorcillo de rebumbio estomacal, pues me digo: «Ca mi comadre Frasquita la Baifa están friyendo pescao». Esta es la evidensia, como usté dice, don Pedro. Pa dentro hay fritango, aunque yo no lo haiga visto. Pero ahora quepe la duda, don Pedro, porque ¿serán samas o serán bogas?

51. De cuando Pepe Monagas enraló a don Pedro el Batata

Desde que doña Catalina era una pollona, tenía ella un genio que era una ensalada de vidrios de tapia y vinagre de la tierra. Por nada y cosa ninguna agarraba unas calenturas que caía en la cama y había que hincharla de tila y poner arena en la calle por si pasaban carros. Sacó los cerros, la lengua faltona y el agrior del padre —Dios lo tenga en la gloria— don Andrés el Bardino, que le decían, un señor imperante él, al que no contradecían ni en el casino, contri más en su casa. Catalinita, ya digo, era una mula dentro del hogar, una mula con las amistades y una mula con los pocos pollancos que le hicieron la rosca y que, los que cayeron como novios, le duraban el tiempo de una rosa. ¿Qué decir de las criadas...? Todas fueron espantando; y si alguna duraba arriba del mes, era porque tenía temperamento de loquera, o porque estaba robando en la plaza que cualquiera dejaba la vaca... En tal necesidad de servicio llegaron a verse por mor de la consumía niña, que doña Candelaria, la madre, cuando caía alguna muchacha del campo con mañas de robona, no solo no le pedía las cuentas, sino que hacía que se equivocaba y le daba un real bellón de más pa ayudar a la permanencia.

Catalinita sacó bigote desde que tenía catorce años, entrando en los quince. Por consejo de las

amigas del colegio, se daba de noche sus buenas untadas de agua oxigenada para procurar al incipiente bozo un color de barba de piña disimulante. Pero asomábanle pelos, y de los de cepillo, también en las piernas. Y aquí el agüita no tenía nada que hacer. Entonces, a la escondida, cogía la navaja barbera de su padre, el Bardino, y se hacía unas destasajadas que se cae en la calle, vamos a poner en un plátano, y corre la volada de un crimen.

Doña Candelaria sabía que colocar a su niña era una vaina. Un hombre dispuesto a casarse no tiene por qué saber boxeo, o por lo menos piña canaria, antes de ir al altar. Un hombre se casa para otra cosa que para llevar, en lo que le toque, un repertorio de gentinas y toletiadas con qué encenderle las carnes a la esposa y mantenerla a raya, por lo menos de día. Había que engoar y engatusar a un batata, mientras más bobático mejor. Ya le prepararía ella sus merienditas y sus copitas de anisado y sus pucheros los domingos. Estas cebaderas pocos las han resistido, inclusive peninsulares.

Un día principió a andar alrededor de Catalinita un muchachito delgado él, con poquita voz, pero desagradable, y treinta años arriba del lomo, pero atrasado como un galletón, al que la familia venía atosigando para que se casara, por quitárselo de encima, según decía la gente. Le hablaron de Catalinita, como hija de un tiendero, única y tal, y heredera de unas tías viejas, las niñas Lirias, que vivían con muchas pulgas, siete gatos y una sirvienta del siniquitate, detrás de la catedrán. El muchachito no tenía muchas ganas, pero de tal forma le prepararon en su

casa y en la de la niña la baladera, que la agarró un domingo en el parque y ya no la soltó hasta llegar a los pies de la Virgen del Rosario, en Santo Domingo, tres meses después.

***

Casó Pedrito el Batata con Catalina Liria. Y a los nueve días justos la mujer le metió una calda con un pírgano que por poco se lo tienen que llevar a Amador. El hombre quiso revirarse, pero ella le ajustó un pirganazo en el tronco de la oreja que lo tuvo durmiendo hasta el peso del mediodía. Todo vino a ser porque a una muchacha de La Angostura que les entró de sirvienta para adentro le cayó una porquería en un ojo. Con la punta del pañuelo se puso Pedrito a sacarle la porquería. Y en ese momento, va y entra doña Candelaria. ¡Pa qué fue aquello! De allí en adelante, doña Catalina llevó los calzones y don Pedro fue ya un Juan Pitín toda su vida. Luego le salió Alejandro en puño, de gorrona, hasta el punto de que en vez de traer el café de la tienda del padre, o comprarlo, como era debido, le decía al marido:

—Sal por café, en ves de estar áy como un debaso.

Y ya se sabía, Pedrito se iba, por ejemplo, a los Poyos del Obispo y pegaba de allí pa adentro a recorrer las tiendas. Se sucedía el siguiente diálogo:

—¿Tiene café usté?

—Sí, señó.

—Deje verlo... Usté me va a dar una muestrita para que mi mujer lo vea, ¿sabe?

Por este procedimiento, cuando llegaba a la Portadilla, tenía su medio kilo, en los tiempos buenos.

***

Pedrito tuvo que prescindir del grupo de amigos que se reunía en la trastienda de una tabaquería a beberse sus roncitos con chochos. Si un día se escarrilaba, doña Candelaria le metía una entrada de trompadas que el pobre estaba entre la vida y la muerte dos días. Enteramente sometido, su vida era doña Candelaria como reina, zapatuda y con bigote, especialmente tremenda por la mañana, acabada de levantarse.

Cierto día —pa San Pedro Mártir, señaladamente— venía Pedrito por la calle de los Reyes pa dentro cuando acertó a pasar una tartana que iba a La Laja. Ocupábanla Pepe Monagas, Vitorio el del Pinillo, Venturilla el Taita y mi compadre Juan Jinorio, que también diba en la rueda de presentes. Monagas, que le tenía al pobre su simpatía y tal, y además que se le ocurrió una mataperrería a costa de doña Candelaria, mandó a parar e invitó a don Pedro a irse con ellos a San Cristóbal, que había un caldo que mandaba las peras a la plaza.

—¡Tá loco! —se replegó don Pedrito, relamiéndose de la ilusión.

—¡Venga, hombre, anímese, no sea bobo!

Medio que a empujones lo metieron dentro y tiraron con él. Fue tan grande la mamada, que don Pedrito se empeñó en ir caminando a Lanzarote, a ver a un tío cura que era párroco en Tinajo. Y lo sacaron entripado hasta el nudo de la corbata. Hubo meneíto de requinto y entonces fue cuando Pedrito pegó con

aquel guineo que luego se hizo famoso: «¡Esto es vivíii, esto es gosáaa...!», en una canturria que ya no largó hasta que llegó a la puerta de su casa, el infeliz privado de sentirse libre y olvidado por el ron de la máquina de la China que tenía por esposa.

Pero se despejó a la prima la templadera y le empezó a Pedrito un tembleque que no se desarmó porque tenía en la armazón engrudo de la tierra. Y hasta viró con una llorona:

—¡Ay, Pepito Monagas, y los demás aquí presentes, que tengo que irme pa mi casa de retirada y me espera una tollina que tiene que ser la penúltima, porque la última me la jincan en el Purgatorio atrás de esa!

—No sea bobo —lo animaba Pepe.

—¿Pero usté pa qué quiere los calsones? —lo increpaba Vitorio.

—Pa poder salir a la calle —replicaba hecho un batata.

—Mía pa allá... —se dejó decir Venturilla.

Todos pegaron a fogetiarlo:

—Lo que pasa, mi señor don Pedro, es que usté se ha dejao coger la camella. Agarre un bastón de leñabuena, cristiano, y faje como quien salpea un colchón. ¡No sea bobático!

Concretamente, Monagas le aconsejó:

—Mire, ahora vamos pa arriba. Usté toca. Y ende que le abra, la primera cachetada es la suya. Apúlsela bien, que le caiga el deo del sentro en el mismo tronco de la oreja. Esa no vuelve a levantarle el gallo.

—Si le falla la piña —añadió el Taita—, mándele usté a moo de tosinete. ¡Riaaan!, de abajo pa arriba y al vise verso, ¿ta oyendo?

Llegaron a la puerta. Don Pedro el Batata fue bajado de la tartana y llevado en horcones hasta el zaguán. Monagas volvió a insistir:

—No se olvide: la primera cachetada es la suya. Afiánsela.

Pedrito llamó. Y no hizo doña Catalina sino abrir la puerta y ¡rian! don Pedro que le mete una galleta que era un mazapán de esos que se le regalan a los médicos cuando no cobran. El esperrío de la mujer lo oyeron hasta en el Pilar de Fleitas, según se supo después. Luego se sintió un portazo. Y comenzó dentro un rebumbio como un reboso de la mar, con un fragor sordo de pedrera y unos resoplidos sofocados. Pegaron a ladrar unos perros chimbos de algunas azoteas lindantes, haciéndole al meneo un coro que mal limpriaíto...

—¡Cuero, consio, a la mula esa! Le está metiendo leña como quien tuesta y lleva al molino —comentó Pepe—. Me juego que se vira más amorosa que una salea.

Y se fueron al catre.

***

A los dos días, Monagas se tropezó en el Tinglado con don Pedro. El hombre llevaba un brazo guindado de un pañuelo; cojeaba de un remo, lucía tres pedazos de esparadrapo en la cara, y los ojos, tapados con unos lentes negros, asomaban soplados como aguavivas y negros como moras de dos días de cogidas. Pepe se quedó asmado:

—Don Pedro, ¿y eso?

—Pues esto —replicó el Batata— es que hubo unas noventa cachetadas, ¿sabes? La primera, ¿oítes?, la primera a la voz de ya, fue mía, según queemos. Pero las otras ochenta y nueve, tú, fueron de ella, que te lo estoy contando gracias a la Virgen del Pino, que se hizo presente en un milagro de los de más nunca le pago.

—¿Qué dise, ...mbre?

—Pues mira, que en la galería había colgado un cuadro antiguo de la señora de Teror. Y con los tambucasos, ¿oítes?, se vino abajo. A Catalinita se le metió en los ojos la polvajera que tenía detrás, que si no, mano, ¡más nunca me aclara!

52. De cuando a Pepe Monagas se le amuló la mujer

Mi compadre Pepe Monagas se peleó una vez con Soledad, su mujer, por mor de no sé qué cuentajos, que mejor es no sacar en papeles, no sea que vaya y se enrede la pita... Lo cierto es que estuvieron amulados su mes largo. Como ella trancaba el cuarto con llave, taramela y un pedazo de cañería afianzado en un saliente del piso, Pepe tuvo que dormir sus noches al sereno, en los poyos de San Telmo. Hasta que se enteró su compinche Venturilla el Taíta, que tenía un cuartillo de portón en la laera, y lo invitó a irse con él hasta tanto se componía el desarreglo matrimonial. En una estera y de cabecera un canto dormía Pepe, los primeros días feliz, de sentirse solo y ancho como un balayo; pero enseguida pegó a extrañar la soledad y el durez del teso donde dormía. Y era lo peor la comida... Porque una cosa es pisquiar, o comer de aquí pa allí un plato de potaje con este conocido, o cuatro cachos de casne con papas con tal cual maúro que baja a la fruta y que fue compañero de quintas, y otra comer caliente el potaje familiar, aunque fuera con cuatro pizcos de col y un charco de agua. Lo peor de la comida de fonda es el olor a fonda y a barco que larga, y las uñas del galletón que sirve los platos metiendo dentro el dedo gordo, y los tenedores distintos, con los que uno no se amaña. No

les digo nada si esa fonda es de algún cumplimiento, y se enreda el asunto con cucharas varias y cuchillos raros, sin saber uno de cuáles echar mano.

Como Ventura no era hombre de trabajo fijo, que no resistía su temperamento, pasándose la vida al pisqueo y al cáido, allí no entraba un duro ni los días de fiesta, Monagas se puso en tres días en la tea. Y como quería darle por los besos a su mujer, haciéndose que estaba rey, y ello no podía ser por la dieta, se dedicó a no salir del cuarto porque no lo vieran las espías de Soledad y fueran con el cuento. Aburrido como un loro y desmayado como un perro, se le iban los días. Venturilla recalaba de uvas a brevas con algún pulpo, que finchaba de relance en los alrededores del Zuleica.

—Estoy relajao de pulpo.

Un día descubrió Pepe un olor a potaje que daba gusto. Le buscó la madre y se halló con que en el tabique que dividía el cuarto de Ventura del de la derecha había un bujero por el que entraba y salía franco un puño. Por ese bujero se colaban los olores de ese potaje. Se informó. Al lado vivían dos jarandinos, que todo lo que ganaban vendiendo se lo comían en guisos. Ponían el caldero a las once, casualmente debajo del mechinal, con buen fuego, cerraban la puerta y se iban hasta la una.

—¿Tú no tienes un tristel, de esos de las ayudas, Venturilla?

—Grasias a Dios, no, señooo.

—¿Ni nadie que te lo empreste?

—Ya eso... Pere a vee —y salió.

Volvió con el cacharro y la goma. Monagas se encaramó, metió una verguilla gorda y derribó la tapa. Luego pasó la goma, la enchufó, sorbió de la banda acá y pegó a caer en una borsolana ya dispuesta el caldo de los jarandinos. Tres días dejaron a los vecinos con las escurrajas.

—Si consiguiéramos una goma de barcos, pasábamos las papas tamién, ¿oítes? —comentaba Pepe.

Al tercer día se presentaron los jarandinos, que por el insulto que traían eran chinos, mejor.

—¿Quienn sia comida la potaga?

—Si le digo, lo engaño, usté. Como ustedes se van, eso es que se ha embebido. ¡Digo yooo!

La situación era insostenible. Pepe decidió volver a su casa. Llamó una noche y Soledad se reviró dentro como una panchona:

—¡Sálgase de aquí debaso, perdulario! A dormir al barranco.

—¡Échese usté a nadaa!

Volvió a casa de Ventura.

—Tú ahora vas y le tocas y le dises que tienes un telegrama pa ella. Yo te voy disiendo al oído lo que le contestas. Cuando abra, me meto dentro de remplón ¡y a vee cómo me echa después! Disimula la vos, ¿oítes?

Ventura tocó.

—¿Quiéeeen? —se oyó de adentro una voz amodorrada y vinagrienta.

—Estooo... ¿Vive aquí doña Soledá Carsines?

—¡Sí, señooo...!

—Un telegrama pa ustée.

—Usté se ha dequivocao. Eso es pa la gente rica.

—No, señora, que es pa usted.

—¡Pues métamelo por debajo la pueeertaaa!

—¡Lo que te voy a metée es un ladrillo, malos tunos te comas! —masculló Monagas llevándoselo la trampa. Y le apuntó a Ventura algo al oído.

—Tiene que alevantarse, señora, porque tiene que echasle un firme al rabo del telegrama.

—¡Yo no firmo naaa sin que mi marío esté aquíií!

—¿Pues ónde está su marío?

—¡En los sinfiesnos, tengo sospechao!

—¡Mía pa allá! —suspiró Pepe y volvió a apuntar algo al oído de Ventura.

—Mire, Soleaíta, soy yo, Ventura, ¿oyó? Traigo una mala noticia pa ustée. Quería que se alevantara a lo del telegrama pa preparasla, ¿oyó?

—¿Cuála notisiaaa?

—Que su marío se jincó de cabesa por el puente de Matas.

Pusieron los dos la oreja, anhelantes.

—¿Y a eso llamas una mala notisia? Yo se lo tenía pedío a San Nicolás ende cuando.

—Miren la muy perra —se despegó Monagas de la puerta—. Me venía engañando con los visiteos al santo toos los lunes arreo.

—¿Por qué?

—Le iba a pedir que me jincara por Matas. Y a mí me decía que rogaba por sacarse los sesenta iguales. Todas las mujeres son iguales...

Bajaron meditabajos y se sentaron en un murillo del Risco.

—Y esta Soledá me viene engañando ende cuando... Tú sabes que ella ha sío siempre golosa como

un gato. ¡Ay que ver lo que ese bicho gasta de rapaduras cuando no hay asuca! Pues áy más allá fui yo al médico porque me venía sintiendo jeringadillo. Me dijo que tenía diabetis. Empesando, ¿sabes? Le pedí esplicasiones a don Osé y me dijo que era asuca que tenía. Entonces me lo espliqué too. Tanto «¡Te quiero, te quiero!» no era por mí, ¿oites?, sino por la golosina, ¡la muy perra!

53. De cuando Pepe Monagas, que se echaba sus pajariadas en el campo, le vendió un pinto sospechoso a un cierto endeviduo

Pajariar ha sido siempre afición muy isleña, tanto en el sentido literal como figurado. El isleño pajarea de pollancón, y hasta, si a mano viene, de hombre maduro, casado él con una mujer gorda y mal peinada. «Pajarea» o pizquea, si nuevo, más fresco que el muro de la marea; y si viejo, con una cara de zorro que la aplica a los negocios y en menos de lo que el diablo se estrega un ojo tiene media docena de casas y dinerito a rédito. Cuando el insular va a sitios ruines, donde no es propio ni debido, porque le tira la jeribilla mala, va a «pajariar». Cuando va a una fiesta en plan de rumantela, un poner a la del Pino, va a «pajariar». También pajarea el isleño, por ejemplo, en la plaza o en el puerto, rondando los muelles. Se puede pegar su piñita tierna, su huevito, su lata de la Argentina y su sétera... Hay quien tiene una mano que es una seguidilla saltona.

Pero el indígena pajarea de verdad cuando agarra su jiñera, o su red, y una chiva —o reclamo— y tira pal campo en busca de pintos o canarios del monte o calandrias. Es un deporte socorrido y, en cierto modo —pal que le guste—, grato. Se pone la jiñerita, o se abre la red, con su reclamo al canto, y

se agacha uno cómodamente detrás de una tabaiba, o a la sombrita de un almendrero. Apenas acaba de amanecer, con la fresca, los pajarillos se ponen más picoteros que nunca. Tal vez no haya animalito que más gozo demuestre ante la mañana del nuevo día que el pájaro. Se sacude, canta, se despulga un pizco, salta de aquí para allí sin ton ni son, vuelve a despulgarse, torna a cantar y a jurgarse el plumaje, todo desborrifado de satisfacción, que no le cabe una paja... Después se va reuniendo, se enrala, si cuadra y es tiempo, sale por bandos a rebuscar el comistraje de cada día y vuelta a la rama... Da gusto verlos tan felices y satisfechos, sobre todo en esta primera hora de las mañanas del campo.

Los muy desgraciados no sospechan que detrás de un matujo acechan unos ojos y que entre los gajos o en un calverito está la jiñera o la red, agüaitándoles la libertad. La chiva —la muy sinvergüenza, dispensando el modo de señalar— cumple su traidor oficio, sirviendo al hombre del modo más jediondo: como colaboracionista. (Igual que en Tenerife). Acaban acercándose y picando..., y cayendo. El pajarero va cogiendo las piezas y metiéndolas en un jaulón largo y chato, una especie de tune de Terde para los pájaros, hasta que reúne una insalla, si la suerte le es propicia. Allá, cuando calienta el día y los animalitos se enmantujan, como barruntando la noche y lo perecedero e indecente de la vida, el insular recoge los teleques de su deporte y tira pa Las Parmas.

A la siguiente mañana lo vemos establecido en la plaza, allí, por la esquina de la parada de las guaguas, delante del cósquio de la casne. Alrededor del jaulón,

igual que cuando sale a la calle una cabra buena, por che o por be, se congrega un montón de hombres, que empiezan a mirar y a remirar y a seguirle los pasos y revuelos agitados a los prisioneros. Los mirones observan un rato grande callados, agachándose de vez en cuando, cambando la cabeza como si así se vieran mejor las posibilidades. Hay un aire de venta de esclavas en este corro del pajarero canario... Al fin el isleño, desconfiado como un gato porque el vendedor le puede meter una hembra como la casa de don Bruno, dice:

—Sáqueme aquée... No, ese de la esquina, que está pintao en la moña... Sí, ese.

El hombre de los pájaros mete la mano. Se arma dentro una bulla de carreras y salpazos que suena a conejos trasconejados con la hurona dentro. El pájaro escogido sale o no sale, asigún (lo mismo que en Tenerife), pero el vendedor asegura, con una cara de que se está casando, que aquel es el mismo que el comprador señaló:

«Por mi madre muelta». El aspirante le mira la pata, le estira un ala y lo ojea debajo, le sopla la moña:

—Me güele a jembra... —dice, al fin, con una calma tan provocativa que si el que vende no tuviera la sangre de horchata propia del país, le metía una galleta como un queso de Fontanales.

Se regatea, se discute. Al fin, el isleño compra. Estaba seguro de que era macho, pero también en la compraventa el isleño goza jeringando lo que puede.

Mi compadre Monagas salía por tiempos al campo y se echaba su pajariada como el que no quiere la cosa. Lo entretenía y le daba sus perritas el asunto.

Cierta vez que se estableció con un bando de pintos nuevos en la esquina de las guaguas, vendió a un señor vestido de negro él, medio del campo él, un pinto, galletón entodavía. Después de una larga discusión sobre el sexo —que si era jembra o no era jembra—, Monagas ganó el caso y el hombre se llevó su pájaro en un tostón. Al cabo de un tiempo, recaló con él metido en un cartucho de los de medio kilo con tres bujeros para la respiración:

—Este pájaro que usté me ha vendío a mí, ¿ta oyendo?, no me silve. Vengo a devorvérselo.

—¿Por qué, si se pue sabée? —contestole Monagas medio regañado.

—Porque no es macho. Y yo lo ha querío y lo ha pedío macho.

—¿Usté no lo desapartó a su gusto y lo miró y lo remiró que casi lo inotisa? ¿Tonses?

—Usté me lo metió a mí por los ojos, garantisándolo, que hay testigos...

—¿Testigos de acuálos...? ¡Mía pa allá! Y a los tantos días, que cuarquiera sabe ya si es el mismo...

—Oiga, no pegue a fartá, ¿oyó? Que yo a usté no le ha fartao entodavía. ¡Digo yooo!

—Yo no le ha fartao a usté. Y no quiero requilorios. ¿Qué es lo que le pasa al pájaro?

—Pues que canta y no canta. Veses pega a gorgiá y apunta. Pero de repente se tupe y too se le va en brinquitos de saltaero en saltaero, trincao de atrás y con la cabesita cambada, que da de cara.

—¿Y usté se asusta de eso... si eso pasa tamién entre hombres? ¿Yo que curpa tengo de que el pinto no le haya salío formal...?

54. De cuando Pepe Monagas le levantó un falso testimonio a un perro de Mastro Bartolo

Además de la perra, una perrilla ratonera y chimba, más enralada que una taifa, Mastro Bartolo tuvo un tiempo en la zapatería un perro inglés con el rabo cortado y un labio partido por el que asomaba un colmillo que no se llevaba paja y media con el cuerno de un torete. Bien cebado, duro de músculos, atravesado de vista y sabiendo más latín que un burro con la absoluta, le temían en el barrio desde la gata de Pepa la Jardúa, que tenía fama de haberle sacado los ojos a perros como los de la Plaja Jantana, hasta el vecino de más pelo en pecho. Y es que el Pipiolo, que así lo llamaba Bartolito, mordía callado y cada chabascada era un bistec.

Resulta de ser que la zapatería de Mastro Bartolo estaba en el paso del diario camino de Pepito Monagas. Y el Pipiolo la cogió con él sin palabras de más acá ni de más allá. Monagas subía y bajaba y ni apercibirlo lo apercibía. Pero un día el animalito le soltó un ronquido. Y echado con la cabeza entre las dos patas delanteras, levantó los ojos encarnizados que de su madre, una perra matona de Fuera la Portada, sacara, y lo siguió hasta que traspuso en la esquina.

La cosa fue en aumento. Del primer ronquido, el Pipiolo pasó a levantarse, a erizarse del lomo y enseñar los dos colmillos, que eran como agua de porrón por el

totizo pa abajo. Pepe pensó: «Bueno, yo quisiera que me dijieran qué es lo que le ha hecho yo al jediondo este pa que se engrife como un macho salema». Y como aquello amenazaba con el bistec, o por lo menos con la vuelta y vira, se lo dijo, dice:

—¡Pipiolo, Pipiolo, mira que va y te alevanto un falso testimonio! ¡Mira vée, mira vée! —el perro oía la advertencia como quien oye caer agüita serena y arrugada, cada vez más amenazante.

—Oiga, Mastro Bartolo —se acercó un día a la puerta del remendón—, mire que ya se lo ha dicho al Pipiolo. ¡Mire que va y le alevanto un farso testimonio, se lo diiigo!

El perro ya pasó la raya. Dejó los gruñidos e intentó la chabascada. Monagas, que nunca le quitaba ojo en la pasada, se afianzó contra la pared del callejón y con aspavientos de pies y manos se lo quitó de arriba:

—¡Yo te vengo disiendo, Pipiolo, que te voy a levantá un farso testimonio, desgrasiao! Te lo vengo disiendo y como si náa, mano Quico. ¡Deja véee!

Y llegó la hora. El Pipiolo, que al mou había decidido probar las carnes de Pepito Monagas, se hizo aquella mañana el dormido. Cuando el hombre asomó, entreabrió un ojo. Se hallaba tendido a lo largo, con la cabeza entre los remos lantreros, que era su postura favorita. Pepe cruzó sin un ruido, pensándolo como un tronco. Pero de repente, mano, arma brinco el animal y todo lo que Monagas anduvo listo en un estuerzo no le sacó de una nalga una lasca de bichillo que la pesan y se dejan pedir cinco duros por ella. Se revolvió, le sacudió unas patadas, cogió unas piedras... El perro, japiando y embistiendo, se

retiró un poco. Pepe advirtió, entonces, que le faltaba atrás, en los fondillos, un pedazo de pantalón y otro de calzoncillos.

—Ahora te vas a jeringar —decidió, lleno de rencores tan negros que la tinta de un calamar era leche de cacharro—. ¡Socorro, socorro! —pegó a gritar—. ¡Un perro rabioso! ¡Rabia! ¡El perro de Maestro Bartolo tiene la rabia! ¡Socorro, socorro! ¡Perro rabioso!

Se reunió en un momento una insalla de gente y hasta dos guardias cayeron por allí. Al jaleo, el Pipiolo ladraba que era un gusto, y todo erizado respondía a la expectación, cosa que agravó su situación de presunto rabioso.

Surgieron palos y los dos sables. Empezó la leñada. De nada valían los gritos del remendón, que desde el quicio del cuartillo empuñaba una horma y gritaba:

—¡Déjen al animal, bandíos!

Le dieron al Pipiolo cuero como quien lava. Hasta que Lorencito el Guardia lo fue cuadrando, cuadrando, y ¡rian!, le metió un sablazo que, si llega a ser para dinero, le saca veinte duros. Lo alcanzó en el tronco de la oreja. Pipiolo dijo «¡Guaiiim!», se dobló y entregó.

En los últimos estirones, Monagas se abrió paso, y ya al pie, se lo soltó:

—¿No te lo venía diciendo? ¿No te venía disiendo que te iba a levantar un farso testimonio, desgrasiao?

55. De cuando Pepe Monagas no se fiaba de un espiritista

Pérez, el popular Pérez —aquel que en una sonada intervención de tribuno de la plebe, en la antigua tribuna pública del Ayuntamiento, se atragantó expresando cierta enmienda y fue guapiado desde el público con el famoso grito de «¡No te abatates, Pérez!»—, abrió una gallera. Pérez era, desde luego, un devoto de los seis domingos peleones y todo su tiempo anterior y posterior de crías y cuidos. Pero Pérez tenía el ojo puesto en un asuntillo algo más allá de jaulones, pollos y espuelas. Pérez iba derecho como una vela a una timba, con la que medrar al amparo de la susodicha gallera. Y en la que se jugaría al monte, y a las siete y media y a otras barajientas y prohibidas formas de tejemenear jornales, al par que ganancias de apuestas en patas de cristianos, gallos y potrancos, en disparatadas velas de botes y en presas y morros de bardinos y carneros. Pérez abrió la timba-gallera por Vegueta, en un viejo solar de la calle de García Tello, exactamente donde hoy está el taller de torno y carpintería de Maestro Pancho Rivero. Montó en el teso de la trasera los jaulones de los «ingleses», dispuso en una habitación delantera un timbeque, con sus botellas de cerveza blanca y negra, su ron y sus chochos, y en otra estancia, también de la entrada, esparció unas mesas de pinsapo y les largó al

pie media docena de sillas de tijera. Y así, dispuesto todo, abrió las puertas, de día de par en par y francas; de noche, desde el sol puesto, con taramela de tea y rendija mirona y atrabancada.

Estaba celosamente prohibido jugar. Y este acicate, unido a que vivíamos el «siglo de oro» de los matones de barrio, para los que la baraja era tan indispensable como la trompada de anillo y la puñalada trapera, hacían de cualquiera de estos tabaquientos y furtivos timbeques un lugar apetecido y alimentado mejor que una cabra de diez medidas muertas. Llovió la consabida parroquia, lo más distinguido de la afición y el matonismo. Y desde la segunda noche se vio claro que aquello iba a tener un éxito loco. Los congregantes de las siete y media se mandaron media cantina y todos los chochos como quien tuesta y lleva al molino. Y áy a las diez y media, a poco de recalar el Brígido —atarracado, faltón y de manos ligeras, con un crimen en su haber y muerto, más tarde, con los zapatos puestos—, tenía aquello una calda de puerta de horno. En una mano de las siete y media, cuando la banca sacaba sus cartas finales, pareció insinuarse una trampa. El Brígido, con la cola del cartabuche colgando de su bemba de breva atarozada, y los ojos menudos pegados a la jugada como una lapa, la cogió por el aire. Y por debajo de la barba de piña, requemada y estropajosa, que usaba como bigote, se dejó decir sordamente:

—El que ha hecho la fullera, no tiene madre.

Se cuajó el silencio, como un cacharro de leche cortada. El banquero era Manuel Higuera, conocido por el Drago, tanto por su fortaleza de hombre

macho como por la mucha sangre que, de marcas femeninas, picadas de raspafilón y estasajamientos de mayor cuantía, había aliviado en su trapisondienta y risquera vida.

—Cabayeros —dijo el Drago—, aquí naidie, que se haiga visto, ha hecho una cosa torsía con la baraja. ¡Digo yooo! No ostante, aquí... —señalaba con el pulgar barrigudo al Brígido—, aquí, ¿entiende?, ¡diiíse! que no ha cojío una fullera, soltando su mala palabra. Y esooo...

Interrumpió el Brígido, atorrado, rabasquiniento, con los ojos vueltos leznas y liando la cola inverosímil, descosida en los labios por un corrimiento de la humedad.

—Ha dicho, ¡y no me arrepiento!, que el que hiso la fullera no tiene madre.

Pérez vio por el aire la zarzalera. Y entró al quite.

—Cabayeros, háganse cargo. Toos vamos a jeringarnos con una elevada a los dos días de abrí. ¿Qué va a pensá la gente que es jesto...? ¡No, ...mbre, no! Yo tengo que serráa y ir a la carse. Y ustede se queda sin timba por una machangada. ¡No, hombre, no!

—¡Cáyate la boca! —lo plantó de golpe el Brígido.

Y luego, seco, inexorable, dispuesto a formarla contra viento y marea, insistió en negar sordamente la existencia de la madre del banquero. El Drago largó entonces, con un despectivo y ágil golpe de muñeca, la sobajiada baraja, que se estiró como un viejo abanico sobre el tablero de pinsapo, requemado de colas. Y dijo arrente de su bigote gacho:

—¡Aquí, el que no tiene madre, so jediondo, sos tú!

Y ¡riaaan!, al tiempo de la réplica trincó al soslaire una botella de gaseosa de las de seis perras, recién servida para Adrián el Indiano, y se la estampó al Brígido con la más afortunada tela, arrente mismo de la moña.

El líquido corrió alegremente por la cara tostada y matona del hombre, trabó unas burbujas impropias en la pelambrera salvaje del bigote y filtró, por fin, con caspa y ceniza del Virginio hasta los labios reventones e insolentes. La lengua tiró un lance y se llevó dentro la escurridura, con algo en la salida de araña atrapamoscas. En la frente no se había levantado ni un mal gallo. ¡Qué digo un gallo! Ni un pollo con el cascarón pegado. Era de tenique majorero aquella cabeza, usté. Volvió a cuajarse el aire. Ahora se podía partir con un cuchillo de mesa. Únicamente, el boliche de la gaseosa, rebotando como una pelota de tenis de la frente a una botella de cerveza negra del estante, de allí al mostrador y del mostrador a un porrón de lata, interrumpió puerilmente la espesa pausa de segundos. El Brígido jaló rápido por un revólver cubano, con un caño como la chimenea de un correíllo. Y se fajó al tiro limpio. Los circunstantes se hicieron a una banda —¡oh, ya!—, dejando al Drago más solo que la cruz de un camino. Las balas, gordas y largas como puros de La Palma, y silbando como un pastor, lo dibujaban locas y se aplastaban ciegas contra las corcovas del encalado. Cuando el Brígido iba por la cuarta brimba terció Cardenete, un sobrino de Pérez, galletón listo y arrestado, que tenía a su cargo la cantina. Cardenete trincó decidido la pata de un taburete, que estaba allí de antemano

para juez de estos litigios, propios e indefectibles. De tea de la antigua era, usté, y gorda como una viga. Cardenete se quitó de cuentos, levantó el candrai y le metió tan fuerte toletazo al matón en todo lo alto de la melona que lo dejó echaíto, echaíto, como una marea del Pino. ¡Fue como con la mano! Entonces le quitaron el mastrote, lo jalaron como a un saco de papas hasta la calle y aquí no ha pasado más nada. A poco se sintió dentro una voz reanudadora que decía:

—Deme una virada pa arriba...

Fuera, Cardenete sostiene con el guardia esta parrafiada:

EL GUARDIA. ¿Qué tiros fueron esos?

CARDENETE. ¿Cuálos tiros?

EL GUARDIA. ¿Cuálos? Demasiao sabes tú.

CARDENETE. ¿Quién? ¿Yo...? Te tá loco. ¡Tiros, dise! ¡Meeería!

EL GUARDIA. Tiros, sí y áy dentro, que no es lo mismo.

CARDENETE. Áy dentro se han abierto unas gaseosas. Cuatro gaseosas. ¡Si a eso llama usté tiros...!

EL GUARDIA. ¿Y ese hombre tumbao áy qué es?

CARDENETE. ¿Qué es? Una mamada. ¿No lo ve?

EL GUARDIA. Pero en la cabeza tiene un toletazo. Y sangre, si mal no recuerdo.

CARDENETE. ¿Si mal no recuerdo? Lo que tiene es que le fuimos a echar una botella de agua agria pa que refrescara y los equivocamos y le echamos la botella del jarabe.

EL GUARDIA. Ah, ya. (*Se va despacio*).

***

Bueno, pues a este ambiente se incorporó un día Pepe Monagas. Le sentó terrible la timba de Pérez. A tajada diaria, ni nunca tenía una perra, ni en su casa hubo de entonces pa acá paz y buena armonía. Aquel recrudecimiento viró más amarga que la retama a la mujer de Pepe. ¡Los llantos, las escandaleras! ¿Pa qué le voy a contá?

Un día, a fuerza de mocos y babas, lo puso mollar. Adivinando la blandura y cogiendo la baladera de unas frases de él, que traslucían buen deseo impotente, le alumbró un proyecto.

—Estaba pa desirte, Pepillo, que por qué no te vas conmigo ca don José el Espiritista, pa que él te quite de la bebía y de la gallera de Peres.

—¡Mire, señora, hágame el favóoo...!

Nueva llantina. Nuevo amollaramiento. Y la decisión, por fin. Al siguiente día, tempranito, que la señora quería aprovechar lo caliente, encalló el matrimonio ca don José. Delgado él, de un teatralismo pajizo, el Espiritista hizo media docena de arrumacos, recetó tres o cuatro potingues pa en ayunas, pal peso del mediodía y pal solpuesto, y los despidió recogido y seriote.

—Usté dirá cuánto es, don José.

—Nada, señora. Eso no es nada. Cuando lo vea usted sobre la práctica, la voluntad.

—Bueno. Que Dios se lo pague.

—Adiós y dispensá si en algo le ha ofendío —se despidió guasón Pepe.

Pasaron cinco días y Monagas no probaba una copa. La cosa iba de veras. La mujer se hacía cruces y no veía las santas horas de pagar con algo aquel tremendo favor.

Una mañana se lo dijo a su marido:

—Pepillo, ha estao pensando que debíamos hasesle un regalo a don José, que ya veis, hombre, que te ha puesto bueno, quitándote de la bebía y de la gallera de Peres.

Pepe recomendó cautamente:

—Yo esperaba, tú... Mira, sí, déjalo pa más adelante.

A los pocos días la mujer insistió. Había que agradecer al Espiritista su inapreciable trabajo. Y Monagas volvió a recomendar

—¡Más vale que te espéeeres!

—Pero ¿por qué? —preguntaba ella ingenuamente.

—Ooooh, por nada. Pero déjate diiir. Todavía hay tiempo. Aguántate unos días más.

La mujer de Monagas se quitó una mañana de cuentos. Sin decir nada a su marido, compró unos mazos de puros de La Palma, una botella de ron y un talego de nueces y se lo regaló todo a don José el Espiritista. Ya ante él y en un rapto de entusiasmo, sacó diez pesetas que llevaba y se las puso también en la mano.

La tarde del mismo día recaló Monagas por su casa con una templadera tan grande, con una templadera de catorce días de dieta tan imponente, que hasta la camisa la traía por fuera. Cuando su mujer lo vio, cayó como un cortacapote, de un tremendo insulto. Y al volver en sí, media hora después, no quiera usté

oír los gritos, las estupiduras que salieron por aquella boca amarga. Encima, el remordimiento del regalo perdido, fresquito, hecho por la mañana. Y a cuento de él se lamentó entre los insultos:

—¡Pa más —decía— me dejaste hacerle un regalo a don José, que me gasté más de cuatro duros...!

Monagas habló, por fin, luego de un aguantado silencio, solo interrumpido por un hipo majadero:

—¿No le dije que se esperara, señora? ¿No le venía diciendo que esperara, a véee?

56. De cuando Pepe Monagas fue a tomarse unas copas a la botica

Lan dose dadas por la catedral, lan dose y diez por el casino, lan dose y veinticinco por Triana. Todas las calles, como cuando se soltó en La Palma el león de un circo, vacías; y un silencio como una manta sobre la ciudad en peso, acostada con las gallinas. Pepito Monagas y Venturilla el Taita van de retirada para sus respectivos catres, serenitos como una marea del Pino. Esta noche ha sido una noche seria. Fueron a Vegueta a ver a Vitorito el del Pinillo, que ha caído en cama baldado, con un grano en el totizo como una batata de Lanzarote. Al recalar y cuando entran por la plaza de San Bernardo, sienten un rebumbio entre las ramas de su arbolado.

—Escuche, Pepito —se para Venturilla con una intriga, la cabeza cambada y la oreja alerta.

—Eso es —dice Monagas— un bicharraco engrifado que entra de noche en los matos y se gilbana sinco o seis pájaros palmeros, al mou de postre... Son traicioneros. Siempre le ha tenido ojerisa a esos bichos matones.

Los dos se quedan mirando al alto, buscando por el ruido y al filo de las claras el ave nocturna:

—Mire, Pepito, mire pa allí, arrente de aquel gajo desarbolao...

En esta pesquisa pasa y se para un señor vestido de negro él, secarrón él, por todas las trazas del campo. Viene templadito como un requinto y al mou con ganas de enconduerma. Se acerca y con la voz quebrada dice:

—¿Algún aravión a estas horas, mano?

Monagas replica sin mirarlo:

—No, señó. Es la burra de cho Matías que se ha subío áy y está cantando «Marina».

El borracho se lleva la mano al pecho, levanta la cabeza y canta: «Marina, ¿donde estás?». Venturilla resonga:

—Vaya un piano que nos ha caío, Pepito.

—Busque un pilá, ¿oyó?, y hágase la cuenta que tiene la cabesa llena de chochos —le dice Monagas. Y echa a andar.

Al oír esta voz, el entrometido se para en seco:

—Oiga, esa vos... Ese cloquido lo conosco yo...

Monagas se vuelve y se encara con don Manuel Piña Tiesna, de áy de la raya del Bañadero él, que abaja a Las Palmas por fiestas de mucho repique o por líos de aguas y que cuando abaja se echa la tierra por encima. Son viejos amigos. Se conocieron en un baile de candil, en donde hubo un pleito tan malamañado que todo el mundo acabó con la pata de un taburete dando macanazos donde cayeran. A don Manuel, que se había subido a una cama, huyendo de la pelotera, le dieron en una canilla con el espaldar de uno de tea tan fuerte toletazo que cayó como un cortacapote. Monagas le salvó el pellejo sacándolo por una paredilla de la trasera. El agradecimiento y la coincidencia de gustos por los tenderetes los hicie-

ron «iénticos», como decía aquel isleño de muchos plátanos y pesnunciación con arreglo a su palagar para decir «íntimos».

—¡Don Manué! ¡Eemería!

—¡Pepillo! Oye, me estaba goliendo que te iba a encontrar...

—¿Y pa dónde va, si se pue saber?

—Dirás tú que pa dónde iba, porque ende luego ahora ya no voy. Pues iba pal catre, derechito como una vela. Pero ahora vamos a cambiar el velamen, ¿oítes?, y a tirar pa el Camino Nuevo. Si no hay inconveniente por parte de los aquí presentes, digo yooo...

—¡Esus, hombre!

—Usté manda, don Manue —se dejó decir Venturilla, mansito y con los ojos como chopas de vivero, del gusto que le daba pensar que se le venía encima al secano de la noche un pie de copas como un rocío.

Pegaron en el café del Pabellón, que tiene un vinito de Lanzarote que manda las peras a la plaza. Y de sobra sabe Paulino que no es por adularle. Siguieron pa casa de Justo y aquí atracan, más allá desamarran, llegaron a los últimos timbeques cayendo la una. Los echaban a la calle sin remedio por la hora del cierre.

—Mal limpriaíta noche, Pepito —dijo Venturilla en un aparte y mientras don Manuel pagaba—. Los amos queao sin beber, cuando apenas habíamos cogido la embocaúra.

—Cállate la boca, que yo consigo dónde anclar de puertas pa dentro.

Ayudaba don Manuel, que no quería acostarse ni por nada. Había que buscar «un chorrito», según decía él, donde acabar de matar la sed. Pero todas las

tentativas fueron infructuosas. Nadie abría. Los que tenían dentro luz resongaban haciendo la caja en una libreta vieja y de ahí no pasaban. Así empezaron a deambular cabisbundos y meditabajos por las calles desiertas. De repente, Monagas tuvo una idea.

—Vamos a la botica —dijo decidido.

—¿A la botica? Será a beber sotal. ¡Mira, Pepe, vete pal...! ¡A la botica!

—Cállese la boca, don Manuel. Vamos a la botica, le digo.

Comenzaron a caminar hacia la farmacia de turno. Y enseguida dieron vista a la luz roja.

—¡Tierra a la vista! —avisó Monagas.

Llegaron, tocaron, volvieron a tocar.

—¡Vaaa! —se sintió dentro una voz soñolienta y malhumorada.

Entreabrió un mancebo, el pobre con una cara vinagrienta y de sueño que quitaba un hipo majadero.

—¿Train reseta? —preguntó mirándolos desconfiado.

Monagas contestó:

—Pues mire, no. No traemos. Los creímos que...

—¿Qué querían?

—¿Usté tiene hígado?

—Sí hay. ¿Lo quiere en inyectable o en tabletas?

—¿Qué le parece, don Manué?

—Quisá sea mejor las tabletas.

—Sí. Pues mire, espáchelos una botellita de vino yodotánico y unas lasquitas de tabletas, ¿oyó?

57. Entremés: *¿A la costa...? ¡Ni amarrao!*

Personajes:

- Soledad
- Pepe Monagas
- Niña
- Andrés, el patrón de La Frasquita
- Don Esteban el Baifo
- Voz

Un cuartito cualquiera de una casa del Risco, con una cómoda al fondo que intenta aliviar su pesadumbre con una pareja de perros de yeso, una botella con un barco dentro, un ramo de espigas de avena o cualquier otra chuchería de molinillo o tenderete de fiesta. Encima del mueble hay un espejo cuyas barras doradas insinúan orillas de alfalfa bajo la verdosa trasparencia del pedazo de tarlatana que las protege contra las cagadas de moscas. En lo alto de un testero, una ampliación fotográfica de un antepasado con ojos de vidrio y un bigote negro y enroscado, si es varón, y si hembra, un rodete como un pan de Agüimes de los tiempos de don Juan Melián y algo después. También cuelgan de las paredes algunos moldes de escayola ilustrados y una guitarra con una soba de naipes de cafetín en el lomo y en los cuadriles.

El mechinal tiene al fondo un hueco de puerta cubierto con una cortinilla rameada y a un lado otra salida por donde se va a la calle o se viene de ella. En el centro hay una mesilla cojitranca y de pinzapo ruin, al lado de la cual, sentado, Pepe Monagas compone una jiñera. A la banda de allá, otra silla y al pie de esta una cestita de caña con materiales para hacer aros de turrón.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD. *(En la puerta de la calle, terminando una conversación con alguien que ha salido)*. Yo no puedo jaser más náa. Tú le dises eso: que mi marío está aparao *(volviendo un momento la cara airada)*; —¡con la retranca ferrugienta!— y que como lo del turrón está más bien mal porque las fiestitas vienen tan ruines que no se vende arriba de dos fileras, pos, mi niña, que eso... Disle que yo le pago —¡esús, bueno fuera!—, pero que se aguante un pisco más, a vé... *(Cierra y viene al centro, revirada como una panchona)*. ¡Y que no te se caiga la cara de vergüensa delante de esta romería de cuentas, que no parece el cuarto sino un lunes de San Nicolás con la gente agoniáa!

MONAGAS. Siempre se desajera un poco.

SOLEDAD. ¿¡Esajera!? ¿Cuántos han venío hoy...? ¡Cuéntalos! Siete con Manué el der carbón, que tiene rasón el pobre en desir que está más negro de no cobrar que del negosio.

MONAGAS. Dile tú que si cobra pronto, más pronto se lo gasta. Y si se lava, como no está arregostao, agarra su pulmonía. Mejor es que no cobre.

SOLEDAD. ¡Mía pa allá...! Tú lo arreglas too con el choteo. Y lo que tienes que arreglar es esto. *(Le pone delante una mugrienta libreta)*. ¡Mira, empápate! Aquí tienes la libreta de las cuentas, que se cuelga de la paré y sirve de cuadro de ánimas.

MONAGAS. Déjalas por áy que ellas no se pelean.

SOLEDAD. ¡Ya, santísima, tal pachorra quería! *(Se sienta a la tarea de los aros, que manipula hecha un manojo de voladores)*. ¡Peaso de perdulario, afrentoso de mil demonios, que ya no pueo dir ni a la sieca porque pegan a cantarme, ajoto de los fiaos ca Rafaelito el Maúro: «Ni el Maúro duerme ni ella pega un ojo, que los fiaos desvelan como el cafén solo»!

MONAGAS. Mándelas usté a la..., a la esa del Toril a freír bogas, y suculún.

SOLEDAD. ¿Por qué no vas y las mandas tú?

MONAGAS. Mira, no me jagas jablar, ¿oíhtes? Déjame el alma quieta ya.

SOLEDAD. ¡Eso quisieras tú, que te dejara tranquilo, ñandú...! Mira que pudiendo enrolarse otra ves pa la costa, a ganarse sus perras como Dios manda, querer quearse apalastrao aquí como si estuviera baldao de un redoma.

MONAGAS. ¡Vaya un guineo, mano...! ¿Pero usté ha visto el empeño de la criatura esta en que trabaje en lo que ella quiera...? Y esto too el santo día, desde que se tira del catre hasta que abre a roncar otra ves...

SOLEDAD. ¡Natural!

MONAGAS. Será natural, pero usté me va a obligar a cojerle el lomo, cuando yo no quiero castigarla..., pa que no se diga en el Portón.

SOLEDAD. ¡Pa eso sí estás pronto, jeringao: pa los cachetones! Mejor le cogieras el lomo a la mar y tiraras pa la costa otra ves, como van toos.

MONAGAS. Toos, no. Yo veo mucha gente sentáa en la plasuela...

SOLEDAD. ¡Y arriba que me calle! ¡Y trabaje usté y rómpase el alma pa que el caballero ande de belingo, beberretiando y sabe Dios en qué esquinas y callejones de Fuera la Portada...!

MONAGAS. ¡Vaya un piano que me ha caío, caballeros...! *(Perdiendo un poco la calma)*. Mire, señora, repare en lo que dise, ¿oyó?, no sea que vaya y se me acabe el pisco de pasiensia que me quea y pegue el cachetón y... Bueno, en consumías cuentas, que mejor es que se tupa de una ves.

SOLEDAD. ¡El que tiene que reparar sos tú! ¡Y si quieres pegarme, pégame! ¡Áy tiene el pírgamo! Pero te juro que me oyen los esperríos jasta en los Poyos del Obispo. *(Se desinfla y jirimiquea un poco)*.

MONAGAS. Bueno, ahora la llorona. Déjalo ya, deja eso ya, muchacha... Tú no tienes sino que estás con los nervios engrifaos del levante.

SOLEDAD. Si tú llamas levante a un rosario de drogas... *(Calmada)*. Pero criatura, ¿tú no ves que si te doy conduerma con la mar es por tu bien y el de la casa?

MONAGAS. Ese tono ya es harina de otro talego. Si usté se mantiene así, tranquilita, yo le voy a ja-

blar con rasones. Mire, de una, yo no vuelvo a la costa porque mareo tan resio que jasta un bolinche de gaseosa que me tragué siendo chico lo largué en el último viaje, a los cuarenta años de llevarlo dentro, que se dise y no se cree. De otra, no me embarco porque a mí el pescao..., bueno, me gusta, sí, pero en un buen caldo. ¿Usté me va entendiendo?

SOLEDAD. ¡Masiao que sí! ¿Pero y el carbón y el aseite y las papas y las prevensiones, de aónde...?

MONAGAS. Too se va arreglando, mujer. ¿Tú has visto trabajar alguna ves a los pájaros palmeros...? Pos ninguno se ha muerto toavía de jambre, a lo menos pa el Registro.

SOLEDAD. Pos si no quieres volver a la pesca, busca trabajo en otro sitio.

MONAGAS. Usté se ha empeñao en buscarme a mí una ruina. ¡No quiero trabajar en ningún sitio, porque de repente falta algo y pegan de mí! Y a mí no me saca nadie los colores a la cara... Aunque tu cabesa no te alcansa, te voy a desir más: el hombre que trabaja es porque no sirve pa otra cosa.

SOLEDAD. ¡En total, que no quieres jaser náa! Y después: «Ponme la comía» y «recaliente usté el potaje», porque el caballero viene tarde, y esto y lo otro. Y arriba: «¡Que no me gusta el potaje, que no quiero sino cahne con papas!»...

MONAGAS. ¿Casne con papas tú...? Potajito de enreaeras y apare en la esquina.

SOLEDAD. Lo que quieres, ya está visto, es seguir aquí escarranchao. ¡Y tira tú, Soleá, pa onde quiera que hay un festejo, con los turrones a cuestas, a

regatiar con los maúros y a coger sereno! Está muy bien. Tú no trabajas, pero yo cojo mis tereques y tiro pa ca mi madre. ¡Y aquí te queas tú pa que te esparganees solo!

MONAGAS. Usté no se va pa ningún lao, no sea boba.

SOLEDAD. ¡Veremos a ver!

MONAGAS. *(Cariñoso)*. ¿Pero ónde vas a dir tú, totorota, si desde que eras una pollonsita y me conosiste ya no podías parar sin mí...? Una noche sola que te falte, te pones que coges las vigas del techo.

SOLEDAD. *(Complacida, pero haciendo esfuerzos por disimularlo)*. Sí, échatela ahora.

MONAGAS. Pos claro que sí. ¿Y quién te iba a calentar a ti los pies, geniosa, cuando parese que los traes de ca Andresito el del Hielo...? Tú dame liña y déjate dir pal pie, que too se va arreglando. No hay náa en este mundo como dejarse dir pal pie. *(Llaman de la calle)*.

SOLEDAD. Sigue la guaracha. ¡Otra cuenta!

MONAGAS. O un cáido, ¿quién sabe? Yo tengo hoy una corasonáa, Soleá. Hoy entran aquí cuartitos frescos y descansaos, usté verá. *(Vuelven a llamar)*. ¡Contesta, muchacha!

SOLEDAD. ¿Quién?

VOZ. *(De niña, fuera)*. Soy yo, usté, Solesita.

MONAGAS. ¡Otro inglés!

SOLEDAD. *(Con retintín, mirando a su marido)*. Entra, mi niña, entra pa dentro.

NIÑA. *(Entra. Habla con «tinete»)*. Solesita, dise mi padre que le pague; que si no, le pega...

MONAGAS. ¡Sss...! Oye, mi niña, ¿de quién sos tú?

NIÑA. De Rafaelito, el de la tienda.

MONAGAS. ¡Ah...! Pos mira, tú le dises a tu padre que dise Pepito Monagas que a los matones se los llevó el barranco con las pitas y las tabaibas, ¿oíhtes?

NIÑA. *(Simplona perdida)*. Sí, señó.

SOLEDAD. ¡Niño! ¿No ves que la niña se equivocó? No dise que te pega, sino que le pagues.

MONAGAS. ¡Vaya una epidemia, caballeros! Too el mundo «pague», «pague»... ¿Y cuánto es, mi niña?

NIÑA. Aquí está el papé. *(Le entrega una hoja de libreta)*.

MONAGAS. ¿Y esto qué es, quería...?

SOLEDAD. ¿Qué va a ser? La cuenta.

MONAGAS. Pos yo no veo aquí más que chochos y palotes... Mira, dihle a tu padre que se equivocó. Que en ves de la cuenta me mandó el plano de una caena de papas y millo.

NIÑA. *(Impermeable)*. Dise que son nueve pesetas y un riá.

MONAGAS. Ah... Pos tú le dises que como tú eres chica no te las doy, no sea que vayas y las pierdas por el camino.

NIÑA. Güeno. Adiós.

MONAGAS. Que te vaya bien. Y echa por la sombrita. *(Sale la niña)*.

SOLEDAD. Ya sabes lo que tienes que jaser: coger el tole y dir a pagarle.

MONAGAS. Iré, no se agonie. Esta tarde, antes de las seis, tiene el maúro su dinero. Hoy entran cuartos frescos aquí. Te digo que tengo la corazonada... *(Vuelven a llamar en la puerta)*.

SOLEDAD. Drogas llaman otra vuelta.

MONAGAS. Y si no fuera, ¿qué cara ponía usté entonses?

SOLEDAD. ¿Quién?

VOZ. *(Fuera)*. ¡Pas! Soy yo, comá Soleá.

MONAGAS. Ah. El patrón de La Frasquita. ¿Se le debe algo a él?

SOLEDAD. No. ¡Y es al único!

MONAGAS. ¡Qué provocativa sos! Mejor te callaras ya... Adentro, compá Andrés.

ESCENA TERCERA

PATRÓN. *(Un «roncote» con pan y con qué comérselo. Envarado de por sí, el traje de los domingos y los zapatos —dos bardinos con una presa en cada ñame— lo entiesan como a un difunto vestido para el viaje de las plataneras. Tira de una vieja pipa con tal ansia que se le pegan los cachetes. Apenas entra, se quita los zapatos, sin poder disimular unos camangos dolorosos)*. Buenas, Solesita y la compaña.

SOLEDAD. Adiós, Andresito.

MONAGAS. ¿Qué dise el hombre?

PATRÓN. *(Algo turbado)*. Pos...

MONAGAS. ¿Y qué viento lo tumbó, patrón?

PATRÓN. Es que diba aquí lantre... Ca lo eso de la... Pa aquellar el... Y me dije, digo... Deja que voy a... ¿Usté entiende?

MONAGAS. ¡Sí! Está clarísimo. Usté diba a cá la eso a aquellar el que lo otro... Y mi mujer, como tiene un barrenillo que hay que echarle jurona pa que salga, pos fue... ¿A dónde fuihtes tú esta mañana, Soleá, que espantaste de aquí lo menos una hora...?

SOLEDAD. *(Mintiendo malamente)*. A la plasa. ¿No te lo dije, niño?

MONAGAS. ¿Pa qué eres embustera, muchacha...? Tú caihtes ca Andresito. Como está el barco al salir, fuihtes pa que viniera a soliviantarme. ¿No es así, mano Andrés...?

PATRÓN. Hombre, yo... Usté, Pepito, esto... ¿Qué quiere que le diga? La mar, ya sabe. Y a mí no, pero... Aquellando, pos... ¡Digo ya! ¿Usté entiende?

MONAGAS. Hombre, entender, lo que se llama entender, no; pero lo calo... Y le voy a desir a usté tamién: no voy más a la costa. Por muchas rasones, ¿sabe? Y una de ellas, porque estoy en dedicarme otra ves al negosio de los cáidos.

PATRÓN. ¿Cáidos de acuaslos?

MONAGAS. Pos de endengar timples y guitarras, de arreglar istalasiones elétricas; de poner inyesiones, de comprar y vender pájaros pa los ingleses del Yova; de haserle sus trampitas a la lus, que tengo un modelo que no lo trincan ni con el radar, y sétera, sétera.

PATRÓN. No escarmienta, rayo. Siempre que se ja metío en negosios ja salío cachiporriao.

MONAGAS. Según.

PATRÓN. Usté lo sabe. Y de pájaros, ¿pa qué? ¿Se acuerda cuando le vendió a un chone un pájaro cojo, con una pata comía, que lo llevaron al semento porque usté no quería aflojar los cheslines que le alevantó...?

MONAGAS. ¿No me voy a acordar? Pero tamién me acuerdo que yo tenía rasón. Lo que yo le dije al míster: «¿Usté pa qué lo quiere, pa cantar o pa bailar?».

PATRÓN. Rasones... Güeno, que tengo mucho que jaser. ¿Se enrolea otra vuerta pa la costa o no se enrolea?

MONAGAS. Ya lo ha dicho usté, Andresito.

PATRÓN. Deje el cambulloneo, mano Pepe, y péguese a un trabajito desente y de toos los días arreo, no sea tolete.

SOLEDAD. *(Engrifada, estallando)*. ¡Jasle caso, perdulario, peaso de mil demonios, y tira pal Moro, que más vale la mar que la cársel!

MONAGAS. Vosotros no arrempujéis, señora. *(Al patrón)*. Mire, patrón, déjeme que lo rumie esta noche con el cabesal. ¿Cuándo sale La Frasquita?

PATRÓN. Al alba de pasao mañana levemos. ¿Tonses está más animaíllo?

MONAGAS. Hombre, animaíllo... lo que dise animaíllo, no. En tres, na más.

PATRÓN. ¿En tres...?

MONAGAS. En tres, claro: dos pa quearme y una pa dirme...

PATRÓN. Rasones.

SOLEDAD. ¡Mía que josico!

PATRÓN. *(Levantándose)*. Pos si se embulla, leva, tumba pa mi casa y me avisa. ¿Qué le digo, Soleaíta?

SOLEDAD. Que le vaya bien, Andresito. ¡Qué le vamos a jaser! De un morrocoyo no ha salío nunca un fotingo.

PATRÓN. Rasones. *(Sale)*.

MONAGAS. *(A su mujer, que desde la puerta se le vuelve elementada)*. ¡Ssss! Si me vuelves a sermoniar no hay ni costa, ni cáidos, ni náa. Que ya tengo la cachimba llena. *(Ella se sienta mascando el freno)*. No se me quita la corasonáa. Antes de orasiones, cae aquí dinerito fresco, no te agoníes. *(Llaman recio de la calle)*. Áy lo tienes. ¡Contesta, muchacha!

SOLEDAD. ¿Quién?

VOZ. *(De hombre, fuera)*. ¡Soy yo! ¿Se puei? ¡Si no se puei es lo mesmo!

MONAGAS. *(Abacoradillo)*. ¡Santiago bendito, don Esteban el Baifo a cobrar la casa...!

SOLEDAD. Anda, dihle también al amo del Portón que estás en tres...

MONAGAS. *(Con su mejor flema de pícaro)*. Mira, Soleá, me voy a meter áy detrás, ¿tiendes? Y tú le dises al Baifo que salí... Que fui pal puerto y que me quearé a comer en el Refugio, ca mi compadre Chano Rapaúra, por ejemplo.

SOLEDAD. ¡Yo no le digo naíta este mundo! ¿Tú no sos el palo de la casa? ¡Pos aguanta la vela!

MONAGAS. Es que esto pasa de vela pa ser velorio... Y mira, jasme caso a mí, que ya sabes que soy de confiansa. Dihle lo que te ha dicho. *(Se oculta tras la cortina de la puerta del fondo)*.

VOZ. *(Después de volver a llamar fuerte)*. ¿Vas a abrí o no vas a abrí?

SOLEDAD. *(Busca y se pone un pañuelo a la cabeza y contesta al cabo quebrando mimosamente la voz)*. ¡Aspérese, cristiano, que estaba tiráa en la cama con una jaqueca! *(Abre)*.

ESCENA CUARTA

DON ESTEBAN. *(Entra como un toro hasta la mitad del cuarto, donde se planta mirando gacho alrededor. Viste de negro, con cachorra y botas de tirillas elásticas. Las bombas y los resuellos de la chopa que tiene por nariz se pierden bajo la manigua de un bigote negro y rebellado. Para hablar —con enmarcado acento campesino— tumba el cogote a una banda)*. ¡Ya sabes a lo que vengu!

SOLEDAD. *(Ingenua)*. Pos mire, no.

DON ESTEBAN. ¿Qué dises tú? *(Buscando con manos gordas y nerviosas entre un fleje de recibos)*. Aquí están. Son siete meses y vensíos, ni unu menos. ¡Y vengo a cobrahlos a rajatolete! Ya no aguantu más, que toa sincha tiene su bujero úrtimo.

SOLEDAD. *(Siempre con el mismo aire)*. ¿Siete meses, don Esteban? Pa mí que eran más, ya usté vei.

DON ESTEBAN. ¡Ah!, ¿te paresen pocus?

SOLEDAD. No. Asín... Pos mi marío no está, usté.

DON ESTEBAN. Yo no he venío a ver a tu maríu, que dende que me trabajó la tartana, no lo trago ni con conduto. Lo que vengo es a cobrar.

SOLEDAD. Ah, a cobrar... Pos como no se asiente...

DON ESTEBAN. ¿Qué dises?

SOLEDAD. No, naa.

DON ESTEBAN. Y no quiero detenensias, ¿oíhtes?

SOLEDAD. Si usté está aquí es por su gusto, don Esteban. Ni naide lo estaca, ni naide lo arrempuja.

DON ESTEBAN. ¿Ya me vienes con puntitas, como Pepe...? Saca los cuartos de una ves y no me andes con requilorios, que traigo la sangre como un mojo colorao.

SOLEDAD. ¿Pero y de ónde los saco, don Esteban de mi alma, si yo no tengo y Pepe no está aquí?

DON ESTEBAN. ¿No está aquí? ¿Pos ónde se mete el bergante ese? Al mou se habrá embarcao...

SOLEDAD. ¡Qué más quisiera yo!

MONAGAS. *(Asomando un instante la cabeza tras la cortina)*. ¡Y yo!

DON ESTEBAN. *(Escamado)*. ¿Qué...? *(Soledad tose y hace gestos de no haber dicho nada)*. Pos mira, le dices de una ves pa última al belillu de tu marío que son siete meses, entrando en ocho. Que el que entra le pego arrente un desajusio como la máquina de la China.

SOLEDAD. Como la máquina de la China, sí, seño.

DON ESTEBAN. *(Guardando atropelladamente los recibos)*. ¡Pos no fartaba más con estos arranclines, viviendo como las garrapatas toa la santa vía! ¡Desgraciaos!

MONAGAS. *(Sacando un momento algo más que la cabeza)*. ¡Eso no me lo dise usté en la calle!

DON ESTEBAN. *(Agresivo, a Soledad)*. ¡Sos una mujer, si no te lo desía en medio de Triana!

SOLEDAD. Oiga, fohforito, que yo no fui, ¿se entera?

DON ESTEBAN. ¡Murió el cochinu! ¡No espero sino el mes que va corriendu! Pa últimos, compro media peseta de papel de barba, le pego al canto arriba sus impólisas o sus sellos inmóviles y ¡a arrancar la caña se ha dicho! ¡De mí no se chotea ningún imberse como tu marío!

MONAGAS. *(Sale calmoso y amenazador)*. No se dise «imberse», don Esteban. Se dise *(echándoselo en la cara)* «¡to-le-te!». Too se lo he resistío, menos eso. Fíjese cómo tengo el pañuelo de morderlo, pa aguantar. *(Le muestra un pañuelo desgarrado)*.

DON ESTEBAN. *(Con cierto cerote)*. ¡Ah! ¿Pero estabas áy...?

MONAGAS. ¿Pos no lo ve, faltón?

SOLEDAD. *(Asustada, colgándosele al cuello)*. ¡Pepe, que te vas a desgrasiar!

MONAGAS. ¡Lárgame...! *(Dramático)*. ¡Arrímense las mujeres!

DON ESTEBAN. ¡Si te atreves a ponerme una mano arriba, te meto debajo del jues con tal embrujina de papeles, que más nunca te aclaras!

MONAGAS. *(Perdonándole la vida)*. Mire, lo vamos a dejar... ¡Pero no por usté, que no merese ni un soplo en un ojo, sino por su mujer y sus hijas, a las que apresio!

DON ESTEBAN. *(Otra vez envalentonado)*. ¿Ya me vienes a sacar la llorona, pa que ablande...? ¡Te conosco, que sos un almanaquiento!

MONAGAS. ¡Ya está destupiéndose otra ves...! ¡Cállese ya, hombre, cállese...! Si su mujer y sus niñas, que se han virao de sosiedá, lo vieran como un aguililla en este Risco...

DON ESTEBAN. A mí no me interesa na.

MONAGAS. ¿Quiere dejarme jablar de una ves...? Si lo vieran por el bujero de una llave las visitas de su mujé y las amigas de sus niñas, ¡jágase cargo del deshonro...! Estoy seguro que doña Candelaria caía en la cama como un cortacapote.

DON ESTEBAN. ¡No sé por qué! Estoy defendiendo los intereses de ellas.

MONAGAS. ¡De esa manera afrentosa!, ¿verdá...? Al moo no se acuerda ya del ataque que le dio en el casino a su señora, cuando usté dijo, alta vos, que su jija Pilar le había dicho que no al niño de don Pedro, porque era «un jediondo». ¡Mía qué palabra p'al Gabinete!

DON ESTEBAN. Bueno, no me saques trapos viejos, que yo no he venío a eso, ¿oíhtes?

MONAGAS. De sobra sé que no. Pero es que me da de cara. Y, además, quiero desirle una cosa, ¿oyó? Usté lo que es, es un mal agradesío.

DON ESTEBAN. ¿Mal agradesío, por qué...?

MONAGAS. ¡Fíjate, Soleá, y lo pregunta...! Ya no se acuerda que estuve más de dos años trabajando con una tartana suya, cuando se vino de arrancá de Agüimes pa arriba, que entonces le desían a usté don Esteban el Baifo, porque venía serrerito perdío...

DON ESTEBAN. Si me sacas el dichete otra vuelta, vamos a tener rifi-rafe. ¡Te lo digo!

MONAGAS. Tá bien, yo no le digo Baifo más. Pero acuérdese de que entodavía le desían a usté don Esteban el Baifo cuando su mujer y sus niñas se

ponían unos sombreros pa ir a misa de dose, que venía gente jasta del puerto pa verlas salir...

DON ESTEBAN. ¡Y dale con la matraquilla...! Te digo que yo no ha venío más que a cobrar, y de lo demás no quiero saber na.

MONAGAS. Pos yo sí quiero saber, ¿tiende?, porque fi yo el que llevó las mujeres de su rancho ca las niñas de Antunes, que trabajaban como figurines de pa fuera. De entonses p'acá se jisieron gente. ¡Lo mihmo que usté! ¿Quién se dio sus vueltas, sino yo, pa que no le metieran la bola negra en el casino y lo jisieran sosio... ? ¡Ah!

DON ESTEBAN. ¡Sí! Pero aluego prinsipiahtes a comerte la tartana: primero, el rollón del caballo, dispués la alfalfa..., y jasta el rabo del animal se lo pelahte y se lo vendihtes a un moro pa jaser anillos de pelo. ¡Ah!

MONAGAS. ¡Otra ves con el quejío del rollón y del rabo del caballo...! Una cosa del año del pendón...

DON ESTEBAN. Güeno, yo no quiero más tarameleo, ¿oíhtes? Si estabas áy, ya sabes la cartilla.

MONAGAS. Tá bien, pero venga acá, que tenemos que jablá yo y usté. Yo estaba incluso pa dir a su casa, mire.

DON ESTEBAN. ¿A pagar...?

MONAGAS. ¿A pagar? ¡Vaya un visio que ha cogío este hombre con esa palabra, con lo feíta que es...! Yo quería verlo pa jablarle de un negosio, cristiano.

DON ESTEBAN. ¿Un negosio de acuálo...?

MONAGAS. Mira, Soledaílla, ponle una sillita que no esté coja aquí a don Esteban.

DON ESTEBAN. Yo m'alcuentro bien de pien.

MONAGAS. Asiéntese, no sea baifo.

DON ESTEBAN. ¡Te ha dicho que dejes el dichete quieto, Pepe!

MONAGAS. Güeno, pos no me provoque usté a mí... Ande, asiéntese. *(Don Esteban se sienta, entre aturdido y escamado)*. Pos mire, resurta que mañana llega al puerto un Yova, que creo que viene tan estivao de chones que le echan uno más y acaba como el Suleica. Usté sabe, de otra parte, que de cuatro meses p'acá se ha metío esa enfermeá de los pájaros, que pegan a engrifarse, como las gallinas de Agüimes; y de ahora pa después, ¡suculún!

DON ESTEBAN. Una apiemia de gogo que se encendió. A mí me amanesió un capirote tieso.

MONAGAS. No, y que se está corriendo, además. De unas chiquitas de aquí detrás, que las llaman Las Alpispas, ya se han muerto dos... Bueno, pos yo sé de un sitio en Tafira Baja, ¿oyó?, donde hay unos cuarenta pájaros que de amarillitos y gordos son como una carga de naranjas de la Jiguera Canaria...

DON ESTEBAN. *(Malicioso, cayendo)*. ¡Ah...! Y tú...

MONAGAS. ¡Ta claro! Yo me tiro un salto arriba, compro —regatiando, como la gente rica— y al alba estoy en la punta del muelle. Pa horas de almuerso, don Esteban, me tiene usté de recaláa con más de sien duros en el bolsillo. ¿Qui hubo, viejo...?

DON ESTEBAN. *(Rascándose, desconfiado, el cogote)*. Ju... Y tú querías...

MONAGAS. Pos un sosio capitalista. Está clarito... Soledá, tráete un pisquito de vino, mujé, p'aquí, pa don Esteban y pa el que suscribe... *(Soledad trae*

y sirve unos vasos). Mire, usté es el que tiene los cuartos y usté entra en el negocio. ¡Los amigos son pa los amigos, don Esteban!

DON ESTEBAN. *(Todavía algo durillo)*. ¿Y cuánto quieres tú...?

MONAGAS. Son... Póngale cuarenta pájaros... *(Hace una cuenta con los dedos y una lengua tan torpe que no se le entiende una palabra)*. Mire, usté me da a mí —¡pa dir sobre lo firme, que yo le devuelvo lo sobransero!— sincuenta duros...

DON ESTEBAN. *(De un brinco se queda en pie)*. ¿Sincuenta duros...? ¿Pero tú vas a comprar pájaros o una fanegá de plataneras...?

MONAGAS. ¡Pero qué brutito es, señores...! Luego se queja de que le digan Baifo... Asiéntese y reflexione, cristiano, ande. Mire: hamos dicho cuarenta pájaros, ¿no? Usté póngales machos con hembras —¡pa nosotros, que pa los ingleses son toos machos!— a seis pesetas. Son dossientas cuarenta, si los palotes no mienten, y dies pesetas p'al pirata. ¡Mire ver!

DON ESTEBAN. ¿Y quién me garantisa a mí...?

MONAGAS. ¡Oh, padrito! Si empesamos a jablar de boberías... ¿Y a mí quién me garantisa, vamos a ver?

DON ESTEBAN. ¿A ti, de qué?

MONAGAS. ¡De qué dise, Soledá, fíjate...! Pos de que usté me va a emprestar los sincuenta duros.

DON ESTEBAN. Eso es otra cosa.

MONAGAS. ¿Otra cosa? Esa es la madre de la baifa, mi amigo. Si usté no afloja, me perjudico yo.

DON ESTEBAN. *(Rascándose una pantorrilla)*. Sí, asín como tú lo pintas... ¿Y cómo entramos a ganar...?

MONAGAS. Según la pluma y el estilo de folias que cada pájaro tenga, yo vendo de sinco a siete duros. Usté me da un tollito por cabesa de ganao, y el remanente pa usté.

DON ESTEBAN. *(Codicioso)*. Tá bien... Pero oye, Pepillo, ¿no podríamos jaser un papelito, con una firma...? ¡Como tóos semos jijos de la muerte!, ¿ohítes?

MONAGAS. ¡No tenga cuidao! Entoavía damos el requilorio los dos un rato largo. Deje los papeles y saque los cuartos.

DON ESTEBAN. *(Remolón)*. Güeno... *(Saca un pañuelo y desata de una punta los billetes)*.

MONAGAS. ¡Pero don Esteban de mi alma!, ¿pa qué lleva el dinero áy, teniendo una cartera, cristiano...?

DON ESTEBAN. Es que se me perdió el impendible grande que tenía pal bolsillo y por dejadés no ha comprao otro... Toma... Güeno, ¿y cuándo te dejas ver?

MONAGAS. Ay p'al sol puesto, en El Camello.

DON ESTEBAN. Ni una palabra más. Jasta mañana. *(Se levanta e inicia la salida)*.

MONAGAS. Que le vaya bien, me alegro, don Esteban. *(Parándole en la salida)*. Pero oiga, don Esteban, ahora que me acuerdo: ¿Usté no vino a cobrar?

DON ESTEBAN. Pos... *(Acordándose y poniéndose de nuevo en casero)*. ¡Oye, pos a eso vine, sí! ¡Y te voy a desir una cosa...!

MONAGAS. *(Digno)*. ¡Sss...! ¡No me diga naa! Nosotros podemos tener nuestros dimes y diretes, y yo mis atrasos, ¡pero lo que es pagar...! ¿Ta loco? Yo le debo a usté siete meses vensíos. El que va corriendo, déjelo correr... A siete pesetas —que aquí pa nosotros es más dinero de la cuenta—, son cuarenta y nueve. *(Le alarga un billete)*. Tenga, cóbrese y alije la vuerta.

DON ESTEBAN. *(Da el cambio y entrega los recibos. De pronto se da cuenta)*. ¡Pero, oye, resurta que me pagas con el dinero que yo...!

MONAGAS. ¿Usté ha cobrao o no ha cobrao...? Pos entonses, cállese la boca y váyase tranquilo. *(Lo empuja suavemente hasta echarlo)*.

SOLEDAD. ¡Pero, muchacho...! ¡Esús, madrita mía del Pino, tal repoquísima vergüensa...!

MONAGAS. Déjate dir, que no es pa tanto... Mira, toma, pa que pagues las nueve pesetas y el rial de Rafaelito el Maúro; esto, pa el lechero; un duro para Maestro Luciano, que me vendió unas cuerdas del timple; sinco duros pa que compres cahne con papas, a ver si la comemos un día; dos duros pa un chehne, y cuatro duritos pa que te compres un vestío nuevo. Mira a ver si hay más cuentas...

SOLEDAD. ¡Pero, muchacho! ¿Y los pájaros...?

MONAGAS. ¿Los pájaros...? En la asotea. ¡Chica insalla de palmeros! Voy a terminar los falsetes de la jiñera, pa ponerla a pajarear arriba. De aquí a la tarde tengo más de cuarenta.

SOLEDAD. ¡Esús, tal desgrasia, quería de mi alma, que le dijo canarios!

MONAGAS. ¿Y qué? Yo le mando los palmeros a Maestro Juan Amaro pa que me les dé una buena manita de pintura naranja, y asunto concluso.

SOLEDAD. ¡Ay, mi madre, que me veo subiendo con el sesto de la comía por el Árbol Bonito!

MONAGAS. Usté no tiene que subir na más que el callejón de la Vica, de la plasa pa arriba. *(Llaman fuerte a la puerta)*.

SOLEDAD. ¡Ay tienes al guardia...!

MONAGAS. ¡Me estraña! Entoavía no puée ser. *(Vuelven a llamar fuerte)*. ¿Cuánto es...?

VOZ. *(Fuera)*. ¿Quieren langosta...?

MONAGAS. ¿Qué dice?

VOZ. *(Fuera)*. ¡Langosta viva! ¡Que si quieren langosta!

MONAGAS. ¡Ah, ya! Creí que pa la costa. ¡Porque pa la costa, hermano, ni amarrao...!

58. Entremés: *A mí lo que me jeringa son los abusos*
(Un paso de Pepe Monagas. Segunda parte de *¿A la costa...? ¡Ni amarrao!*)

Personajes:

- Pepe Monagas
- Andrés, el patrón de La Frasquita
- Soledad
- El Caroso
- Carmelo
- Don Esteban el Baifo

Un cuarto trasero muy modesto, de un portón. Puerta practicable en el lateral izquierdo. En las paredes y por el suelo, cestas, redes, cañas, remos y otros arreos de pesca. Algunas sillas viejas y una mesilla en el fondo.

ESCENA PRIMERA

Al comenzar la acción, la escena está en penumbra. Dentro se oye una alegre risa, a cuyo final alguien canta, siguiéndola un estribillo coreado por hombres. En seguida que termina, entran Monagas y Andrés endomingados, satisfechos y alegres. Pepe trae un quinqué encendido en las manos y Andrés, el patrón de La Frasquita, una botella y dos vasos, cosas que dejan ambos sobre la mesa. Monagas, enchapadillo de beber, trae una expresión optimista y feliz. El mis-

mo estado de ánimo acusa Andrés, a pesar de que le aprietan los zapatos.

MONAGAS. Arrejálese pa acá, compá Andrés, que aquí estamos más frehquitos.

ANDRÉS. A lo menos no pisan a uno, rayos, que entre el rebumbio y los sapatos escaldones tengo los pieses como chopas de vivero.

MONAGAS. *(Sentándose muy cómodo)*. Largue el lastre sobre la mesa y asiéntese por áy.

ANDRÉS. *(Respirando con satisfacción)*. ¡Vaya un tenderete desente, compaire! Too sobransero y too en un jasío... Ende luego, hay muchos años que aquí, en este Risco, no navegaba un bautismo con tan buen viento y marea tan echaíta. Toas las que yo recuerdo se han arriao antes de tiempo por mor de algún marejón.

MONAGAS. Corrientito...

ANDRÉS. Oiga, compadre, ni que juera del campo.

MONAGAS. Sí, señor. Y jablando de too un poco, usté no me púo embarcar pa la costa, pero en cambio me embarcó de padrino en este bautismo.

ANDRÉS. Y muy satisfecho que estoy, ¿oyó? Naide mejor que usté.

MONAGAS. Pero mire, entoavía me parese peor ocurrencia traer un chiquillo dispués de viejo. ¿Qué fue eso, compá Andrés?

ANDRES. *(Regocijadillo)*. ¡Qué sé yo, compaire! Enralos de la comadre... Ni acordarme me acordaba yo ya, pa que usté vea... Miusté, a los ocho años de casao.

MONAGAS. Oiga, parese un partío de envite, dao que el hijo único los han tenío en piedras de ocho matrimoniales; usté que «¡envío!», y chico primero... *(Ambos ríen alegremente)*. Usté es más viejo que la comadre...

ANDRÉS. Le paso unos nueve años... Ya ve. Toa la travesía del matrimonio engóo va, engóo viene, lanse va, lanse viene, por ver de entramallar un guayete, y por la mañana un cangrejo. Y dimpués de pasao, pescando en el parque, como el otro que dise, la saifía que va y sale, compaire.

MONAGAS. Pero así ha andao más liviano.

ANDRÉS. No se crea. Siempre hamos tenío una gran pena con eso. Losotros sin un jijo y las otras comadres como curielas. Bastante que ha llorao Calmela la mía. Las lágrimas le sirvieron de conduto, compaire... Lo peor es que pegaba de mí...

MONAGAS. Güeno, no se abatate ahora. Ya lo tiene y se acabó.

ANDRÉS. Oiga, compaire, aquí, en confiansa, pa losotros dos: ¿A usté se le parese a mí?

MONAGAS. *(Aparte)*. ¡Adiós! Ya me echó la jurona este... *(Alto)*. Hombre, yo... En realidá, yo le ha echao una mala vista... Síií... Morenillo y menúo es... Pero mire, los muchachos, en estas alturas, a lo que se parecen es a una machanga.

ANDRÉS. Rasones... Pero mire, compaire, a mí se me ha metío un barrenillo con una cuenta, ¿sabe? No me salen sino seis meses, usté... Tres pa di a la costa y tres pa vení... ¿No le da quee pensá...?

MONAGAS. Pos mire, no... Usté saca seis: tres pa di y tres pa vení. Y mes y medio de día y mes y medio de noche, son tres más. La cuenta.

ANDRÉS. *(Satisfecho)*. Rasones. El que no sabe es como el que no vey.

MONAGAS. Pero mire, deje las cuentas allá y jágase el loco, ¿oyó? No hay náa como jaserse el loco... Y ahora arríe velas, que las cosas no están pa enralos. ¡No se deje coger la camella, compadre!

ANDRÉS. Haiga mieo. Ahorita, antes que la comadre se ponga güena, voy yo en La Frasquita más de Arinaga pa abajo que de Arinaga pa arriba.

MONAGAS. Lo que siento es que haiga sío un bautismo de pobres, con vinito pelió y galletitas de María...

ANDRÉS. ¡Cállese la boca! ¿Más abundansia ha querío, que jasta ha habío josiqueo de chocolate?

MONAGAS. Pero a mí siempre me ha gustao quear como la gente rica... Y grasias que me cogió con unas perrillas del negosio que jisimos ahora poco yo y don Esteban el Baifo, usté.

ANDRÉS. Milagro se casó con usté, con lo desconfiao que es.

MONAGAS. Conmigo amarra bien, que yo le manejo la liña como usté pescando viejas.

ANDRÉS. ¿Y le dejó mucho?

MONAGAS. Oh, le pagué sus atrasos de alquileres y saldé los fiaos de las tiendas, que en cáa una tenía una libreta con chochos y palotes que era un sercao.

ANDRÉS. Vaya... Algún asunto de fruta...

MONAGAS. ¿Qué fruta? De pájaros... Sí, unos canarios que... que «compremos» entre yo y él, ¿sabe? Él puso el engóo y yo la jiñera.

ANDRÉS. Y ahora, con mi compromiso, se habrá quedao limpio, compaire.

MONAGAS. No se apure. Seguramente me múo un día de estos...

ANDRÉS. ¿Que se múa?

MONAGAS. Sí, señó. Me voy una temporáa «al campo».

ANDRÉS. ¡Qué suerte tiene, rayos!

MONAGAS. ¡Ya lo creo!

ANDRÉS. ¿Y quién lo envita, si se puei saber?

MONAGAS. Recomendao por don Esteban ca unos amigos...

ANDRÉS. Pa Tafira, ¿no?

MONAGAS. Más abajo. En un chaslén que han jecho por el Fielato, antes de llegar al Tanque los Ingleses. ¿Usté sabe ónde está el alfarroguero?

ANDRÉS. ¡Ah! Por arriba de la carse...

MONAGAS. Pegaíto, pegaíto... Allí no nesesito náa. Lo comío por lo servío.

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Soledad, que entra con un niño llorando.

MONAGAS. Ya cayó que jaser... ¿A qué vienes ahora acá con ese guineo? Usté dispense, comadre, pero está uno aquí tan tranquilo...

SOLEDAD. ¡Cállate tú...! *(Al niño, acunándolo)*. ¡Vaya, vaya, vaya, manojito de tollos, piñita tiehna! ¿Tú quieres un peasito de turrón, mi niño?

MONAGAS. Indigéstalo pa que sea peor.

SOLEDAD. Vaya, vaya, vaya, vaya... mi chuchango chico, que te jisieron llorar los galibardos esos... Mira tu padre con la ropa nueva fumándose la chimenea de un correíllo... *(El chico sigue llorando)*. Cójalo, compadre, a ve si se calla con usté.

ANDRÉS. *(Hecho un lío)*. ¿Yo, comadre? ¿Y si va y se cai...? Mire, además, que no tengo ropa con qué mudarme... Déselo a mi compadre, que él tiene geito.

MONAGAS. ¡Sss! Yo ha venío aquí de profesor de idiomas. *(El niño sigue berreando)*. ¡Muchacha, dale un pisco de vino, a ve si se calla!

SOLEDAD. ¿Vino? ¡Ya lo creo! *(Le pone la chupa)*. Tenga tollito, mi niño. *(El crío se calla)*.

MONAGAS. ¡Grasias a Dios!

SOLEDAD. ¡Cállate tú, desamorable! Mejó los hubieras traío tú, pa no estar envidiando a los demás...

MONAGAS. ¿Yo? ¿Pa qué no lo trajihte tú? ¡Pega de mí ahora!

SOLEDAD. ¡Ya lo creo!

MONAGAS. ¿Se fija, compadre? Toas son iguales. Ellas, las resistías; y pague usté prenda.

SOLEDAD. ¡Bueno, bueno, bueno! *(Por el niño, otra vez tierno)*. ¡Fíjese qué lindura, compá Andrés! *(Andrés lo mira embobado)*. ¿Qué dise el morrocoyito, qué dise?

MONAGAS. ¿Qué va a desir? Que te lo lleves pa afuera.

SOLEDAD. ¡Ajó, pispito, ajó!

MONAGAS. ¡Adiós, alpispito, adiós! Que te vaya bien, me alegro.

SOLEDAD. Fíjese, Andresito, fíjese... La carita del padre, pura y pintáa usté... No le farta más que el bigote... *(Acercándoselo al marido)*. ¿No se te parese, Pepillu?

MONAGAS. *(Aparte)*. ¡Ya lo dijo! *(Alto)*. Vete pa afuera, Soleá, no seas comprometeora...

SOLEDAD. ¡Esús, tal repunansia!

MONAGAS. Güeno...

SOLEDAD. No digas que no es guapo...

MONAGAS. Tampoco ha dicho que sea la machanga de Asuaje.

SOLEDAD. Escucha. Estooo... *(Le hace señas por detrás de Andrés)*.

MONAGAS. ¿Qué camangos son esos? ¿Tú estás de niñera o jugando un envite?

SOLEDAD. *(Desconcertada)*. ¡Esús, quería...! Tal hombre afrentoso.

MONAGAS. Di lo que quieras sin tapujos.

ANDRÉS. ¿Ha pasao algo, comadre?

SOLEDAD. Que eso áy dentro es un relajo.

MONAGAS. Pero un relajo con orden, como la cola de la guagua.

SOLEDAD. Como quiera que sea, como el vino se lo han llevao en bruma, está la cosa que se da su aire con la fiesta el Pino.

ANDRÉS. No se apure por medios días, habiendo días enteros, comadre.

SOLEDAD. ¡Quite pa allá, cristiano! Afrenta con esta...

MONAGAS. Ya estás esajerando. ¿Afrenta por qué?

SOLEDAD. Esús, Pepe; paese mentira, hombre. Padrinos de un bautiso onde el vino no arrejundió, no digo pa un pleito, ni pa un rempujón.

MONAGAS. ¿Y quién te ha dicho a ti que no hay vino?

SOLEDAD. Yo, que lo ha estao sirviendo.

ANDRÉS. Rasones.

SOLEDAD. Del garrafón grande quean las raspas, y el chico fue listo.

MONAGAS. *(Molesto)*. ¿No te dije, Soleá, que sacaras un pisco pa nosotros y al sobrante le pusieras cuatro tasas de agua?

SOLEDAD. ¿Y no lo bautisé? Pero al úrtimo, si le pongo más, sale con tirisia.

ANDRÉS. Rasones.

MONAGAS. Pos yo, mi jija, estoy siego en pelea. Más aseite da un torreón de la Sise.

ANDRÉS. No se estén agoniando, compadres.

MONAGAS. ¿Qué dise usté? ¿Usté se cree que yo no tengo vergüensa? Aquí entra vino esta noche jasta pa naar. ¡Dejaría de ser quien soy!

SOLEDAD. ¡Si la boca te cresiera!

MONAGAS. ¿Más entodavía? Mira, te tiras un salto ca Rafaelito y le dises que te suelte unas botijas, que mañana arreglemos.

SOLEDAD. ¿Cuálo? ¿Fiao? ¡No, mi niño! Sin perras vas a buscarlo tú y el alma que tienes.

MONAGAS. *(Cavilando)*. Espera a ver... ¿No había en casa una botella de tres cuartos con vinagre de la tierra?

SOLEDAD. La había y la hay.

MONAGAS. ¿Y no había un poco de asuca de «estrespelo»?

SOLEDAD. Tamién.

MONAGAS. Pos entonses vas y le tocas a Josefa la de los Pirulines. Que te suelte una embosáa de anilina tinta. Con eso jago yo un vino del Monte que si no se muere la gente, se arma aquí un meneo como el de la división de la provinsia.

ANDRÉS. Mire, compadre, como eso no puei ser, yo le voy a dar a usté unos cuartitos que tengo áy pa un encargo en el Moro y con ellos cogemos viento otra ves.

MONAGAS. ¡Sss! Pare la jaca, ¿oyó? ¿Yo no soy el padrino de este bautismo? Pos aquí no jase gastos naide más que yo.

SOLEDAD. ¿Pero y de aónde, condenao?

MONAGAS. Toavía no lo sé. ¡Pero que aquí cae vino esta noche! ¡Esús, hombre! Dejaría yo de ser quien soy.

SOLEDAD. *(Alarmada)*. ¡Tú no la enrees, Pepe, que tengo ya el pomo que, si no fuera por Maestro Hilario, ya estuviera en Las Plataneras! *(Con el grito se despierta el chico, que comienza a llorar)*.

MONAGAS. Otra ves el guineo. Llévate eso pa afuera, muchacha.

SOLEDAD. *(Saliendo)*. Vaya, vaya, vaya, el baladronsillo chico, que ha salío cantaor. *(Sale)*.

ANDRÉS. Oiga, compadre, usté no se apure. A lo mejor ha sío una suerte que se haiga acabao el beberío... Asín terminamos la taifa con calma chicha.

MONAGAS. *(Pensativo)*. ¡Qué va! Tenemos que terminar con vino. Y hay que encontrarlo como quiera que sea... *(En esto se oye dentro un tremendo alboroto con mucho «esperrío» femenino y una voz*

dominante que repite: «¡Arrímense las mujeres! ¡Arrímense las mujeres!»).

ANDRÉS. ¿Qué escorroso es ese, compaire?

MONAGAS. ¿Escorroso? El Caroso, dirá usté, que ya la armó, como si lo viera.

ESCENA TERCERA

Dichos y el Caroso, un pollo levantisco, escurriendo brillantina y con una corbata chillona, que asoma de espaldas, tapándose un ojo con un pañuelo. Soledad, que lo viene empujando, y luego Carmelo, otro galletón de las mismas características, que viene asimismo tapándose un ojo negro.

CAROSO. *(Forcejeando en la puerta por zafarse de las manos de Soledad).* ¡Lálgueme! ¡Tú verás, desgrasiao! ¡Deja que te coja bien puesto, machango, bagañete!

SOLEDAD. ¡Cállate y entra pa aquí, tú, fosforito, que la tenías que armar, mal rayo te coma! *(De un empellón lo lanza al centro. Queda frente al público. Entonces se quita el pañuelo y muestra un ojo «en tinta»).*

MONAGAS. El «V-1».

CAROSO. *(Revirándose iracundo).* ¿Qué dise usté?

MONAGAS. Pos «mira», que la vista es la que trabaja. Si puée.

CAROSO. Deje que yo lo agarre por debajo, al desgrasiao ese, que lo van a recoger como las letras de una imprienta.

ANDRÉS. ¿Con quién te peliahtes?

SOLEDAD. Con Chano Rapaúra.
MONAGAS. Otro que tal baila... Pos te resultó la rapaúra de las de clavo de cañiso.
ANDRÉS. ¿Y por qué se agarraron?
SOLEDAD. Por unos josicones que dise que le jiso Lolilla la del Pilá, que parese que los dos andan alreor de ella.
ANDRÉS. Rasones.
CARMELO. *(Forcejeo en la puerta con unas manos que lo retienen)*. ¡Le ha dicho que me lalge, señó! *(Se zafa y al volverse descubre el ojo negro)*.
MONAGAS. El «V-2»... Ah, ¿pero sos tú, Calmelo?
ANDRÉS. ¿Pero no dise que fue con Chano Rapaúra, y ahora aparese Calmelo?
CARMELO. Es que yo me metí a desapartarlos.
ANDRÉS. Rasones.
MONAGAS. Pero soquete, ¿a quién se le ocurre desapartar por delantre? Se desaparta así, aprende. *(Coge de la americana al Caroso y tira hacia atrás por los faldones, huyendo exageradamente la cara)*.
CAROSO. ¡Lálgueme usté a mí!
MONAGAS. No te encochines, que es un suponé.
CARMELO. ¡Yo te las cobro!
CAROSO. ¿A quién? ¡Miusté jeso!
CARMELO. *(Sacudiéndose, como si lo estuvieran agarrando)*. ¡Suéltenme! ¡Ha dicho que me lalguen!
MONAGAS. ¿Eh? Pero si no te está agarrando naide, babieca...
CARMELO. Déjelo llegar, pa completarle los lentes...
SOLEDAD. ¡Cállate tú, provocativo! ¡Miusté, el sollajo ese!
CARMELO. ¿No vey que me está provocando él a mí?

SOLEDAD. ¡Bueno, bueno!

MONAGAS. *(Ocurriéndosele una idea)*. Esperen un pisco. *(Se acerca a la puerta y llama fuera)*. ¡Chacho, Isidro, sigue tocando, que ya se arregló too! Pero toca fuerte, ¿sabes? *(Suena un pasodoble popular. Monagas cierra la puerta y dispone tres sillas al fondo de la escena. A su mujer)*. Siéntate áy.

SOLEDAD. Pepe, ¿qué vas a jaser?

MONAGAS. Cállate y siéntate. Mano Andrés, asiéntese usté tamién. *(Al Caroso)*. ¿Cuánto dinero tienes tú?

CAROSO. ¿Cuálo?

MONAGAS. Cuálo... Mía qué cara... ¡Que cuántos cuartos llevas arriba!

CAROSO. Pos, unas siete pesetas.

MONAGAS. Vete sacándolas. *(A Carmelo)*. ¿Y tú?

CARMELO. Unas dies pesetas y perras.

MONAGAS. Alíjalas tamién.

CARMELO. Pero oiga...

MONAGAS. Alijen y cállense la boca... *(Ambos le entregan el dinero. Monagas coge un cacharro y se sienta en la silla del centro, dando un golpe a manera de gong)*. ¡Venga! Pueen pegar a darse cuero. Vale mandar en toos sitios, menos en el jurao... Compá Andrés, usté vaya jasiendo palotes. Cáa leñaso, un palote.

ANDRÉS. Rasones.

MONAGAS. El que gane se quea en el baile y la mitán de la bolsa pa él. El que pierda va a la calle como agua susia.

CAROSO. ¿Y la otra mitá?

MONAGAS. Pa gastos del campo y pa aquí la federasión. ¡Venga, que es tarde! ¡Jierro que te cría!

SOLEDAD. *(Levantándose indignada)*. Pero, Pepe, ¿tú te has vuelto loco?

MONAGAS. ¡Cállate y siéntate!

SOLEDAD. No, señor. Se acabó. ¿Qué relajo es este?

MONAGAS. ¿Pero no ves qué sofocaos están los dos, muchacha? ¡Mía qué par de cachiporros!

CAROSO. Mire, Pepito, si usté tiene sus copas y ganas de broma, yo no.

MONAGAS. ¿Tú no? Pero ganas de pleitos sí. Pa venir a una reunión desente y declarar las utilidades como si fuera la guerra, ¡pa eso sí!

ANDRÉS. Rasones... ¿Y toas esas eran tus fachas?

MONAGAS. Estos no pelean sino agarrándolos. Ende que los largan se viran barajundas, como gallos palmeros.

CARMELO. *(Serio, con voz grave y rizo perdido)*. A mí lo que me jeringa son los abusos.

MONAGAS. *(Al Caroso)*. ¿Y a ti? ¿A ti no te jeringan?

CAROSO. *(Despectivo)*. ¡Mire, hombre...!

MONAGAS. *(Cogiéndolo y empuñándolo cordialmente hacia la salida)*. Vaya, vete tranquilito. Pero no te quees en el baile. Al catre, que mañana es lunes. *(Andrés ha cogido a Carmelo y lo empuja también)*.

CARMELO. *(De pronto, levantisco)*. ¡A mí lo que me jeringa son los abusos! ¡Y le voy a dar una cachetada al desgrasiao ese! *(Intenta abalanzarse, sostenido por Andrés)*.

CAROSO. ¿A quién? ¿A quién le vas a dar tú, machango? ¡Lálguelo, pa que vea!

MONAGAS. *(Que lo ha estado sosteniendo, hace una seña rápida a Andrés)*. ¡Lálguelo, compadre, y coja el cacharro! *(Los dos corren hacia las sillas)*.

SOLEDAD. *(Que se mantiene al margen, desandada)*. ¿Otra ves?

ANDRÉS. ¡Mojo con morena, muchachos! ¡Venga!

MONAGAS. *(De pie y como en la gallera)*. ¡Sinco duros al colorao! ¡Sinco duros al colorao! *(Los dos pollos se miran de lejos sin acometerse)*.

SOLEDAD. Ya está bueno.

MONAGAS. Cahnita de pescueso... *(Imitando a Carmelo)*. A mí lo que me jeringa son los abusos... ¡Salgan pa la vida pública, que aquí se acabaron los manteneores! *(Los dos pollos, al intentar el mutis, se quedan mirándole, remolones)*. ¿Qué es lo que quieren?

CAROSO. Los cuartos.

MONAGAS. ¿Los qué? Multa de la federasión por abandono. ¡Arrancando la caña! *(Ambos salen corridos. Andrés y Monagas estallan en una carcajada)*.

ANDRÉS. ¡Compaire, vengan esos dátiles!

SOLEDAD. ¡Sos de oro, Pepillo!

MONAGAS. Qué más quisiera yo... *(Dándole el dinero)*. Mira, manda por vino; pero encarga pa nosotros, aparte, su pisquito de ron, ¿sabes?

SOLEDAD. Pero si esto no da pa empesá, muchacho.

ANDRÉS. Que lo beban con tasa, comadre.

MONAGAS. ¿Con tasa? ¿Y con las tasas suyas, las del sopeteo y las raleras? Que lo beban con dedales.

ANDRÉS. Rasones... Pero mire, no hay palabra mal dicha, sino mal comprendía.

MONAGAS. *(Imitándolo)*. Rasones... Bueno, vete y compra del más que entre, ¿oíhtes? Y pa el aumento, jahte la cuenta que sos un lechero... Cuando se vaya a acabar me avisas, que yo provoco a un

par de galletones de esos del baile, los meto aquí dentro y les jinco su multa. *(Soledad sale)*.

ANDRÉS. Mire, compaire, yo estoy animaíllo, ¿sabe? Ese dinero no da pa náa. Déjeme que le dé a la comadre los cuartos que yo tengo.

MONAGAS. ¡Tá loco! Ni jablar del asunto... Yo sé que eso no arrejunde náa. Y estoy cavilando qué jaser con un cacharro de agua y una sesta de tunos coloraos... Áy fuera hay una insalla de pollancones. El que más con el que menos tiene su par de pesetas... Oiga, compadre, ¿vamos a jaser los motes pa una rifa? Pero una rifa de una cosa que usté no tenga...

ANDRÉS. ¿Que yo no tenga?

MONAGAS. Natural. Pa no tenerla que dar.

ANDRÉS. Hombre, eso, compaire...

MONAGAS. ¿Pero usté ha visto alguna ves una rifa que se rife?

ESCENA CUARTA

Dichos y Soledad, que entra con un cesto con botellas, muy agoniada, hablando con la boca seca.

SOLEDAD. ¡Ay, Pepillo, tal desgrasia!

MONAGAS. ¿Qué pasa? *(Con calma)*.

SOLEDAD. ¡Ay, Pepillo de mi alma, que ya se los encharcó el bautismo!

ANDRÉS. ¿Cuálo, comadre?

MONAGAS. El Caroso otra vez, como si lo viera. Güeno, a ese lo jago yo gofio esta noche.

SOLEDAD. No... Si no es el Caroso...

ANDRÉS. ¿Pos qué pasa, comadre?

SOLEDAD. ¡Ay! Déjame coger resuello, cristiano...

MONAGAS. Jabla, muchacha. Después coges el resuello.

SOLEDAD. Que don Esteban el Baifo... ¡Ay...! Al mou se ha golío que tú estabas aquí y está áy fuera elementao, con un guardia... ¡Ay...! Y emperrao en entrar.

MONAGAS. ¿Y quién le ha dicho a él que esto es una pelea de cahneros? ¡Ay, mi madre! ¡La fin del mundo!

SOLEDAD. *(A Andrés)*. Su cuñao, que está mandando el baile, y que tiene la peliona, no lo deja entrar ni por nada, porque dise que no está convidao.

ANDRÉS. Rasones.

MONAGAS. Masiao que sí.

SOLEDAD. Pero él sigue engrifao, usté... Dise que entra como la máquina de la China... Y que tú lo invitahte a un asaero de pájaros.

MONAGAS. ¿Yo? De piñas será, porque me güele que las va a haber.

ANDRÉS. *(Muy decidido)*. Compaire, ahora tengo que jaser la autoriá, ¿oyó? Usté será el padrino, pero yo soy el padre de la criatura. ¿Usted qué dise?

MONAGAS. Que cuando usté lo dise...

ANDRÉS. Rasones... Y en mi casa, ¿oyó?; en mi casa mando yo. Digo, si usté no...

MONAGAS. Rasones... Pero mire, aguántese un pisco... *(Con un aplomo que deja fríos a los demás)*. Soleá, vete y dihle a don Esteban que digo yo que entre.

SOLEDAD. *(Pasmada)*. ¿Qué? Pero, muchacho, ¿y los cincuenta duros de los pájaros? ¡Tú tienes ganas! Ni por náa le digo que entre.

MONAGAS. *(Imperante)*. Obedesca a su marío, señora. Vaya y dígale a don Esteban que adrento. Usté me deja a mí, compadre, que yo sé lo que jago.

ANDRÉS. Rasones. Usté vire de proba pa onde quiera, que usté es el patrón del bautismo.

SOLEDAD. ¡Qué lío de los infiernos se te estará ocurriendo!

MONAGAS. Ninguno. Voy a pagarle sus cuartos.

SOLEDAD. ¿Sus qué...? ¡No sé de aónde! Y aunque tuvieras las perras... *(Saliendo)*. Pa que luego se las gaste con el belillo de María del Pino la Pintáa...

MONAGAS. *(Cogiendo la insinuación en el aire)*. ¿Qué dijihte? ¡Chacha, ven acá...! ¿Qué es eso de Pino la Pintáa?

SOLEDAD. ¿Pero tú no sabes náa? ¡Aimería, una cosa corruta en el too del barrio! El viejo está enmachinao de tiempo con la María del Pino.

MONAGAS. No seas alegantina, Soleá...

SOLEDAD. La lengüita se me parta.

MONAGAS. ¿Ende cuándo viene eso?

SOLEDAD. ¡Mueno! ¿Qué fecha lleva esa carta? ¡Ajoto que tiene cuartos, too está bueno pa él!

MONAGAS. *(Con la cara iluminada)*. Yo le guardaba el secreto... Chacha, ¿tú estás segura?

SOLEDAD. ¡Mería! Tú sabes que ella vive de cuartitos de don Esteban. Cuartillos que eran antes, que hoy son buenos cuartos, arreglaos gratis por él. Y jasta uno de baño que la peste a jabonsillo llega a la calle... Tú sabes que la mitán del año se la pasaba ella en el usgado, con un desajusio va y otro viene. Pos de repente, usté, se acabó er papée de barba y pegaron a entrar los kilos de cahne y

los quimonos y las chinelas de ca Chanrray. ¿Tú te acuerdas de ella, que era un bígaro? Pos ahora está rey, ancha como un balayo, oriando baña de bien comía y sabe Dios qué más.

ANDRÉS. ¡Cosa con esa!

MONAGAS. Pos ahora me desayuno. ¿Y qué mah? Dame mah datos.

SOLEDAD. Ella lo ha día engoando, engoando. Y ha llegao a tal caramelo el enralo con el pilfo ese, que el viejo le está faltando a doña Candelaria jasta a comer. De día le dise que está jasiendo unas reformas en el Portón, y de noche, que como están los tiempos sofocones y no coge el sueño, va a despuntá la prima ca un cuarto de cotorrones de la plasa Santo Domingo.

ANDRÉS. ¡Mía pa allá!

MONAGAS. ¿Y tú cómo sabes que le farta a doña Candelaria?

SOLEDAD. De su boca, mi niño, que ella me lo dijo el día que fi a salpiahle los colchones. La pobre no lo sabe. Y si lo sabe lo disimula. Únicamente me dijo que lo venía encontrando acacharrao.

MONAGAS. *(Satisfecho)*. ¡Este barco coge viento, compadre! Sale, muchacha, como un volador, y dihle a don Esteban que entre como la máquina de la China.

SOLEDAD. Tú, Pepe, mira a vé. ¡Ten cuidao con lo que vas a jaser, Pepe!

MONAGAS. Corre. Y no te estés. *(Soledad sale)*.

ANDRÉS. Compaire, yo aspero que ese hombre no alevante la escandalosa aquí en dentro.

MONAGAS. Olvide eso. ¿Usté sabe lo que es esto? Una balsa en piedras de ocho con tres, caballo y perica.

ANDRÉS. De cualisquier mou, compaire, como don Esteban es un macho salema pa revirarse, y a mí me güele el atraque a mojo con morena, yo le voy a aconsejá, que soy de una quinta más antigua. Primero, vea el viento que trae y, asigún, refuerce cabos o arríe velas. Si usté tira de lanse, mientras esté entero y sienta en la mano reflechón, aguante, pero largue liña. No se emparre. Y en cuanto afloje, tráigaselo pa tierra. Pero oiga, si lo arrima bien a la banda, ojo con los salpeos.

MONAGAS. ¿Usté se ha creío que don Esteban es una tonina...? Don Esteban no es pescao, patrón; es cahnero. Y de este animal entiendo yo más que usté.

ANDRÉS. Rasones.

ESCENA QUINTA

Dichos y don Esteban, que entra sofocado y agresivo, luego de pararse un instante en la puerta, y Soledad, que lo sigue con un desande. Don Esteban, con una satisfacción agresiva, atusándose el bigote, contempla un momento a Monagas.

MONAGAS. *(Al verlo aparecer)*. ¡La perica en puerta!

SOLEDAD. *(Detrás del Baifo, haciéndole visajes a su marido)*. Pepe, aquí está don Esteban.

DON ESTEBAN. *(Volviéndose, iracundo)*. ¡No jase farta que me cantes! ¿No me está viendu?

MONAGAS. *(Con ironía)*. No se destoque, que está entre puertas.

DON ESTEBAN. ¿Entre puertas? ¡Ya te caíhtes!

MONAGAS. *(Poniendo cara del que no entiende)*. ¿Ya me caí por qué?

DON ESTEBAN. ¿Y lo preguntas? ¡Ya caihtes en la plasa, belillu!

MONAGAS. *(Sin perder la calma)*. No emprensipie a fartar, hombre; no emprensipie...

DON ESTEBAN. Cuidiao que sos cara dura. Arriba te jases el ofendíu.

ANDRÉS. *(Engallado)*. ¡Oiga, señó, esta es una casa desente! ¿Oyó?

DON ESTEBAN. *(Duro y rápido)*. Me extraña.

ANDRÉS. Aquí selebremos tranquilitos un bautismo. Y yo soy el padre de la criatura...

DON ESTEBAN. Me estraña.

MONAGAS. ¡Sss! Tenga cuidao con lo que dise.

ANDRÉS. Rasones... Mire, por lo menos esta noche, ni suelta usté palabras mayores por la boca, ni me alevanta el gallo.

DON ESTEBAN. *(Haciéndole cara)*. ¡Yo suelto lo que me da la gana! ¡Y alevanto un gallinero, si es presisu!

ANDRÉS. *(Corrido)*. Rasones... Pero pa eso no arrempuje.

DON ESTEBAN. Yo no h'arrempujao a naide. Y ganas no me fartan. Yo ha venío a buscar al arranclín ese, que me alevantó el otro día sincuenta duros con una enreína de pájaros de Tafira la Baja y un Yova y unos ingleses y no sé qué más entullos.

MONAGAS. Pero mire...

DON ESTEBAN. Ni miri, ni miri... Que me dijiste que te esperara en El Camellu y te roíhtes el cabo. Y dende ese día que vienes juyéndome, ¡juyéndome!;

y yo aguaitándote, ¡aguaitándote...! Igualito que la ves del macho, que me lo solimpíahtes pa rifahlu, y te mamahtes los cuartos de los motes y el machu, ahora me clavahtes otra ves con los pájaros. Pero de esta ves te atabico...

MONAGAS. Como la máquina de la China.

DON ESTEBAN. Sí.

MONAGAS. Rasones. Pero venga acá...

DON ESTEBAN. Contigu ni a misa. ¿Ónde están los pájaros? ¡Ah! Aquí no hay más pájaro que tú, que sos un pájaro de cuenta.

MONAGAS. *(Aparte)*. Y usté, que es un sehnícalo.

SOLEDAD. Pero mire, don Esteban, escuche usté a mi marío, que...

DON ESTEBAN. ¡Cállate tú también, agujilla, que estás más ensayá que una escopeta!

SOLEDAD. ¡Miusté jeso!

DON ESTEBAN. Te ha dicho que no quiero jablar contigu, que sos una salpicona.

MONAGAS. Déjenlo que desajogue, que a lo mejor tiene «rasones».

DON ESTEBAN. ¿Desajogue? ¡Tú sos el que tiene que desajogar, taranta! Áy fuera tienes al guardia. Con que alija los sincuenta duros o jalas pa lante, pal comiserío, como la máquina de la China.

MONAGAS. *(Cada vez con más calma, a su mujer)*. Mira, Soleasilla, vete a comprar la bebía, anda. Y cuando güelvas, que ya estás aquí, convidas al guardia con sus copitas, y le das unos piñones pa los chiquillos.

DON ESTEBAN. ¿Ya le quieres untar el beso tamién a él? ¡Te conosco! Pero con ese das en tosca viva.

¿Sabes quién es? ¡Rafael el Rebenque!, que lo busqué aldecuado, porque no te puei ver ni en pintura desde que te conseguihtes un palomo buchúu y pegahtes a comerte las palomas de él, jahta que te mató de un tiro al palomo ladrón.

MONAGAS. ¿Si lo mató, cómo está usté vivo?

ANDRÉS. Rasones.

DON ESTEBAN. ¿Usté tamién?

ANDRÉS. Mire, señó, a mí no me guhta ser entrometío, ¿sabe?, pero jaga el favó una palabra... *(Se lo lleva aparte y hablan, don Esteban con mucho manoteo)*.

MONAGAS. *(Rápido a Soledad)*. Mira, en ves de vino, compra ron, coñá de garrofón, yerbitas, jiniebra, casalla, una ría de canela y otro ría de pimienta negra molía, lo misturas y lo remeneas, que le vamos a jasé un cóte a don Esteban. Ya estás aquí.

SOLEDAD. ¿Pero, muchacho, y el vino pa la gente?

MONAGAS. Ese lo compra el Baifo.

SOLEDAD. ¡Tales ilusiones! Rayos ensendíos es lo que compra ese.

MONAGAS. Déjalo de mi cuenta, que yo lo amoroso. *(Soledad sale)*. Con permiso... Oiga, compá Andrés, ¿a usté no le importa aguantarse un pisco áy fuera, que tenemos que jablar yo y don Esteban?

ANDRÉS. Rasones. *(A don Esteban)*. Jágase cargo de lo que le ha dicho, señó.

DON ESTEBAN. Sí, sí. ¡No te vayas pa que almuerses!

ANDRÉS. *(Aparte a Monagas)*. ¡Fuerte cristiano bruto, compaire! ¿Pero cómo ha poío jaser dinero un cerrero asín?

MONAGAS. De la mujer, cristiano. Casó con una brutita que tenía unas capellanías.

ANDRÉS. Rasones.

MONAGAS. Güeno, váyase, que voy a ver si lo blandeo. Le voy a preparar la reculá del cahnero.

ANDRÉS. *(Al salir)*. Si se le alevanta mucha marea, me silvia. *(Sale)*.

DON ESTEBAN. ¡No quiero sermoneos, ni trapos viejos, ni requilorios dengunos, que te conohco el trasmallo! Livianito. Págame y al avío.

MONAGAS. ¡Págame, págame! Parese un dihco trabao. Una ves se dise que la calabasa es buena, hombre.

DON ESTEBAN. Asigún sea la calabasa.

MONAGAS. Ya vei, lo que son las casualidaes. Yo estaba pa golver mañana a su casa.

DON ESTEBAN. ¿Pa golver? ¿Pero tú jas aparesio por mi casa? ¡Y a los dos meses, cuando los pájaros tendrían ya criasón en Lingraterra!

MONAGAS. Mire, asiéntese y escúcheme.

DON ESTEBAN. No me asiento.

MONAGAS. ¿Pos a qué ha venío? ¿A echar un sajumerio?

DON ESTEBAN. No pierdas el tiempo, que tú te jas creío que yo soy un bobático o un maúro.

MONAGAS. Rasones.

DON ESTEBAN. ¡Ya emprensipias, ya emprensipias a trabar! Te repito que no quiero coloquios. Quiero los sincuenta duros.

MONAGAS. Como la máquina de la China...

DON ESTEBAN. Sí.

MONAGAS. *(Haciendo tentativas de sacar la cartera)*. Más pronto que volando... *(Para de pronto la decisión y habla un poco fuerte, empezando a domi-*

nar la situación). Yo le voy a pagar, que más vale magua que dolor. Pero tranquilitos, ¿oyó? Y las cuentitas claras o tenemos palabras mayores.

DON ESTEBAN. Eso ende luego.

MONAGAS. Asiéntese por áy. *(Saca la cartera. Don Esteban lo mira entre ambicioso e incrédulo. Se sienta en la punta de la silla)*. Empesando que no son sincuenta duros.

DON ESTEBAN. *(Del brinco se queda en pie)*. ¿Qué dises tú? ¿Ya emprensipias?

MONAGAS. *(Fuerte)*. ¡Cállese! Y asiéntese. *(Don Esteban obedece)*.

DON ESTEBAN. Tú, mira, Pepillo, que áy fuera está el Rebenque con el sable.

MONAGAS. ¿En qué queamos? ¿Con el Rebenque o con el sable?

DON ESTEBAN. No me jagas chascarrillos, que no está el tostaor pa cochafiscu. Mira que con ese no juegas.

MONAGAS. Naide va a jugar... Usté me dio a mí sincuenta duros. ¿Conformes? Yo le pagué a usté con ellos siete meses de casa, que a siete pesetas son cuarenta y nueve. Descontando, quean cuarenta duros y una peseta.

DON ESTEBAN. *(Distraído)*. Sí. Asín es. *(Reaccionando)*. ¿Cuálo? Si me pagahtes con el mihmo dinero...

MONAGAS. No se bote... ¿Le pagué o no le pagué?

DON ESTEBAN. *(Dudando)*. Sí...

MONAGAS. *(Aparte)*. Ya está en piedras de ocho... *(Alto)*. Pos, listo, a mí me gusta el chocolate del Polo, pero las cositas claras. Así que yo no le debo sino cuarenta duros y una peseta. ¿Ta bien?

DON ESTEBAN. *(Resignado)*. Tá bien.

MONAGAS. *(Aparte)*. Chico primero. *(Alto)*. Luego hay que tener en cuenta de que todo negosio tiene sus pérdidas y ganancias...

DON ESTEBAN. *(Revolviéndose)*. ¿Ónde vas a parar...?

MONAGAS. *(Aparte)*. Si pueo, a la cárse no. *(Alto)*. Mire, ¿usté ha estudiao contebiliá?

DON ESTEBAN. ¿Te parese poca debiliá largarte sincuenta duros sin papeles ni firmes?

MONAGAS. No es debilidad, no sea animal. Digo conte-bi-li-dá, de la Escuela Comersio.

DON ESTEBAN. Ni farta que me jase.

MONAGAS. ¿Ah, no? ¿Usté lo que quiere es jaser las cuentas con chochos y palotes?

DON ESTEBAN. Yo lo que quiero es que no emprinsipies a enrearme, que tienes mucha letra menúa. En ves de venirme con requilorios, debías haber día al Camello, como quedahtes, a liquidar.

MONAGAS. ¿Pero cómo, cristiano, si vine del puerto después de las nueve, que me puse en la cola de la guagua y me salió la barba esperando...? Mire, vamos a seguir. Queamos en que yo le debía a usté cuarenta duros y una peseta. La peseta del rabo me la gasté en un cafén con leche y dos duros en el pirata, quean asín treinta y ocho duros reonditos. Compré treinta y ocho pájaros a duro. Y cuando llegué me encontré con que los del Turismo me dijeron que estaba prohibío vender pájaros pelaos.

DON ESTEBAN. ¿Y pa qué los comprahtes si estaban pelaos?

MONAGAS. Es un dicho, cristiano. Querían desir que pájaros de «trespelos». ¿Ustéh a oío que no se puee vender náa de «trespelos»? Tuve que vender a lo

mismo que me costaron, que mal limpriao trabajo, y volví a coger los treinta y ocho duros. ¡Que me vi feo pa meter las jembras por machos!, ¿oyó?, porque casi toas eran enrisáas. Y usté sabe que el género femenino, con la permanente, es más descarao... Güeno, aunque se vendió bajo, como no fue por culpa mía, yo tengo que cobrar mi comisión, según la contebiliá, y además que soy pobre.

DON ESTEBAN. ¿La comisión de qué? La Bana pa ti.

MONAGAS. Aguántese, no lo enree.

DON ESTEBAN. ¿Que lo enreo yo...?

MONAGAS. Mire. Vamos a ponerle náa más que dos pesetas, un pájaro. Son quinse duros y una peseta. Descuénteselos de los treinta y ocho, quean veintitrés menos una peseta. Esta peseta creo que me la bebí de argo, porque no me sale... Son veintiún duros reondos. ¿Qué más, señor...?

DON ESTEBAN. ¿Hay más?

MONAGAS. Natural... ¡Ah! Un jablón pa traerlos, veintisinco pesetas, que era de verguilla y de los grandes. Quean diesiséis. El alquiler del bote toa la mañana y parte de la tarde pa cambulloniar, nueve duros. Quean siete. Una murta de la Junta de Turismo por venderle a los chones jembras por machos, ¡que al mou hubo algún alcagüete!, diez duros. A nueve que queaban, me debe uno. *(Don Esteban lo mira con los ojos fuera del caso, sin poder hablar)*. Pero no se apure, ya lo arreglaremos.

DON ESTEBAN. *(En pie y airado)*. ¿Pero h'abío alguna ves en las siete ihlas una cara de banqueta como la tuya? ¿De moo que arriba te debo un duro...?

MONAGAS. Si el Pintagorras no miente, sí, señor.

DON ESTEBAN. *(Aplastado por la calma de Pepe)*. ¡Ya, santísima! ¡Vaya un semento, caballeros! ¿Pero y si sale como tú dises, por qué no fihtes a mi casa a cobrar el duro, con lo apetitoso que sos?

MONAGAS. ¿Y no fi? ¿No fi a su casa en aquel entonses, por dos o tres ocasiones y nunca lo agarré? *(Con intención)*. ¡Que siempre me dijo doña Candelaria que donde lo cogía seguro era ahquí en el Risco, porque... porque estaba jasiendo reformas en el Portón...!

DON ESTEBAN. *(Soliviantado)*. ¿Eh? ¿Tú estuvihtes jablando con mi mujer de eso?

MONAGAS. Masiao que sí.

DON ESTEBAN. *(Disparado)*. ¿Y tú qué le dijihtes?

MONAGAS. ¿Qué le diba a desir? Yo no lo podía buscar sino en su casa. Los demás sitios de un hombre son allá... *(Don Esteban da un respingo)*. Güeno, tamién tuve porsión de veces, porque me dijo doña Candelaria que de noche paraba áy, ca los cotorrones de Santo Domingo. Y nunca lo encontré, tampoco...

DON ESTEBAN. Y se lo dijistes a mi mujer, ¿no?

MONAGAS. ¿Usté se ha vuelto loco? Yo tamién sé guardar un secreto, don Esteban.

DON ESTEBAN. *(En el colmo de los nervios)*. ¿Qué dises tú?

MONAGAS. De sobra sabía yo que usté no estaba de reformas ni ca los cotorros, sino ca las cotorras...

DON ESTEBAN. ¿Pa qué tienes que gritá? *(Dando zancazos y medio loco va a la puerta y observa si alguien ha oído, cerrando bien)*. Mira, te veo venir.

Ya me vienes con almanaques, que ya te ha dicho que sos un almanaquiento. Y me estás jasiendo la cama, ¿oíhtes?

MONAGAS. Oiga, don Esteban, yo a tanto no ha llegao. Usté tiene quien se la jaga, y bien jecha...

DON ESTEBAN. *(Acorralado)*. ¿Pero qué es lo que estás disiendo tú?

MONAGAS. *(Muy tranquilo)*. Que yo no soy María del Pino la Pintáa...

DON ESTEBAN. *(Despistado)*. Masiao que no. *(Reaccionando)*. ¿Cuálo?

MONAGAS. *(Acercándosele)*. Ese enralo, ¿oyó?, ese enralo quea aquí entre losotros. ¡Si usté quiere y lo corta por lo sano! Y si usté no quiere, lo pregonaremos como el pescao fresco.

DON ESTEBAN. *(Inquieto sobre la puerta)*. Güeno, ¿te vas a callar ya, que sos más agujilla que tu mujer?

MONAGAS. Mi mujer de este asunto no sabe náa... ¿Pero qué le encuentra usté a ese felpudo, cristiano, gorda, bicácara, y con los besos como jigos brigasotes? ¡Deje esos güiros, don Esteban, que esa lo va engoando, engoando, y acaba jasta con los arrifes que tiene en Agüimes!

DON ESTEBAN. *(Murmurando)*. ¡Daba yo algo por saber quién fue el alcagüete!

MONAGAS. No se ocupe de averiguasiones. ¡Y no ande pisquiando por áy! Mía que va y me lo mancan... ¡Jágalo por sus hijas, aunque sea...!

DON ESTEBAN. *(Débil)*. Pero si esas son mentiras... Esa es una acalunia que me han alevantao...

MONAGAS. ¿Levantarle a usté algo, cuando por no dar no da ni un soplo en un ojo?

DON ESTEBAN. ¿Y lo dises tú?

MONAGAS. Eso es aparte. Esos son negosios. Usté no se enroñe, pero too el mundo dise que es más agarrao que las pitas del barranco.

DON ESTEBAN. ¿Y la tartana, y el macho, y los sincuenta duros...?

MONAGAS. *(Imitándole)*. ¿Y el pilfo de María el Pino la Pintáa...?

DON ESTEBAN. *(Alarmado por el grito)*. ¡Mira ve, mira ve, que si lo sueltas en aires de belingo me desgrasias pa toa la vía! *(Va a la puerta y observa por ella)*. ¿No pueis jablar sino pegando gritos?

MONAGAS. Deje esos pasos, don Esteban, que son pecao mortal, y naide tiene la vía trancáa.

DON ESTEBAN. Tá bien, tá bien... Yo me voy a dir, ¿sabes?, porque es un pisco tarde ya...

MONAGAS. *(Aparte)*. Este acaba cantando en la mano. *(Alto)*. Espérese, que vamos a arreglar cuentas. *(Saca la cartera)*.

DON ESTEBAN. *(Escamado)*. ¿Cuálas cuentas?

MONAGAS. Las de los pájaros. Yo renuncio a la mitá de la comisión, ¿entiende?, pa que usté no lo pierda too.

DON ESTEBAN. ¡Mía pa allá, lo generoso que te has virao! *(Inquieto)*. Mira, déjalo pa otro día. O no me arregles náa, ¿oihtes?, que yo comprendo el trabajo y la conduerma que ha tenío que darte lo de los pájaros. Y tou no sale como unu quieri, Pepillu.

MONAGAS. ¿Qué dise usté? ¡No, señor! Piña asáa, piña mamáa. Con cosas de dinero no quiero favores. Usté cobra lo suyo y listón.

DON ESTEBAN. No seas majadero, Pepillu, que me tengo que dir, no sea que Candelaria me eche de menos. Y además, que no quiero encontrarme otra ves con tu mujer, que si agarra de ajuste el chismi, Dios nos libre... Tú te jases cargo, Pepe, que tú sos un hombre. Y tú sabes que un hombri se sacúe los calsones y es diferente.

MONAGAS. Pero, don Esteban...

DON ESTEBAN. Los ojos siempre son niñus, Pepillo...

MONAGAS. *(Aparte)*. Los suyos son ya galletones.

DON ESTEBAN. Oye, mira que te digu: yo sé que tú te callas como un tosinu. Y jasta que si se me ofreciera asín un recaíto o una disculpa... y eso...

MONAGAS. ¡Ah, ya! Lo que usté quiere es taparme la boca y que le mantenga el sesto con el felpúo ese. Pos mire, ni se lo aguanto ni le miro bien los sahcandileos, ¿oyó? *(Subiendo el tono)*. Estaría bueno que, con lo que yo apresio a doña Candelaria, anduviera jeringándole la pas del hogar con el pilfo de María del Pino la Pintáa...

DON ESTEBAN. *(Nerviosísimo)*. ¡Cállate, mal rayo...! *(Acude a la puerta)*. ¿Por qué tienes que jablar pegando gritos...? *(Mostrándose adulón)*. Oye. Pepillu, jahte la cuenta de que yo no ha venío, ¿entiendes? Y fíjate que si vine enrroñao y con un guardia no fue por náa, ¿sabes?, sino porque no sabía que fihtes a mi casa y que yo te debía un dinerillo. *(Muy amable)*. Tú me dijihtes que te debía un duro, ¿no es así? Pos tómalo y listón. *(Inicia el mutis)*.

MONAGAS. Ehpere. Usté se va cuando guste, pero no sin tomarse una copa, que ha venío ca mi compá

Andrés el día de un bautismo del que yo soy el padrino y naide lo ha convidao.

DON ESTEBAN. Conmigo no tengas cumplimiento, Pepillu. Te lo agradehco como si lo tomara, ¿oíhtes? Adiós...

MONAGAS. ¿Pero por qué ese emperramiento en dirse ahora?

DON ESTEBAN. Porque me estoy goliendo que tú me vas a jeringar...

MONAGAS. No sea desconfiao. Venga acá y espérese. Tenga un puro pa empesar.

DON ESTEBAN. Yo no fumo puros.

MONAGAS. Cójalo más que sea pa tirar volaores. *(Llamando fuera ante la inquietud de don Esteban)*. ¡Chacha, Soleá! Sí... Ven acá... Y dihle al compá Andrés que se deje caer contigo.

DON ESTEBAN. *(Muy alarmado)*. ¡Pepe, mira a ve, mira a ve! Jasme el favor de no desirle náa a tu mujer de la acalunia esa, mira que si llega a golérselo lo saben jasta en el Carrisal. ¡Chica lengua! Y dispensa.

MONAGAS. No tenga cuidao.

ESCENA SEXTA

Dichos, Soledad y Andrés. Ambos asoman expectantes. Soledad con cierto temor.

SOLEDAD. ¿Tú me llamahtes, Pepe?

MONAGAS. ¡Pero Solesilla del alma!, ¿cómo has tenío a don Esteban sin un pisco de algo, con la boca

como una jarea y pensando en ti...? *(Soledad se queda pasmada)*.

DON ESTEBAN. No emprensipies con puntitas, Pepe. ¡Mira ve, mira ve!

MONAGAS. Estése tranquilo. ¿Pero, muchacha, a ti no te da vergüensa?

ANDRÉS. Rasones, comadre.

SOLEDAD. *(Asombrada)*. ¡Madre del Pino, que ya lo hinotisó...! ¿Qué va a tomá, don Esteban?

DON ESTEBAN. *(Huyéndola, nerviosísimo)*. ¿Quién, yo? Naíta. Te lo agradehco igualito que si lo tomara.

SOLEDAD. Esús, cristiano, no me desaire...

MONAGAS. *(Confidencial)*. Disimule, que va Soleá y se lo nota y levanta la polvajera. *(Alto)*. ¿Qué va a tomar, don Esteban?

DON ESTEBAN. Lo que tú quieras. *(Sonriendo forzado)*. A la buena voluntá, ¿quién se resiste? *(Se sienta aparte y pensativo)*. ¡Quién habrá sío el alcagüete...!

SOLEDAD. *(Observándolo)*. Lo ha dejao como los cristobitas, querío.

MONAGAS. *(Aparte, a su mujer)*. Está tan amorosito, que un guante comparao es un rascasio. *(Alto)*. Trae el cóter pa don Esteban.

SOLEDAD. ¿Cuálo?

MONAGAS. La mistura esa que te dije, muchacha.

SOLEDAD. ¿Pero y pa qué se la das ya, que le dises trúchate y quea de golpe como una salea?

MONAGAS. Porque jase farta vino.

ANDRÉS. Rasones.

MONAGAS. Y don Esteban está dispuesto a comprar lo que jaga farta. *(Alto)*. ¿No es así, don Esteban?

DON ESTEBAN. *(Saliendo de su pesadumbre)*. ¿De acuálo?

MONAGAS. *(A su mujer)*. ¿No te da pena, Soleá?

SOLEDAD. Ninguna. ¡Viejo enralao, mejor le diera vergüensa!

DON ESTEBAN. *(Escamado)*. ¿Qué están jablando áy? ¡Mira ve, mira ve, Pepe!

MONAGAS. No sabe náa, don Esteban. Vete por la botella, Soleá. *(Soledad sale)*. Estábamos disiendo áy que toa la vía usté con fama de Alejandro en puño, que si gorrón pa arriba, que si gorrón pa abajo. ¡Acalunias tamién! Fíjese usté, compadre, lo pronto que se le quita la fama a un hombre. ¿Usté no conose el tiesto de María del Pino la Pintáa...?

DON ESTEBAN. *(Saltando)*. ¡Te ha dicho que mires a ve, Pepe...!

MONAGAS. ¿No estamos entre hombres, cristiano?

DON ESTEBAN. Yo no sé náa. Tú me la vas a armar y yo me voy. (*Dándole apuradamente la mano a Andrés)*. Adiós, usté. Que haiga sío con felicidá y siga en aumento. Adiós, Pepe.

MONAGAS. Tá bien. Usté se puée dir. Pero si Soleá pega a estrañarse y josiquiar, con lo chimba que es, y la campanáa llega a oídos de doña Candelaria, de mí no pegue...

DON ESTEBAN. *(Después de dudar se sienta)*. ¿Tienes algo que beber?

MONAGAS. Ahorita viene mi mujer... Güeno, don Esteban, usté debe aclararle a mi compadre su visita, porque usté me ha jecho un deshonro viniendo a esta casa con un guardia y la bulla de una trampa,

que lo tengo clavao en el sentío como un tirafondo de tres pulgáas.

ANDRÉS. De mí no se ocupe, compadre. ¡Ni papas ni pehcao! La inclusive María del Pino no me importa náa...

DON ESTEBAN. *(Levantándose)*. ¿Lo veis? ¡Ya se lo dijihtes! ¿No desía yo que me dibas a jeringar?

ANDRÉS. A mí no me han dicho na de náa... ¿Pasa alguna cosa de particular?

DON ESTEBAN. *(Respirando)*. No pasa náa. ¿Qué va a pasar?

ANDRÉS. Tá bien. Rasones.

MONAGAS. Mire, cristiano, lo que pasa es que don Esteban, ¿entiende?, es que don Esteban tiene un concomio...

DON ESTEBAN. ¡Mira ve! Pero vaya un cristiano emperrao..., caballero.

MONAGAS. No se bote. Espérese... Un concomio de un negosio en el cual me debía un duro. Y vino a pagarme. ¿No es así, don Esteban?

DON ESTEBAN. Pos así será...

ANDRÉS. ¿Y pa pagarlo trajo un guardia?

MONAGAS. El guardia lo acompañó porque a él no le gusta andar de noche en estos Riscos, que hay mucho belillo suelto... ¿No es así, don Esteban?

DON ESTEBAN. ¡Mira ve, mira ve!

ANDRÉS. Rasones.

ESCENA SÉPTIMA

Dichos y Soledad, que vuelve con una botella y tres vasos.

SOLEDAD. Aquí está el cóter, Pepe.

MONAGAS. ¿El qué? Ah, ya. Ponle un pihco a don Esteban. *(Soledad le sirve y él bebe nerviosamente de un trago)*.

DON ESTEBAN. Ponme más. *(En adelante seguirá bebiendo nervioso)*. Si no es abuso, echa otro pihco. *(Vuelve a beber)*.

SOLEDAD. Esús, don Esteban. Too lo que usté quiera, cristiano. *(Aparte)*. Áy, que la agarra...

ANDRÉS. Este acaba con la mano en el trinquete. Y lo siento, compaire, porque si tenemos que llevarlo a la casa, con estos sapatos...

MONAGAS. Ya habrá una tartana... Sirve pa losotros, Soleá. *(Ambos beben en adelante de cuando en cuando)*. Jase falta engoo, Soleaílla... ¿Quiere unos chochitos, don Esteban?

DON ESTEBAN. No te molestes... Si no es abuso, échame otro pihco.

MONAGAS. Sírvele a don Esteban, Soleá. *(Poniendo el oído a una isa que empieza)*. ¡Escuche, escuche cómo está eso áy fuera, don Esteban..., que alevanta los pies del suelo...! Soledaílla, ponle un pihco a don Esteban, que no ha bebío, muchacha...

ANDRÉS. Está esperesío. *(Todos beben)*.

SOLEDAD. ¿Otro pihquito, don Esteban?

DON ESTEBAN. *(Estirándose el cuello)*. No, déjame coger resuello. Me está subiendo una calor como un tiempo de levante.

MONAGAS. Desaflójese, don Esteban. *(Don Esteban se afloja el cuello)*.

SOLEDAD. Beba, cristiano, que de la muerte a la vía, la bebía.

DON ESTEBAN. Pos mándale. *(Bebe)*. Vaya un beberaje escaldón, Pepillo.

MONAGAS. Es un cóte, pa usté especial... ¡Mándese la otra! *(El viejo bebe)*.

DON ESTEBAN. *(Ya templado)*. Espacha lo mihmo... Y una corría pa toos, que invito yo...

MONAGAS. *(Aparte)*. Ya está mollar. Este acaba esta noche con la camisa por fuera.

ANDRÉS. ¿Está bueno, don Esteban?

DON ESTEBAN. Pos no le ha cogío bien el palaar, ¿sabes?

MONAGAS. Ahora vamos a echar nuestra taifita.

DON ESTEBAN. *(Animándose)*. ¿Tú creis que ya hay lo menos dieh años que no varseo?

MONAGAS. ¡Al pisotón pa alante, cristiano! Y que no hay cosa buena en ese tenderete... Rosarillo Galindo, Calmela la de Antonia la Chola, Mariquilla el Pino la Pintáa...

DON ESTEBAN. *(Distraído)*. ¡Que me las traigan! *(Reaccionando y en un brinco)*. ¿Cuála dijihtes? ¡Mira a ve, mira a ve, Pepe!

MONAGAS. Murió... Bueno, Soleá, ¿cómo está ese baile de bebía?

SOLEDAD. Entregando las raspas.

MONAGAS. Pos mira, le tocas a Rafaelito y te traes seis botellas de coñá, dos de ron, un garrafón de tinto pa el pasaje de tercera y otro del durse pa las niñas y los antojos de la comadre...

SOLEDAD. ¿Y los cuartos pa el coche, don Silvestre...?

MONAGAS. No empieses a jablar de boberías. ¿Cuánto te jase farta?

SOLEDAD. *(Sospechosa)*. Pepe, ¿qué vas a jasé...?

MONAGAS. Don Esteban, alije doscientas pesetas, que luego arreglamos yo y usté. *(Soledad y Andrés, temiendo una reacción violenta, se apartan temerosos)*.

SOLEDAD. Ya la armó otra ves este condenao...

DON ESTEBAN. *(Buscando muy dispuesto, pero torpemente, en el bolsillo, la cartera)*. Mira, vamos a atracar los papeles, Pepillu... Tú no sos el padrino, ¿entiendes? El padrino soy yo. *(Le entrega el dinero)*. ¡Tú sos el padre!

MONAGAS. Cuidao, don Esteban. El padre es aquí compá Andrés.

ANDRÉS. Rasones. Si no estuviera templao, era pa tomarlo a mal.

DON ESTEBAN. Dame otro pihco de lameor, Soledad, que esta noche los echamos la tierra por ensimba. *(Bebe)*.

MONAGAS. *(Dando el dinero)*. Toma, muchacha. Y tráete un canuto de salchichón.

SOLEDAD. *(Complacida y admirándole)*. ¡Sos de oro, Pepillo!

MONAGAS. Venga, no te pongas relajona. *(Soledad sale)*. Oiga, don Esteban, ¿cómo era aquello de: *(entonando la conocida guajira)* «Y eso y eso...»?

DON ESTEBAN. *(A tono con Monagas)*. «... De la nata nase el queso; de los quesos, los quesitos; de los guachinangos grandes, salen los guachinanguitos...», etc. *(Todos están ya templados)*.

MONAGAS. Don Esteban, no es por náa, pero usté desafina. Y usté, compá Andrés, fíjese que estamos cantando una guajira, y no sacando un chinchorro. *(Don Esteban saca el pañuelo y empieza a llorar)*.

ANDRÉS. *(Reparándolo)*. ¿Pero don Esteban...?

MONAGAS. ¡Ay, mi madre, que ya le entró la llorona...!

ANDRÉS. *(Emocionándose gradualmente)*. Don Esteban, hombre, no se ponga ansina... Mire que yo tamién soy mu mollar, cristiano... *(Rompe a llorar)*. ¿Usté lo vey? ¿No se lo desía? ¡Aimería Santísima! ¡Le ha cogía una aprensión asín de repente a este hombre, compaire!

MONAGAS. Otra llorona. Andresito, lo acompaño en su sentimiento.

DON ESTEBAN. De hoy en pa delantre tengo un hermano: usté, patrón.

ANDRÉS. Usté tiene, don Esteban, un hermano, un padre, un padre y un hijo. Y la comadre tamién, si la quiere... *(A Monagas)*. ¡Ay, compaire, mucho quiero yo a la comadre, contri más que me ha traío un guayete que es el sostén de mi vida!

MONAGAS. Usté no necesita sostén, cristiano.

ANDRÉS. Si no fuera, Pepito, por este barrenillo que se me ha metido detrás de las sejas con la cuenta de los seis meses...

MONAGAS. No sea majaero. Acuérdese: mes y medio de día y mes y medio de noche son los tres que fartan.

DON ESTEBAN. *(Llorando)*. ¿Le está jasiendo una cuenta? Ya se cayó.

MONAGAS. Oiga, don Esteban...

DON ESTEBAN. No me digas náa, Pepe... Yo estoy arrepentío de too, ¿entiendes? Si yo güelvo más a casa de María del Pino la Pintáa, cuando llegue a mi casa me alcuentre a mi señora en medio de la casa con cuatro velas y una llantina.

MONAGAS. ¡Qué más quisieras tú! *(Alto)*. Eso está bien, porque eso hay que dejarlo, don Esteban.

DON ESTEBAN. *(Esmorecido)*. Pero tú no se lo digas entoavía a tu mujer, Pepe...

MONAGAS. Haiga mieo... Pero usté la deja, ¿verdad? ¡Jaserle eso a una señora como doña Candelaria, que es una santa!

DON ESTEBAN. Una santa, Pepe, pero se me ha virao sapatúa y con bigote.

ANDRÉS. Rasones.

MONAGAS. ¿Y cuála no? Losotros ya no estamos pa pinturas, cristiano. Usté sierre los ojos y disimule. Ya se lo ha dicho aquí al compadre: no hay más que disimular.

ANDRÉS. Rasones.

DON ESTEBAN. ¿Usté se fija en el gran corasón de Pepe, Andresito? ¡Ay, mi madre, qué sentimiento!

59. Entremés:
¿No fumas, inglés?
(O en el Yovar llegó un chone...)

Personajes:

- Chone
- Pepe Monagas
- Manolito el Guardia

Forrillo representando un aspecto del viejo muelle de La Luz, en el puerto principal de Gran Canaria, «sobre el sonoro Atlántico». Asoma la popa de un Yeoward. Al fondo se ven un pedazo de mar, cielo y las montañuelas de La Isleta. Cruza la escena, escurriendo el bulto, Pepe Monagas, ahora en funciones de tartanero, calada la vieja gorra azul con visera de hule y rebenque en mano. Lo sigue y persigue hasta trabarle delante de la concha, con flema, pero con firmeza, el Chone, un inglés de los que en serie bota en islas el barato turismo británico. Ni que decir tiene que su pintoresco atavío va complementado con los impepinables prismáticos y la no menos impepinable cámara fotográfica.

ESCENA PRIMERA

Monagas y el Chone.

CHONE. *(Alcanzando y sujetando a Pepe).* ¡Tagrrrifa! ¡Tagrrrifa! ¡Tagrrrifa!

MONAGAS. ¡Vaya un piano que m'a caío, caballeros! ¿Pero güeno, usté va a seguí jugando a la lapa conmigo o qué...?

CHONE. Lapa nou. Tagrrrifa soulamenti. ¡Tagrrrifa!

MONAGAS. El Yova no ha lalgao en su vía inglés más sobajiento. Cuidao con la pejiguera del chone este, eh, que llevo serquita de media hora ajuliándolo y como dise Pepito el Peninsular: «¡Que si quieres arrós, Catalina!».

CHONE. Io no comprendi nadda. Io comprendi tagrrrifa soulamenti. ¡Tagrrrifa!

MONAGAS. ¡Y dale con el guineo! Usté tiene el disco trabao, míster.

CHONE. ¡Ou...! Yo quierre desir... *Yu ar ei suindel an impudent man*.

MONAGAS. A la suya, por si acaso.

CHONE. *Yu mast, ricov mi in odar tu di tárif*.

MONAGAS. Oiga, mida las palabras, ¿oyó?, que usté tiene cara de fartón.

CHONE. *Ay sall invouc tu di autóriti dat dey arrest yu*.

MONAGAS. ¿Que arrée yo...? ¿Y por qué no arrea usté...? El que está dando la enconduelma aquí es usté... Ya no le faltaba al desgrasiao este más que correrme, mira...

CHONE. ¿*Uot*...?

MONAGAS. Que sí, hombre: que arraye usté, y listón. Y mire, pa darle a esto un suculún: *yu no guan peny*, ¿se entera?

CHONE. No comprendi...

MONAGAS. Digo que guanijay tin tu pley, *moriturem te salutam*... Y ya no jablo más su lengua, que se me pone la campanilla como un senserro.

CHONE. ¿*Out*...?

MONAGAS. ¡Oh, padrito...! ¿Sabemos inglés o no sabemos inglés?

CHONE. *Yu nou*...

MONAGAS. ¡Yo no! ¡Y usté sí...! Siempre jalando pa ustedes... ¡Te conosco, lamparón, que sos pintor...!

CHONE. *(Animándose al observar fuera de escena la presencia del guardia).* ¡*Pólisman*, tagrrifa! Esti tagrrrifa, *nou*.

MONAGAS. Ya enreó la pita el barbas de piña. ¡Guardia a la vista! *(Intenta marcharse. El Chone lo sujeta firmemente por un brazo y el cuello de la americana)*. ¡Lárgueme! Mire que me rompe, hombre... *(Se desprende y enfrenta al inglés firmemente)*. ¡Mire, *yu ar* mi trinca la chaqueta, órsay, penalti, *siniquitatem túan, juventutes meam*! ¡Y le meto su soplío!, ¿eh...?

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Manolito el Guardia, que asoma y avanza calmoso.

GUARDIA. ¿Qué pasa?

MONAGAS. ¡Oh, aquí don Angrúo de la Tierra, que mal levante se meta y lo desencuaerne...!

CHONE. *(Al guardia). Ji jas arrrid mi in jis tartana, and jui güis tu ricov mor de rison*.

MONAGAS. ¿Riso yo...? ¿De qué, totorota...? ¡A que le pego un sonío a este...!

CHONE. *(Impávido, al guardia)*. ¿Comprendi...?

GUARDIA. *(Escamado)*. Hablaba conmigo, ¿no...? ¿Usté tiene ganas de choteíto o qué...?

CHONE. *Ay am...*

GUARDIA. ¡Ssss...! Por partes. Túpase usté pa que destupa aquí. *(A Monagas)*. ¿Qué es lo que dise aquí?

MONAGAS. ¿Ónde...?

GUARDIA. No te jagas el sonso. Aquí, el señor melao.

MONAGAS. ¿Y me lo pregunta a mí?

GUARDIA. ¿Tú no sos intrépete del bilingüe, pal turismo y eso?

MONAGAS. Sí. Pero lo que jabla esta criatura, usté, Manolito, no es bilingüe. Es emburujilingüe.

CHONE. *(Tirando de diccionario)*. Ouna momenta. *(Toma notas en un bloc)*.

GUARDIA. *(A Monagas)*. Anda, cuenta de una ves qué es lo que le pasa al Chone este.

MONAGAS. Mire, Manolito, yo salí de viaje con él, pa que usté entienda, y ahora no me quiere largar...

GUARDIA. ¡Me estraña...! Bueno, ¿y por qué?

MONAGAS. ¡Sé yo...! Antojos de él. Se ha emperrao en que me vaya pa fuera con él.

GUARDIA. Se conoce que no te conoce...

MONAGAS. Se conoce... Ende que pegué con el viaje me dijo que quería *tipical espanis*. ¿Usté entiende...?

GUARDIA. Tú sigue.

MONAGAS. Pos el diablo que va y me tienta, cristiano; voy y lo atraco ca Eulalio... Ya sabe: el que tiene el timbeque enfrentito de la pará de guaguas de San

Osé... ¡Oiga, Manolito, se queó pegao del ron y las carajacas como un baifo! ¿Y quién lo arrancaba, usté...? ¡Vaya un ancla, caballeros! Se conose que tiene bebía de antojo. Lo sierto es que ha agarrao un emperramiento de que me vaya con él pa fuera. Y mire que lo digo, si usté no me lo quita de arriba, yo voy pal chalé del Árbol Bonito, pero su majestá británica pierde un súito, porque del pugío lo...

GUARDIA. Bueno, déjate dir, déjate dir... Y escucha. Él, en inglés, ¿no jabla na?

MONAGAS. Hombre, argo.

GUARDIA. ¿Y en cristiano?

MONAGAS. Tamién argo, pero con merma. Lo que le ha tenío que pasar es que se ha tupío con el ron y los enyesques.

GUARDIA. *(Al inglés, hablándole al oído y alto, como si se tratara de un sordo)*. ¡Mire, míster, eso no pue ser! ¿Oyó...? Usté tiene que coger el tole solo, ¿tiende?

CHONE. ¿*Tole is money*? ¡Ou! Él mi cogió el tole a mí.

MONAGAS. ¡Mida las palabras! ¿Oyó? ¡Por un si acaso...!

GUARDIA. *(Con suficiencia)*. ¡Lo que es la ignoransia, caballeros! *(Al inglés)*. Váyase tranquilito de una ves, y déjelo a él en tierra, que tiene mujer que mantener.

CHONE. *(Enfrascado en el diccionario)*. *Nou*. Yo quierri...

MONAGAS. Mire, Manolito, yo me voy a dir, ¿oyó?, que tengo el caballo desmayao.

GUARDIA. Para un pisco.

CHONE. Io quierri pagarrr soulamenti tagrrrifa, absolutamente tagrrrifa.

MONAGAS. ¡Adiós, madrina, que va destupiendo...!

CHONE. El coubra a mí la estrapeuglo del tartana.

GUARDIA. ¡Mia p'allá, si conose los dichos de acá!

CHONE. Ou, *yes*. Io conousi otra palabrito: «Él es un gediondu».

MONAGAS. ¡Vaya, ya pegó a fartar!

GUARDIA. ¡Oh, eso güele a gofito de la tierra! ¿Ónde lo aprendió, míster?

CHONE. En Londres, con los canarios tomaterros y platanerros... Esi gediondu il cobra a mí tagrrrifa moucho grrrande.

MONAGAS. ¡Esas son mentiras suyas, jablando pronto y mal!

GUARDIA. ¡Sss...! Tú no te botes. ¿De moo que era eso...?

MONAGAS. ¿Ya se enteró? ¿No dise que no sabía inglés...?

GUARDIA. ¿Qué es lo que ha pasao?

MONAGAS. Mire: él agarró la tartana áy a las onse. Indispués de unas vuertitas por la suidá, fimos ca los indios a comprar alefantes y jaiques de sea. Aluego tiremos pa Sa Antonio Abán, a lo de don Cristoba...

GUARDIA. ¿Cuál don Cristóbal...?

MONAGAS. ¡Don Cristóbal Colón, que en pas descanse, cristiano...! Más tarde, proba a la catedrán, con su visiteo al pendón y demás «novedades» del año de la nanita. Y tarde ya, lo menos lan don, ¡se emperra esta creatura en dir a Tafira...! Oiga, Manolito, y que entodavía le dura el guineo: ¡Tafigrra, Tafigrra...!

CHONE. ¡Mentigrrras souyas! Tafigrra, *nou*. Tagrrriffa, sí.

MONAGAS. ¡Cambéale tamién el nombre, si te parese!

CHONE. Además de gediondu is un mentigrrroso absolutamenti.

GUARDIA. Trínquese, míster, que está en el uso aquí. Dispués agarra la ves usté.

MONAGAS. Sí, coja la cola, que ustedes la inventaron... Pos como le desía, Manolito...

GUARDIA. Mira, no jables más. Esto está más claro que agüita de manantial. Tú le jas cobrao de más. ¿Cuánto le alevantó, míster?

CHONE. Io no comprendi «alevantó»...

GUARDIA. *(Gritándole al oído)*. ¡Que cuántos tollos tuvo que apoquinar usté!

CHONE. Comprendi menos «tol-lios» y «apoquinar».

GUARDIA. Usté lo primerito que tiene que jaser es aprender a jablar. *(A Monagas)*. ¿Cuánto le cobrastes? ¡Dime la verdá...!

MONAGAS. Dos libritas, naíta más, Manolito.

GUARDIA. ¡Ya, santísima! ¡Vaya un caimán, caballeros!

MONAGAS. ¿Y qué viene siendo una libra, querío...? Menos del medio kilo. Y del peso de ahora, dos onsas yyy...

GUARDIA. No me jagas chascarrillos, porque te doy tu cachetón... ¿Por qué le cobrastes esa demasía?

MONAGAS. Yo creí que quería comprar la tartana, con caballo y tóoo.

GUARDIA. Quéate con lo justo y alíjale la indiferensia, anda.

MONAGAS. *(Devolviendo, remolón, un billete)*. Usté manda, Manolito. Tenga, míster, un *guan poun*. *(Aparte)*. Y en méicos y botica te lo gastes, gorrón.

GUARDIA. ¿Qué resongas áy...?

MONAGAS. No, estaba disiendo que jasta peso ha perdío con la lata esta: una libra de menos.

CHONE. *(Con cierto entusiasmo, al guardia)*. Ousted moucho buen *pólisman*, moucho paresido *pólisman* de Inglater. Ousted moucho despasito, espegrrrate ouna poquito a cada pie, pero moucha fuerte autórita.

GUARDIA. ¡Qué quedrá este que me está adulando...! Bueno, y usté, que al emprinsipio se trabucaba, de golpe y sumbío se ha quedao jablando en cristiano.

CHONE. Ou, es que yo olvida la casteliano antes porque yo estaba... ¿Cómo se dise...? ¡Como fuego...!

MONAGAS. ¡Ah!, caliente...

CHONE. *Yes*.

GUARDIA. Bueno, pos ahora tire tranquilito p'al Yova.

CHONE. Espegrrrase ouna momento. Yo quierri tener noticias de ouno cambulionero que él vendió a mi padre, hase mouchos anios, ouna paggarrito canario que él era cojo.

MONAGAS. ¡Adiós, madrina, que saca el lío viejo del pájaro cojo y la enrea otra ves! Mire, míster, que tenemos que jaser yo y aquí...

CHONE. ¿*Out*?

MONAGAS. Que foar *yu camen jia seculum y réculam, reculorum*.

GUARDIA. ¿Pa qué le jablas en lengua de Semana Santa?

MONAGAS. Porque se puee. ¿Usté no sabe que toas las lenguas escurren de la latina?

CHONE. Cuando mi padre le gritó a ese cambulionero: «¡Esti pájarro está cojo!», él le contestó: «¿Usté pa qué lo quierre, pa cantar o pa bailar?» *(Ríe complacido)*. Yo traigo el encargo de mi padre de saludar a esí hombri.

GUARDIA. *(Por Monagas)*. Pos lo tiene usté delante, caballero.

CHONE. ¡Ou...! Es moucha suerti. Esti hombre es moucho ingenierro.

MONAGAS. ¿Ingeniero yo...? Peón, y no le ha cogío el gusto.

CHONE. *(Saludando efusivamente a Monagas)*. Yo lleva a Ingalatera moucha grande alegría por encontrarlo. Mi padre hase veintisinco anios que lo cuenta siempre a la hora del té. Mi madre se divorsió de él por majorero.

GUARDIA. Ah, que su madre casó con alguno de Fuerteventura...

CHONE. *Nou*. Quierre desir: siempri la mismo cosa, otra ves la mismo cosa siempri. ¡Y siempri moucha risa! *(Saca el dinero que Monagas le devolvió y se lo entrega)*.

MONAGAS. ¡Facundo *veri macho*, miste...! ¡Lo que son las cosas de la vía...! Mira por ónde viene a resollar el dichoso pájaro cojo.

CHONE. Ese pagarrito que ousté vendió a mi padre, él fue oun acontesimiento familiarrr. Cantaba tamién de noche. Y no dejaba dormirrr a mi madre, que era nerviosa. Elia lo denunsió a la sociedad protectora de animales y moultaron a mi padre por crueldad. Pero el pagarrito se hiso famouso

en todo el Imperio. Luego ganó en un concurso ochosientas libras...

GUARDIA. Ya es engordar.

MONAGAS. ¡Vaya una batata, caballeros! Deja que jable yo, que ya verás...

CHONE. Lo pusieron Carruso, y hasta le grabarrron discos. ¿No han oído ustedes discos de Carruso?

GUARDIA. Sí, parese que me suena...

CHONE. Más tarde, la pagarrito tuvo hijos que elios se vendían carrisimos. Era ouna pequenia fortuna.

MONAGAS. Sí, un pájaro de cuenta... ¿Y qué se jiso de él, míster?

CHONE. Se morrió de melancolía... Vinieron a casa ounos canarrrios tomaterrros para verlo. Tomarron después moucho whiskey y tocaron ouna guitarra. Cuando la pagarrito oyó cantar los folios, él se morrrió... ¿cómo se dice: «inmediatomente»...?

MONAGAS. Del bolichazo... Chica mecha, usté.

CHONE. Nadie podía hablar de la emosión. Soulamenti don Perico García se asercó serrio, serrio, a la jaula, y dijo, serrio, serrio: «¡Está tieso!».

GUARDIA. *(Haciendo bicos)*. ¡Caracho! ¿Usté crei que me ha cargao sentimiento a mí tamién?

MONAGAS. Pos si viera usté conosío, míster, una pájara jembra, hermana de ese pájaro, que salió macha ella, y que cantaba mejor que un flauta, no ostante el seso femenino de ella. Mataba los machos que se le ponían pa criá, y por el pico y lo peliona agarró fama en las siete islas. Por mor de un chiquito, ahijao mío, que estaba en mi casa de contino, la pusimos Tita, porque él pegó a lla-

marla así. Dispués, como era tan echáa pa alante y tan rufa, la llamemos tamién Rufa. Y se queó al final Tita Rufa... Tamién le han sacao sus discos. Usté ha tenío que oí discos de Tita Rufa, no me diga que no...

CHONE. ¡*Ou, yes*!

GUARDIA. *(Aparte)*. ¿No fumas, inglés?

MONAGAS. Pos un día, cristiano, riaaán, esplota en mi casa la cosinilla, cuando andaba mi mujée alreor de ella, que Soleá está viva porque yo tengo cuñas con la Virgen der Pino, que si no... Y agarró el macanaso a la Tita Rufa, oiga, y se le llevó la caja del pecho arrente, que no le dejó ni pal botón de una camisa. De aquí del galguero, al canto abajo del visagreo, too fue listo.

CHONE. ¿Quí es el galguerro y quí es el visagrrreo?

GUARDIA. ¡Oh, padrito...! ¡Este hombre es que no sabe papas de ná...!

MONAGAS. Pos son las partes fisiológicas de la filosofía de la caja del pecho, aquí que Dios libre y guarde. Pos mire, llamemos a un veterinario de pa fuera que había quí, matemos en caliente una baifa que yo tenía, y del ubrito le saquemos una lasca finita, asín como un bisté de ahora y se la injertemos... Y usté no lo va a creer, pero a los siete meses estaba la pájara dando ocho medías de leche sin espuma...

CHONE. *(Pasmado)*. ¡Ouuu...!

MONAGAS. Y no tenía ni pa los compromisos.

CHONE. Ousté es moucho más mentigrrrose que you...

MONAGAS. ¿No fumas, inglés?

BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA

DESDE 1988

1. —
2. VV. AA. *Romancero tradicional canario*. Edición, introducción y comentarios de Maximiano Trapero Trapero.
3. VV. AA. *Lírica tradicional canaria*. Edición, introducción y comentarios de Maximiano Trapero Trapero.
4. Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610). *Antología poética*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
5. Antonio de Viana (1578-1650). *Antigüedades de las Islas Afortunadas* (dos tomos). Edición e introducción de María Rosa Alonso Rodríguez.
6. Silvestre de Balboa (1563-ca. 1649). *Espejo de paciencia*. Edición y prólogo de Lázaro Santana de la Nuez.
7. Andrés de Abreu, fray (1647-1725). *Vida de San Francisco*. Edición e introducción de Joaquín Artiles Santana.
8. Cristóbal del Hoyo Solórzano (1677-1762). *Carta de la Corte de Madrid*. Edición e introducción de Miguel Ángel Hernández González.

9. José de Viera y Clavijo (1731-1813). *Historia de Canarias* (dos tomos). Edición e introducción de Antonio de Béthencourt Massieu.
10. José Clavijo y Fajardo (1726-1806). *Antología de 'El Pensador'*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
11. Tomás de Iriarte (1750-1791). *Fábulas literarias*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
12. Nicolás Estévanez (1838-1914). *Fragmentos de mis memorias*. Edición e introducción de Nicolás Reyes González.
13. Benito Pérez Galdós (1843-1920). *La Fontana de Oro*. Edición e introducción de Yolanda Arencibia Santana.
14. Luis (1861-1925) y Agustín (1863-1935) Millares Cubas. *Antología de cuentos de la tierra canaria*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
15. Benito Pérez Armas (1871-1937). *La vida, juego de naipes*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
16. Ángel Guerra (1874-1950). *La lapa y otros cuentos*. Edición e introducción de Antonio Cabrera Perera.
17. VV. AA. *Ensayistas canarios*. Edición e introducción de Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel Sarmiento (1876-1926). *Obra narrativa [antología]*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
19. Domingo Rivero (1852-1929). *Poesías*. Edición e introducción de Eugenio Padorno Navarro.
20. VV. AA. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*. Edición, introducción y estudio de cada autor de María Rosa Alonso.
21. Manuel Verdugo (1877-1951). *Estelas y otros poemas*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
22. Tomás Morales (1884-1921). *Las rosas de Hércules*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.

23. Alonso Quesada (1886-1925). *Insulario [versos y prosas]*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
24. Saulo Torón (1885-1974). *El caracol encantado y otros poemas*. Edición e introducción de José Carlos Cataño González.
25. Francisco Izquierdo (1927-2004). *Medallas y otros poemas*. Edición e introducción de Eliseo Izquierdo Pérez.
26. Claudio de la Torre (1895-1973). *En la vida del señor Alegre*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
27. Emeterio Gutiérrez Albelo (1905-1969). *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*. Edición e introducción de Ernesto J. Rodríguez Abad.
28. Fernando González (1901-1972). *Antología poética*. Edición e introducción de Alfonso Armas Ayala.
29. Agustín Espinosa (1897-1939). *Crimen y otros textos*. Edición e introducción de Manuel Almeida Peña.
30. Josefina de la Torre (1907-2002). *Poemas de la isla*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
31. Domingo López Torres (1910-1937). *Obra selecta*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
32. Pedro García Cabrera (1905-1981). *Transparencias, Dársenas, Entre 4 paredes*. Edición e introducción de Domingo-Luis Hernández Álvarez.
33. Pedro Perdomo Acedo (1897-1977). *Antología poética*. Edición e introducción de Manuel Alvar López.
34. Pedro Lezcano (1920-2002). *Paloma o herramienta [antología]*. Edición y prólogo de Teresa Cancio León.
35. Agustín Millares Sall (1917-1989). *La palabra o la vida [obra poética]*. Edición e introducción de Jesús Páez Martín.
36. Félix Casanova de Ayala (1915-1990). *Poesía*. Edición de Félix Casanova de Ayala.
37. Manuel Padorno (1933-2002). *El nómada sale [1963-1989]*. Edición e introducción de Juan Cruz Ruiz.

38. Arturo Maccanti (1934-2014). *El eco de un eco de un eco del resplandor [obra poética]*. Edición e introducción de Alfonso O'Shanahan Roca.
39. Luis Feria (1927-1998). *No menor que el vacío [poesía 1962-1988]*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
40. Justo Jorge Padrón (1943-2021). *Antología poética [1971-1988]*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
41. Lázaro Santana (1940-). *Bajo el signo de la hoguera [antología]*. Edición e introducción de Eugenio Padorno Navarro.
42. Eugenio Padorno (1943-2025). *Teoría de una experiencia. Metamorfosis [antología]*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
43. Juan Jiménez (1940-2019). *Itinerario en contra (1961-1975)*. Edición e introducción de Mariano Pérez.
44. Isaac de Vega (1920-2014). *Conjuro en Ijuana*. Edición e introducción de Juan José Delgado Hernández.
45. Rafael Arozarena (1923-2009). *Caravane. Poemas y prosas [antología 1959-1990]*. Edición e introducción de Juan José Delgado Hernández.
46. Alfonso García-Ramos (1930-1980). *Guad*. Edición e introducción de Gregorio Salvador Caja.
47. Juan-Manuel García Ramos (1949-). *Malaquita*. Prólogo de José Luis López-Aranguren Jiménez.
48. J. J. Armas Marcelo (1946-). *El árbol del bien y del mal*. Edición e introducción de María Rosa Alonso Rodríguez.
49. Luis León Barreto (1949-). *Las espiritistas de Telde*. Edición e introducción de Yolanda Arencibia Santana.
50. Juan Cruz Ruiz (1948-). *Crónica de la nada hecha pedazos*. Edición y prólogo de Domingo Pérez Minik.
51. Luis Alemany (1944-2025). *Los puercos de Circe*. Edición e introducción de Antonio Alonso.

52. Nivaria Tejera (1930-2016). *El barranco*. Edición e introducción de Claude Couffon.
53. Víctor Ramírez (1944-). *Cada cual arrastra su sombra*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
54. Pilar Lojendio (1931-1989). *Poesía completa*. Introducción de Yurena González Herrera.
55. Esperanza Cifuentes (1943-2002). *Buscando a B*. Introducción de María Teresa de Vega.
56. Pino Ojeda (1916-2002). *Teatro*. Edición e introducción de Alejandro Coello Hernández.
57. Elsa López (1943-). *El país de mi abanico*. Introducción de Sergio Barreto.
58. Olga Rivero Jordán (1928-2021). *Antología*. Introducción de Roberto Cabrera.
59. Verónica García (1967-). *Fuego de nadie*. Introducción de José Miguel Junco Ezquerra.
60. Cecilia Domínguez Luis (1948-). *Doce lunas de Eros*. Introducción de Daniel Bernal Suárez.
61. Silvia Rodríguez (1970-). *Provincia del dolor*. Introducción de Pedro Flores del Rosario.
62. Isabel Medina (1943-). *La hija de abril*. Introducción de María García Rodríguez.
63. Tina Suárez Rojas (1971-). *Yo amaba a Toshiro Mifune*. Introducción de Blanca Hernández Quintana.
64. María Rosa Alonso (1909-2011). *Papeles tinerfeños*. Prólogo de Juana González González.
65. María Dolores de la Fe (1921-2012). *Las Palmas casi ayer, Las Palmas casi mañana*. Prólogo de David Pulido Suárez.
66. María Joaquina de Viera y Clavijo (1737-1819). *Selección poética*. Prólogo de Victoria Galván González.
67. Dolores Campos-Herrero (1954-2007). *La ciudad de los hombres solos*. Prólogo de Eduvigis Hernández Cabrera.

68. Macarena Nieves Cáceres (1968-). *Fluidos de jade*. Introducción de Acerina Cruz Suárez.
69. Ignacia de Lara (1880-1940). *Para el perdón y para el olvido*. Introducción de Inmaculada Egüés Oroz.
70. Acerina Cruz (1983-). *Archivo de invierno*. Introducción de Macarena Nieves Cáceres.
71. Victorina Bridoux y Mazzini (1835-1862). *Lágrimas y flores*. Introducción de Yara García Cordero.
72. Belén Lorenzo Francisco (1980-). *Todo lo importante vuela [antología personal]*. Introducción de Zaradat Domínguez Galván.
73. Agustina González y Romero (1820-1897). *Poesía*. Introducción de Yeray Rodríguez Quintana.
74. Hilda Zudán (1900-¿...?). *La hora silente*. Edición literaria y estudio preliminar de Fran Garcerá Román; cronología de Victoriano Santana Sanjurjo.
75. Juan José Delgado (1949-2017). *De un sabio antológico*. Edición literaria, estudio preliminar y cronología de Víctor Álamo de la Rosa.
76. Josefina Plá (1903-1999). *Geografía-laberinto de perfecta soledad*. Edición literaria, estudio preliminar, cronología y glosario de Ángeles Mateo del Pino.
77. Carlos Pinto Grote (1923-2015). *Pasión del mar y otros ensayos*. Edición literaria, estudio preliminar y cronología de Oswaldo Guerra Sánchez.
78. Pepa Aurora (1944-). *Y con el viento juega*. Edición literaria, estudio preliminar y cronología de Sandra González Reina y Paula Fernández Hernández.
79. Pancho Guerra (1909-1961). *Los cuentos del hambre*. Edición literaria, estudio preliminar y cronología de Franck González Guerra.

Pancho cuenta con una obra extensa. Pero Pancho fue Pancho, primero y muy principalmente en la memoria del isleño por haber generado aquella síntesis canaria —que diría Felo Monzón— en la que varias generaciones se encontraron y se reconocieron: Pepe Monagas. Monagas era aquella imagen de nosotros que entre todos levantamos contra el dique de un tiempo marcado por la violencia económica y por la guerra. Los medios de masas de entonces —la prensa escrita— llevarían hasta la última esquina de la isla, hasta su última tertulia, la fama de Monagas. Y es por eso por lo que hemos decidido armar el presente volumen a partir de aquellos cuentos. Estos pequeños relatos son, además, parte de la vida del propio escritor, ya que entraron y salieron de su mesa de trabajo a lo largo de casi tres décadas.

Franck González

ISBN: 978-84-7947-905-3

Gobierno de Canarias

BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA